

Jean-Luc Bannalec

UN CRIMEN BRETÓN

UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN



Lectulandia

Es bien sabido, dicen los viejos bretones, que el olor intenso de la flor de sal provoca alucinaciones. Y eso es justamente lo que el comisario Georges Dupin cree tener cuando alguien trata de matarlo mientras estaba visitando las salinas de la península de Guérande.

Carece de sentido; nadie, excepto su amiga, la periodista Lilou Breval, sabe que estaría allí. Por hacerle un favor y, sobre todo, para alejarse del aburrido papeleo de la comisaría de Concarneau, Dupin accedió. Tras el tiroteo, sin embargo, la periodista no responde a sus llamadas, y poco después la dan por desaparecida.

Aunque las salinas de Guérande quedan fuera de su jurisdicción, y la comisaria Sylvaine Rose, decidida a defender su terreno, no le deja trabajar a su gusto, Dupin empieza una investigación sembrada de cadáveres, coartadas falsas, rencillas personales, conflictos de intereses... y antiguas leyendas bretonas.

Lectulandia

Jean-Luc Bannalec

Un crimen bretón

Comisario Dupin - 03

ePub r1.1

Titivillus 13.09.15

Título original: *Bretonisches Gold*
Jean-Luc Bannalec, 2014
Traducción: Lidia Álvarez Grifoll

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

à L.

Para conocer a una persona hay que compartir con ella un saco de sal.

Dicho bretón

El primer día

La característica fragancia de violetas que desprendía la flor de sal los días posteriores a la cosecha se mezclaba con el intenso olor a arcilla y el aroma a sal y yodo que impregnaba el aire, y que allí, en medio de la Tierra Blanca —o Gwenn Rann, como se llamaba en bretón al extenso paraje de salinas de Guérande—, olía y se paladeaba con más fuerza que en cualquier otro punto de la costa. A finales de verano, aquel aroma especial colmaba las salinas. Los viejos salineros contaban que a veces hacía perder la razón, creaba espejismos y quimeras.

El paisaje era imponente, singular. Un paisaje formado por los cuatro elementos que constituían la alquimia de la sal: el mar, el sol, la tierra y el viento. Antiguamente fue una gran bahía; luego, una laguna, una marisma, tierra de aluvión de la que la mano diestra del hombre había sabido sacar provecho, situada en una península que había creado el Atlántico embravecido entre las desembocaduras del Loira y el Vilaine. La majestuosa pequeña ciudad medieval de Guérande, que daba nombre a la zona, marcaba el perímetro norte de las salinas. En el sur se perdían en la parte que quedaba de la laguna; enfrente se alzaba Le Croisic, con su fascinante puerto. Desde allí se veía un espectáculo impresionante: el Atlántico abastecía de agua la laguna al ritmo de las mareas y alimentaba los delicados capilares de las salinas. Sobre todo los días de marea viva, después de la luna llena.

La Tierra Blanca era completamente llana, sin la menor elevación. Dividida desde hacía doce siglos en incontables estanques rectangulares, grandes, pequeños y muy pequeños, perfilados con precisión matemática y que a su vez se acoplaban en formas imprecisas de tierra y agua que parecían arbitrarias. Un ingenioso sistema muy ramificado de canales, estanques, charcas donde se calentaba el agua, balsas donde se evaporaba y otras donde se recolectaba la sal. Un sistema que tenía un único objetivo: enviar el agua del mar, que entraba lo más despacio posible por las compuertas, a un viaje en el que el sol y el viento la evaporaban casi por completo hasta que se formaran los primeros cristales. La sal era la esencia del mar. La llamaban «hija del sol y del viento». A las balsas les daban nombres poéticos: esteros, lucios, retenidas, vueltas de periquillo, tajerías. Estas últimas, también llamadas «cristalizadores», no habían cambiado desde la época de Carlomagno. Los cristalizadores eran los santuarios de los salineros, todo dependía de ellos, de su «carácter»: del suelo, de los distintos tipos de barro y de las distintas composiciones minerales. Perezosos, generosos, alegres, febriles, sensibles, duros, rebeldes: los salineros hablaban de ellos como si fueran personas. En ellos se producía y se recolectaba a cielo abierto la sal. El oro blanco.

Unos caminitos aventurados serpenteaban a lo largo de las charcas formando laberintos inextricables, la mayoría solo accesibles a pie. Aunque las salinas eran llanas, la vista nunca alcanzaba muy lejos; había muros de tierra de distintas alturas y cubiertos de hierba bordeando los estanques y los caminos. De vez en cuando, un

árbol retorcido. Y distribuidas caóticamente, las cabañas de los salineros, de piedra, madera y chapa.

Ahora, en septiembre, por todas partes se veía el blanco resplandeciente de la sal, apilada a lo largo del verano en montones de tamaño considerable. Formados con mucho arte, acabados en punta como los volcanes; a veces de dos y tres metros de altura.

El comisario Dupin, de la policía de Concarneau, sonrió. El paisaje era increíble. Una estampa fantástica. La saturación de colores que provocaba la puesta de sol en el cielo y en el agua —una extravagante exhibición de distintos tonos de violeta, rosa, naranja y rojo— reforzaba la atmósfera. Además, después del calor achicharrante del día, la lenta irrupción de la noche a finales de verano traía consigo una brisa refrescante.

El comisario Dupin cerró con llave el coche, un vehículo oficial de la policía, rojo, azul y blanco. El Peugeot 106, viejísimo y todo un problema por su diminuto tamaño, le servía de coche de sustitución. Su querido y también viejo Citroën XM llevaba diez días en el taller. Otra vez la suspensión hidroneumática.

Había aparcado en la cuneta, prácticamente encima de la hierba. Seguiría a pie.

Era un camino estrecho, aunque asfaltado, que cruzaba las salinas serpenteando caóticamente. No le había costado encontrarlo; partía de la Route des Marais, una de las tres carreteras de curvas que unían Le Croisic y la ciudad de Guérande a través de la tierra de la sal.

Dupin echó un vistazo alrededor. No se veía a nadie. No se había cruzado con ningún coche en toda la Route des Marais. Por lo visto, el día había acabado en las salinas.

Solo tenía un mapa garabateado del sitio al que quería ir. En él se veía una cabaña cerca de una de las salinas, en dirección a la laguna abierta. Quizá a unos trescientos metros. Buscaría la salina a la que pertenecía la cabaña y miraría si había «algo sospechoso»; había que reconocer que todo era muy confuso.

Echaría un vistazo y luego se iría directamente a Le Croisic. Ya se imaginaba en el restaurante Le Grand Large, cenando un lenguado bretón frito en mantequilla con sal, un cuarto de hora después de haber inspeccionado por encima el lugar, probablemente sin obtener ningún resultado. Y contemplando el agua mientras se tomaba una copa de Quincy frío, viendo la laguna turquesa de arena blanca y cómo las últimas luces desaparecían lentamente por el oeste. El año anterior estuvo un día en Le Croisic con su amigo Henri y guardaba muy buenos recuerdos de la pequeña ciudad (también del lenguado).

El comisario Dupin estaba de muy buen humor (a pesar de que los motivos que lo habían llevado allí fueran sumamente vagos, inciertos y realmente ridículos). De hecho, esa tarde tenía la necesidad imperiosa de salir a tomar el aire. Llevaba cinco semanas (día más, día menos) trabajando en el despacho, en un ambiente cargado que olía a cerrado. ¡Cinco semanas! Encargándose de trabajos monótonos, papeleo, el

típico engorro de la burocracia; resolviendo tareas que, a diferencia de lo que ocurre en los libros y en las películas, forman parte de la vida de un comisario real: vehículos oficiales nuevos para sus dos inspectores, imprescindibles las nuevas «instrucciones sobre el uso de los vehículos cedidos para el ejercicio de las funciones policiales», veintiocho páginas escritas en letra de nueve puntos y sin apenas interlineado, «sumamente importante», con un gran «número de novedades decisivas», como decían en la prefectura; un aumento de sueldo para Nolwenn (¡menos mal!), su formidable secretaria, por el que había luchado dos años; archivar meticulosamente dos casos antiguos y del todo irrelevantes. Era su récord desde que lo habían «desterrado» de París al fin del mundo. Cinco semanas de trabajo burocrático en septiembre, en esos días maravillosos de finales de verano, con una luz mágica que incluso superaba la de los otros meses. Unas semanas con un espectacular anticiclón de las Azores, un tiempo estable de película, no había caído ni una gota de lluvia; los periódicos decían que «la Bretaña hacía una cura de sol». Cinco semanas en las que el mal humor de Dupin había ido en aumento casi día a día. Fue insoportable para todo el mundo.

Cuando Lilou Breval le pidió que fuera a las salinas —aunque a él no se le hubiera perdido nada en aquella región—, tuvo una buena excusa para hacer una verdadera excursión. Al final, cualquier pretexto le habría parecido bien. Y más importante todavía: hacía tiempo que estaba en deuda con Lilou Breval, una periodista del *Ouest-France* que en principio mantenía las distancias con la policía (sobre todo porque investigaba con métodos generalmente poco ortodoxos que entraban en conflicto con las normas legales y policiales), pero que en cierto modo confiaba en él. Dupin le tenía cariño y la apreciaba.

Lilou Breval le había proporcionado en más de una ocasión «ciertas informaciones». La última vez que lo ayudó fue dos años antes, en el caso del hotelero asesinado en Pont-Aven, que había conmocionado a toda Francia. Su trabajo no se centraba en las noticias del día, sino que se había especializado en informar sobre grandes historias, generalmente muy bretonas. Periodismo de investigación. Hacía dos años, Lilou Breval contribuyó en gran medida a poner al descubierto una red de contrabando de tabaco: habían escondido 1,3 millones de cigarrillos dentro de un enorme pilar de cemento, teóricamente construido para soportar una plataforma de sondeo delante de la costa.

Lilou Breval lo había llamado por teléfono la tarde anterior y (nunca antes lo había hecho) le había pedido un favor: que echara «un vistazo en una salina determinada y en una cabaña que se encontraba allí». Y que buscara «bidones sospechosos», «bidones azules de plástico». Todavía no podía decirle de qué se trataba, pero estaba bastante segura de que «algo olía mal». Y añadió que, en cuanto él hubiera inspeccionado la zona, pasaría por comisaría para explicarle todo lo que sabía. Dupin no entendió para nada de qué iba la cosa, pero después de hacerle unas cuantas preguntas sin éxito, murmuró «Bien, de acuerdo», y esa misma mañana Lilou

Breval le había enviado un fax con un mapa dibujado del camino y del lugar. Evidentemente, el comisario sabía que se estaba saltando las normas, incluso se había sentido un poco mal mientras se dirigía a las salinas, cosa poco habitual en él. Oficialmente, no debería estar allí, tendría que haber pedido a la policía de aquella jurisdicción que investigara el asunto. No había que olvidar que las salinas estaban en el departamento del Loira Atlántico, que desde el punto de vista administrativo no pertenecía a la Bretaña (ni al «terreno» de Dupin) desde que se lo arrebataron a los bretones «por imperativo legal» en el marco de la odiada «reforma administrativa» de los años sesenta. Culturalmente, en la vida diaria y en la conciencia de los franceses y del mundo entero, el departamento continuaba siendo totalmente bretón, por supuesto.

Sin embargo, esas dudas momentáneas se desvanecieron rápidamente.

Dupin estaba en deuda con Lilou Breval y él se tomaba muy en serio esas cosas. Un buen policía no podía prescindir de que de vez en cuando le hicieran un favor.

Seguía junto al coche oficial, al lado del que destacaba aparatosamente con su imponente corpulencia y sus hombros anchos. Le echó otro vistazo al mapa para asegurarse. Luego cruzó la carretera y siguió por un camino cubierto de hierba. Al cabo de unos metros empezó a ver, a mano derecha y a mano izquierda, las primeras balsas de las salinas, hacia las que los márgenes del camino descendían abruptamente. Dupin calculó que un metro o metro y medio. Las balsas eran de distintos colores: marrón claro, gris claro, gris azulado, marrón tierra, rojizo... Y por todas cruzaban unos pasillos estrechos de barro y terraplenes. Los pájaros se pavoneaban en las orillas, quizá buscaban comida sin hacer el menor ruido. Dupin no sabía a qué especie pertenecían, sus conocimientos ornitológicos eran muy limitados.

El paisaje era realmente delirante. Daba la impresión de que la Tierra Blanca solo era de las personas durante el día; al atardecer y de noche pertenecía por entero a la naturaleza. Reinaba el silencio, no se oía ningún ruido, solo una especie de canto extraño de fondo. Dupin no habría sabido decir si de pájaros o de grillos. Casi un poco fantasmagórico. De vez en cuando se oía el grito de una gaviota bravucona, una mensajera del mar cercano.

Tal vez había sido una tontería ir. Incluso si encontraba algo chocante —y no sería el caso—, tendría que informar de inmediato a los colegas de aquella jurisdicción. El comisario se detuvo. Quizá debería ir directamente a Le Croisic. Y olvidarse de aquel confuso encargo. Pero... se lo había prometido a Lilou Breval.

El timbre del móvil interrumpió su lucha interior; en aquel silencio contemplativo pareció sonar más alto que nunca. El comisario sacó de mala gana el pequeño aparato. La cara se le iluminó al ver el número de Nolwenn.

—¿Sí?

—Buenas ta... sario. ¿... ahí? —Una pausa breve; luego—: Ha lla... ¿Ha vis... al can... ro... trayecto?

Había unas interferencias terribles.

—No entiendo lo que me dice, Nolwenn. Estoy en las salinas...

—... entre... los dos... Quería... infor... cangu...

Dupin habría jurado que había oído dos veces la palabra «canguro». Pero seguramente se equivocaba. Entonces habló más alto y claro.

—No en-tien-do na-da. La lla-ma-ré más tar-de.

—... solo... hacia...

La comunicación se cortó.

—¿Hola?

Sin respuesta.

Dupin no tenía ni idea de por qué Nolwenn le hablaba de un marsupial australiano. Grotesco. Sin embargo, no se entretuvo en darle más vueltas. Allí, en el fin del mundo, Nolwenn era sin duda la persona más importante para él. Y aunque tuviera la impresión de que ya se había «bretonizado» un poco, sin ella estaba perdido. De hecho, el programa de Nolwenn se llamaba «bretonización» y se basaba en un lema concreto: «La Bretaña: ¡la amas o te largas!».

Le gustaba el talante práctico y sociable de Nolwenn, tanto como sus conocimientos casi infinitos sobre cuestiones locales y regionales. Y su pasión por las curiosidades y las «buenas historias». Seguro que lo del canguro era una de esas historias.

Dupin acababa de concentrarse de nuevo en su misión cuando volvió a sonar el teléfono. Contestó automáticamente.

—¿Me oye ahora, Nolwenn?

Por un momento no oyó nada, solo un fuerte ruido de interferencias.

Luego, unas pocas palabras que entendió bastante bien.

—Me hace mucha ilusión... Mañana, Georges. Mucha.

Claire. Era Claire. La conexión empeoró otra vez enseguida.

—...rante... eguro... oche.

—Sí... voy mañana por la noche. ¡Por supuesto!

Se hizo un silencio. Seguido sin previo aviso por el ruido ensordecedor de nuevas interferencias. Claire cumplía años al día siguiente y él había reservado una mesa para cenar en el restaurante preferido de los dos, La Palette, que estaba en el distrito VI. Un buen estofado de buey a la borgoñesa con succulenta panceta y champiñones tiernos, guisado durante horas en vino tinto de la mejor calidad; la carne quedaba tan tierna que se podía cortar con el tenedor. Tenía que ser una sorpresa, aunque suponía que Claire ya lo habría adivinado porque a él se le habían escapado algunos comentarios, como siempre. Pensaba coger el tren de la una y cuarto para llegar a París a las seis.

—¿Parece... entre... venir? ¿Es... guro?

—No, no. En absoluto. ¡Es seguro! Llegaré a las seis. Ya he comprado el billete.

—Te... oig... mal...

—Yo a ti también. Solo quería decirte que me hace mucha ilusión. Me refiero a

mañana por la noche.

—... solo... comer...

—Ya está todo arreglado, no te preocupes. —Dupin lo dijo otra vez en voz muy alta.

—... pescado... después.

Hablar así era absurdo.

—Te lla-mo lue-go, Claire.

—... quizá... más tar... trabajo... mejor...

—De acuerdo.

Colgó.

Después de quedar en París a finales de verano del año anterior y de que la cita hubiera ido muy bien, empezaron a llamarse por teléfono a diario y a verse con regularidad. La mayoría de las veces de forma espontánea; simplemente, cogían el TGV. Sí, volvían a salir juntos. Aunque no lo hubieran dicho. Y no era oficial, por mucho que Dupin hubiera cometido el craso error de dejar caer de manera irreflexiva un comentario vago delante de su madre, que pronto se entusiasmó, y no vagamente, con la idea de que quizá por fin tendría la nuera que tanto deseaba.

Claire se marchó luego a Estados Unidos, para una formación especializada en cirugía cardiovascular en la célebre clínica Mayo. Por eso no se habían visto en las últimas siete semanas, aunque habían hablado por teléfono a menudo. Sin duda otro de los motivos de que últimamente gastara un humor de perros. Claire había vuelto hacía dos días. Y eso había contribuido de manera esencial a que el comisario estuviera de buen humor ese día. No obstante, se notaba un poco nervioso. Por todo. No quería estropear las cosas con ella; no como la última vez. Había comprado el billete de tren hacía tres semanas para asegurarse de que no surgieran imprevistos.

Le devolvería la llamada desde Le Croisic. Y hablaría tranquilamente con ella sobre el día siguiente. Justo después de comerse el lenguado.

Ahora tenía que darse prisa.

El comisario estaba bastante seguro de que había visto a alguien. Cerca de la cabaña de madera. Solo un momento, una décima de segundo. Una sombra que desapareció enseguida.

Aminoró el paso. Observó el entorno. La cabaña estaba a unos veinte metros. El camino pasaba por delante y luego parecía precipitarse en una balsa de las salinas.

Se detuvo. Se pasó la mano por el pelo y se rascó la nuca.

El instinto le decía que algo no iba bien. La situación no le gustaba en absoluto.

Miró otra vez a su alrededor con mucha atención. Objetivamente no se veía nada que pareciera sospechoso. ¿Y si solo había sido un gato? ¿O cualquier otro animal? Quizá habían sido imaginaciones suyas. Eso encajaría en aquella atmósfera. Quizá el aroma embriagador, que en las salinas era aún más intenso, empezaba a desencadenar

un efecto alucinógeno.

De repente, como salido de la nada, se oyó un silbido, un sonido extraño, metálico, de frecuencia alta. Seguido por un pequeño impacto sordo no muy lejos. Una bandada de pájaros levantó el vuelo entre chillidos.

Dupin reconoció enseguida el sonido. Con una rapidez y una precisión que nadie habría esperado de él viendo su corpulencia, se tiró hacia la izquierda, donde la estrecha franja de hierba descendía bruscamente hacia un embalse. Rodó ágilmente por el suelo, girando para deslizarse dentro de la balsa con los pies por delante y encontrar un punto de apoyo. El agua tendría medio metro de profundidad. Dupin sacó el arma, una Sig Sauer de nueve milímetros, y apuntó instintivamente hacia la cabaña. El parapeto no era perfecto, pero sí mejor que nada. La bala había impactado no muy lejos de él, a la derecha, pero el comisario no sabía desde dónde habían disparado, si desde la cabaña grande o desde alguno de los cobertizos más pequeños que había alrededor. Y no había visto nada. Absolutamente nada. La cabeza le iba a mil. En una situación como aquella era imposible pensar con normalidad, más bien se combinaban cientos de cosas a la vez: percepciones claras y agudas, reflejos, instintos y pensamientos sueltos se mezclaban febrilmente y daban como resultado lo que solía llamarse una vaga «intuición».

Tenía que descubrir dónde estaba el agresor. Y confiar en que solo hubiera uno.

Podía ver tres cobertizos, los tres muy juntos. El más cercano le quedaba a unos diez metros.

El tirador no podía estar tan cerca o no habría fallado el blanco.

Otra vez un sonido agudo y otra vez un impacto sordo. No muy lejos de él. Y uno más. De nuevo levantaron el vuelo los pájaros, chillando asustados. Dupin se hundió un poco más en la balsa y se arrodilló dentro del agua, que ahora le llegaba a la barriga. Un cuarto disparo.

Esta vez, la bala falló por centímetros. Dupin notó algo en el hombro izquierdo. Le dio la sensación de que todos los disparos procedían de una sola dirección. De repente se hizo el silencio. Quizá el atacante buscaba una posición mejor.

Dupin comprendió que atrincherarse en la balsa no solucionaba nada. Tenía que actuar. Pensó febrilmente. Solo tendría una oportunidad para actuar por sorpresa. Esperaba. Una sola oportunidad.

Rápido como una flecha, saltó fuera de la balsa, apuntó en la dirección en la que creía que estaba el tirador y abrió fuego, disparando tantas balas y tan deprisa como le permitía el arma. De ese modo se precipitó hacia el cobertizo más cercano. Cuando llegó, había vaciado el cargador. Quince balas.

Respiró hondo varias veces. Reinaba un silencio sepulcral. Dupin mantenía una extraña calma, le ocurría siempre que las cosas se ponían feas. No obstante, un sudor frío le cubría la frente. No tenía más cargadores. En la guantera del coche, sí, pero no llevaba ninguno encima. Tenía el móvil, pero en esos momentos no le servía de nada, aunque pronto intentaría dar aviso, por supuesto.

Se había agazapado detrás de un cobertizo de chapa ondulada reforzada, pero no sabía hasta qué punto era resistente. Tampoco tenía ni idea de dónde estaba la puerta. Ni de si estaba abierta. Pero probablemente esa era la única posibilidad que tenía. Él estaba arrimado a uno de los lados más largos del cobertizo. Lo más lógico sería que la puerta diese al camino, o sea, a su izquierda. Sabía que no podía perder más tiempo pensando. Y que solo disponía de un intento para realizar la maniobra.

Avanzó rápidamente hacia la esquina, con cautela y siempre pegado a la chapa. Se detuvo un instante. Luego dobló la esquina de un salto, vio por fin una puerta, la abrió de golpe, se precipitó dentro y cerró de un portazo.

La maniobra había durado dos o tres segundos. O el atacante no lo había visto o Dupin lo había pillado realmente por sorpresa. El caso era que no había disparado.

El cobertizo estaba totalmente a oscuras. Solo entraba un poco de luz crepuscular a través del resquicio de la puerta.

Dupin asió con fuerza el picaporte. Como había sospechado, la puerta no se podía cerrar por dentro ni con llave ni con cerrojo. Sacó el móvil, eso era ahora lo más importante. El número de Nolwenn era el penúltimo en la opción de rellamada. La pequeña pantalla iluminó de manera sorprendente el espacio. El comisario echó un vistazo al cobertizo: la mitad de delante estaba vacía y en la de atrás había media docena de sacos grandes y unos cuantos palos. Luego volvió a mirar la pantalla. No tenía cobertura.

Nada. Increíble. Ni una sola barra. «Sin cobertura.» Las palabras podían leerse con toda claridad en la pantalla. Dupin lo sabía: en el «fin del mundo», a menudo se vivía aislado del mundo, la cobertura solo era estable en las grandes poblaciones. Había dejado el aparato de radio (junto con el segundo cargador de la pistola) en el coche; haciendo caso omiso del reglamento, Dupin casi nunca lo llevaba encima. Quizá habría podido hablar con un compañero de la zona a través de alguna frecuencia, al menos por la de emergencias, eso seguro, pero daba igual: no tenía la radio con él. Y era muy poco probable que a esas horas alguien pasara por casualidad por un lugar tan solitario.

—¡Mierda!

Lo dijo demasiado alto. Al cabo de un instante oyó un ruido metálico ensordecedor y casi se le cayó el teléfono de la mano. Un disparo. Y otro. Y un tercero. Siempre el mismo estrépito infernal. Contuvo el aliento. No tenía ni idea de si la chapa detendría las balas. Sobre todo si el tirador era listo y disparaba una y otra vez en el mismo punto. De momento no se veía ningún impacto. De pronto estalló una bala contra la chapa ondulada, esta vez con mucho más ruido; al parecer, el agresor se acercaba al cobertizo. Y luego dos más, muy seguidas. Dupin se arrodilló, apoyó el codo en una rodilla y apuntaló la puerta apretándola con las manos por debajo del picaporte. Pero incluso así sería difícil impedir que la abrieran. Tenía las de perder. Solo le cabía esperar que el atacante no se atreviera por miedo a que le dispararan. Entonces se oyó un golpe fuerte y sordo contra la puerta. No era una bala,

más bien como si algo pesado hubiera chocado contra la puerta; luego se oyó como si rascarán. El picaporte recibió una pequeña sacudida. Había alguien al otro lado de la puerta, a tan solo unos centímetros. Dupin creyó oír una voz, unas pocas palabras pronunciadas en voz baja, pero no estaba seguro. Volvió a hacerse el silencio.

Tampoco pasó nada en los minutos siguientes. Era angustioso. No sabía qué pensaba hacer el atacante y no había forma de averiguarlo. No podía hacer nada. Solo confiar en que el otro no intentara entrar en el cobertizo. Seguro que suponía que Dupin no tenía cobertura y no podía pedir auxilio.

De todos modos, lo más probable era que el agresor inspeccionara la zona y descubriera el coche de la policía. O quizá había alguien vigilando en algún punto de la carretera y ya había avisado de la presencia del vehículo. Eso dependía de la envergadura de lo que estuvieran tramando.

De pronto oyó un motor de coche, no muy cerca del cobertizo, pero tampoco muy lejos. Y él no había visto ningún vehículo en todo el camino. El motor siguió en marcha un rato sin que pasara nada. Luego, el coche arrancó. El comisario lo oyó débilmente, pero con claridad. ¿Qué ocurría? ¿El agresor se daba a la fuga? Algo había hecho entretanto. Después de recorrer unos metros, el coche frenó en seco. Dupin esperaba oír cómo se abrían las puertas. Pero no ocurrió nada.

De repente le sonó el móvil. El comisario cogió el aparato en un movimiento reflejo.

—¿Sí? —se apresuró a contestar en voz baja. Solo oyó interferencias—. Es una emergencia. Estoy en las salinas de Guérande. En un cobertizo. Me han disparado. Mi coche está aparcado en una carretera secundaria de la Route des Marais. Desde allí he seguido a pie por un camino sin asfaltar en dirección oeste... ¿Hola?

Confió en que la persona que lo llamaba hubiese entendido algo de lo que acababa de decir y avisara a la policía. Pero era poco probable.

—¿Hola? —repitió—. Esto es una emergencia. —En contra de su voluntad, casi estaba gritando—. Me han disparado, me...

—... solo llamaba... mesa... a las ocho.

El comisario no reconoció la voz distorsionada, aunque oyó claramente las palabras «mesa» y «a las ocho». Increíble. Tenía que ser alguien de La Palette que lo llamaba por la reserva de la noche siguiente. Tal vez Stéphane, el maître, que sabía que siempre era mejor recordarle que había hecho una reserva.

—Una emergencia policial. Por favor, llame a la comisaría de Concarneau. ¿Me oye, Stéphane?

Era evidente que el otro no había entendido una sola palabra. Pero Dupin tenía que aprovechar la conexión, por mala que fuera, mientras durara. Solo se veía una barra diminuta de cobertura. Pulsó a toda prisa la tecla roja de colgar y luego la de rellamada y el número de Nolwenn. Sonó. Dupin lo oyó claramente. Una vez. Luego se cortó la comunicación. Volvió a intentarlo. En vano. Miró con rabia la pantalla. La única barrita había desaparecido.

En ese preciso instante oyó que el coche, que había seguido todo el rato con el motor en marcha, arrancaba y se alejaba a toda velocidad.

Dupin volvió a dejar el móvil en el suelo. Tenía que controlar la pantalla. Pero no pasaba nada.

Ya no se oía el coche. Se había ido de las salinas. ¿Lo había atacado una sola persona o dos o incluso más? Si eran más de una, ¿se había quedado alguien? ¿Le estaban tendiendo una trampa?

Era muy arriesgado salir del escondite. Tendría que seguir esperando. Tenía que permanecer en esa cabaña asfixiante sin poder hacer nada. La situación aún no se había resuelto.

Eran algo más de las diez. No había pasado absolutamente nada en esa media hora interminable. Dupin se mantenía en esa posición imposible, sudando cada vez más y más, y alternando cada dos o tres minutos el brazo derecho y el izquierdo para bloquear el picaporte. Pronto comenzó a dolerle todo, después se le empezó a dormir la mano, y poco a poco también el brazo y la pierna, y en algún momento dejó de sentirse el cuerpo. De vez en cuando notaba un dolor agudo en el hombro izquierdo. Calculó que la temperatura en el interior del cobertizo superaba los treinta grados; el oxígeno parecía haberse agotado.

Tenía que salir de allí. No había vuelto a ver ni una sola barra de cobertura en la pantalla del móvil. Tenía que arriesgarse. Y tenía un plan.

Apretó el picaporte con cautela hacia abajo.

En vano. No había manera. No se movió ni un milímetro. El agresor lo había bloqueado. De ahí los extraños ruidos que había oído antes, como si alguien trasteara en la puerta. La habían atrancado desde fuera poniendo algo debajo del picaporte. Lo sacudió con todas sus fuerzas. No se movió nada.

Estaba encerrado. Y el agresor seguramente se había esfumado.

Dupin se desmoronó. Se arrastró un poco hacia la derecha y se estiró en el suelo del cobertizo. Deprimido por la situación, pero también aliviado porque el peligro inminente parecía haber pasado.

Quizá llevaba estirado un minuto, intentando que se le despertaran los brazos y las piernas y pensando en lo que debía hacer, cuando oyó un crujido. Bastante fuerte. Inequívoco. Y seguro que no era de un animal.

Había alguien fuera. Dupin recuperó rápidamente su antigua posición para asegurar la puerta. Oyó que murmuraban en voz baja. Pegó la oreja a la chapa ondulada. Se esforzó al máximo para intentar escuchar lo que ocurría fuera.

Todo siguió tranquilo durante uno o dos minutos. De repente (él se sobresaltó) resonó una voz muy fuerte en la noche:

—Le habla la policía. Está rodeado. Salga inmediatamente. Ríndase o dispararemos.

Dupin se levantó de un brinco. Y casi dio un traspiés.

—Estoy aquí, en este cobertizo —gritó, y luego aporreó unas cuantas veces la puerta—. Soy el comisario Dupin, de la policía de Concarneau. Estoy en este cobertizo. Solo. Ya no hay peligro.

Iba a gritar de nuevo, pero se interrumpió. ¿Y si era una trampa? ¿Quién podía haber avisado a la policía? Un megáfono no demostraba nada. ¿Por qué no le contestaba nadie? Por otro lado, si realmente era la policía, era lógico que sus compañeros tantearan la situación. Tenían que asegurarse de que realmente no existía ningún peligro.

De pronto, el picaporte recibió una fuerte sacudida.

—Hemos desbloqueado la puerta. Salga con las manos en alto. Y abiertas, enseñando las palmas. Y salga despacio.

Mientras había movimiento en la puerta, la voz metálica se oyó a lo lejos; eso significaba que había dos personas como mínimo.

Dupin pensó un momento y luego gritó:

—Identifíquese. Quiero asegurarme de que son policías.

La respuesta le llegó de inmediato.

—No pienso hacer nada. Salga de una vez.

Esa reacción era probablemente la mejor prueba.

—De acuerdo, voy a salir.

—Ya se lo he dicho: con las manos en alto y muy despacio.

—Soy el comisario Dupin, de la policía de Concarneau.

—Salga ya.

El tono de la voz era inflexible.

Dupin abrió la puerta. Un intenso foco de luz entró en el cobertizo, seguramente de una de esas nuevas linternas LED de la policía. Se detuvo un momento para asegurarse de que mantenía el equilibrio. Acto seguido salió sin más contemplaciones de la cabaña, haciéndose pantalla en los ojos con la mano derecha y sujetando el móvil con la izquierda.

—Necesito un teléfono que funcione. Tengo que hacer una llamada urgente.

Tenía que hablar con Lilou Breval. Inmediatamente.

—Ya se lo he dicho: las manos en alto. Yo... —La voz se interrumpió.

Al cabo de un momento, se le acercó alguien por la derecha.

—¿Qué se le ha perdido aquí? ¿Qué narices significa esto? —Era una voz femenina, un poco ronca. Agresiva, pero controlada, ni siquiera hablaba muy alto—: ¿Qué ha pasado?

Alguien cambió la intensidad de la linterna y el comisario pudo apartarse la mano de los ojos.

Tenía delante a una mujer atractiva, un metro setenta y cinco de estatura, pelo ondulado y oscuro, largo hasta los hombros, traje pantalón de color gris claro, blusa oscura y unos elegantes botines negros con un tacón considerable. Empuñaba una Sig

Sauer.

—Comisaria Sylvaine Rose, de la policía de Guérande. —Una breve pausa y luego, remarcando las sílabas—: Departamento de Loira Atlántico.

—Tengo que hacer una llamada. ¿Tienen teléfono vía satélite?

—A diferencia de la policía de Concarneau, nosotros siempre llevamos el equipo obligatorio cuando intervenimos. ¿Qué se le ha perdido por aquí? ¿Cómo se le ocurre actuar de forma tan poco profesional?

Dupin se tragó en el último momento el comentario descortés que iba a soltar.

—Yo... ¿Quién ha informado de que...? —Se interrumpió un instante—. ¿Quién ha avisado de que estaba aquí?

—Lo hemos rescatado gracias a un camarero de París. El que lo ha llamado para confirmarle la reserva de mañana por la noche. No ha entendido lo que usted le decía, pero le ha parecido oír la palabra «disparan» y, «por si acaso», ha llamado a la comisaría del distrito VI. Y los compañeros nos han pasado el aviso «por si acaso». Aún se acuerdan de usted, su salida de allí debió de ser espectacular. Y nosotros, también «por si acaso», hemos venido a echar un vistazo —dijo, y el tono de su voz cambió bruscamente—: ¿Qué hace en las salinas? ¿Cómo ha ido a parar a este cobertizo? ¿De qué va todo esto? Hasta que no me lo cuente con pelos y señales no va usted a llamar a nadie. No va a hacer nada.

Dupin se habría quedado impresionado de no ser por la rabia que había acumulado en las últimas horas y que tapaba cualquier otro sentimiento, incluso la impotencia y también el dolor que sentía en los brazos, las piernas y el hombro. Estaba furioso, enfadado con el agresor, con la situación y, sobre todo, consigo mismo. Sabía que había actuado como un perfecto idiota. ¡Quería saber quién le había disparado! ¡Quería saber qué pasaba allí! Él se planteaba las mismas preguntas que la comisaria. Pero no podía dar respuestas, solo informar de lo ocurrido. Tenía que enterarse inmediatamente de lo que sabía Lilou Breval, de lo que no le había contado el día anterior.

—Deme el teléfono vía satélite —espetó.

—No pienso hacer nada hasta que me dé una explicación.

Imposible hablar con más calma.

—Yo... —Dupin se calló. Comprendía a su colega, él habría hecho lo mismo, pero no tenía tiempo que perder—. ¿Va a retenerme? —preguntó.

—Por desgracia, no puedo. Pero voy a llevarlo ahora mismo al hospital de Guérande. Y no me apartaré ni un milímetro de su lado hasta que me lo cuente todo. No me gusta que haya tiroteos en mi zona. Hemos visto muchos casquillos de bala, seguro que ha habido mucha acción. La policía científica examinará la zona. Y espero que usted no decida entorpecer mi investigación. El alto mando se lo agradecerá.

A esas alturas ya había una docena de policías, todos armados con grandes linternas. Hacía rato que era noche cerrada. Dos coches de la policía se acercaban muy juntos por el camino, uno detrás de otro; casi habían llegado a la cabaña. Iban

con las largas encendidas y alumbraban el escenario.

Dupin pensó. Quizá debería colaborar. Aquel no era su terreno. Nadie le haría caso. No conseguiría nada solo, dependía de la comisaria. Por mucho que le doliera.

—He venido por unos bidones sospechosos en las salinas. Seguía una pista que me ha dado una periodista. Lilou Breval, del *Ouest-France*. Cuando he llegado, alguien ha abierto fuego. No he podido ver a nadie, no sé cuántos eran ni si eran más de uno. He conseguido ponerme a salvo en el cobertizo. El agresor o los agresores se han ido del lugar de los hechos hacia las veintiuna horas y treinta y cinco minutos.

—¿Qué clase de bidones?

—No lo sé. Bidones azules de plástico. Por eso tengo que hablar urgentemente con la periodista, es la única que puede...

—¿Dice que no lo sabe? ¿Se ha metido en esta situación cometiendo una grave imprudencia solo porque alguien le ha dicho que buscara unos bidones? ¿Y sin tener la más remota idea de qué se trataba? ¿Y en un departamento en el que no se le ha perdido nada?

—Tengo que hacer una llamada.

—Tiene que ir al hospital.

—¡Y dale con que tengo que ir al hospital! —Dupin volvía a estar furioso.

La comisaria Rose lo miró un momento, indecisa, luego se volvió y llamó a una policía que estaba examinando el cobertizo:

—Chadron, para la orden de búsqueda del sospechoso: una persona. Quizá varias. No tenemos datos sobre su identidad. Tampoco de su coche. Lo único que sabemos es que un vehículo salió de las salinas hacia las veintiuna horas y treinta y cinco minutos. Dirección y destino desconocidos. Es absurdo, pero dé el aviso de todos modos.

La policía aludida sacó la radio. La comisaria volvió a dirigirse a Dupin. Claramente molesta.

—Nos vamos. A mí no me gusta saltarme los protocolos importantes. Le han pegado un tiro y me encargaré de que lo vea un médico. Pienso actuar con la máxima diligencia.

—¿Un tiro?

—Le sangra el hombro izquierdo.

Dupin se tocó el costado izquierdo y agachó la cabeza. Tenía el polo empapado de sudor y agua de las salinas. Costaba distinguirlo a la luz de los faros, pero si uno se fijaba bien, podía verlo: el polo estaba teñido de un color más oscuro en el lado izquierdo que en el derecho. Y él había notado varias veces (pocas, porque la adrenalina lo había excitado al máximo) un dolor agudo, aunque no le había dado más vueltas y lo había achacado a la postura forzada en que estaba. Entonces vio que tenía el polo desgarrado en el hombro y parte del brazo. Se tocó. El dolor apareció de repente. Un dolor punzante.

—Absurdo. —Le salió del fondo del alma.

La comisaria le sonrió un instante; Dupin no habría sabido decir qué mensaje pretendía transmitirle. Luego le habló en voz muy baja, tranquila y mirándolo directamente a los ojos.

—Este es mi mundo, señor comisario. Y usted puede hacerme la vida más fácil... o más difícil. Y le aseguro que será mejor que no pretenda complicármela. —Luego, en un tono normal, añadió—: Venga conmigo.

Dupin estaba a punto de protestar cuando la comisaria Rose alzó la vista al cielo, murmuró «Hay que irse» y se dirigió a la misma compañera de antes:

—Necesito un teléfono vía satélite. Usted se quedará al mando cuando yo me vaya. Voy a acompañar al comisario Dupin al hospital. Avíseme si hay alguna novedad. Sea la que sea. Quiero enterarme de todo. De todo.

Dupin se rascó la sien derecha: era como si esas palabras las hubiera pronunciado él mismo.

La comisaria se puso en marcha hacia el último coche.

—Nos vamos.

Se había metido la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta; solo le asomaba el pulgar.

La inspectora Chadron se acercó con un teléfono que parecía un móvil de hacía quince años con una enorme antena forrada, y se lo dio a Dupin.

—Hablaré con la periodista de camino y luego me lo contará otra vez todo detalladamente —lo instruyó la comisaria Rose.

Dupin subió al coche. Las salinas debajo de un cielo negro azulado sin nubes, los montones de sal iluminados por los faros de los vehículos policiales, la luz trémula de las linternas de los policías que iban de un lado a otro... Todo aquello ofrecía una imagen surrealista.

Habían pasado muchas cosas desde que había llegado. Y el lenguado había quedado en nada.

—Necesito un café. Doble. Y un teléfono. Y deje pasar a mi inspector.

—Sigue con la tensión muy baja. Nueve con siete y seis con dos. Y el pulso a ciento cuarenta. Síntomas de estado de *shock*. Y consecuencia de la pérdida de sangre. No es una herida grave, pero tiene que...

—No estoy en estado de *shock*. Y siempre tengo la presión baja. Lo he heredado de mi padre. Necesito cafeína, eso es todo. ¿El vendaje de la herida me permitirá moverme con total libertad?

—Ahora tiene que estarse quieto.

Era la segunda vez que Dupin hablaba con el médico, un joven muy poco comprensivo que fue quien lo examinó después de una crispante espera de más de veinte minutos en el ambulatorio. La comisaria Rose se quedó fuera para hacer unas llamadas. En algún momento entró una doctora, según Dupin todavía más joven y

como mínimo igual de indiferente, que le preguntó lo indispensable y luego lo llevó por unos pasillos hasta una pequeña habitación. La bala apenas le había rozado y le había tocado superficialmente el músculo; una herida sin importancia, pero sangraba mucho. La doctora le puso anestesia local (él rechazó enérgicamente una inyección con calmantes), le desinfectó a fondo la herida, se la cosió con cinco puntos y se la vendó.

Ya era medianoche. En el trayecto hacia la clínica, el comisario había intentado localizar a Lilou Breval por teléfono vía satélite, pero siempre le saltaba el contestador automático, tanto si la llamaba al fijo como al móvil. Dupin aborrecía los teléfonos por satélite, había que dirigir la antena desplegada hacia arriba, de modo que al empezar el viaje tuvo que sentarse en una postura muy poco natural y agarrotada, mientras la comisaria circulaba a una velocidad de vértigo, y eso que había puntualizado que conducía con cuidado por consideración a su herida. Además, había que marcar mil prefijos (siempre los olvidaba), y eso sin contar con que el cielo no podía estar nublado. Entre maldiciones contra el teléfono por satélite y respuestas del contestador automático, le contó a su colega todo lo que sabía. Y eso en realidad significaba nada. La comisaria Rose no disimuló que seguía sin fiarse un pelo de él. Y parecía dar por sentado que le ocultaba gran parte de la información. Lo cierto era que, por decirlo suavemente, la historia no parecía muy creíble.

El inspector Le Ber, uno de sus dos inspectores, había salido de Concarneau tan pronto como le llegó la noticia del incidente. Dupin le tenía mucho afecto, aunque de vez en cuando tuviera salidas disparatadas. En ese momento un enfermero muy solícito anunció su llegada. El médico le indicó ásperamente, basándose en «normas claras y estrictas», que no dejara entrar al inspector a ver al «herido», y menos aún mientras él se ocupaba del «historial clínico».

—Después del *shock* sufrido y de la pérdida de sangre, debería beber mucho líquido. Preferiblemente agua o alguna infusión. Nada de café ni de alcohol.

El estado de ánimo de Dupin oscilaba entre la desesperación y la ira.

—Ya le he dicho que estoy bien. Deje pasar al inspector. Se trata de una investigación policial importante. Yo...

En el pasillo, justo delante de la sala de curas, se oyó una voz implacable.

—¡Ya basta! Es mi único testigo. Ya lo han curado, no está herido de gravedad y está consciente. Voy a entrar.

La puerta se abrió de golpe. Entró Sylvaine Rose, seguida por un enfermero con cara de resignación. La comisaria se quedó en el centro de la habitación.

—Hemos registrado toda la salina. Y no hemos encontrado ningún bidón. Ni azul ni amarillo ni rojo. Nada. Ni fuera ni dentro de la cabaña ni en los cobertizos. No hemos encontrado nada sospechoso. Los de la científica están buscando huellas que puedan haber dejado unos bidones grandes. Y huellas de zapatos, de neumático, etc. He intentado hablar con la periodista, pero no la localizo. Seguramente llevará un buen rato durmiendo.

Dupin se dispuso a protestar. Tenía que hablar con Lilou a toda costa, tenían que localizarla cuanto antes. La comisaria Rose se le adelantó y se puso a hablar como si él no estuviera en la habitación:

—Maldita sea, no tenemos la más remota idea de qué va este asunto. Aunque se lo haya buscado... han estado a punto de matar a un policía. En nuestra jurisdicción, en medio de las salinas. —De repente lo escrutó con la mirada—. ¡Usted sabía algo o se olía algo! De lo contrario no habría ido, no se habría arriesgado a que le abrieran un expediente disciplinario solo porque una amiga creía que había algo sospechoso en algún sitio. ¡No me lo creo!

No podía decirse que la comisaria hubiese hablado indignada, pero sí con mucha determinación y de prisa.

—Tiene que ser algo gordo. —Esa frase no fue una verdadera respuesta; Dupin hablaba consigo mismo mientras pensaba.

—Sea lo que sea, no voy a permitirlo. No en mi terreno. Podrían haberle disparado a un inocente.

Dupin iba a replicar (ásperamente), pero lo dejó correr en el último instante. Y se alegró de haberlo hecho. En realidad entendía a la comisaria. Muy bien.

Además, empezaba a sentirse un poco incómodo, con el torso desnudo, sucio y pegajoso, sentado en una camilla con el hombro izquierdo vendado y el manguito del tensiómetro todavía en el brazo.

—¿Sabemos ya de quién es la salina? —Se esforzó por hablar en tono de cooperación y eso pareció causar efecto.

—Pues claro que sabemos de quién es la salina en la que se ha lanzado a una emocionante aventura. Mi gente está intentando localizar al propietario. Y también hablar con el jefe de una de las cooperativas de salineros que es el dueño de las salinas vecinas. Y con la directora del Centro de la Sal, que conoce a todos los salineros. Y todas las salinas.

Dupin se fijó en una cosa que no tenía nada que ver con el asunto: el pelo de la comisaria se movía constantemente, incluso cuando ella estaba quieta. Y aunque en ese momento costara imaginarlo, las arruguitas que se le marcaban en la comisura de los labios revelaban que era capaz de reír y que, teóricamente, lo hacía a menudo.

De nuevo se oyó jaleo en el pasillo.

—Ha dejado pasar a la comisaria y ahora pienso entrar yo.

Dupin reconoció la voz de Le Ber. Había sonado muy enérgica.

—Yo no he dejado pasar a nadie, la señora ha entrado por las bravas —gimoteó una voz abatida.

Al cabo de un momento, Le Ber estaba en la habitación. Con un vaso de plástico en la mano derecha.

—Jefe, le traigo un café. Doble. Al menos es lo que ponía en el botón de la máquina. En la sala de espera hay una.

Dupin le habría dado un abrazo, cosa que en realidad nunca había hecho. Se

alegraba muchísimo de verlo. Y de ver el café. Esa era su visión preferida.

—Bien hecho, Le Ber.

Le Ber se le acercó y le dio la taza con un gesto casi ceremonial.

La comisaria Rose saludó al recién llegado con un movimiento de cabeza mínimo, pero cordial y cargado de compañerismo.

—Inspector Le Ber, de la policía de Concarneau... Un asunto inquietante.

Lo dijo en un tono distante poco habitual en él, pensó Dupin. Sería por la impresión que le causaba la comisaria.

—En efecto. Supongo que usted tampoco puede aclarar nada, ¿verdad?

—No. Solo hemos recibido el aviso de que el comisario se había visto envuelto en un tiroteo y le habían disparado.

Dupin bebió un sorbo de café, que estaba tibio y sabía a rayos. Y a plástico. No importaba. Enseguida se sintió mejor. Desde que llegaron a la clínica, se notaba la fatiga acumulada en las últimas horas. Un cansancio profundo que se le metía en los huesos. Aunque lo combatiera con todas sus fuerzas, se sentía agotado (jamás lo admitiría). Había estado implicado en otros tiroteos en París, uno mucho más violento (debajo de uno de los puentes a las afueras de la ciudad, robo de coches a lo grande), y una vez lo había alcanzado una bala, en una detención en Gare du Nord, una herida en el antebrazo mucho más grave que la actual, pero seguía siendo duro.

—¿Sabe dónde vive la señora Breval? ¿Tiene su dirección? —La comisaria Rose apoyaba la mano derecha en la cadera y había vuelto a meter la izquierda en el bolsillo de la chaqueta.

—Sí, sé dónde vive Lilou Breval. En el golfo. Cerca de Sarzeau.

Estuvo una vez en su casa, cuando el caso del hotelero asesinado.

Dupin se tomó el último trago de café, se quitó el manguito del tensiómetro y se levantó. En un primer momento se sintió mareado, todo le daba vueltas. A pesar del café. Cogió la camiseta blanca de hospital que le había dejado el enfermero. Le costó ponérsela por culpa del hombro; además, el efecto de la anestesia empezaba a disminuir. La camiseta le venía como mínimo dos tallas grande. Dupin era consciente de que le quedaba ridícula. Los vaqueros también tenían una pinta horrible, sucios y manchados de sangre, pero tanto daba.

—A una hora de aquí, más o menos. Bueno, ya podemos irnos... ahora que se ha vestido. —La comisaria no pudo reprimir una sonrisa burlona.

—Le Ber, ¿podría traerme algo de comer de la máquina? Lo que sea, galletas, una chocolatina, da igual. —No había comido nada desde el mediodía. Estaba muy bajo de azúcar.

—De acuerdo, jefe.

—Y otro café. Nos vemos en el coche de la comisaria.

Le Ber salió por la puerta justo cuando Dupin pronunciaba las últimas palabras.

—¿Sabe dónde trabaja Lilou Breval? ¿En qué redacción? —Igual que antes, en las preguntas y en las frases de la comisaria volvía a resonar cierta prisa.

—Oficialmente forma parte de la redacción de Vannes. Pero creo que la mayor parte del tiempo trabaja en su casa.

El *Ouest-France* era uno de los periódicos más importantes del país (y junto con el *Télégramme* y *Le Monde*, parte del ritual de lectura diario de Dupin). En realidad, el *Ouest-France* era el periódico del Atlántico por antonomasia: la edición cubría la costa norte a partir de La Rochelle, toda la Bretaña, los Países del Loira y también Normandía, y tenía redacciones locales en las grandes ciudades.

—Quizá uno de sus compañeros sepa en qué andaba metida su amiga. —La comisaria Rose remarcó elocuentemente la palabra «amiga».

—Lo considero poco probable.

Lilou no era de las que investigaba en equipo.

—Tiene que firmarme un documento conforme se va del hospital por decisión propia —dijo el médico, que se había mantenido al margen los últimos minutos, rellenando un formulario—. El tratamiento habitual consiste en calmantes y antibióticos para la profilaxis. —Le dio dos cajas a Dupin—. Es posible que los calmantes le provoquen sensación de aturdimiento. Otro motivo para que no consuma alcohol.

Dupin cogió las dos cajitas, se las puso en el bolsillo de los vaqueros y salió inmediatamente de la habitación. La comisaria Rose lo siguió.

Lo adelantó en el largo pasillo y se dirigió con paso firme a la salida. Había aparcado justo delante del ambulatorio de urgencias.

Dupin se paró un momento y respiró hondo un par de veces en la suave noche de verano. El hospital estaba en una pequeña elevación a las afueras de la localidad; desde allí se tenían unas vistas perfectas de la animada ciudad medieval de Guérande (el contraste con la deslumbrante luz aséptica y la nueva arquitectura funcional de la clínica no podía ser más drástico).

La comisaria ya había llegado al coche. Un gran Renault Laguna nuevo. Azul oscuro. Dupin se dirigió a la puerta del acompañante.

—Era lo único pasable que había en la máquina.

Le Ber había aparecido de la nada junto al coche de la comisaria y le dio a Dupin un paquetito de bombones rellenos de caramelo y espolvoreados con sal, y otro vaso de café.

Dupin cogió ambas cosas agradecido. No esperaba que vendieran ese tipo de golosinas en un hospital, pero la región se identificaba enormemente con el mundo de la sal. Además, tenía que reconocer que esos bombones, ese sabor dulce y amargo con cristallitos de sal, le gustaban.

—No es un lenguado, pero algo es algo —dijo en voz alta.

Le Ber lo miró frunciendo el ceño, casi parecía preocupado. La comisaria Rose ya estaba al volante y los observaba impaciente. Dupin notó que le sentaba bien tomar el aire y también la perspectiva de consumir más cafeína.

—Le Ber, intente ponerse en contacto con la redacción del periódico en Vannes.

Con compañeros de trabajo. Localice también a los colaboradores del periódico. — Dar órdenes también lo ayudaba, las cosas parecían volver un poco a la normalidad —. Pida los nombres y los números de teléfono de los compañeros que trabajan con Lilou Breval. También del jefe de la redacción. Llámelos a todos de inmediato. Y localice a Labat, que venga mañana temprano —se quedó un momento pensativo— y antes se pase por la oficina. En mi despacho hay una bolsa azul, al lado de la mesa. Que me la traiga sin falta.

Le Ber le conocía muy bien y ni se inmutó ante semejantes instrucciones. Mientras formulaba las órdenes con energía, Dupin entró en el coche de forma aparatosa a causa de la lesión en el hombro y del café que tenía en la mano.

Cuando finalmente se sentó, la comisaria Rose se inclinó hacia él cuanto pudo.

—Ahora mismo vamos a hablar con la periodista. Usted estará presente y luego... luego se mantendrá al margen. ¿Entendido? Y solo será un testigo en «mi caso». Nada más. Investigaré yo sola. Se lo digo con cordialidad y compañerismo, por supuesto.

Lo dijo con una ironía magistral, aunque sin sarcasmo, con voz dulce. Dupin se puso frenético. Pero, objetivamente, ella lo tenía todo de su parte en ese punto, las leyes y el reglamento de la policía.

Lo más sensato era callarse.

La comisaria Rose puso el motor en marcha con determinación y enseguida pisó a fondo el acelerador.

Tardaron cuarenta minutos, circulando con las luces azules y la sirena puestas y a velocidades superiores a todos los límites marcados dentro y fuera de las poblaciones, y también en las pequeñas carreteras rurales. Para alivio de Dupin, no hablaron mucho. El efecto de la anestesia se le había pasado y el dolor del hombro había ido en aumento. Se tomó un calmante, no podía permitirse ningún momento de debilidad. Y se comió cinco bombones con sal, que le sentaron muy bien.

Durante el trayecto intentó localizar muchas veces a Lilou Breval, ahora con su móvil, que por fin tenía cobertura en esa zona. En vano. La comisaria Rose lo miró un par de veces extrañamente intranquila, mucho más que antes en las salinas.

Lilou Breval vivía cerca de Brillac, a unos pocos kilómetros de Sarzeau, a orillas del golfo de Morbihan, uno de los paisajes más mágicos de la Bretaña (una verdadera maravilla de la naturaleza, en opinión de Dupin, y no era una exageración bretona). *Mor bihan* significaba «mar pequeño» en bretón: un mar interior, unido al «gran mar» (*mor braz*) por un pasaje estrecho, por el que el océano entraba y salía a diario con fuerza. Salpicado por cientos de islas y de islotes (según el nivel de la marea) con formas llenas de fantasía; solo veinte estaban habitadas. Un mar poco profundo, apenas unos metros con marea alta; con marea baja, en muchas partes apenas tenía unos centímetros de profundidad o desaparecía completamente. Entonces era visible

el lecho marino: kilómetros de arena, cieno o piedras, con surcos grandes y pequeños, bancos de arena largos de un blanco cegador y bateas de ostras y moluscos. Con marea alta daba la impresión de que las numerosas islas, llanas y muy boscosas, flotaban en el mar como barcas que alguien hubiera fondeado con cuidado en el agua. Bosquecillos románticos con nombres más románticos aún —bosque de los Suspiros, de los Amantes, de la Tristeza, de la Nostalgia—, en una fantástica combinación de verdes de tonos muy distintos que contrastaban con los azules del mar y del cielo.

Henri, un amigo de Dupin que también era un «parisino exiliado» (aunque casado con una bretona), tenía una casa en el golfo de Morbihan, cerca de Port Saint-Goustan. El comisario le había hecho una visita en junio y se quedó siete días, sus primeras vacaciones oficiales desde hacía mucho tiempo; le encantó. Desde allí fueron también al pueblo costero de Le Croisic.

El golfo de Morbihan era un mundo aparte. El océano Atlántico perdía allí su carácter terrorífico, áspero, impetuoso y violento, y se convertía en un apacible bodegón, como si la tierra suave que lo abrazaba pareciese aquietarlo. No obstante, el mar seguía allí. Y lo determinaba todo. Se disfrutaba de un clima especial, que los bretones llamaban con orgullo «mediterráneo» o «subtropical». Un clima templado, fértil, con mucho sol y una gran riqueza de flora y fauna. A Dupin le gustó especialmente que hubiera una gran reserva para caballitos de mar (los veneraba casi tanto como a los pingüinos); el caballito de mar era también el emblema del parque nacional y de la reserva biológica que protegían el golfo desde hacía años.

Una de las primeras lecciones bretonas que le impartió Nolwenn decía lo siguiente: «¡La Bretaña no existe! Hay muchas Bretañas». Los paisajes bretones eran de lo más diverso; las diferencias, los contrastes, las particularidades, las contradicciones eran muy grandes. Y a esas alturas Dupin sabía que era cierto. En esas palabras quizá radicaba el mayor y último secreto de la región. Y, para él, el golfo de Morbihan era la Bretaña del sol estival, de la despreocupación, de las magníficas regatas, de los baños agradables, de la ociosidad que incluso practicaba el mar; de hecho, lo llamaban cariñosamente «el reino de la ociosidad».

No obstante, no pudo evitar pensar también durante el trayecto en la melancólica leyenda que le había contado Henri sobre la creación del golfo. Antiguamente, allí se encontraba el bosque sagrado de Rhuys (toda la Bretaña estaba plagada de bosques sagrados), el hogar de uno de los pueblos de hadas más misteriosos, de los que se conservaban decenas de historias y nombres. Los humanos empezaron a talar árboles de forma infame en el bosque mágico, a destruir aquel reino encantado único. Y expulsaron a las hadas, que se marcharon volando. Y llorando amargamente. Les caían lágrimas y más lágrimas, muchísimas, que lo inundaron todo. En su profunda tristeza, las hadas también tiraron sus diademas llenas de polvo dorado y de ellas surgieron las preciosas islas. Tantas que había una para cada día del año. El golfo era un mar de lágrimas.

Cuando llegaron a la casa de Lilou Breval (una casa muy estrecha de piedra,

antigua y arreglada con mucho gusto), estaba a oscuras. No se veía luz en ninguna parte. Era la única construcción en un pequeño saliente, el Pointe de l'Ours, la «roca del oso». El camino de arena terminaba allí y a unos diez metros, al final del jardín, empezaba el «pequeño mar». Muy cerca.

Lilou Breval vivía sola, al menos siempre había dado esa impresión. Dupin sabía por Nolwenn que había estado casada, pero llevaba años separada. Y él nunca le había oído hablar de otro hombre. Aunque eso no significaba nada.

En cuanto la comisaria Rose frenó delante de la casa, Dupin se quitó el cinturón y abrió la puerta, antes de que parara el motor. A pesar de la lesión en el hombro (pero con un dolor punzante), salió rápido del Renault.

Lo primero que buscó con la mirada fue un coche. No vio ninguno. Probablemente habían ido para nada; al parecer, Lilou no estaba.

—Llamaremos de todos modos. Y tenga.

Dupin se volvió. La comisaria Rose estaba detrás de él. No la había oído llegar. Y le ofrecía un cargador para la Sig Sauer.

—Por si hay una emergencia —añadió ella.

Dupin dudó unos instantes. Luego empuñó el arma, cogió el cargador, lo cambió con mano experta y volvió a guardar la pistola.

Después abrió la puerta de madera del jardín, que solo estaba entornada, entró y se dirigió a la puerta principal.

Allí estuvo con Lilou Breval el día que fue a verla. Mucho rato, hasta bien entrada la noche. El jardín era un paraíso, y con marea alta daba directamente al agua. Estaba muy asilvestrado, los árboles, matas y helechos crecían caóticamente. Había magnolios, camelias, rododendros, laureles, espino amarillo... Lo que más lo impresionó entonces fueron un limonero y un naranjo enorme. Un jardín encantado. De otro mundo.

Llamó al timbre.

—Parece que no hay nadie.

La comisaria estaba justo detrás de él.

Dupin llamó otra vez. El timbre resonó estridente en la noche.

Nada. Se apartó para dar una vuelta alrededor de la casa.

—¿Lilou? ¿Hola? —gritó—. Soy yo, Georges Dupin.

—No está —dijo convencida la comisaria.

Ella también había doblado por la esquina de la casa. Dupin podía verla perfectamente porque había salido la luna; tres días antes había luna llena, ya empezaba a menguar, pero seguía alumbrando bastante.

—Deberíamos...

Le sonó el móvil. Dupin lo sacó enseguida del bolsillo derecho del pantalón. Tal vez era Lilou. O tal vez Le Ber con novedades.

Era Claire. En el coche había visto que le había llamado dos veces mientras lo curaban en el hospital. Entretanto le habían entrado dos llamadas más con número

oculto; cuando Dupin no contestaba, se desviaban al teléfono de Nolwenn en la oficina.

Tenía que responder. Claire estaría molesta porque no le había devuelto las llamadas. No sabía que estaba en plena investigación. Pensaría que no quería ir al día siguiente y que tenía miedo de confesárselo. Pero ¿qué iba a decirle?

—¿Quién es?

—Una llamada privada.

El móvil dejó de sonar.

Dupin se alejó unos pasos. Ostensiblemente. Y marcó.

—¿Le Ber? —dijo, ahogando la voz.

—¿Jefe?

—¿Ha descubierto algo? ¿Ha localizado a alguien?

—Sí. ¿Y usted? ¿Ha podido hablar con Lilou Breval? ¿Estaba en casa?

—No. Cuénteme.

—Había un redactor de guardia. No ha podido ayudarme personalmente porque no tenía mucha relación con Lilou Breval. Pero he conseguido los números de teléfono de dos periodistas de Vannes, que al parecer son amigas y podrían saber dónde se encuentra. Y el del jefe de la redacción de Vannes. Ya he hablado con él. La tiene por loca.

—¿La tiene por loca?

—Dice que pasa todo el tiempo trabajando, cito textualmente, «en proyectos disparatados», persiguiendo fantasmas. Y que la cosa va a peor y que cree que, vuelvo a citar textualmente, «está paranoica». Pero no tenía conocimiento de nada en concreto, tampoco relacionado con bidones ni con las salinas. Y ha añadido que, vuelvo a citar textualmente, no le «sorprende nada». Es su jefe desde hace solo nueve meses y la ve como mucho una vez a la semana. Y dice que nunca sabe en qué trabaja.

A Dupin lo embargó una rabia considerable. Eso era ridículo.

—Ese hombre es un perfecto idiota. Me extraña que Lilou Breval lo aguante una vez a la semana. ¿Y no tenía ni idea de dónde puede estar?

—No. No la ha visto ni ha hablado con ella desde la semana pasada. Solo sabe dónde vive. Pero no sabe nada de su vida privada.

—¿Y sus compañeras? —Dupin dio unos pasos por el jardín mientras hablaban.

—No contestan al teléfono; es muy tarde. Les he dejado un mensaje en el contestador.

—De acuerdo. Siga intentándolo. Necesitamos información.

Colgó. Y dio media vuelta.

—Mi compañero...

Se interrumpió al no ver a la comisaria.

—¿Hola?

Sin respuesta. Seguramente había vuelto al coche. Tenía razón; allí no podían

hacer nada. Decidió imitarla.

De pronto se encendió una luz en la casa. Por las ventanas de la planta baja salían al jardín unos haces de luz nítidos y claros.

—¿Lilou?

Dupin volvió corriendo a la puerta de entrada. Estaba abierta de par en par. Al cabo de un momento entraba en un espacio grande que ocupaba casi toda la planta baja y hacía las veces de comedor, sala de estar y cocina. La comisaria Rose estaba delante de una mesa de madera sobre la que había una imponente pila de libros y revistas: semanarios extranjeros, las últimas ediciones de *Time Magazine* y *New Yorker*.

Ni rastro de la propietaria de la casa.

—Maldita sea, ¿qué está haciendo?

—Intento encontrar alguna pista que nos indique dónde puede estar la periodista. Y en qué trabajaba.

—¿Cómo ha entrado?

—La puerta no estaba cerrada con llave.

Claro. Excepto en las ciudades y en las urbanizaciones turísticas, Dupin no conocía a nadie que cerrara la puerta con llave en la Bretaña.

—Esto es un allanamiento de morada, una entrada no autorizada...

No acabó la frase, se dio cuenta de que era muy curioso que precisamente él se remitiera a las normas y a las leyes. Sin embargo, esa era la esfera privada de Lilou. Tenían que hablar urgentemente con ella, cierto, pero no podían irrumpir sin más en su casa.

—No tenemos elección. ¿Acaso no le preocupa su amiga? —Por primera vez en esa larga noche, la comisaria pronunciaba una frase que no contenía ningún matiz irónico ni mordaz. Había hablado muy seria. Continuó—: Una periodista que dice trabajar en una historia explosiva le da una pista a un policía al que casi matan a tiros en la investigación preliminar... Y luego desaparece repentinamente.

Sonó brutal. Dupin notaba cierta inquietud, pero no la había interpretado desde esa perspectiva. O, si era sincero consigo mismo, quizá no había querido hacerlo. Se dio cuenta de que las palabras de la comisaria lo afectaban vivamente.

—No ha desaparecido. Lo único que ocurre es que aún no la hemos localizado. Puede estar en cualquier sitio: en casa de una amiga, de su familia..., de un hombre. Que no esté en su puesto de trabajo ni en su casa entre las veintidós horas y las dos de la noche no significa ni mucho menos que haya desaparecido. —Dupin intentó hablar con la máxima convicción posible. También para acallar su propio malestar. No acabó de conseguirlo.

—Juzgue los hechos como le parezca. Pero mientras no la encontremos, desde el punto de vista de la policía está «desaparecida». No puedo asumir otro punto de vista. Por su propio interés.

Mientras hablaba, la comisaria Rose cruzó la sala mirando por todas partes y

observando de vez en cuando alguna cosa con más detalle. De repente se dirigió hacia la escalera que conducía al piso de arriba.

—¿Qué piensa hacer?

—Voy a registrar su despacho.

A Dupin lo asaltó una idea absurda: ¿acaso la comisaria sospechaba de Lilou Breval? ¿Tal vez lo que la preocupaba no era la desaparición de la periodista? Eso también sería —objetivamente— una posible lectura: que por algún motivo le hubieran tendido a él una trampa y Lilou estuviera implicada. Por muy objetiva que fuera en teoría, esa suposición estaba totalmente fuera de lugar.

Indeciso, siguió a la comisaria al piso de arriba.

A la derecha de la escalera estaba el dormitorio, con la puerta abierta. Una cama más o menos bien hecha, cubierta con una gran colcha estampada, y una puerta estrecha en la pared del fondo. La comisaria salía de allí.

—Un pequeño cuarto de baño. Sus cosas no están. Ni cepillo de dientes ni maquillaje ni cremas.

—¿Lo ve? Se ha ido de viaje unos días —dijo Dupin.

Aunque Lilou no le había dicho que quisiera salir de viaje. Y, sinceramente, no le pareció que fuera a hacerlo cuando habló con ella. De hecho, le había dicho que iría a verlo tan pronto como él volviera de las salinas.

—¿Y si tiene una segunda residencia? —preguntó.

—¿Una segunda residencia sin un segundo cepillo de dientes?

—A lo mejor ha ido a ver a alguien.

La comisaria Rose alzó la mirada al techo.

Cruzó la habitación pasando por delante de Dupin y se dirigió al otro lado de la escalera.

Era el despacho, con ventanas grandes a ambos lados. El mobiliario consistía básicamente en una vieja mesa enorme de madera que se parecía como dos gotas de agua a la que había abajo. También estaba abarrotada. Sin embargo, lo que aquí se amontonaba en pilas inseguras eran incontables periódicos, papeles y carpetas. Solo había un gran espacio libre delante de la moderna silla de escritorio.

—Tampoco está su portátil —señaló la comisaria.

—Sorpriente... Y eso que es portátil. —Sus palabras sonaron más sarcásticas de lo que él pretendía.

Sin tomarse la molestia de replicar (y Dupin ya se avergonzaba de su respuesta infantil), la comisaria Rose empezó a examinar inmediatamente la primera pila de papeles. Él se puso a su lado y, tras dudar unos instantes, empezó también a mirar las carpetas.

Trabajaban casi hombro con hombro y en silencio. Ediciones antiguas del *Ouest-France*, también páginas sueltas; otros periódicos, *Le Télégramme*, *Libération*; artículos de internet impresos, artículos suyos impresos. Parecía un archivo cronológico, dentro de una misma pila y con respecto a las contiguas. No seguían un

orden cronológico estricto, pero sí bastante aceptable. De hecho, en las pilas más pequeñas, las que Dupin examinaba ahora, se encontraban los documentos más recientes. Sin embargo, el archivo acababa seis semanas antes; encima solo había unos pocos ejemplares más actuales del *Ouest-France* que parecían pendientes de leer. Entre las pilas había tazas vacías de colores chillones, seguramente media docena. Y tres copas de vino vacías. Todo parecía indicar un trabajo intenso. Y noches enteras trabajando.

Examinó algunos artículos de Lilou. Trataban de las cuestiones más diversas, un caos, temas importantes y temas sin mucha importancia. Una furibunda protesta de principios de marzo contra la liberalización de la pesca profesional de escupiñas en Concarneau, de la que Dupin ya estaba al tanto. Esas almejas le gustaban muchísimo, con lo cual tenía sentimientos encontrados: vacilaba entre la necesaria conciencia ecológica y la pasión culinaria, puesto que la liberalización significaba que se podrían comer más a menudo. Después descubrió un artículo de julio sobre la resistencia de la industria alimentaria bretona frente a la «invasión» de las grandes marcas. También vio notas de entrevistas centradas en el asunto. Y otro gran artículo relacionado con el tema: la guerra de la Coca-Cola. Todo el mundo bebía Coca-Cola... ¿Todo el mundo? No. En el año 2002, los bretones, los irreductibles galos, crearon su propio refresco de cola, Breizh Cola, y una parte considerable de los cuatro millones y medio de bretones consumían desde entonces el refresco con cafeína galo, incluido Dupin. Porque sabía mejor, obviamente, y también era una protesta, ¡una señal! Lo consumía tanta gente que se produjo un suceso histórico: el imperio de la Coca-Cola se lo tomó como un desafío y por primera vez en la historia de la marca ideó una operación específica para una región (¡una campaña masiva con logo propio!) para romper la resistencia del obstinado pueblo galo. Sin embargo, el resultado no fue el deseado y la solidaridad con la Breizh Cola fue en aumento. Dupin sonrió. Aquella era una de las típicas historias bretonas que había que tomarse muy en serio. Y también era una historia típica de Lilou.

—Seguro que no es muy popular entre los poderosos. A más de uno le gustaría mandarla al infierno. Todos mis respetos. Me quito el sombrero.

La comisaria Rose hizo el comentario sin dejar de revisar los papeles. Pero en sus palabras resonó un profundo reconocimiento.

—No hay nada de las últimas seis semanas —dijo Dupin, que había vuelto a mirarlo para comprobarlo.

—Qué raro.

La comisaria levantó la vista un momento, pero enseguida volvió a examinar sistemáticamente la siguiente pila. Un gesto que pareció una orden para seguir trabajando con disciplina. Dupin se sintió como a los veinte años, cuando era un novato en la policía parisina y ayudaba a los grandes inspectores y comisarios. Frunció el ceño, sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos y se concentró en los papeles.

—Los treinta y seis jabalíes muertos —murmuró la comisaria.

Esa frase suelta sonó tan cómica en medio de la habitación que Dupin estuvo a punto de echarse a reír. Recordó la repercusión que había tenido esa historia el año anterior, mientras él investigaba un caso en las islas Glénan que, una vez cerrado, aún le dio que pensar durante mucho tiempo. En realidad, no tenía ninguna gracia. Al contrario: treinta y seis jabalíes (sagrados para los bretones) habían muerto a causa de los gases venenosos que se desprendían en proceso de descomposición de las algas verdes que inundaban las playas. Lilou se centraba en las causas de las mareas verdes, ese era el trasfondo serio del artículo. En la agricultura intensiva convencional se utilizaban nitratos en exceso que iban a parar al mar y favorecían el crecimiento de las algas verdes, que luego se convertían en un grave problema. Las algas eran inocuas, incluso comestibles, pero en tierra, bajo el sol y en grandes cantidades, liberaban gases tóxicos. Un tema tremendo, con importantes consecuencias económicas no solo en la Bretaña.

—Aquí. Un artículo sobre la sal. Del año pasado.

El periódico estaba amarillento y tenía marcas redondas y arrugadas en varios sitios. La comisaria Rose puso el ejemplar de manera que Dupin también pudiera leer el artículo. La noticia era que la flor de sal de Guérande había conseguido por fin la denominación de origen protegida. En el futuro solo podría utilizar esa denominación la flor de sal recolectada a mano en las salinas del Atlántico: en Guérande, la isla de Noirmoutier y la isla de Ré. Los salineros del Atlántico habían descuidado el tema durante décadas y de repente (una de las infinitas consecuencias absurdas de la globalización) había aparecido flor de sal de la India y de China. El artículo se centraba en la impresionante recuperación en las últimas décadas de Guérande, de las salinas bretonas que estuvieron a punto de desaparecer a finales de los sesenta. Hablaba de los doscientos setenta salineros que había actualmente y de las doce mil toneladas de sal que se cosechaban al año. Y explicaba que había tres tipos de productores: independientes, cooperativas y grandes empresas, tanto francesas como del resto de Europa, especializadas en la producción de sal. Había un párrafo entero dedicado a una empresa originaria del sur de Francia, Le Sel. Dupin la conocía. Todo el mundo la conocía.

Luego leyó con mucha atención un apartado sobre la «guerra de la sal»: un conflicto entre la sal del Atlántico y la del Mediterráneo, de la que la mediterránea había salido vencedora hacía mucho tiempo gracias a la intensa racionalización de la producción y a unos precios cada vez más bajos. Si a finales del siglo XIX la sal del Atlántico tenía la mayor cuota de mercado, en esos momentos esa sal artesanal solo suponía el cinco por ciento de la producción en Francia. Desde el punto de vista global, la competencia era dura: la producción industrializada de sal de mesa en otros países europeos, así como en Argelia, Rusia y Latinoamérica, convertía la sal de la Tierra Blanca en un extraño tesoro. Por lo visto, la situación era complicada; los apasionados salineros bretones no pasaban hambre (gracias también a algunas

subvenciones), pero no lo tenían fácil. El artículo incluía unas cuantas indirectas típicas de Lilou Breval contra la gran empresa del sur de Francia, pero al final volvía a ser emotivo, celebraba con orgullo el «antiguo y magnífico arte de cosechar el oro blanco» y hacía un llamamiento para desterrar de las cocinas bretonas respetables cualquier otro tipo de sal. Citaba a dos personas: al director de la mayor cooperativa de salineros y a la directora del Centro de la Sal. Dupin cayó en la cuenta de que aún tenía la libreta de notas en el coche (el de sustitución), dentro de la guantera (con otras muchas cosas). Era una de esas pequeñas Clairefontaine que usaba para «garabatear» notas (de manera muy peculiar) desde que empezó en la academia de policía. Las libretas y las notas le resultaban imprescindibles durante un caso, no solo porque a veces tenía una memoria horrible o arbitraria, sino porque también eran un método. Al menos una especie de método, aunque él jamás habría utilizado esa palabra. En cambio, daba la impresión de que la comisaria Rose no necesitaba apuntar nada.

—Guy Jaffrezic, Juliette Bourgiot. —Dupin pronunció en voz alta los dos nombres que se citaban en el artículo para recordarlos—. Un artículo instructivo —añadió.

—Por lo menos, ahora sabemos que realmente investigaba las salinas.

—El artículo es de hace un año.

—Y sabemos con quién se puso en contacto en Guérande. Por de pronto, con esos dos. A lo mejor encontramos un artículo más actual sobre el tema.

La comisaria Rose volvió a concentrarse en las pilas de papeles. Por muy desoladores y vagos que parecieran, eran los primeros indicios que tenían.

La comisaria Rose cerró la puerta del coche con energía. Eran las tres menos cuarto. Habían estado una hora en casa de Lilou Breval. Examinaron el resto de los documentos que había en el despacho y después recorrieron otra vez todas las habitaciones.

No encontraron nada relevante. Tampoco más artículos sobre las salinas. Al parecer, aquel era el único. Por lo que pudieron ver, ningún otro artículo trataba de las salinas ni de nada que estuviera relacionado con la sal.

No encontraron pistas que permitieran suponer que Lilou Breval no hubiera hecho planes para pasar la noche en otro sitio. Sin embargo, Dupin estaba cada vez más nervioso, aunque de un modo indefinido. Intentó localizar varias veces más a la periodista llamándola al móvil. En vano.

La comisaria Rose salió tres veces al jardín para hablar por teléfono. Dupin llamó a Le Ber, que no tenía nada nuevo que contarle, solo la pregunta de si le parecía bien que pasara la noche en casa de un primo segundo que vivía en Bono (Dupin lo preguntó tres veces: «¿Bono?»). Dormir no era algo que a él le interesaba especialmente durante un caso. En general, no le interesaba. Pero no se le ocurría qué

más podían hacer a esas horas.

—Tenemos tres horas —dijo la comisaria, que hurgó en un lateral del asiento y echó atrás el respaldo. Parecía ponerse cómoda—. Descansaremos un poco. Luego volveremos a las salinas. A las seis y media empieza a clarear y quiero estar allí. Lo dejaré a usted en su coche y luego seguiré con la investigación.

Lo miró cordialmente, transmitiéndole todo el rato (a él se lo pareció) el mensaje de que no era nada personal. Esta vez (aunque lo intentó con todas sus fuerzas), Dupin no consiguió reprimirse.

—Han estado a punto de matarme, estoy implicado personalmente, no puedo limitarme a observar, no, ni soñarlo... —Se interrumpió—. Quiero decir que sería mejor que yo estuviera presente cuando hable con Lilou Breval, ya lo sabe. Confía en mí. Me dirá todo lo que sabe.

—¿Insinúa que le ocultará información a la policía si usted no está presente?

Dupin no contestó. Se hizo una larga pausa. La comisaria Rose siguió ocupándose impasible de la palanca del asiento. Bajó aún más el respaldo.

—¿Han conseguido hablar con alguien de las salinas? —Dupin lo dijo con marcada amabilidad.

—Con el director de la cooperativa. Estará allí a partir de las siete.

—¿Tiene idea de lo que ha podido pasar?

—Dice que ni la más mínima.

Tenía cierta guasa que la comisaria lo informara de tan buena gana. Dupin desconfió instintivamente.

—¿Y el dueño de la salina?

—El señor Daeron.

—¿Lo conoce?

—No.

—Pero han hablado con él, ¿verdad?

—Sí. Vive en La Roche-Bernard, a orillas del río Vilaine. A unos veinticinco minutos de las salinas. Lo hemos localizado en su casa.

—¿Y él tampoco sabía nada?

—Nada.

—¿Ni siquiera de los bidones?

—Ha dicho que en las salinas no hay bidones. Aún no hemos conseguido localizar a la directora del Centro de la Sal. En verano, los días empiezan muy pronto en las salinas, antes de que salga el sol. Con las primeras luces —por un momento, casi sonó poético— hablaré personalmente con todos.

A Dupin le pareció notarle cierto aire de suficiencia mientras lo informaba con todo detalle de unas acciones en las que él no participaría.

—Vamos a dormir un poco.

Lo decía en serio... Dupin no le había hecho mucho caso porque suponía que se trataba de una broma, evidentemente.

—¿Quiere dormir aquí? ¿En el coche?

—Si tengo que llevarlo a un hotel para que se aloje se nos harán las cuatro. Esto no es París. Y enseguida tendría que pasar a buscarlo.

Eso era cierto, pero también insólito.

—Usted también debería dormir un poco. No podemos hacer nada en estas tres horas. Le han disparado. Le sentará bien dormir un rato. ¿No ha pasado nunca una noche en el coche durante una operación?

Dupin hizo un esfuerzo por callarse.

De momento no podían hacer nada. Y descansar un poco para recuperar fuerzas sería realmente razonable. Pero se resistía. No solo porque solía dormir fatal (en circunstancias normales a veces pasaba noches enteras en vela), sino porque ahora, con tantas preguntas y pensamientos bulléndole en la cabeza, le sería totalmente imposible coger el sueño. La idea era absurda. Más aún con aquel dolor en el hombro que, a pesar de los calmantes, se le despertaba en cuanto dejaba de estar distraído pensando en otra cosa. Y sobre todo: con una persona extraña a medio metro de distancia.

Decidió salir a tomar el aire fresco de la noche. Eso siempre le ayudaba. A ordenar las ideas. A reflexionar sobre lo ocurrido. A calmarse de verdad.

—Voy a pasear un poco —dijo en voz muy baja.

En el preciso instante en que acabó de pronunciar la frase le sonó el móvil. Tardó un poco en sacarlo aparatosamente del bolsillo del pantalón. Era Claire. Sabía que volvería a llamarlo. Lo dejó sonar. Le devolvería la llamada enseguida. Y le contaría con calma lo que había ocurrido.

Abrió la puerta del coche y se dispuso a salir. Notó unos pinchazos, cinco. Tendría que tomarse otra pastilla. Se reclinó en el asiento, esperó un momento y volvió a intentarlo.

—Tenga cuidado con el canguro. Es salvaje.

—¿Qué...?

Dupin había oído claramente la palabra «canguro», pero volvió a acometerlo un dolor fuerte y punzante y no pudo seguir hablando. El dolor se extendió por todo el costado izquierdo, hasta el pie y la punta de los dedos. Se hundió en el asiento e intentó relajarse. Tendría que esperar un momento. Enseguida se encontraría mejor. Respiró hondo varias veces.

La puerta del coche estaba abierta. Todavía corría un aire suave fantástico. Hacía una noche estival perfecta, que aún no daba señales de que el final del verano era inminente. A pesar de la luz de la luna, la Vía Láctea brillaba como una cinta clara en el cielo. Un caos de destellos y parpadeos. Dupin no había visto nunca un cielo estrellado más bonito que allí, en el «fin del mundo», en determinadas noches de verano. Por encima del imponente Atlántico. Se podían ver millones de estrellas a simple vista, galaxias infinitas; era como mirar en medio del universo. Dupin se dio cuenta de que divagaba.

Había sido una noche agotadora. Disparatada. Descansaría uno o dos minutos y luego pasearía, llamaría a Claire, quizá también a Le Ber, comentarían cómo había que proceder al día siguiente, se le había olvidado hacerlo, tenía que... Pronto seguiría pensando en eso. Él...

Se durmió.

No habían pasado ni dos minutos.

El segundo día

—Otro café, por favor. Y un bollo de chocolate.

Dupin tenía hambre, por supuesto, y ya se había comido dos cruasanes, lo que en su opinión significaba que su estómago delicado tenía una buena base para neutralizar los ácidos y toleraría un poco de chocolate. Y el tercer café (por prudencia, nunca le había preguntado a su médico de cabecera, el doctor Bernez Pelliet, si la teoría de los cruasanes como antiácidos se sostenía). Dejó el móvil encima de la mesa. Había intentado localizar de nuevo unas cuantas veces a Lilou Breval. En vano.

Los primeros rayos de sol del día le caían en la cara, suaves y débiles, pero se notaban claramente. Estaba (todavía con la camiseta blanca gastada de hospital, la ropa arrugada, sucio, sin afeitarse) en la terraza de madera de Le Grand Large, en el fantástico puerto de Le Croisic, con sus preciosos edificios de diferente altura. Cerca de la plaza de Donatien Lepré. Justo donde la noche anterior quería cenar tranquilamente un lenguado, una de las especialidades de los pescadores de Le Croisic, además del langostino, la gamba de altura, las vieiras, la deliciosa lubina y el calamar.

La marea casi había alcanzado la bajamar; las lanchas descansaban perezosamente en la poca agua, de color verde oscuro y llena de algas, que quedaba en el viejo puerto, construido con piedras imponentes, ahora cubiertas de musgo; los veleros se alzaban sobre sus orzas como monumentos imperturbables del mar. Todo delante de sus narices, pero cuatro o cinco metros por debajo, de manera que solo veía una marabunta de mástiles y cables de acero. Con marea alta (a Dupin también le gustaban entonces las vistas) las barcas se balanceaban a la misma altura que los peatones y los clientes de la cafetería. El mar turquesa de la laguna, más allá del puerto, con sus bancos de arena blanca en forma de ballena, parecía una balsa de aceite, todavía soñoliento de la noche. El cielo, extenso y alto, era de un azul radiante. De un azul especialmente cristalino aquel día. Dupin pensaba desde hacía tiempo que tenía que comprar un libro sobre tonos de azul. Los bretones distinguían muchísimos. No había refrescado desde el día anterior, pero se notaba el fresco incomparable del Atlántico que a él tanto le gustaba. Y allí, igual que en Concarneau, dejaba un fuerte regusto. Más allá de las lagunas, tierra adentro, se veían nítidamente unos suaves prados verdes y, a lo lejos, las salinas. Allí le habían disparado la noche anterior. Esa mañana, sentado en ese maravilloso lugar, le daba la impresión de que solo había sido una extraña pesadilla.

Se encontraba un poco mejor. La cafeína. Aunque aún le dolía el hombro. Acababa de tomarse otro calmante. La comisaria Rose lo había llevado a Le Croisic después de una breve discusión. Ella quería dejarlo donde él había aparcado el coche la noche anterior. Y solo allí. Creía que Le Ber lo estaría esperando y lo llevaría de vuelta a Concarneau. No sabía que también había citado a Labat, su segundo

inspector. Al final, Dupin recurrió a los argumentos médicos: estaba muy bajo de presión y de azúcar. Tenía que conseguir niveles más altos. Y Le Ber necesitaba algo más de tiempo. Francamente, le sorprendió que la comisaria cediera, aunque tuvo que llamar al inspector delante de ella para que oyera cómo le daba las instrucciones pertinentes: recogerlo en Le Croisic y llevarlo hasta su coche.

Evidentemente, Dupin no pensaba volver a Concarneau ni dejar su caso en manos de la comisaria. Eso quedaba totalmente descartado. Pero en toda la noche no se le había ocurrido la manera de poder participar en la investigación. Esa mañana, mientras volvían a Guérande desde el golfo (circulando en el mismo estilo que la noche anterior, aunque sin las luces de emergencia puestas y, según Dupin, todavía más rápido), tampoco se le encendió la bombilla. Esa noche, mientras estaban en el coche delante de la casa de Lilou Breval, se durmió sin querer, un fastidio; y luego se sintió un poco avergonzado, sobre todo porque había dormido profundamente durante dos horas y media seguidas, cosa que casi nunca lograba en su propia cama. Le habría ido mejor dar un paseo, de ese modo quizá se le habría ocurrido alguna idea. Y tendría que haber llamado a Claire. Hoy era su cumpleaños. Esa noche, nada salió bien. La llamaría enseguida. Sin cafeína no se había atrevido a contarle los complicados sucesos. Y no iba a hacerlo durante el trayecto en coche con la comisaria.

Marcó el número de Claire y se acercó el móvil a la oreja. Sonó muchas veces antes de que contestara.

—Feliz cumpleaños, Claire. Yo... Lo siento, Claire. Ayer quería llamarte y...

—Pero vendrás esta noche, ¿no?

Lo preguntó cariñosamente. Dupin se sintió aliviado. Pero también le dio un poco de miedo: la pregunta era complicada. Lo mejor sería contarle detalladamente lo ocurrido. Punto por punto.

—Cuando me llamaste anoche, estaba en las salinas. Fui a... controlar una cosa. En la península de Guérande. De donde procede la flor de sal. —Evidentemente, Claire sabía de lo que le hablaba—. La auténtica, la de la Bretaña. Me habían dado una pista vaga. Una periodista que conozco. De pronto —siguió, aunque no era fácil explicarlo, ni siquiera presentando un informe sin aderezar—, así, por las buenas, empezaron a dispararme. Pero no me pasó nada, solo una herida superficial.

Dupin esperó por si Claire decía algo, pero solo oyó silencio. Acabaría su historia enseguida.

—Me curaron en la clínica. Un médico muy bueno. Luego fui con un comisario... con una comisaria... a casa de la periodista. Necesitamos toda la información que podamos conseguir, no tenemos ni idea de lo que está ocurriendo en las salinas. Pero la periodista no estaba. Y no consigo localizarla. Ahora estoy en Le Croisic. En una cafetería.

Había muchas lagunas en esa historia.

—¿Seguro que solo es una herida superficial? ¿Sangraba mucho?

Por suerte, la voz de Claire sonó compasiva.

—Sí. No es grave. En el hombro izquierdo. Ya ni lo noto —mintió Dupin.

—¿Y ahora estás en una cafetería?

—Necesitaba cafeína, ya sabes que para mí es medicinal. Y el médico me dijo que tenía que comer algo. Y beber agua. —Buscó al camarero con la mirada, ahora mismo pediría un agua—. No había comido nada desde ayer a mediodía, solo... bombones con caramelo y sal. No he podido llamarte antes. Acabo de llegar. Y en el coche... Bueno, ahora no tengo coche... Está en el garaje. No era mi coche.

—¿Y dónde has dormido?

La conversación no iba por buen camino. No había nada comprometido que explicar de esa noche. Pero a veces, por contar las cosas de manera resumida, podía dar la impresión de que sí lo había. Más aún si se intentaba conscientemente que no pareciera comprometido.

—He dormido muy poco.

—¿Dónde?

—En el coche. Delante de la casa de la periodista. No había tiempo de buscar un hotel.

—¿No tendrías que cuidarte? ¿Ir a casa? Quiero decir que el caso no es tuyo. En Guérande. Puedes irte a casa, ¿no? Y venir esta noche.

—Yo... —Llegados a ese punto, Dupin ya no supo cómo continuar—. No, el caso no es mío y está previsto que ahora mismo vuelva a Concarneau.

—¿Y dónde ha dormido la comisaria? ¿Quién es esa comisaria?

Eso tampoco era bueno.

—Yo... También en el coche. Tampoco mucho.

Aquello era un disparate. No podía seguir así.

—Quiero saber qué pasa aquí, Claire. Quién me ha disparado y por qué. Quiero atraparlo, sea quien sea. ¿Lo entiendes? No quiero que se encarguen otros. Quiero investigar yo mismo.

Se hizo una larga pausa.

—Lo entiendo, Georges, sí. —Las palabras sonaron sinceras, pero también desesperadas, como tantas otras veces—. Me esperan en el quirófano. Te llamo más tarde. Hasta luego.

—Hasta luego.

Claire colgó. Dupin se reclinó en la silla. Ahora el que estaba desesperado era él.

De repente sonó un claxon. Dos veces. Vio dos coches de la policía que se acercaban por el muelle. En el primero, naturalmente, iba Labat, haciendo gestos innecesarios y enérgicos con la mano para demostrar que lo había visto. En el segundo, Le Ber. Por extraño que pareciera, Dupin se alegró de verlos. También al inspector Labat, siempre tan diligente y con cara de crío. El comisario no lo soportaba; le ponía de los nervios desde el primer día que trabajaron juntos.

Labat aparcó muy ufano el coche oficial de la policía lo más cerca que pudo de

Dupin; Le Ber dejó el suyo a unos metros de distancia. Los demás coches apenas tenían espacio para pasar. Evidentemente, Labat también fue el primero en llegar a la mesa. Le tendió una gran bolsa de la marca Armor-Lux con gesto huraño, y Dupin se alegró tanto de verla como antes de ver a sus dos inspectores.

Se cambiaría enseguida. Un día, Dupin descubrió los polos de esa marca bretona, famosa en todo el mundo por sus jerséis a rayas (por suerte, la mayoría de las colecciones no eran a rayas). Desde entonces, iba dos veces al año a la gran tienda de Quimper y se abastecía de camisetas: su ropa habitual de trabajo y de diario. Había ido el lunes y había dejado la bolsa en el despacho.

—¿Ha aclarado oficialmente qué papel nos corresponde en la investigación? —lo increpó Labat, con su típica forma de hablar sincopada y sin saludar antes.

El asomo de alegría de Dupin se esfumó en el acto.

—Ya sabe que no estamos autorizados a intervenir en esta zona. Supongo que está todo aclarado o no me habría hecho venir.

Dupin estuvo a punto de contestarle que lo había convocado principalmente por los polos. Ahí estaba otra vez el Labat de siempre. Ni siquiera tras casarse (el año anterior, poco después de la boda de su compañero, Le Ber, como si hubiera querido igualarlo sin falta) había cambiado. Cosa comprensible si se conocía a su mujer: una robusta profesora de lucha que trabajaba en la academia de policía de Rennes, con más cara de perro aún que Labat.

Por supuesto, Dupin no tenía ninguna respuesta para el inspector. Incluso aquella reunión le acarrearía problemas si llegaba a saberse. ¿Cómo iba a explicarla?

Se levantó bruscamente.

—Vuelvo enseguida.

Antes que nada, se cambiaría de ropa.

—He hablado hace un momento con una compañera de trabajo de Lilou Breval. Ayer le dejé un mensaje.

Le Ber se había mantenido en un discreto segundo plano y hasta entonces no había desembuchado esa interesante novedad.

—¿Y bien?

—Dice que Lilou Breval seguía trabajando en el asunto de la Coca-Cola. Y también en el tema de las salinas, aunque no sabe qué le interesaba realmente. Lilou Breval la llamó anteayer para decirle que pasaría por la redacción el jueves por la tarde, es decir, hoy, para arreglar unos asuntos. Y que quería hablar con ella. Pero no le dijo de qué. No le notó nada raro. Las dos hablan una o dos veces a la semana. Tampoco sabe dónde está la señora Breval, pero sabía que últimamente va de vez en cuando a la casa que heredó de sus padres, que murieron hace unos años. También está en el golfo, pero en el otro lado, a orillas del pasaje, en el cabo de Kerpenhir.

Dupin lo recordaba: fue una vez con Henri. Un lugar fantástico. A la derecha, vistas sobre el mar abierto; a la izquierda, el golfo; enfrente, el precioso puerto de Navalo. La corriente era muy fuerte allí, podía alcanzar los veinte kilómetros por

hora, masas gigantescas de agua, doscientos millones de metros cúbicos de agua entrando y saliendo.

—No tenía el número de teléfono de la casa. Y no hemos conseguido encontrarlo. En ninguna guía. ¿Enviamos a alguien para averiguar si está allí?

—Por supuesto. Inmediatamente.

—Tenemos que informar a la comisaria Rose, nosotros no podemos hacerlo — irrumpió Labat.

Dupin notó que se estaba poniendo furioso. Sin decir nada, se dirigió a la entrada del café y desapareció antes de liarla.

Los servicios eran pequeños. Olía a lavanda, un aroma intenso, era como estar en medio de un campo de lavanda en el corazón de la Alta Provenza (uno de esos ambientadores concebidos para espacios muy grandes). Sería un numerito cambiarse allí dentro con el hombro vendado. Puso la bolsa encima del minúsculo lavabo. En ese preciso instante le sonó el móvil. Un número oculto. Contestó. Cualquier cosa podía ser importante en esos momentos.

—¡De eso nada! ¡Ni hablar! —rugió una voz.

Por desgracia, Dupin la reconoció al instante. Era el prefecto. Guennegues, un nombre que, en su quinto año de servicio en la Bretaña, seguía siendo incapaz de pronunciar. Y el nombre no era ni la mitad de terrible que la persona. Las relaciones del comisario con sus superiores solían ser tensas (cuando estaba en la policía de París, eso le hacía la vida imposible y lo metía constantemente en serios líos), y a eso se sumaba una franca y profunda antipatía personal en el caso de Guennegues. El prefecto estaba al tanto de todo, evidentemente. Alguien le habría explicado con todo detalle el «comportamiento incorrecto» de Dupin.

—No pienso tolerarlo.

Conocía los sermones de su superior. Eran monólogos. Largos y acalorados. Había que mantener el teléfono alejado del oído y esperar a que bajara el volumen.

—Usted se queda, por supuesto. ¡Participará en la investigación en igualdad de condiciones con la comisaria Sylvaine Rose! Con la misma autoridad. Me he ocupado de ello personalmente. ¡Faltaría más!

Dupin no estaba seguro de haber entendido bien las palabras del prefecto.

—Pero de momento tendrá que renunciar a sus dos inspectores.

Dupin no daba crédito a sus oídos.

—¿Dupin? ¿Hola? ¿Sigue ahí? ¿Ha oído lo que le he dicho?

—¿Quiere decir que sigo en el caso?

—Por supuesto, comisario. No estoy dispuesto a tolerar otra vez las impertinencias de Edouard Trottet. Lleva décadas comportándose de manera infame. Es inconcebible que no haya dimitido hace tiempo. Una vergüenza para las prefecturas de toda Francia.

Dupin tuvo la sensación de que la lavanda le nublaba los sentidos.

—¿La comisaria Rose y yo vamos a investigar en igualdad de condiciones?

—Por supuesto. Yo personalmente...

A Dupin no le hacía falta saber nada más. Ciertamente, le habría gustado enterarse de por qué intervenía el prefecto y de cómo había conseguido ese pequeño milagro. Pero seguro que era una historia muy larga y le pondría la cabeza como un bombo. Y tenía mucha prisa. Hacía rato que la comisaria Rose estaba en las salinas. Le cortó la palabra.

—Yo... ¿Hola? No le oigo, señor prefecto.

Habló deprisa y mecánicamente, sin esforzarse en simular que había interferencias como solía hacer por educación. Y colgó. Increíble. Por un momento no estuvo seguro de haber obrado sensatamente: quizá el prefecto tenía cosas que decirle de las que le convendría enterarse. Pero ya las sabría más tarde.

Dupin guardó el móvil en el bolsillo del pantalón, se puso uno de los polos azul oscuro nuevos (había comprado cinco iguales), cogió la bolsa y salió inmediatamente de los servicios.

Estaba preparado para entrar en acción. Y, sobre todo, se sentía en condiciones.

Le Ber y Labat habían pedido un café y se lo tomaban en silencio. Parecían (con motivo) cansados. Además, Labat seguía con cara de mal humor.

—Acabo de aclararlo todo con el prefecto. Los dos comisarios investigaremos en igualdad de condiciones.

Ambos levantaron rápidamente la cabeza hacia Dupin.

—¿Y nosotros?

Labat ponía a veces una cara de niño absoluta. De niño pequeño y terco, al que nadie le hacía caso.

—Usted se queda aquí, preparado para lo que sea. —Quedarse en Le Grand Large no supondría ningún peligro—. Hay mucho que hacer.

Dupin prosiguió enseguida para que Labat no tuviera ocasión de preguntar ni de decir nada antes de que él se marchara de la terraza. Casi lo había conseguido.

—Le Ber, usted me llevará a las salinas. Ahora mismo. Hablaremos en el coche.

Las protestas y los gruñidos de Labat le entraron solo por un oído.

Reconoció a la comisaria Rose desde lejos. Estaba al lado del pequeño cobertizo donde se había quedado encerrado. Volvía a haber muchos policías. Incluidos los de la científica, esta vez a la luz del día. Y la inspectora Chadron de la noche anterior, una pelirroja con una trenza larga y ojos brillantes. Dupin vio cuatro coches en la pequeña carretera, entre ellos el flamante Laguna de la comisaria. Habían acordonado también esa zona. La comisaria había hecho un buen trabajo. Él habría hecho lo mismo. Exactamente igual.

Pasó por el lugar donde se había lanzado a la balsa que quedaba a mano derecha. En la que se había atrincherado. Allí probablemente lo había alcanzado la bala. Le sorprendió una sensación extraña al volver a ese lugar. Notó una especie de indignación, una especie de ira y rabia nítida por lo que había ocurrido.

Se quedó un momento absorto en sus propios pensamientos. La comisaria Rose se

le acercaba, ya casi había llegado hasta él.

—Lo hago en contra de mi voluntad. Espero que le quede claro.

Igual que el día anterior, la comisaria consiguió pronunciar las palabras en el tono jovial de quien informa con la mejor intención, un tono que se contradecía totalmente con el contenido de las frases.

—Me queda claro.

Dupin se esforzó por dar una respuesta lo más neutra posible. Y ahí lo dejó. No sería sensato empezar la «colaboración oficial» con provocaciones.

—Hemos vuelto a inspeccionarlo todo. Especialmente los tajos. No hemos encontrado ninguna huella en la hierba seca que hay alrededor.

Dupin le dirigió una mirada interrogativa.

—Los tajos están junto a las balsas de evaporación, alrededor del cobertizo, es donde se amontona la sal.

—¿Y alrededor de las balsas?

—También está muy seco, el barro del suelo está agrietado. Huellas parciales, bastantes; distintas pisadas, bastantes. La mayoría son de zapatos a partir del número cuarenta. Quizá también más pequeños. Quizá de zapatillas deportivas. Podrían ser huellas de las últimas semanas, del señor Daeron y de los trabajadores. Hasta ahora, ninguna huella dactilar útil; han buscado en los cobertizos y en la cabaña. Hemos encontrado balas suyas y del agresor. Del mismo calibre, nueve milímetros, pero distinta munición. Ruag, muy común. Los primeros análisis de balística señalan el uso de una sola arma por parte del agresor. O de los agresores.

A Dupin se le ensombreció la cara al oír la palabra «agresor». La comisaria Rose no pareció darse cuenta, le informaba sin dejar de mirar alrededor, como si quisiera observar hasta el más mínimo detalle, aunque no hablaba en absoluto distraída.

—Con las huellas de neumáticos ocurre lo mismo que con las de pisadas... Difícil en este suelo. De momento, nada relevante. Y sobre todo, no hay huellas que indiquen la presencia de objetos pesados redondos. Ni rastro de bidones. La verdad es que no tenemos más información que anoche.

—Una compañera de Lilou Breval tiene constancia de que de vez en cuando se instala en casa de sus padres. En el golfo, cerca de Sarzeau. Uno... Uno de mis inspectores tiene la dirección.

Dupin vio que la comisaria Rose torcía levemente el gesto.

—Tendría que pedirle a la policía de la zona que enviara a alguien a echar un vistazo. Yo no he hecho ninguna gestión, naturalmente. No tenemos el número de teléfono de la casa —se apresuró a añadir—. Por desgracia, la compañera no sabía en qué estaba trabajando Lilou actualmente.

Estaban empatados. Habían intercambiado toda la información. Al menos, en eso confiaba Dupin.

—Yo...

Lo interrumpió un claxon. Y se alegró.

La comisaria Rose se apartó de él inmediatamente y se dirigió hacia la carretera. Sin darse la vuelta, dijo:

—El dueño de la salina, Maxime Daeron. Ha llamado hace poco.

Dupin se quedó quieto, esperó un momento y sacó el móvil. Habló tan bajo como pudo.

—¿Todo bien, Le Ber?

—¿Jefe?

—¿Ha hablado con la policía del golfo?

—Casi no le oigo... No, todavía no. Ahora mismo lo hará Nolwenn. Yo quería hablar antes con usted. Labat tiene razón, puede que no sea una buena idea. Yo...

—Déjelo correr. Ya se ocupa la comisaria Rose.

Colgó antes de que Le Ber tuviera tiempo de decir nada. Y miró a Rose, que estaba a menos de diez metros de distancia, hablando también por teléfono. Sin duda impartía órdenes. Por lo visto, igual de breves y concisas, puesto que enseguida volvió a guardarse el móvil en el bolsillo de la chaqueta y se puso en marcha hacia la carretera. Dupin la siguió. De vez en cuando volvía a tener la desagradable sensación de ser un simple ayudante.

Delante del coche de Dupin (del vehículo de sustitución) había un Citroën Crosser verde oscuro y dos hombres. Uno de los dos policías que bloqueaban la carretera se les acercaba a buen paso.

—Yo me encargo, gracias —se le adelantó la comisaria Rose.

Andaba con mucha elegancia y tranquila, esta vez con la mano izquierda en el bolsillo de los pantalones. No obstante, Dupin se las vio y se las deseó para no quedarse atrás. Uno de los dos hombres se acercó a ella.

—Estoy muy preocupado. ¿Qué ha pasado exactamente en mi salina, señora comisaria?

Ese debía de ser Maxime Daeron. Un hombre alto, seguramente de un metro noventa de estatura, con pantalones de color beige y grandes bolsillos en las perneras, y una camisa informal de lino negro con los tres botones de arriba desabrochados. Tenía una barbilla muy peculiar, alargada, estrecha y angulosa; labios carnosos, frente ancha y despejada, el pelo negro, largo y con algunas canas, y unas cejas pobladas y negras por encima de unos ojos oscuros que parecían ser todo pupilas. Dupin calculó que rondaba los cincuenta y pocos.

—¿Se sabe ya algo? —hablaba con voz profunda y fuerte. Sin esperar la respuesta, se volvió un momento hacia el otro hombre, que acababa de reunirse con ellos—. Este es mi hermano, Paul Daeron, copropietario de las salinas.

Saltaba a la vista que Paul Daeron era el hermano mayor, pero no se parecían en nada. Era más corpulento y como mínimo un palmo más bajo. Tenía una cara redonda y bonachona, y el pelo corto y de punta, cortado a cepillo. Sus facciones delicadas no acababan de encajar en el conjunto de su imagen.

—Socio pasivo. A mí no se me ha perdido nada en el negocio de la sal. —Tenía

una voz un poco más aguda que su hermano, y hablaba y parecía preocupado—. Me dedico al sector porcino. No queremos problemas. Esperamos que el asunto se aclare pronto. Les ayudaremos en todo lo que podamos.

Dio la impresión de que se sentía obligado a pronunciar esas frases.

—¿Salinas? ¿Ha dicho «salinas»?

La comisaria Rose dirigió la pregunta a Maxime Daeron.

—Tenemos cinco salinas. Pero aquí, solo esta. Las otras están un poco lejos, en el sur, en dirección a Kervalet.

—Lamentablemente, aún no sabemos lo que ha ocurrido. Nos avisaron de la presencia de unos bidones sospechosos en su salina, unos bidones de plástico azul. Durante la inspección de la zona, dispararon al policía que se encargaba del reconocimiento. —Rose se interrumpió un momento y señaló a Dupin—. El comisario Dupin, de la policía de Concarneau. Investiga el caso con nosotros. Esperamos su colaboración. Al fin y al cabo, la salina les pertenece.

Dupin se quedó impresionado sin poder evitarlo. Ni un solo verbo en subjuntivo, ni un comentario vago, todo en indicativo, directo. Igual que lo habría formulado él. Pero le había tocado el papel de testigo mudo. Una situación extraña.

—Cosechamos los tajos hace tres días. La sal gruesa por la mañana y la flor de sal por la tarde. Anteayer dejé entrar agua nueva. Para la última cosecha de este año. La temporada se acaba. Pronto cambiará el tiempo. —Daeron miró un momento el cielo—. No he vuelto desde entonces, tampoco mis trabajadores. Cuando el sol y el viento son constantes, no intervenimos; no hace falta corregir el nivel del agua.

Estaban en medio de la pequeña carretera, también poco transitada de día.

—Nosotros no usamos bidones en nuestras salinas. Ni siquiera para almacenar la sal. Solo se me ocurre una cosa: por lo que he oído, hay unos cuantos productores de la cooperativa que últimamente trabajan. Pregunte allí —Daeron pronunció las últimas frases con un desprecio que no intentó disimular—. La sal de alta calidad no se puede almacenar en recipientes herméticos porque siempre conserva un importante resto de humedad que se depositaría rápidamente en el fondo. Sobre todo si son de plástico. Si había un bidón en mi salina es porque alguien lo dejó sin permiso. ¿La han examinado a fondo?

Maxime Daeron tenía una voz fuerte, aunque sin ser autoritaria, y hablaba con cara seria, sincera y concentrada. Y ladeaba un poco la cabeza.

—¿Cuándo estuvieron por última vez en esta salina, usted o uno de sus trabajadores?

La comisaria Rose tenía ahora las dos manos en los bolsillos de los pantalones.

—Anteayer por la mañana. Yo solo. Desde las seis y media hasta las ocho. Para trasegar agua a las balsas de evaporación y regularla.

—¿Y puede asegurar que ninguno de sus trabajadores ha estado aquí desde entonces?

—No tenían ningún motivo para venir. Pero lo preguntaré, naturalmente.

Maxime Daeron parecía muy tranquilo.

—¿Cuántas personas trabajan para usted?

A Dupin, las preguntas sistemáticas de la comisaria empezaban a parecerle un poco mecánicas.

—Seis en total. En las salinas, solo dos hombres y una mujer.

—¿Podría haber algún motivo para que alguien, además de usted y sus trabajadores, viniera a esta salina? ¿Quizá para transportar la sal?

—No, solo nosotros. Soy «independiente». Yo me encargo de todo: producción, transporte, almacenamiento, envasado, comercialización y distribución. Todo depende de nosotros.

—¿Hasta dónde llega la salina?

La comisaria preguntaba a un ritmo que impedía que Dupin hiciera preguntas si no quería interrumpirla bruscamente. Paul Daeron asentía de vez en cuando con la cabeza para subrayar determinadas palabras de su hermano, pero no daba muestras de querer participar en la conversación.

—Estamos casi en un extremo. Ahí delante —Maxime Daeron señaló vagamente en dirección a la Route des Marais— limita con la de Guy Jaffrezic, un salinero de la cooperativa. A unos cien metros.

Dupin recordaba ese nombre. Era uno de los salineros que Lilou Breval citaba en su artículo. A Daeron, no; pero a Jaffrezic, sí. El hecho de que su propiedad lindara con la salina en la que había ocurrido todo era una coincidencia interesante.

—¿Lo conoce bien? —Rose mantenía el ritmo de las preguntas.

—Aquí cada uno va a lo suyo. Y como ya le he dicho, él está en una cooperativa. Es el jefe desde hace unos años. De la cooperativa y de no sé cuántas asociaciones de Gwenn Rann.

Dupin se había dado tanta prisa por llegar a las salinas que, lamentablemente, se había olvidado otra vez de ir a buscar la libreta de notas al coche.

—¿Y no tiene ni idea de quién pudo venir anoche? ¿No sabe para qué se usan los bidones que había en su salina? ¿Qué producto ilegal podían contener?

La recopilación de preguntas de Rose sugería mucho y sin el menor disimulo. Y provocó que Paul Daeron interviniera.

—¿Por qué iba a saberlo mi hermano? Pues claro que no tiene ni idea. Me llamó ayer por la noche. Justo después de que lo llamara la policía.

Esta vez, la voz sonó mucho más suave que antes. Protectora.

—En Guérande no usamos aditivos. Nada de productos químicos —dijo Maxime Daeron—, ni uno. Si es a eso a lo que se refiere. Tampoco hay máquinas ni ordenadores ni tecnología. Lo hacemos todo a mano, con herramientas antiguas. Todo depende del salinero, de su conocimiento del oficio. Y del mar, el sol, el viento, el terreno.

Pronunció las palabras sin ningún dramatismo.

—Y en lo que respecta a los bidones, ¿solo se le ocurre la cooperativa?

—Solo.

—¿Para qué los usan?

—Creo que para el transporte. No lo sé...

Dudó un momento. Por primera vez parecía indeciso. Y eso contrastaba mucho con el aplomo que había mostrado hasta el momento.

—El verano pasado —prosiguió después de la interrupción—, un par de veces nos dio la impresión de que había entrado agua en la salina de noche. Agua dulce. Los niveles de agua nos parecieron distintos. Solo un poco. Y también la concentración de sal. Perdimos la cosecha en unas cuantas balsas.

—¿Y eso qué significa?

Dupin se enfadó consigo mismo por hacer una observación tan ingenua.

—Todo depende de la concentración de la sal en los tajos. Si es muy alta o muy baja, se pierde la cosecha. Tiene que ser de unos 280 gramos por litro. Entonces cristaliza. Pero no estábamos completamente seguros. No es fácil determinar los niveles del agua. En realidad, es pura especulación. Solo lo digo porque ustedes han preguntado.

Tampoco ahora parecía hablar retóricamente.

—A nadie le gusta creerlo, pero conozco el mundo de los negocios. Hay gente capaz de todo —al hermano mayor se le notó que consideraba importantes esas frases—, eso no puede negarse. Son cosas que pasan.

—¿Quiere decir que es posible que alguien trajera agua dulce en bidones para disminuir la concentración de sal y sabotear la cosecha?

Sonaba ridículo, pero Dupin vio por primera vez la posibilidad de relacionar las salinas, la producción de sal, los bidones y un delito (al menos, algo que tuviera que ver en cierta medida con un acto delictivo).

—¿No sería más fácil abrir las compuertas y dejar que entrara el agua?

—Llamaría mucho la atención. Se notaría enseguida que el nivel del agua había cambiado. Si es agua dulce, hay que añadir menos.

—También podría ser —Dupin frunció el ceño— que los bidones contuvieran otra cosa, ¿no?

Daeron lo interrogó con la mirada.

—Me refiero a sustancias que hagan que la sal se vuelva, digamos, inservible. Incomestible.

Al fin y al cabo, esa era otra posibilidad de sabotaje. A Dupin no le parecía una idea descabellada.

—Nuestra sal se somete a controles rigurosos. —En la voz de Daeron había cierto deje de indignación—. Todas las cosechas de todas las salinas. Por un laboratorio independiente. Siempre dos veces. Un sistema garantizado por partida doble. En toda la región de Guérande.

Dupin se refería a otra cosa. La comisaria intervino:

—Examinaremos a fondo el agua de las balsas. Ya estamos en ello.

A Daeron no parecía interesarle mucho la idea. Miraba su salina.

—¿Dónde dicen que estaban los bidones? ¿En qué balsa?

—Creemos que cerca de la cabaña de madera.

Dupin contestó muy deprisa, como un alumno que por fin está seguro de una respuesta.

—Ahí están los cristalizadores. Justo delante. —Daeron frunció el ceño.

—¿Y no tendría sentido echar agua dulce en las otras balsas? Quiero decir, para manipularlas.

Dupin no tenía ni idea de cómo funcionaba una salina. Parecía complicado.

—No. Eso se podría compensar fácilmente, los distintos tipos de balsas están separados mediante compuertas. —Daeron se quedó pensativo un momento; luego, esforzándose claramente por ser preciso, prosiguió—: El agua de las mareas abastece las salinas a través de un extenso sistema de canalización. Llenamos las primeras balsas de acumulación, los esteros, con agua procedente de los grandes canales y, a partir de ahí, varias balsas intermedias, unas después de otras. Y desde ahí trasvasamos agua cada quince días a las primeras balsas de evaporación. A los lucios.

—¿Eso fue lo que hizo el martes por la mañana? Quiero decir aquí, en la salina.

Dupin tendría que haber ido a buscar la libreta de notas. Aquello era un lío. Demasiadas balsas. Demasiada (quizá) información importante.

—Exacto. Desde allí, el agua circula a través de otras balsas hasta el centro de la salina, donde están los tajos, los cristalizadores. De una balsa a otra, el agua es cada vez menos profunda y se calienta hasta los treinta y ocho grados. Hay un ligero desnivel que permite que el agua fluya; el viento y el sol se encargan de que la evaporación sea continua. De ese modo aumenta la concentración de sal en el agua. Hasta que cristaliza en los tajos.

—¿Y ahí es donde unos bidones de agua dulce lo estropearían todo?

Dupin era consciente de que ya habían tocado ese punto. Pero le costaba entenderlo.

—En efecto. Siempre estamos pendientes de un hilo. Una noche de lluvia intensa se lleva por delante el trabajo de semanas. Lo mismo ocurre si no hay bastante sol ni viento. O si cometemos un error con la cantidad de agua. La cosecha se pierde. El año pasado, la temporada acabó a mediados de agosto; no hacía más que llover. Y quedaban seis semanas. Un tercio de la época de cosecha. Fue un desastre.

—Analizaremos también la concentración de sal. —El tono en que habló Rose dejó claro que ya habían tratado suficientemente ese tema y que Daeron podía estar seguro de que investigarían todas las pistas, por insignificantes que fueran. Luego prosiguió—: ¿Quién podría estar interesado en destruir su cosecha, señor Daeron?

El salinero frunció el ceño. Luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nadie. En realidad, nadie. En serio, no puedo imaginar algo así.

—¿No se le ocurre nadie? Piénselo bien.

—No. No se me ocurre nadie.

—¿Tiene alguna arma, señor Daeron? ¿De nueve milímetros?

—Nunca he tenido armas.

—¿Dónde estuvo anoche entre las ocho y media y las diez?

Rose lo miraba directamente a los ojos.

—Estuve recolectando hasta las ocho en una de las otras salinas; luego me fui a casa. Vivimos en La Roche-Bernard. Mi mujer estaba en casa, cenamos y luego me dediqué un rato al trabajo de oficina. Acababa de acostarme cuando me llamó la inspectora.

Dupin contaba con que la comisaria seguiría presionando a Daeron y también con que le hablaría de Lilou Breval, pero de pronto, así, sin más, se apartó de él.

—¿Y usted, señor? ¿Dónde estaba usted a esa hora? —La comisaria se dirigió de repente a Paul, que se sobresaltó levemente. Al parecer, no se esperaba la pregunta.

—Yo... estaba en Vannes. En mi empresa. Cerca de Vannes... Teníamos visita. Una degustación de productos. Clientes importantes... Lo hacemos a menudo. Se hizo tarde. Medianoche.

—¿Lo confirmarán los clientes?

Paul Daeron volvió a parecer sorprendido.

—Por supuesto.

—La inspectora Chadron le pedirá los nombres de todas las personas que puedan confirmar su declaración sobre lo que hizo anoche.

Maxime Daeron parecía nervioso de repente.

—¿Puedo echar un vistazo a mi salina? ¿Al sitio donde pasó todo?

Dupin estuvo a punto de mirar a Rose para ver qué respondía, pero al final se adelantó a la comisaria:

—Le acompaño. Comuníquenos cualquier cosa que le resulte extraña. Aunque parezca insignificante. No importa.

Por prudencia, Dupin tampoco miró entonces a la comisaria. Sin embargo, ella protestó:

—Es el escenario de un crimen, no...

El móvil de Dupin sonó en mitad de la frase.

Nolwenn. Había intentado hablar con ella varias veces en el camino desde Le Croisic, pero comunicaba todo el rato. Dudó un momento, luego se alejó unos pasos y contestó. Esa mañana, la cobertura en la Tierra Blanca era impecable, al menos en la carretera.

—Hay que localizar urgentemente a Lilou Breval. Esto no tiene ni pies ni cabeza. Quiero que la llame cada cinco minutos, Nolwenn. Alguna vez contestará. Y tiene que haber alguien que sepa dónde se ha metido.

Mientras hablaba, Dupin empezó a andar por la carretera en dirección a la Route des Marais. El sol matutino hacía que las balsas, grandes y pequeñas, resplandecieran

a derecha y a izquierda; era de esperar que la brisa que se había levantado la noche anterior diera paso a otro día de calor sofocante. Aunque el paisaje y su belleza se perfilaban ahora mucho más reales, Dupin seguía sintiéndose raro en la Tierra Blanca, extrañamente aturdido, como si ese mundo singular aceptara las visitas solo de mala gana.

—Si Lilou no se lo ha inventado, en las salinas había bidones que no deberían haber estado. Con algo dentro que no deberían contener. Y los bidones no estaban aquí por casualidad. Y no eligieron las salinas porque sí. Hay lugares más solitarios para ocultar chanchullos ilegales —se pasó la mano por el pelo—, aunque esto es muy solitario de noche.

Cuando se enfrentaba a sucesos confusos, las conversaciones con Nolwenn solían servirle para aclararse, para explicárselos de otro modo, para sacarles punta. Sin embargo, esa vez no funcionó ni por asomo.

—Solo conozco a Lilou Breval por sus artículos, pero la considero una persona digna de crédito y que investiga a conciencia —dijo Nolwenn con énfasis—, y no le tiene miedo a nada ni a nadie. Inspeccionen a fondo las salinas. Seguro que hay algo.

—Ni siquiera sabemos si ella ha visto los bidones o le han hablado de ellos, si solo eran suposiciones.

De pronto pasó una furgoneta a una velocidad claramente excesiva, haciendo saltar piedrecitas a más de un metro de distancia que alcanzaron a Dupin en la pierna y en la cadera.

Dudó un momento, pero acabó preguntando. Hacía rato que quería hacerle la pregunta.

—Eh... En cuanto al prefecto... ¿Sabe qué...?

—Los dos prefectos se llevan como el perro y el gato, una vieja enemistad que han alimentado a conciencia... Me pareció de todo punto necesario recordarle a nuestro prefecto que el prefecto Trottet haría por sistema todo lo posible por excluirlo a usted y al Finisterre de la investigación. Y que con ello lo excluiría a él expresamente.

Dupin ya sospechaba que Nolwenn tenía algo que ver con el milagro. ¿Quién, si no?

—Gracias, Nolwenn.

—Atrape al criminal, comisario. Es inadmisibile. A un comisario de Concarneau no se le dispara.

La indignación le salió del alma, puso todo su carácter en esas palabras. Por eso Dupin la quería tanto.

—No se olvide de que hoy tiene que ir a París, ¿de acuerdo? El cumpleaños... Le ha llamado muchas veces. Pero no ha dejado ningún mensaje.

Nolwenn lo dijo con cariño.

—Lo sé. Yo...

Decidió cambiar de tema.

—Necesito saber otra cosa urgentemente... Lilou Breval escribió un artículo largo sobre las salinas en junio del año pasado. ¿Podría averiguar si ha publicado más artículos sobre Guérande? Sobre la sal, los salineros... Sobre la competencia entre la sal del Mediterráneo y del Atlántico... Busque también artículos suyos sobre otros temas en los que mencione las salinas. Por lo que sea. Y también necesito todos los artículos sobre las salinas publicados por el *Ouest-France*, no solo los de Lilou. De los últimos años. Y también del *Télégramme*.

—Eso está hecho.

Nolwenn colgó (nadie colgaba más deprisa que Dupin, excepto Nolwenn).

Dupin dio media vuelta. Había recorrido medio kilómetro y en algún momento había torcido por un camino secundario. Por todas partes las mismas vistas que en la salina de Daeron. Volvió lentamente sobre sus pasos con el ceño fruncido.

Ni rastro de Daeron ni de la comisaria Rose. Solo vio a los dos policías que controlaban la carretera.

Torció hacia la salina de los Daeron. La inspectora Chadron estaba a medio camino en dirección a la cabaña; saltaba a la vista que lo estaba esperando.

—La comisaria Rose me ha pedido que le informe.

La expresión de su cara era neutral. Y también el tono de su voz. Como si hubiera estudiado mímica y voz en la escuela de Rose.

—Me ha encargado que le dijera que no quería interrumpir su conversación privada, pero ha estimado oportuno continuar con la investigación.

Dupin estaba demasiado perplejo para contestar.

—Ha ido a ver al señor Jaffrezic. Reúnase allí con ella. En la sede central de la cooperativa. En los almacenes. Si va por la Route des Marais en dirección a la ciudad de Guérande verá las indicaciones; está a unos dos kilómetros.

Increíble. La comisaria había pasado hacía un momento por la carretera. Era el único camino.

—Ya hemos aclarado si algún trabajador de Maxime Daeron estuvo en la salina después del martes por la mañana: por lo visto, ninguno. Al menos según las declaraciones de las personas a las que hemos interrogado. Evidentemente, lo comprobaremos —seguía hablando con voz neutra—. La comisaria Rose quería que supiera ante todo que una vecina vio anoche a Lilou Breval cerca de la casa de sus padres, en el golfo. Hacia las veintitrés horas. Nuestros agentes han estado allí. Acaban de informarnos. No han encontrado a la señora Breval esta mañana, pero en cualquier caso estuvo allí anoche. La vecina no vio nada raro. La señora Breval estaba sola... La comisaria Rose ha dicho que puede estar tranquilo.

Dupin no estaba seguro de si Chadron había pronunciado la última frase con un ligero retintín. Además, la que estaba intranquila era la comisaria, más que él, seguro. Aunque, si era sincero consigo mismo, él también se sentía aliviado. Mucho.

Sin hacer ningún comentario, dio media vuelta y retrocedió a paso rápido. Sacó el móvil mientras caminaba, llamó a Le Ber (que lo había llevado a las salinas y había

vuelto de inmediato a Le Grand Large, a reunirse con Labat) y le dio unas cuantas instrucciones escuetas. De momento, la comisaria no tenía que saberlo.

Al cabo de un minuto estaba delante de su coche. No tenía ni idea de cómo conduciría con el hombro lesionado, por no hablar de cómo entraría en aquel coche enano, pero se animó diciéndose a sí mismo que lo conseguiría. Se embutió en el Peugeot con cara de mal humor. Aunque participara oficialmente en la investigación, todo lo disgustaba. Todo. En la entrevista con los Daeron se había sentido como una sombra. Y aquel no era su terreno. No le gustaba estar entre extraños.

—Ah, señor comisario... El señor Jaffrezic estaba a punto de enseñarnos los bidones que usan en la cooperativa. De plástico azul.

La mirada de la comisaria solo se fijó en él un momento.

—Buenos días, señor —gruñó Dupin. Se frotó la cabeza en el punto donde se la había golpeado otra vez al bajar del coche.

—Vengan conmigo. Echen un vistazo a todo lo que consideren necesario. Créanme, nuestros bidones no tienen nada que ver con el salvaje tiroteo de anoche.

Se había enterado todo el mundo, claro. En la radio y en internet se informaba de una «misteriosa acción criminal» y de un «brutal tiroteo durante horas» en las salinas, en el que el «famoso comisario Georges Dupin había estado a punto de ser abatido». Evidentemente, también comentaban su presencia en la zona: «Se desconoce el motivo por el que el comisario se encontraba en las salinas de Guérande, lejos de su jurisdicción».

Después de un alegre «¡Vengan conmigo!», Guy Jaffrezic se puso en marcha por un camino ancho sin asfaltar que partía del aparcamiento y bordeaba uno de los almacenes de la cooperativa. Había unos diez, imponentes y muy largos. Dupin calculó que el salinero tendría sesenta y pocos años. Era bajo y rechoncho, y tenía unos ojos muy vivos, igual que las manos, con las que no paraba de gesticular. Eso provocaba un curioso contraste con la pachorra que transmitía su cuerpo; era como si los ojos y las manos pertenecieran a un cuerpo distinto. Dupin reprimió una sonrisa.

—Hace poco que usamos los bidones, desde esta temporada. Para la sal seca. La que se usa con molinillo. Hace dos años que la producimos. A la gente le encanta. Un éxito de ventas. Sal gruesa especial para molinillo. No sé si la conoce.

Se lo decía a Dupin, debía de suponer que la comisaria ya sabía de lo que hablaba. Y con razón. Dupin suspiró. Hasta hacía unos años, para él, la sal era simplemente sal (y seguía considerando aceptable su postura). Luego, Nolwenn le enseñó unas cuantas cosas al respecto en sus lecciones bretonas. Aunque tenía que confesar que no prestó mucha atención en ese tema.

—La comisaria Rose me ha dicho que es usted el comisario de París. Hemos oído hablar mucho de usted.

Después de más de cinco años en la Bretaña, Dupin ya no reaccionaba ante ese

tipo de comentarios.

—Seguro que no sabe nada de la sal.

En las palabras de Jaffrezic había un deje de profunda tristeza. También de preocupación. Y de compasión.

—Sin sal, los seres humanos mueren. No lo olvide.

Dupin estuvo a punto de soltarle: «Y con sal también».

—Voy a enseñarle todo esto y le explicaré lo que tiene que saber... Si el sol y el viento quieren.

Formuló las palabras (igual que en la explicación sobre los molinillos de sal) en un tono claramente pedagógico. Como si se tratara del inicio de una visita guiada.

—Estamos en plena investigación policial. Ha habido un intento de asesinato —intervino Rose educadamente, pero con determinación.

Jaffrezic se quedó tan ancho y siguió actuando como un guía de las salinas.

—Una vez recolectada, la sal gruesa para molinillo se deja secar al sol durante cuarenta y ocho horas, a veces incluso setenta y dos; como mínimo un día más que la sal gruesa normal. Después la metemos en los bidones. Pero solo para transportarla hasta aquí, a los almacenes. La diferenciación más importante se da entre la sal gruesa y la flor de sal. Son dos tipos de sal básicos.

Jaffrezic salió del camino sin asfaltar, giró bruscamente a la derecha y siguió por un caminito de hierba en mitad de una salina. Después de una gran balsa de evaporación empezaban las balsas rectangulares, en las que el fondo gris azulado se transparentaba a través del agua, que tenía tan solo unos pocos centímetros de profundidad. El ambiente era cálido, olía intensamente a sal, a tierra pesada. Salobre.

—La flor de sal es la más fina, la más delicada de todas las sales del mundo, y también la más escasa. ¿Sabía que hasta los años ochenta se usaba para conservar las sardinas en salazón y todo el mundo la consideraba inferior?

Dupin no lo sabía, en efecto.

—Cuando se recolecta, huele a violetas y tiene un brillo ligeramente rosado. Una vez seca, ¡es de un blanco radiante! Solo constituye un cuatro por ciento de nuestra producción. —Su voz y la expresión de su cara adoptaron tintes dramáticos—. Únicamente se forma en condiciones climatológicas perfectas. Pura alquimia. Mucho sol, poca humedad ambiental y un viento constante que no puede ser ni muy fuerte ni muy flojo; hoy es demasiado flojo. ¡Los vientos del este son los mejores! —A Jaffrezic le brillaban los ojos, estaba en su salsa—. Cuando sopla un viento suave, los finos cristales de sal que flotan cerca de la superficie se unen y se crea una capa, como si fuera una placa de hielo. ¡La flor de sal nada en el agua! Forma pequeñas islas en movimiento, ¿lo sabía?

Eso también era nuevo para Dupin.

—Si sopla un viento intenso o se remueve el agua sin cuidado en los cristalizadores, la flor de sal se hunde y se pierde.

—¿Falta mucho?

La pregunta prosaica de Rose dejó claro que quería volver al asunto. Los pasillos de barro eran cada vez más estrechos, habían girado por unos cuantos. La comisaria iba dos o tres metros por detrás de Dupin. Jaffrezic pasó olímpicamente de la pregunta.

—La sal común, la llamada «sal de mesa», contiene hasta un 99 por ciento neto de cloruro sódico. ¡Dónde se ha visto! Nuestra sal contiene como mucho un 91 por ciento, el resto lo componen la humedad retenida, que es agua de mar pura, nosotros la llamamos «la madre de la sal», y sobre todo minerales y oligoelementos vitales: magnesio, calcio, manganeso y yodo, por supuesto. —El director de la cooperativa no paraba de embalsarse—. ¡Hasta dieciséis! Hierro, cinc. ¡Y selenio! Bromo, azufre.

¡Qué cosas! Dupin no estaba seguro de que el azufre y el bromo fueran una buena publicidad. Pero en la cara de Jaffrezic se reflejaba el orgullo.

—¡Eso le da su sabor peculiar! Es mucho más suave, más succulenta, aromática y sabrosa que la sal normal. Sin componentes amargos. ¡La única sal con *bouquet*! —Estaba metido de lleno en un discurso que había pronunciado cientos de veces—. ¡Los gourmets de todo el mundo adoran la flor de sal bretona! Forma parte del legado culinario de la humanidad.

Dupin sonrió. Desde luego, la sal no era simplemente sal en la Bretaña.

—La consistencia y la composición oleaginosa también se diferencian de las otras sales: ¡la delicada estructura cristalina se deshace en la lengua!

—Y en un plato de cordero tierno de los prados de Mont Saint-Michel a la sal, después de haberlo cocinado al horno durante siete horas a ochenta grados. Con ajo, romero y escalonias, y rociado de vez en cuando con vino blanco.

Al principio, Dupin creyó que no había oído bien. Se volvió y, por un instante, vio una bonita sonrisa abierta en la cara de Rose. Lo había dicho realmente ella. Antes de que pudiera reaccionar (le habría gustado replicar con un comentario amable), la sonrisa había desaparecido.

—¡Cuidado!

Jaffrezic había torcido de repente hacia la izquierda, por un paso aventuradamente estrecho que conducía a un terraplén que había entre dos balsas. Y Dupin estuvo a punto de meter los pies en el agua. El corpulento salinero avanzó ágilmente por el terraplén, cada vez más deprisa, hasta llegar a un surco.

—Pues imagínese que nosotros pasamos por estos pasillos estrechos incluso con carretillas cargadas hasta los topes.

Al cabo de un momento, en una franja ancha de hierba situada entre dos salinas, vieron una hilera de montones de sal encima de unas lonas verdes y al lado, también en fila, bidones azules de plástico. Dupin calculó que medían entre setenta y ochenta centímetros de alto y unos cuarenta o cincuenta centímetros de diámetro.

—*Voilà!* Sus misteriosos bidones. Como pueden ver, es sal gruesa normal. Que se convertirá en sal para molinillo. Se forma de manera distinta a la flor de sal: los cristales de sal se depositan en el suelo de barro de los tajos. ¡Si el viento y el sol

quieren! La tierra es lo que le da a la sal ese color gris claro tan especial.

Dupin se acercó a los bidones y los examinó. Rose se reunió con él.

Estaban vacíos. Todos. Colocados en fila. Así pues, existían de verdad. Bidones azules en las salinas. Menos mal. Al salinero no pareció molestarle que los comisarios estuvieran pendientes de otra cosa.

—A lo que íbamos. La sal se transporta hasta el borde de la salina en una carretilla. Después de dos días de secado, se llenan los bidones. Y se guardan en las naves. Hasta que llega el momento de envasar la sal. Y ahí acaba el misterio de los bidones azules.

Rose y Dupin volvieron a prestarle atención.

—¿Los bidones se utilizan exclusivamente para eso? —Dupin tomó la palabra.

—En efecto.

—¿Y solo los usan en su cooperativa?

—¡Estamos hablando de sesenta y siete salineros!

Dupin sacó la Clairefontaine. Por fin. Estuvo a punto de dejársela otra vez al bajar del coche (eso no era una buena señal), pero se acordó en el último momento. Empezó a apuntar cosas. Basándose en el simple principio de anotar lo que le parecía importante. Intuitivamente. Aunque siguiendo un orden enrevesado.

—¿Y cómo es posible que algunos bidones fueran a parar a la salina del señor Daeron?

—Eso es imposible.

—Pero cierto —dijo Dupin en un arrebato.

—¿Qué cree usted que pasó, señor Jaffrezic? —intervino Rose.

—¿Han visto ustedes allí los bidones? Lo dicho: esa posibilidad queda descartada. ¡No eran nuestros bidones!

Dupin y Rose callaron.

—Quizá —Jaffrezic hizo una pausa teatral— fueron los enanos locos de Mikaël. Son de Pradel. ¿Quién sabe?

Dupin había perdido la cuenta de las veces que le habían contado mitos y leyendas celtas durante una investigación. Para despistar, a modo de diversión o, como en este caso, totalmente en serio.

—Cuando el último salinero se va al anochecer, las salinas ya no pertenecen a los seres humanos. Uno se da cuenta enseguida. Y empiezan a pasar cosas extrañas... —Jaffrezic lo dijo en un tono muy efectista (y describió bien la sensación que Dupin había tenido la noche anterior)—. Entonces las salinas les pertenecen a ellos, a los enanos, que empiezan a salir: diez, cien, mil. Con carretillas azules, como los bidones. Antes cosechaban de noche las salinas de Mikaël, que tenía mucho trabajo, hasta que consiguieron apilar una montaña de sal gigantesca que enterró todas salinas. Cincuenta metros de sal pura.

Jaffrezic los miró teatralmente.

—Pequeñas criaturas diabólicas. Y siguen haciendo de las suyas. ¡Y no son los

únicos!

Lanzó una breve y sonora carcajada.

—Señor Jaffrezic, ¿sabe de alguien que pueda tener motivos para sabotear la cosecha de Maxime Daeron?

A la comisaria Rose no la impresionó lo más mínimo la entretenida leyenda. Dupin pensó en Le Ber. Seguro que conocía la historia.

Jaffrezic estuvo al caso enseguida.

—Hace años que intentamos convencer a Maxime Daeron para que se una a la cooperativa. No es ningún secreto, si es a eso a lo que se refiere. Por lo visto, no le hace falta.

Movió de un lado a otro los ojos, más vivos que nunca.

—¿Y por eso usted o alguien de la cooperativa lo atosigan destruyéndole parte de la cosecha? ¿Así pretenden obligarlo a entrar en la cooperativa?

Rose era increíble. Formulaba las acusaciones sin que pareciera que lo eran.

—No habla en serio, gracias a Dios.

—¿Cómo funciona la cooperativa? —preguntó Dupin.

—Los miembros están obligados a traer toda la cosecha. A nuestro almacén. Aquí, a estas naves. A un precio determinado por kilo que fijamos entre todos cada año.

El interés de Dupin pareció alegrarlo. Y esta vez se tomó la molestia de no formular la explicación como si fuera un guía turístico de la ruta de la sal.

—Verá, la cosecha puede perderse por motivos muy distintos. Un verano lluvioso puede arruinar a un salinero independiente. La idea básica de la cooperativa es almacenar existencias para dos o tres años. Con eso podemos compensar las pérdidas de una temporada y seguir con el suministro. De ese modo aseguramos unos ingresos calculables a todos los salineros, proporcional a la cantidad de sal que han aportado. Naturalmente, nadie se hace rico en la cooperativa, pero tampoco pobre. Y no formar parte de ella nos parece una conducta antisocial. Daeron quiere seguir trabajando por su cuenta. Y nosotros lo aceptamos, pero quizá la gran empresa no.

—Siga.

Rose no disimuló su impaciencia.

—Le Sel intenta acaparar el mercado desde hace años.

—¿A qué se...?

El teléfono de Dupin interrumpió a Rose. El comisario se apresuró a sacarlo del bolsillo del pantalón.

—Nolwenn, ahora no puedo...

Nolwenn no lo dejó acabar:

—Lilou Breval ha intentado localizarle. Lo que quiero decir es que tengo el número de la periodista en la pantalla de llamadas desviadas. Compruébelo en su móvil. Han desviado la llamada a mi teléfono porque usted comunicaba. Ha saltado el contestador, pero no ha dejado ningún mensaje. Habrá sido mientras usted hablaba

conmigo por teléfono. La he llamado enseguida, varias veces. No contesta. O no tiene cobertura. En el golfo siempre hay problemas de cobertura.

—Mierda.

Rose y Jaffrezic lo miraron sin entender nada.

Dupin le echó un vistazo al móvil. Vio el número de Lilou. ¡Una llamada perdida! Dependían de ella, todo dependía de ella, y él no contestaba su llamada.

—Siga intentándolo, Nolwenn. Esto empieza a parecer una farsa.

Dupin colgó. La actitud con que Rose lo observaba dejaba muy claro que esperaba que la informara inmediatamente.

—Tengo una llamada perdida de Lilou Breval —dijo en voz baja, dudando—. Ahora no hay forma de localizarla.

—Supongo que estaba comunicando, ¿no? —Rose se apartó de Dupin comentando en tono gélido—: Esto es de locos.

Un instante después volvía a dirigirse a Jaffrezic.

—Le Sel. Nos estaba hablando de Le Sel, señor.

—Ah, sí. Una empresa muy grande. Del sur. Lo destrozan todo. No han parado de comprar salinas en los últimos diez años, a precios disparatadamente altos. No paran de hacernos ofertas, también a Daeron. ¿Todavía no conocen a la señora Ségolène Laurent?

El mundo de la «sal marina pura» podía ser un mundo magnífico en el aspecto culinario, pero era evidente que su realidad como negocio era sumamente complicada. Un mundo duro. Y muy humano, pensó Dupin.

—No.

—La «emperatriz», una curiosa mezcla entre María Antonieta y una barracuda —dijo Jaffrezic en serio—. Intenta apropiarse del Centro de la Sal. Y de su directora, Juliette Bourgiot.

Si Dupin no recordaba mal, esa era la segunda persona a la que Lilou Breval citaba en el artículo sobre las salinas.

—¿A qué se refiere con lo de «apropriarse»?

Rose parecía cada vez más tensa.

—El Centro de la Sal es en realidad una institución de la comuna, de la región. Antes se financiaba principalmente con dinero de los contribuyentes, como muchas otras cosas en la Tierra Blanca que, de un modo u otro, están subvencionadas por el Estado. En cambio, la nueva sede del Centro, moderna y elegante, la financió en gran parte Le Sel. Y, se quiera o no, eso crea «compromisos».

Dupin anotó todos los nombres. Con letra muy clara. En los casos complicados (sobre todo desde que se enfrentaba a nombres bretones, normalmente impronunciables, en su trabajo de policía) añadía una lista de personajes en las últimas páginas de la libreta, como se hacía en las obras de teatro. «Juliette Bourgiot: directora del Centro de la Sal; Ségolène Laurent: directora de Le Sel», etc.

—¿El Centro de la Sal es ese edificio grande de madera que queda a mano

derecha viniendo hacia aquí?

Dupin intentó volver a la conversación. Seguía enfadado por la llamada perdida.

—No. Ese es nuestro centro. De la cooperativa. ¡La Casa de la Sal!

—¿Qué hacen allí?

—Le enseñamos al público el mundo de la sal. Hacemos visitas guiadas y la gente puede recolectar sal, explicamos cómo funciona la cooperativa y ofrecemos una pequeña exposición... Evidentemente, no tan vistosa como las del nuevo Centro. Y vendemos nuestra sal. Las ventas directas son considerables, también online.

—¿Supongo que el Centro de la Sal hará algo parecido?

—Y ejerce de *lobby* para la señora Laurent.

—¿Quién dirige la Casa de la Sal? —Dupin completaba la lista en la libreta.

—Yo. El director de la cooperativa.

—¿Y qué tiene eso...?

El móvil de Dupin volvió a sonar. Otra vez en mitad de una pregunta de Rose. Dupin contestó. Era Le Ber.

—Le Ber, ahora no puedo...

—Un cadáver de mujer. En el golfo. En los bancos de ostras de Locmiquel y Larmor-Baden. Justo enfrente del pasaje... ¡Enfrente de Kerpenhir y Locmariaquer!

Dupin se quedó de piedra.

—¿Qué?

—Lo hemos oído por la emisora de la policía. La policía de Auray ha recibido el aviso hace dos minutos. Unos mariscadores han encontrado el cadáver de una mujer en sus bancos. Hay marea baja... —Le Ber enmudeció un momento—. Calculan que de unos cuarenta años. Pelo corto. Jersey y vaqueros. Identidad desconocida. No hace mucho que está allí. De momento no sabemos nada más. Nosotros...

Eso bastaba. Dupin colgó. Notó que se le tensaban todos los músculos. El hombro le dolía muchísimo. Se encontraba fatal.

Era imposible. Lo había llamado por teléfono hacía un cuarto de hora. ¿Cómo podía ser? Pero todo encajaba. El lugar. El pelo corto. La edad. Y lo peor de todo: si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que todo el rato lo corroía una sensación extraña. Sería una casualidad demasiado grande.

Jaffrezic y Rose lo observaban; los dos comprendieron que ocurría algo. Dupin se quedó inmóvil un instante; luego salió bruscamente de su parálisis. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, sonó el móvil de Rose. Un timbre muy ruidoso, alto, casi anticuado. La comisaria metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, lo sacó con un movimiento rápido y se lo acercó al oído.

Dupin sabía lo que venía. No esperó. Sin mirar atrás, desanduvo el camino por donde habían venido. Hacia el coche.

Era brutal. Una mujer muerta en aquel escenario apacible. Estaban sobre el lecho marino de una extensa bahía, en la ensenada de Locmiquel; cientos de metros de arena gruesa, en la que habían instalado bateas de ostras y mejillones. Dentro de unas

horas volvería a haber percas nadando por allí, y doradas, salmonetes y abadejos. El cielo estaba azul, adornado por unas pocas nubes de algodón; a unos cientos de metros hacia el sur, el *Mor bihan* relucía azul como la tinta. Detrás del pasaje, que se veía perfectamente, el Atlántico resplandecía inquieto en tonos plateados.

Era Lilou Breval. Dupin la reconoció a unos metros de distancia. Su cabeza parecía enganchada entre dos puntales de las largas bateas de madera. Firmemente. Quizá eso era lo único que impidió que las corrientes siguieran arrastrando el cuerpo por el golfo. Una estampa macabra. Los párpados cerrados transmitían una extraña serenidad; en cambio, en la cara se reflejaba una expresión de angustia. En el lado izquierdo de la cabeza tenía una gran herida junto a la sien, terriblemente hinchada. Por lo demás, el cuerpo parecía ileso. El pelo y la ropa estaban secos. No muy lejos del cadáver, tres grandes maletines de aluminio sobre el lecho marino: el equipo del forense y de la policía científica.

Dupin estaba junto al cadáver, muy cerca. Inmóvil. Petrificado. Mirando a Lilou. Apretando los ojos. Con la cara tensa.

Rose llegó un poco antes que él y (haciendo valer su autoridad) les «pidió» a los forenses y a la policía científica de Vannes, así como a la policía local, que los dejaran solos un momento. Cumplieron la orden malhumorados; estaban metidos de lleno en el trabajo.

—Atraparemos al asesino. —Rose, al lado de Dupin, habló con frialdad, con voz queda, sin dramatismo, pero con muchísima determinación—. Hasta los asesinos más listos cometen sus crímenes en el mundo real. Y en el mundo real todo deja huellas.

Dupin cerró los ojos, respiró hondo, levantó la cabeza y tiró la barbilla hacia delante.

—Sí, lo atraparemos.

—Pronto sabremos si la herida ha sido la causa de la muerte. Todo parece indicar que sí. Al menos la dejó gravemente herida. Y seguro que inconsciente.

Dupin abrió los ojos. Se pasó la mano frenéticamente por el pelo. Tardó unos instantes en reaccionar.

—Sí.

—La llamada de hoy no la hizo ella... Alguien llamó desde su teléfono. Intentaremos localizar su móvil. Quizá llamó el asesino.

A Dupin, la llamada le pareció de pronto fantasmagórica. Infame. ¿Un extraño había marcado su número con el teléfono de Lilou? Pero ¿por qué? Y sí, podía haber sido el asesino.

—La bajamar acabó a las ocho y media. Creo que la marea baja empezó en la bahía a partir de las cinco y media. Por lo tanto, el cadáver está aquí al menos desde esa hora. Pronto sabremos si ya estaba muerta.

—Tiene que ordenar que busquen su coche —dijo Dupin mecánicamente.

—Ya están en ello. Contamos con la ayuda de Vannes y Auray. Lo he dispuesto todo. No creo que Lilou Breval fuera muy lejos esta noche después de ir a la casa de

sus padres. Es posible que fuera a un lugar donde la sorprendió el asesino o puede que hubiera quedado con él. En cualquier caso, no muy lejos del golfo.

—O no conducía ella. —El coche no estaba en casa de sus padres—. Y el asesino se llevó el cadáver en el coche de Lilou.

—Entonces probablemente la asesinaron en su casa.

De momento, no eran más que hipótesis, asociaciones de ideas. Pero a Dupin lo reconfortaban, le daban algo a lo que agarrarse en aquel terrible escenario. Se conocía, tenía que actuar, tenía que mantenerse activo. Sumergirse en el caso con el doble y el triple de energía. Los sentimientos aflorarían después.

—El asesino... o los asesinos —dijo Rose con aire sombrío.

Los dos callaron un momento.

—¿La conocía bien? —se interesó finalmente la comisaria.

—Yo... Solo un poco. Éramos... —Dupin se interrumpió.

No eran realmente amigos, solo se habían visto unas cuantas veces en los últimos años, por lo general poco rato (excepto aquella noche en su casa, en el jardín), y de vez en cuando hablaban por teléfono. Pero eso no importaba, había personas con las que se entablaba una buena relación desde el primer momento y era evidente que se entendían. Y eso no pasaba muy a menudo. Los dos sabían que habrían podido ser amigos, y eso provocaba una buena sensación.

Un hombre alto y corpulento se separó del grupo, que se mantenía a unos veinte metros de distancia (Dupin se había olvidado de ellos), y se acercó a los dos comisarios titubeando un poco. El médico forense.

Dupin volvió a pasarse la mano frenéticamente por el pelo. No soportaría la monserga profesional. Ahora no. Los forenses eran de una especie aparte. No de la suya.

—Voy a casa de sus padres —dijo rápidamente.

Rose lo entendió. Y asintió.

—Hablo un momento con ellos y también voy.

—Tenemos que apretarles las clavijas a los personajes de las salinas. Y volver a hablar con el director de la cooperativa, averiguar si a Lilou le interesaba algo más del mundo de la sal, además de lo que publicó en el artículo. Ir a ver a la directora de Le Sel. Averiguar con quién habló Lilou, a quién conocía en las salinas... Y tenemos que volver a registrar su casa. Y sus cuentas de internet, el historial de llamadas. Todo... Y tenemos que ocuparnos a conciencia de los bidones azules.

Hablaba con una locuacidad hiperactiva. Dupin era consciente de que todo lo que decía eran obviedades. Sin embargo, lo ayudaba a centrarse. Necesitaba concentrarse concienzudamente en las poquísimas pistas que tenían. Sumergirse en ellas, obcecarse. Perseverar. Y confiar en que encontrarían algo que les permitiría avanzar. Lilou Breval estaba muerta. La habían asesinado. Probablemente ya estaba muerta cuando fueron a su casa esa noche.

—Lo haremos. Todo. —Las palabras de Rose fueron un grito de guerra en toda

regla.

El forense se dirigió a su maletín y sacó algo haciendo un gesto muy elocuente. Quería seguir con su trabajo.

Dupin dio media vuelta.

Recorrió parte de los bancos de ostras dando un rodeo para no cruzarse con el resto del grupo, que también empezaba a ponerse en movimiento.

Le costó encontrar la casa. Evidentemente, el viejo Peugeot no estaba equipado con ningún sistema de navegación. Rose, que seguramente salió poco después que él, le explicó por teléfono el trayecto tan bien como pudo: la «ruta del sol», una pequeña carretera que conducía a la soleada lengua de tierra y pasaba por delante de la piedra de las hadas, la *Men-er-Hroec'h*, un menhir que originalmente medía veinticinco metros de altura, el más grande del mundo antes de partirse en cuatro trozos hacía miles de años.

La casa estaba en un bosquecillo del golfo, tocando al cabo de Kerpenhir, en una lengua de tierra estrecha, llena de calles diminutas y caminos sin nombre.

Dupin llegó finalmente a cuatro casas antiguas de piedra, que parecían casi iguales y estaban muy juntas. La casa de los Breval era la última. En una de las otras casas vivía la vecina, supuestamente la última persona que había visto con vida a Lilou la noche anterior.

Todo tenía un aspecto tranquilo y apacible. El sol deslumbrante casi había alcanzado el cenit, un sol despiadado del que había que huir, quemaba y daba un aire melancólico a las sombras del denso bosquecillo que se extendía cerca de las casas. El golfo se vislumbraba en algunos puntos entre los troncos oscuros de los pinos. Enseguida llegarían los coches de la policía con los detectives y se desataría una actividad frenética. Dupin se alegró de estar solo. Había aparcado a un buen trecho de distancia de la casa; los de la científica también examinarían con lupa la calle. Delante de la casa, donde se suponía que Lilou aparcaba. Y en alguna parte habría aparcado otro coche. Dupin acababa de llegar a la casa cuando le sonó el móvil. Era la comisaria Rose.

—Mis hombres han encontrado cuatro bidones azules. Según la descripción son iguales a los de la cooperativa. En una salina abandonada. En un extremo, cerca de Pradel. Les he ordenado que examinen la zona a conciencia. Los bidones estaban abiertos y vacíos. Analizaremos los residuos.

—¿De quién es la salina?

—Todavía no lo sabemos. Pero estamos en ello. Teóricamente podrían ser simples bidones de la cooperativa que han ido a parar allí no se sabe cómo. Pero sería mucha casualidad.

—¿Por qué en esas salinas? ¿Por qué ahí?

Evidentemente, Dupin sabía que Rose no podía contestar a esas preguntas.

—¿Qué narices pasa con los bidones? —La pregunta sonó agresiva. La había hecho hablando consigo mismo.

—Enseguida me reúno con usted. Espéreme.

Rose colgó casi antes de pronunciar la última sílaba.

Todo había empezado con los malditos bidones. Tenían que averiguar urgentemente lo que contenían. Eso quizá explicaría muchas cosas.

La casa de los Breval solo tenía dos ventanas pequeñas en el lateral que daba a la calle. Estaba orientada hacia atrás, en dirección al bosquecillo y al golfo. Un sendero estrecho conducía a la fachada en la que se encontraba la entrada.

Reinaba un silencio casi lúgubre, excepto por los típicos gorjeos de pájaros que se oían en todo el golfo. Henri los reconocía sin esfuerzo; en el golfo, igual que en las salinas, la gente se movía por uno de los paraísos ornitológicos más importantes de Europa. Dupin empuñó el arma sin pensárselo dos veces. La puerta estaba cerrada. Y no parecía que la hubieran forzado. Al lado de la puerta de entrada había un camino estrecho que rodeaba la vivienda, igual que en la casa de Lilou.

Avanzó lentamente, evitando hacer ruidos innecesarios mientras caminaba sobre la grava. Se paró al llegar a la esquina. Observó el entorno con cien ojos. Sabía que era poco probable que hubiera alguien, y menos aún el asesino de Lilou Breval. Pero de repente se sentía en cierto modo como la noche anterior en las salinas. Era un disparate. Movié la cabeza para olvidarse de esa. Luego, empuñando todavía el arma, dobló la esquina de la casa y se encontró en el jardín.

No se veía a nadie. Una terraza de piedra, una mesita, tres sillas y una tumbona de color turquesa sobre la hierba. Era un jardín sencillo, sin verja ni nada que marcara el límite con el bosque. La puerta de la terraza estaba abierta de par en par. Dupin sabía que tenía que esperar a Rose.

Entró. La lámpara del techo estaba encendida. Era una estancia pequeña, con poca luz exterior; en ese lado también había dos ventanas, aunque más grandes que las que daban a la calle. Se estaba fresco allí dentro.

A simple vista no se veía nada llamativo. La decoración era muy sencilla, sin pretensiones, casi sobria, todo parecía viejo. La cocina a la izquierda, un pequeño pasillo al lado, que iba a parar a la puerta principal, y enfrente, una escalera estrecha que conducía al piso de arriba. Había cuatro sillas y, detrás, un sofá desmontado, arrimado a la pared. Al lado, en el rincón de la derecha, un sofá nuevo. Dupin se movía lentamente:

—¿Hay alguien? Le habla la policía.

—¿A quién espera encontrar?

La comisaria Rose entró por sorpresa, estaba detrás de él.

—Creía que iba a esperarme.

Sorprendentemente, el comentario casi sonó amable. Los ojos de la comisaria inspeccionaron con rapidez el espacio.

Se dirigió hacia la puerta que había al lado del pasillo como si estuviera en su casa. Entretanto, se sacó del bolsillo de la chaqueta un guante fino de silicona y se lo puso. Abrió la puerta de golpe. Al otro lado había un pequeño aseo.

—La salina abandonada es propiedad de Le Sel. Hace dos años que no la usan. El fondo de barro se ha echado a perder. Los bidones son idénticos a los de la cooperativa. Con tapa hermética. Ochenta centímetros de altura, cincuenta centímetros de diámetro. Con asas en los laterales. El fabricante se llama Fasco, del sur de Francia. Estaban en uno de los cristalizadores.

Echó un vistazo al pasillo y luego empezó a subir por la escalera.

Dupin necesitó un momento para centrarse. La escena le recordaba demasiado la noche anterior, en casa de Lilou.

—¿Por qué los bidones han aparecido en una salina de Le Sel? ¿Qué sentido tiene?

—Se lo preguntaremos a la señora Laurent. Si ella y Le Sel están implicados en el caso, llevar los bidones precisamente a sus salinas habría sido una estupidez.

Eso era cierto, por supuesto. Pero ¿y si era un truco para que ellos llegaran a esa conclusión?

—¿Dónde venden ese tipo de bidones? ¿En comercios especializados?

Habían llegado al piso de arriba. Dupin seguía a Rose pisándole los talones.

—Todavía no lo sabemos. Y no hay manera de localizar el móvil de Lilou Breval. Debe de estar apagado. O roto. Hemos pedido la lista de llamadas, también del teléfono fijo. —Rose parecía informar sobre la marcha—. Y tenemos los resultados de los análisis de la concentración de sal en los cristalizadores de Daeron. Por desgracia, no son concluyentes. Al parecer, los valores están un poco por debajo de lo que deberían. Pero no es fácil asegurarlo porque el grado y la velocidad de evaporación en la naturaleza varían. Nunca se sabe con exactitud los niveles que deberían alcanzar en determinados días. Sin embargo, los expertos no descartan un posible vertido de agua dulce. De ser así, lo habrían hecho de forma muy discreta, muy profesional. Pero, lo dicho, no pueden afirmar nada definitivo.

Dupin suspiró. Lástima, habría sido una gran suerte.

Curiosamente, el piso de arriba parecía mucho más espacioso que el de abajo. Dos habitaciones grandes y un cuarto de baño que recordaba a los años ochenta, igual que la cocina. La primera habitación estaba casi vacía, tenía un aspecto triste, con dos sillas viejas en un rincón. Se limitaron a echar un breve vistazo dentro.

Enseguida fueron a la segunda habitación, un dormitorio con una cama de matrimonio estrecha.

—Nada. —Rose lo observaba todo con muchísima atención—. No hay señales de lucha, de un enfrentamiento, ni de que la redujeran por la fuerza.

Encima de una sencilla cómoda había una bolsa de viaje de cuero marrón oscuro y gastado. Estaba abierta. Rose se puso a registrarla.

—Crema, dos estuches de gafas, un cepillo de dientes, un cargador. Tenía previsto pasar la noche aquí. Seguramente todo iba bien cuando llegó.

—Alguien tenía que saber que pensaba venir a pasar la noche —dijo Dupin, ensimismado.

Rose volvió hacia la escalera.

—Le he dado instrucciones a la inspectora Chadron para que incluya a sus dos inspectores en la investigación. Nos hará falta más gente. Y así no tendrán que seguir escondiéndose. Por muy bien que se esté en Le Grand Large.

Lo dijo sin pestañear. Dupin tuvo que esforzarse para poder imitarla. No tenía ni idea de cómo se había enterado de lo de Labat y Le Ber. Y de que Le Ber no había regresado a Concarneau. Y de dónde estaban los dos. Probablemente lo sabía desde el primer momento.

Rose había llegado a la planta baja y se dirigía a la mesa blanca del comedor. Un plato, un pedazo de *baguette* partida, un trozo de paté. Una botella de Madiran abierta y una copa limpia. Era como si Lilou se hubiera sentado a la mesa y luego hubiera salido un momento al jardín. Una triste imagen. Dupin notó que se le hacía un nudo en el estómago.

—Se sentó a cenar y pasó algo. La interrumpieron. Antes de poder servirse una copa de vino.

Rose hablaba más consigo misma que con Dupin.

—Falta el portátil. Todas sus cosas están aquí, menos el portátil. —Dupin lo había buscado por todas partes en el piso de arriba. En vano. También documentos de trabajo, quizá sus últimas palabras.

—El asesino estuvo aquí, en esta casa. Y se llevó lo que no quería que cayera en nuestras manos. Y eso que no tuvo mucho tiempo.

Aunque esas conclusiones seguían siendo especulaciones, la mente de Rose trabajaba con mucha agudeza, sin vacilaciones, abriéndose paso por escenarios concretos. Dupin tenía la sensación de que, aunque no hubiera indicios que las confirmaran, esas suposiciones eran acertadas.

—Deberíamos...

En mitad de la frase sonaron los dos teléfonos. En un acto reflejo, Dupin salió fuera y contestó la llamada.

—¿Señor comisario?

A Dupin le sacaba de quicio que Labat preguntara si era él cuando él mismo acababa de marcar su número de teléfono. El inspector tenía esa manía desde el principio. Sin embargo, esta vez siguió hablando con voz diligente y sincopada, y eso revelaba que había descubierto algo.

—Estamos en las salinas, en Pradel. La inspectora Chadron nos ha pedido que viniéramos. —Parecía satisfecho—. Conozco los bidones de Fasco. Son bidones corrientes. Se pueden comprar en cualquier buen comercio de materiales para la construcción. Acabo de buscar en Google con mi smartphone. —Hizo una pausa, como si quisiera enseñarle al comisario su maravilloso móvil a través de la llamada—. Son de polietileno de baja densidad, aptos para guardar alimentos. Especialmente adecuados para productos pastosos de viscosidad alta. Paredes interiores lisas, muy fáciles de limpiar, no quedan residuos dentro. Abertura de llenado bastante grande,

con tapa de rosca impermeable y hermética, que se puede precintar. Resistentes a temperaturas de entre veinte grados bajo cero y ochenta grados. Aprobados por la Comunidad Europea para guardar materiales sólidos, pastas, la mayoría de ácidos y lejías.

Dupin no estaba de humor, pero casi soltó una carcajada. Quería suponer que Labat estaba leyendo la información, aunque quizá era un experto en bidones de polietileno de baja densidad. Lo creía capaz de las aficiones más raras. Sin embargo, por muy deprimente que resultara que esos bidones se pudieran comprar en cualquier sitio, lo esencial era saber para qué servían. Parecía un producto muy técnico.

—¿Para qué se usan?

—Se lo acabo de explicar: son de uso casi universal. Esa es la ventaja de esos bidones. Yo los uso en casa. Para guardar manzanas. Como ya le he dicho, son aptos para guardar alimentos.

—Pero también sirven para almacenar sustancias peligrosas, ¿no?

—Eso se debe a las fantásticas cualidades moleculares de...

Labat empezaba a ponerse insoportable. Dupin lo cortó.

—Entiendo. Y si están unas horas en una balsa de agua, sus paredes interiores perfectas y lisas no permitirán determinar qué era lo que contenían.

—Exacto. Los residuos solo se podrían detectar en el agua de la balsa.

—En concentraciones muy pequeñas que sería muy difícil verificar, ¿no?

—Según el químico de la científica, depende de las sustancias. Ha hecho unas cuantas pruebas toxicológicas rápidas. Hasta ahora, nada sospechoso.

—Genial —suspiró Dupin—. ¿Algo más, Labat?

—Ha llamado la especialista en química de alimentos, la responsable oficial de las salinas. Quiere hablar con la comisaria Rose y con usted cuanto antes. Como es natural, está muy preocupada. Ha preguntado si sospechamos algo. Si tememos que la calidad de la producción de sal esté en peligro. Aquí aplican una regulación muy estricta. Además, las salinas son una reserva natural de primera categoría. Quería saber qué pasa con los bidones. Dice...

—¿Eso es todo, Labat?

—Dice que...

Dupin colgó. Echó un vistazo alrededor. Mientras hablaba, había cruzado el jardín y se había adentrado en el bosquecillo. El jardín y esa parte del pinar no se veían desde las otras casas; unos laureles altos y unas cuantas higueras formaban un verdadero muro. El golfo estaba más cerca de lo que parecía. Curiosamente, en contraste con la luminosidad del día, el bosque era oscuro y fresco. Si a Lilou Breal la habían asesinado en casa de sus padres, el asesino tal vez se había deshecho del cadáver en el golfo. A simple vista no se veía ningún rastro. Dupin se acercó a la orilla caminando sobre la tierra blanda.

No era un experto en mareas (muy a pesar suyo), pero dependiendo de la hora en que hubiera ocurrido, no habría habido bastante agua. En aquel momento, con la

marea alta a medias, entre la línea del agua y la orilla había cien metros. Olía a marisma, a cieno y a algas.

—¿Comisario?

Era Rose. Estaba en el margen del bosquecillo. Lo había llamado con sorprendente dulzura.

—Han encontrado el Peugeot de Lilou Breval. A un minuto de aquí. En el pasaje. En un caminito que lleva al mar.

Habían sido rápidos. Y eso era importante.

—Voy.

Le habría gustado inspeccionar mejor la zona. Era lo que solía hacer. Pero quizá el coche les aclararía algo.

Dupin estaba en una estrecha playa de arena, plagada de rocas oscuras y escarpadas. Detrás, dunas cubiertas de hierba y un pinar; pinos piñoneros por todas partes; a Dupin le encantaban. Era el extremo de la estrecha lengua de tierra que, situada en la mitad oeste del golfo, parecía alargarse desesperadamente hacia la costa de enfrente. Delante, el cabo de Kerpenhir, «la puerta del golfo», un espectacular pasaje que ese día ofrecía un panorama inquietante: el gran Atlántico (a la derecha) parecía una balsa de aceite, igual que el pequeño mar (a la izquierda), los dos apacibles, pero en medio de los dos el agua se agitaba encrespada. Allí, la espuma de las olas danzaba furiosa. Se veía la fuerza, la presión de las masas de agua que entraban, el ímpetu de las caóticas corrientes, que alcanzaban hasta los veinte kilómetros por hora. Trescientos millones de metros cúbicos de océano entraban y salían con las mareas.

—Sí, como le decía, hay dos entrevistas largas. La primera, con Maxime Daeron, se publicó tres semanas después del artículo, hace casi un año. Y la segunda, con Ségolène Laurent, se publicó hace dos meses, en julio.

Nolwenn había sido rápida. Como siempre.

—Quiero leerlas. Las dos.

—Se las mandaré a una comisaría cercana para que las impriman y se las lleven. Con un smartphone sería todo más sencillo. Debería ir pensando en usar el que guarda en el cajón de su escritorio. Sería muy práctico.

La discusión sobre el smartphone venía de lejos y Dupin no se hacía ilusiones: acabaría perdiendo él. En enero equiparon a los compañeros de la comisaría con la última generación de smartphones, unos aparatos modernos que «podían hacer de todo» y que pusieron muy contentos a sus dos inspectores, sobre todo a Labat. Dupin se negaba a usarlo. Se imaginaba viendo en una situación crítica el aviso: «Error de sistema». ¡Si hasta para entender el móvil que tenía ahora había que sacarse una carrera! Pero no era el momento de seguir con la discusión. Además, teniendo a Nolwenn, ¿para qué necesitaba un smartphone?

—Envíelos a la comisaría de la ciudad de Guérande. A Le Ber. No sé cuánto tiempo nos quedaremos en el golfo.

—En el *Ouest-France* hay otros dos artículos breves relacionados con las salinas. Pero no son de Lilou Breval. Uno es sobre la nueva sal. La sal para molinillo. Una moda absurda, si quiere que le diga la verdad. Y el otro sobre la ampliación del Centro de la Sal. Pero son cuatro líneas.

—Mándemelos también.

—De acuerdo.

—Investigue también si hay algún informe policial de los últimos años sobre actividades ilegales en la producción de sal. Aditivos prohibidos o polémicos, métodos de producción, lo que sea. Y no solo en Guérande.

—Eso está hecho.

—Y a ver si puede encontrar algo interesante —Dupin sacó la libreta de notas— sobre bidones de tapa hermética. Cualquiera cosa relacionada con actividades ilegales. De Fasco. O de otros fabricantes... Bidones grandes.

Dupin sabía que era un encargo muy vago. Pero, si había algo que encontrar, Nolwenn lo encontraría.

—Veo que sigue en sus trece con los bidones. ¡Bien hecho! —Nolwenn cambió de tono de voz—: ¿Comisario?

—¿Sí?

—Ha vuelto a llamar Claire. Le he dicho que el caso ha dado un vuelco dramático, que ahora se trata de un asesinato... Y que el prefecto ha ordenado de manera oficial que usted dirija la investigación porque también afecta al Finisterre. Y que usted lamenta mucho que haya ocurrido precisamente hoy. Que ya es mala suerte. De todos modos, debería llamarla.

Dupin no sabía cuándo ni cómo, pero sí, tenía que llamar a Claire. La llamaría, por supuesto, y haría todo lo posible por estar esa noche en París.

—Lo haré. Y... gracias, Nolwenn.

—Es una gran pérdida para la Bretaña. Para el periodismo bretón. ¡No habrá otra como ella! ¡Es espantoso!

Dupin se quedó perplejo. De repente, Nolwenn volvía a hablar de Lilou Breval; él aún seguía con Claire.

—Sí..., lo es.

Dupin colgó. El sol picaba todavía más fuerte que antes, era brutal, casi insoportable. Una luz deslumbrante por todas partes. Le habría ido bien una gorra; tenía unas cuantas, pero no se las ponía nunca.

En el cielo se recortaba la escultura más triste que jamás había visto. La historia era muy conocida. Esculpida en granito de color gris claro, con vetas amarillas y anaranjadas y cubierta de musgo, la estatua representaba a la mujer de un pescador con un niño en brazos. Oteaba el horizonte en busca de su marido, que jamás regresaría. Se notaba que lo sabía, pero también que no podía (ni quería) hacer otra cosa más que esperarlo eternamente, día tras día. Se alzaba sobre un pedestal alto y redondo de granito, en un pequeño islote de roca negra que estaba muy cerca de una

punta a la que se podía llegar a pie con marea baja y que quedaba anegada cuando la marea subía. Entonces, la mujer y el niño se encontraban en medio del mar embravecido.

Dupin dio media vuelta. Vio a la comisaria entre los árboles. A unos cincuenta metros de distancia, inclinada sobre los asientos traseros del coche de Lilou Breval. El Peugeot estaba en un pequeño camino de arena que conducía al bosque. Allí lo había dejado el asesino. A tan solo dos minutos de la casa de los padres de Lilou.

Seguramente pasaría un buen rato antes de que llegara el tercer equipo de la científica; los otros dos se mantenían operativos en los otros escenarios.

Rose y Dupin ya habían efectuado una primera inspección ocular del coche cuando Nolwenn llamó. Las puertas estaban cerradas y faltaba la llave.

A simple vista, sin medios técnicos, no se veía nada sospechoso, absolutamente nada. Era para volverse loco: hasta entonces, ninguna pista en ningún sitio.

Dupin sabía que eran manías, pero no soportaba hablar por teléfono en presencia de nadie, daba igual de lo que se tratara. Y aún le gustaba menos mientras investigaba un caso y en esa situación especial. Por eso se había alejado un poco y había dejado a la comisaria inspeccionando el vehículo.

Regresó lentamente. La comisaria Rose estaba en cuclillas, inspeccionando todavía los asientos traseros. De momento, no habían descubierto nada sospechoso.

—¿Novedades? —le preguntó Rose desde el coche.

Dupin todavía estaba a unos metros y ella ni siquiera había apartado los ojos del coche. Asombroso. Dudó un momento y luego la informó escuetamente de lo que había hablado con Nolwenn. Rose escuchaba atentamente sin hacer comentarios, como si quisiera asegurarse de que se lo contaba todo.

—No vimos ninguna de esas entrevistas en casa de Lilou. Ni en casa de sus padres —dijo Dupin para concluir el pequeño informe.

—Bueno, ahora ya sabemos que Lilou Breval volvió a ocuparse recientemente de la Tierra Blanca. Y sabemos que conocía a dos personas más de las salinas y que se entrevistó con ellas. Ya tenemos los nombres de cuatro. Y seguro que había más material, aparte de lo que acabó publicando. Tiene que haber borradores y grabaciones de las entrevistas con más cosas —concluyó Rose—. En su portátil y quizá también en papel. Pero de momento no hemos encontrado nada.

—El asesino no sabe lo que sabemos —Dupin hablaba ensimismado, pero con énfasis—. No puede estar seguro de que no tengamos pistas ni de lo que consideraremos relevante. Se deshará de todo lo que crea que puede ser una pista.

—Volveremos a preguntar en la redacción. Y examinaremos sus cuentas de correo electrónico. Quizá envió algún borrador. —La comisaria volvió a centrarse en los asientos traseros—. De momento es imposible determinar si Lilou Breval vino hasta aquí conduciendo el coche o la trajeron. Indefensa. Quizá gravemente herida. O incluso muerta. No he encontrado nada que nos permita avanzar.

El coche tenía un aire parecido a la casa de Lilou Breval. En el asiento del

copiloto y en los asientos de atrás había semanarios, un par de libros y periódicos, números del *Ouest-France* y, sobre todo, ejemplares de *Le Monde diplomatique* y *Libération*. Todo desordenado. Y varias revistas de jardinería. Eso formaba parte de la vida de Lilou; ahora no era más que un caos sin sentido.

Rose volvía a llevar guantes de silicona de color carne. Casi le quedaban como si fueran un accesorio de moda. Ni a ella ni a la ropa que llevaba se les notaba la fatiga de la noche.

—Limpio como una patena —dijo Dupin, delante del maletero vacío.

—Yo tampoco lo uso nunca. —Rose se encogió de hombros—. Para eso están los asientos de atrás.

Dupin sacó la Clairefontaine. Y la abrió por la lista de personajes. Para cada uno, un círculo con un nombre y debajo, al lado y encima, una palabra clave sobre el personaje en cuestión. Con ese sistema, la página doble acabaría siendo rápidamente un verdadero galimatías. Por motivos que solo él conocía, a algunos nombres les correspondían dos círculos y signos garabateados impulsivamente: interrogantes, exclamaciones, signos de «más» y, de vez en cuando, una tachadura.

—Tengo que hablar con la especialista en química alimentaria que quería vernos urgentemente. —Dupin cayó en la cuenta de que Labat no le había dado su nombre—. Necesitamos a una experta. Quiero saber si se le ocurre algo sobre la presencia de bidones en las salinas. Si puede ser algo ilegal en la producción de sal.

Dupin notaba el estado febril en el que entraba cuando se metía de lleno en un caso complicado. Era un estado curioso, en cierto modo se aislaba del mundo. Se olvidaba de las cosas cotidianas. Solo existía el caso y las cuestiones relacionadas con él; un punto delicado en su relación con Claire. Pero al mismo tiempo estaba totalmente inmerso en la realidad, de un modo más preciso y claro que nunca. Con una única finalidad: resolver el caso.

—Lo haremos. Pero antes tenemos que hablar con la directora de Le Sel. La señora Laurent. Vive aquí, en el golfo.

Rose lo dijo como si nada.

—¿Vive en el golfo?

—Aún no sabemos si vive aquí o se trata de una segunda residencia. Muchos bretones tienen casa en el golfo. No solo los ricos. También mucha gente de Guérande. Eso no tiene nada de especial.

Dupin estuvo a punto de preguntarle si ella también. Le había dado la impresión de que se incluía. El comisario sabía que también había gente de Concarneau que tenía una casa en el golfo. Henri, evidentemente. Y un hermano de Nolwenn. Y también una de sus hermanas. El golfo era grande: veinte kilómetros de este a oeste y quince kilómetros desde Vannes hasta mar abierto. Y una de las regiones preferidas de los bretones. Dupin acabó entendiendo que, para ellos, el golfo era su Mediterráneo o, mejor dicho, el Mediterráneo hecho a su medida, su ambiente mediterráneo, pero mejor aún: atlántico. Y bretón. En el golfo incluían la popular

península de Quiberon, al oeste, y el conjunto megalítico de Carnac, la meca de los menhires. También las islas de Hodeic y de Houat, «la belleza de los mares del sur», donde se encontraba la playa de Treac'h-ar-Goured, la más espectacular de la Bretaña, y la legendaria isla Belle.

—También deberíamos hablar lo antes posible con la directora del Centro de la Sal. La señora Bourgiot. Y retomar a fondo la entrevista con el jefe de la cooperativa.

Rose pronunció ese «retomar a fondo» con voz sombría. Y el «deberíamos» de sus frases eran instrucciones precisas que no admitían discusión. Las conversaciones tendrían lugar en ese orden.

—¿Dónde cree que arrojaron a Lilou Breval al agua?

Rose se levantó inesperadamente, se quitó los guantes y, sin decir nada, avanzó entre los pinos para dirigirse a la punta de la lengua de tierra, donde había un mirador de poca altura, unos treinta metros del coche. Rose se detuvo al llegar al murete de protección que, más que para proteger, parecía servir para tropezar. Apoyó el pie derecho encima, las manos en los bolsillos de los pantalones. El agua bramaba justo debajo de ellos. Dupin se reunió con la comisaria y contempló el borboteo de la corriente.

Se quedaron quietos un rato. Luego, con la mirada perdida en algún punto del agua, Rose rompió el silencio.

—En este pasaje hay abismos y depresiones de hasta cuarenta metros. A lo largo del cauce principal del agua que entra y sale. El cadáver podría haber desaparecido aquí mismo para siempre. Había muchas probabilidades... Y de no ser así, la marea baja lo habría arrastrado hacia el Atlántico. Las corrientes se adentran kilómetros y kilómetros en alta mar —Rose hablaba con voz sombría—. Pero el asesino seguramente no pudo esperar a que cambiara la marea.

El lugar era perfecto, por muy macabro que sonara: perfecto y práctico en todos los sentidos. Allí no había nadie de noche, las casas más cercanas, incluida la de los padres de Lilou, estaban a medio kilómetro de distancia, en torno al pequeño bosque.

A Dupin le entró un vértigo repentino. Su mirada se había perdido en los remolinos de agua. De niño, la palabra «abismo» le daba miedo, le sonaba a «mal». Un monstruo siniestro y sin forma que te arrastraba a las profundidades. Esa era probablemente la causa del malestar que sentía cuando navegaba.

—Vámonos. Los de la científica llegarán enseguida.

Necesitaba un café urgentemente. De camino encontraría algún sitio donde parar. Y podría tomarse también una pastilla: el dolor del hombro había vuelto a empeorar. Quizá incluso tendrían bocadillos de jamón y queso.

Habían quedado en que pasarían por la salina donde habían aparecido los bidones, no muy lejos de Pradel, y se entrevistarían allí «un momento» con la especialista en química alimentaria. Era lo que quería Dupin desde el principio (al revés que la comisaria). Luego hablarían con la señora Laurent, que tenía una reunión con la señora Bourgiot, la directora del Centro de la Sal, por lo que decidieron que las

interrogarían a las dos al mismo tiempo. Dupin se preguntaba si acabaría pagando esa victoria pírrica en el orden de las entrevistas. La idea de tener que investigar con alguien siempre le había tocado las narices (y por lo que había comprobado, en la práctica era todavía peor de lo que creía). Aunque solo fuera por la cuestión de qué había que hacer primero y qué había que hacer después. Una cuestión (y era simplemente una de muchas) esencial en una investigación. A veces, decisiva. No podía irse sin más, como solía hacer, a seguir una pista (en ocasiones, solo era una intuición de la que ni él mismo era consciente) cuando le apetecía. Encima, en ese caso ni siquiera tenía una pista. Evidentemente, por la mañana había sopesado la idea de proponerle a Rose que se dividieran. Pero no se fiaba un pelo de la comisaria, que tenía la gran ventaja de trabajar en su terreno y con sus agentes, de modo que él estaba en una mala posición.

Dejaron los coches en la Route des Marais y siguieron a pie. Dupin aparcó detrás del coche de Rose. Delante del Renault de la comisaria había otro Renault, del mismo modelo, pero negro.

—He mandado cerrar la salina de Daeron hasta nuevo aviso. Y esta también, por supuesto, aunque ahora no se coseche. Hasta que se demuestre sin ningún género de duda que esos cuatro bidones y su contenido son inocuos.

Céline Cordier mantenía una postura relajada que contrastaba enormemente con la determinación con la que hablaba. Dupin se la había imaginado de otra manera. Más como una científica. Quizá con bata blanca. La especialista oficial en química alimentaria parecía una diseñadora gráfica de una agencia puntera. Una sencilla camiseta azul, estampada con un círculo de color rojo intenso, vaqueros descoloridos y ajustados, que le marcaban los huesos de las caderas, y zapatillas de baloncesto de color azul oscuro. Alta, casi tanto como él, un poco larguirucha (pero con gracia), media melena negra y escalada y ojos de color ámbar. De unos treinta y cinco años.

—Sea lo que sea —prosiguió—, está claro que aquí se han cometido delitos graves. Un tiroteo y una periodista asesinada, que supuestamente estaba implicada en el asunto.

La noticia se había difundido. Claro, no se podía esperar otra cosa. Rápidamente, como un reguero de pólvora. El cadáver lo habían encontrado unos mariscadores, alguien había llamado a la redacción del periódico preguntando por posibles parientes y blablablá. Al fin y al cabo, era una periodista conocida. Un asesinato. Y evidentemente lo relacionarían con el tiroteo de la noche anterior, aunque solo fuera porque veían al comisario por la zona. Informaban en la radio y en las ediciones online de los periódicos, y al día siguiente lo harían en la prensa impresa.

En el fondo, comprendía la alarma de la química. Pero su forma de hablar, resolutiva y con muchos humos, lo ponía nervioso. Por lo visto, a Rose también.

—Hasta ahora no hemos podido determinar la presencia de sustancias extrañas. Los químicos forenses han tomado varias muestras. De distintas balsas. Sobre todo, de los cristalizadores.

Rose había adoptado su típica postura (la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta, con el pulgar asomando) y hablaba con energía. Hizo caso omiso de la pregunta implícita en las palabras de Cordier, sobre si ambas cosas estaban relacionadas.

Estaban en uno de los pasillos anchos de la salina en la que habían encontrado los bidones. Se notaba que no la cosechaban; el agua estaba llena de algas y tendría unos veinte centímetros de profundidad. Dupin comprobó con alivio que en la Tierra Blanca volvía a levantarse una suave brisa que despejaba el ambiente y hacía que el azul del cielo y los demás colores resplandecieran aún más: el verde y el amarillo pajizo de la hierba y los helechos, los colores de las balsas que centelleaban en las salinas vecinas; y matices plateados, azules, verdes y rojos. Y el azul intenso de los cuatro bidones, volcados como extrañas esculturas en el borde de la balsa. No se veía ninguna tapa, nada con que cerrarlos. Ahí estaban los misteriosos objetos que tanto interesaban a Lilou: existían, eran reales. Y sin embargo, al menos de momento, seguían siendo tan misteriosos como antes.

—Es una situación muy delicada. Estamos haciendo análisis en las salinas contiguas. También vamos a...

—¿Que están haciendo qué?

La comisaria Rose la cortó bruscamente.

—Unos análisis. Tenemos que decidir si, además de las medidas que ya hemos tomado, conviene cerrar todas las salinas hasta que ustedes o nosotros sepamos algo.

—¿Todas las salinas? ¿Y a quién se refiere con «nosotros»?

—Yo, que dirijo el departamento científico del Instituto, y una compañera del de administración. La que decide al final soy yo. Hay normas muy estrictas y estoy en contacto con París. Con la sede nacional de control de alimentos, que puede tomar cualquier decisión en cualquier momento. Y aceptará mi peritaje. Estamos en el centro de una producción alimentaria extremadamente sensible que, a diferencia de lo que ocurre en las fábricas cerradas, no está protegida de nada. Decenas de miles de personas consumirán la sal que se produce estas semanas en las salinas.

Mientras la señora Cordier se explicaba, Rose suspiró profundamente sin dejarse impresionar. Dupin quería tratar de una vez el punto que más le preocupaba.

—Señora Cordier, ¿qué cree usted que puede estar pasando en las salinas? ¿De qué cuestiones ilegales o espinosas podría tratarse? ¿Qué podían contener los bidones?

—Chanchullos, venganzas, sabotajes, cuentas pendientes, competencia. No lo sé. No conozco a la gente de aquí. No soy la persona adecuada para hacer conjeturas.

—Me refiero a la sal en concreto, ¿qué teme que podría haberle pasado?

—Podrían haber vertido sustancias que, aunque fueran inocuas, estropearan la sal. Toda la cosecha. Colorantes, por ejemplo. Y otras que dañarían el suelo de las salinas. Según cómo, durante años. O todavía peor: sustancias tóxicas. Con ellas se destruiría no solo la cosecha, sino también la buena fama de las salinas durante muchos años.

De toda Guérande.

Claro. Lilou había escrito sobre la «guerra de la sal». Dupin recordaba perfectamente el artículo. Quizá alguien le había echado el ojo al conjunto. A todas las salinas de Guérande. Pero si alguien quisiera perjudicar a toda la Tierra Blanca, probablemente actuaría de otra forma. Y si lo había entendido bien, Guérande no era una dura competencia para otras zonas.

—De momento, no consideramos esa posibilidad. Pero, la investigaremos, por supuesto —dijo Rose serenamente.

—Y nosotros tenemos que excluir cualquier riesgo, incluso el más mínimo —insistió Cordier en un tono que no permitía la menor réplica.

Dupin pensó febrilmente. Ya habían tocado ese punto a primera hora de la mañana: se podía pensar que alguien había querido perjudicar a alguien. Por supuesto. A Daeron. A un particular, a un grupo, una cooperativa, una gran empresa. Cabía imaginar distintas formas y grados de sabotaje.

—¿Cómo sabotearía usted una cosecha?

Eso le interesaba mucho. Tenían que dar rienda suelta a la imaginación.

—Hay muchas sustancias, pero todas dejarían rastro. Lo más astuto sería añadir agua en las fases críticas, eso nunca se puede demostrar y...

—¿Agua dulce?

Justo lo que Maxime Daeron les había comentado.

La química lo miró con cara de sorpresa. Dupin se dio cuenta entonces de que se había pintado los labios del mismo color que el círculo de la camiseta.

—Con agua dulce se puede sabotear considerablemente una cosecha y el rendimiento de una salina. Pero, como he dicho antes, cuando alguien intenta matar a un policía para que no descubra lo que está haciendo, tal vez se trate de algo más grave. No de cuatro bidones de agua potable.

Lo mismo habrían dicho Rose y él. Era precisamente eso lo que los preocupaba. Al menos a Dupin.

—Por eso tenemos motivos para estar seriamente preocupados —concluyó Cordier.

—Y nosotros tenemos...

El móvil de Rose lo interrumpió. La comisaria se alejó unos pasos y contestó. Se la oyó decir «Bien, Chadron» y luego bajó la voz.

La interrupción no pareció afectar lo más mínimo a Céline Cordier, que sacó con cuidado su smartphone del bolsillo de los vaqueros y empezó a teclear.

Dupin empezó a recorrer haciendo equilibrios el estrecho pasillo que conducía a la balsa en la que estaban los bidones. Probablemente tampoco descubriría nada observándolos de cerca. Los expertos los habían examinado y no habían encontrado nada. Después de dar unos pasos notó que alguien lo seguía. Se volvió. Era Rose.

—Acaba de llamarme Chadron. Los de la científica han encontrado huellas dactilares en casa de los padres de Lilou, en la puerta del jardín, que no son tuyas.

Pediremos las huellas de todas las personas relacionadas con el caso... en Gwenn Rann.

Antes de que Dupin pudiera contestar, la comisaria retomó la conversación de antes como si la llamada no los hubiera interrumpido:

—Si se demostrara que han saboteado a un salinero independiente o a un miembro de una cooperativa, eso podría perjudicar el buen nombre de una gran empresa y de los gerentes que estuvieran al corriente o lo hubieran encargado. Y verían destruidas sus carreras y, todavía peor, sus planes. Eso bastaría como motivo.

Se lo dijo en voz baja, pero muy resolutiva. Dupin abrió la boca para volver al tema de las huellas dactilares... Quizá era una novedad importante, pero tenían que esperar los resultados. Y, evidentemente, las reflexiones de Rose eran acertadas.

Dupin llegó al final de la pasarela. De cerca tampoco se veía nada. Se agachó un momento. Rose siguió hablando:

—También sería el final de la cooperativa y de los independientes. Por lo demás, para hacer algo así hay que estar desesperado o tener mucha sangre fría, y cuando alguien empieza...

Se interrumpió. Dupin sabía a qué se refería. Había visto muchas veces esa historia. Curiosamente, a veces bastaba con cruzar una línea, normalmente muy delgada, para estar psicológicamente preparado para hacer cosas peores, y lo interesante era que entonces ya no se percibían como malas. Más bien como «ajustes necesarios». Sí, quizá deberían considerar seriamente la posibilidad de un sabotaje en las salinas por el motivo que fuera. Tal vez como parte de un plan sistemático que descubrió Lilou Breval. Pero Dupin también tenía la sensación de que había que buscar otras posibles historias.

Se dio la vuelta. Esa fue la señal para que Rose, también en la pasarela, lo imitara y volviera hacia atrás.

Al cabo de unos instantes se reunían de nuevo con Céline Cordier, que acabó de teclear despreocupadamente lo que estaba tecleando y se guardó el móvil en el bolsillo trasero de los pantalones.

Dupin tenía más preguntas que lo preocupaban.

—¿Existen sustancias, productos químicos, que puedan aumentar la producción o la calidad de la sal? ¿Sustancias ilegales o relativamente legales?

—No. La sal marina no se produce, se extrae. Se libera, por así decirlo. La evaporación natural funciona de forma eficaz y no se puede aumentar con nada. Añadiendo productos químicos seguro que no. Y la composición de la sal en esta zona es perfecta... Ningún aditivo podría mejorarla.

Cordier hablaba en un tono de conversación casi normal, su agresividad se había esfumado.

—¿Y qué me dice de los métodos que se emplean fuera de Francia o de Europa? ¿Tienen algo que podría aplicarse aquí, aun estando prohibido, para poder competir?

—Eso no lo controlo. Pero se trataría de sal gema, de la que se extrae de las

minas. Como ya le he dicho, no es el caso de la producción de sal marina.

—¿Hay que proteger las salinas de amenazas orgánicas? ¿De bacterias, como en el caso de los mejillones y las ostras?

Rose tenía razón, también se podía insistir en ese punto.

—No, no hay ningún microorganismo que pueda vivir en una salina, excepto las bacterias halófilas, totalmente inocuas y que son las que, junto con el barro, provocan a veces la intensa coloración rojiza, rosa o violeta de las balsas. La sal es bioquímicamente resistente.

Se hizo un silencio provocado por el desconcierto.

—Ya se lo dicho: consideramos la posibilidad de suspender toda la producción. Y la venta de las existencias que se guardan en los almacenes —Cordier hablaba ahora con una frialdad burocrática— solo se autorizará después de someter la sal a un análisis exhaustivo. —La siguiente frase la pronunció con una comprensión sorprendente—: Soy consciente de que incluso un cierre temporal de las salinas afectará mucho a los salineros, pero se trata de proteger a los consumidores. Esa es la prioridad.

—Siempre hay alguien que saca provecho de un desastre. Alguien interesado en que se produzca.

Rose pronunció esas frases con mucha seriedad. Y eso les dio cierto aire dramático. Un instante después, miró la hora:

—Tenemos que irnos.

Los esperaban.

La nueva sede del Centro de la Sal era imponente. Exquisita. Construida con materiales naturales. Madera de roble sin tratar, granito claro, vidrio. Formas cuadradas intercaladas, pero sin excesos. En el gran vestíbulo había una exposición, *El mundo mágico de la sal*. Entre otras cosas, habían reproducido un cristalizador entero y unas salinas en miniatura. También había «salas temáticas» y plafones informativos («La historia de la sal», «La sal de los gourmets»), una cafetería y una «boutique de la sal». Además de distintos tipos de sal y productos elaborados con sal (mostaza con flor de sal, chocolate con flor de sal, sales de baño relajantes con flor de sal...), en la *boutique* vendían libros, pósters, DVD y revistas. En el Centro de la Sal no se veía ni rastro de las «humildes» condiciones económicas que envolvían el mundo de la sal.

Una empleada los acompañó a la sala de reuniones, no muy lejos de las salas temáticas. La señora Laurent y la señora Bourgiot estaban sentadas a una mesa de roble clara, demasiado grande para un espacio no muy grande.

—¿Dónde estaban ayer por la tarde, las dos? A las ocho. Y por la noche.

En toda su carrera de policía, Dupin nunca había empezado un interrogatorio con esas preguntas. Rose acababa de hacerlo con un aire conciliador que dejaba claras dos cosas: por un lado, que eran preguntas de rutina y no insinuaba en absoluto que sospecharan de ellas y, por otro, que ya podían ir preparándose si acababan

considerándolas sospechosas.

—Y díganos quién puede confirmarlo.

La señora Laurent se apartó el pelo (media melena, rubio oscuro con mechas claras, liso pero con un volumen impresionante) con la mano derecha de la cara bronceada y se lo puso detrás de la oreja con elegancia. En el lado izquierdo, el pelo seguía cayéndole en la cara; sin duda era la gracia de su peinado asimétrico. Tendría unos cincuenta y pocos, una mujer atractiva, con traje pantalón oscuro muy parecido al de Rose. Pero, a diferencia de la comisaria, ella no llevaba blusa, sino una camisola de seda con un gran escote en forma de uve y de color lila pálido. Y había que reconocer que le quedaba muy bien.

—Hasta las siete y veinte, más o menos, estuve trabajando en Vannes: una reunión con un fabricante de embutidos, el señor Alain Doncieux, propietario de la empresa. Y luego me fui a casa. Vivo en el golfo. En la isla de Arz. Cené en el jardín y luego leí un rato en la tumbona, bebí vino y de vez en cuando me entretuve contemplando gratamente el golfo. Casi hasta medianoche. Hacía un tiempo de película.

Una respuesta exhaustiva, ofrecida con mucho aplomo. La señora Laurent le dedicó una sonrisa radiante a Rose. Y añadió:

—¿Creen que la muerte de la periodista tiene algo que ver con el tiroteo de anoche en las salinas? En la prensa hablan de asesinato y de que probablemente los dos sucesos estén relacionados.

Como era habitual, dio la impresión de que Rose no había oído la pregunta. A esas alturas, Dupin ya sabía que se trataba de un método de trabajo.

—¿Había alguien con usted? ¿Envió por casualidad un correo electrónico desde un ordenador conectado al ADSL que nos permita comprobar mediante la IP que estaba en casa? ¿Hizo o recibió llamadas desde el fijo?

El mismo teatro. Una cordialidad perfecta, sin retórica ni la menor agresividad.

—Ya se lo he dicho: estuve leyendo. Una novela de Pierre Lemaitre, el ganador del Gouncourt. Magnífica. Y contemplé el agua. Nada de correos ni visitas ni llamadas en toda la noche. —Por un momento miró con cara seria el vendaje de Dupin, que sobresalía un poco del polo—. Solo me levanté un momento para ir a buscar algo de comer a la cocina. —Se echó a reír—. No tengo coartada. No hay testigos. Los vecinos no pueden verme cuando estoy en el jardín. Y vivo sola.

De nuevo sonrió radiante y sin aires de suficiencia (y por lo tanto, con el máximo grado de suficiencia, cosa que Dupin reconocía que le imponía respeto). En cambio, la señora Bourgiot miraba un poco nerviosa a la jefa de Le Sel a través de sus gafas. No paraba de moverse en la silla, a la vez que se notaba cuánto se esforzaba por no hacerlo. La directora del Centro de la Sal era una mujer joven, de unos treinta y pocos, con el pelo oscuro y rizado, recogido en un moño, muy maquillada y con gafas de montura gruesa, oscura y cara. Llevaba un vestido negro y unos zapatos de tacón altísimo. Sin embargo, al lado de la señora Laurent palidecía. Y, sobre todo, se notaba

que la señora Laurent era la verdadera jefa.

—¿Y usted, señora Bourgiot?

—Estuve aquí. Hasta las ocho y cuarto o las ocho y media. Con una empleada... Hoy está en la cafetería. A partir de principios de septiembre solo abrimos hasta las siete. Después me fui a casa y cené con mi marido. Vivimos en Le Croisic. —Hizo una breve pausa y añadió, indecisa—: En la rue des Goélands, cerca del Mont Esprit.

Insegura, le dirigió una mirada interrogativa a Dupin, que aún no había dicho nada.

El comisario conocía el Mont Esprit. Por supuesto. Era uno de los dos «montes» (los llamaban así realmente) que se habían ido formando hasta el siglo XIX con el lastre que lanzaban los grandes barcos salineros en el puerto de Le Croisic para cargar luego oro blanco. Henri le había contado que los lugareños estaban muy orgullosos de aquellas montañas.

Rose siguió con las preguntas, impertérrita.

—¿La vio alguien más o habló con alguien que no fuera su marido cuando llegó a casa? ¿Hizo alguna llamada?

—Yo...

La señora Bourgiot buscó la mirada de la señora Laurent, pero enseguida dio la impresión de que ese gesto le parecía poco adecuado. Volvió a mirar a Rose. Dupin había sacado la libreta de notas y la hojeaba distraído. No se había tomado ningún café en el trayecto de vuelta a la Tierra Blanca desde el golfo. No había visto ningún sitio en el que se pudiera parar un momento sin más complicaciones. Además, Rose lo seguía muy de cerca con su gran Renault, casi pegada a su coche (no entendió por qué no lo adelantaba).

También había intentado hablar cuatro veces con Claire durante el trayecto, pero siempre le saltaba el contestador. Eso no era una buena señal.

—Hablé un momento con el señor Jaffrezic, de la cooperativa. Por el móvil. Sobre temas de la tienda.

La señora Bourgiot seguía pareciendo insegura y atemorizada.

—¿Qué «temas»? —preguntó Dupin con brusquedad.

—Se nos habían agotado algunos productos de la cooperativa y necesitábamos reponerlos urgentemente. En cajas de cien unidades. La mezcla de flor de sal y especias, sobre todo con pimiento de *espelette* —explicó; de repente parecía en su elemento—, pero también con limón y eneldo. Le habíamos hecho el pedido dos días antes. No conseguí localizarlo en todo el día. Y él esperaba mi llamada... Durante la temporada, también se solucionan asuntos de noche. Es lo normal.

Dio la impresión de que su nerviosismo disminuía con esa respuesta; se la veía cada vez más tranquila.

—Pero la cooperativa tiene su propio Centro de la Sal para vender sus productos, ¿no? Y lo dirige el señor Jaffrezic.

Dupin se dio cuenta de que hablaba casi con voz ronca. Necesitaba caféina

urgentemente.

—Casa de la Sal. El centro de la cooperativa se llama Casa de la Sal —lo corrigió diligentemente la directora del Centro de la Sal—. Allí venden su propia sal, cierto. Pero este es el centro oficial de la comuna, aquí —señaló hacia la *boutique* con la cabeza—, vendemos sal de todos los salineros de los independientes y de las cooperativas. Y de la empresa Le Sel, por supuesto. Este centro se dedica al conjunto de las salinas, pertenece a todos los salineros.

—Yo... Si me disculpan un momento.

Dupin se levantó a media frase y se dirigió a la puerta de vidrio. Las tres mujeres le dirigieron una mirada interrogativa.

—Vuelvo enseguida.

Salió de la sala, cerró la puerta de vidrio con suavidad y se fue directo hacia el mostrador de la *boutique*. Detrás había una chica de pelo castaño oscuro, recogido en una cola de caballo, que llevaba una camiseta azul oscuro con un discreto anagrama del Centro de la Sal. Dupin no había caído en la cuenta de que las tres mujeres podían verlo. Pero le daba igual. No estaba en forma, su mente no trabajaba como debía y necesitaba a toda costa que la mente le funcionara de manera impecable.

—Dos cafés, por favor.

También le convendría comer algo; en el trayecto desde el golfo se había preguntado si Rose no comía nunca; quizá había comido algo por la mañana, furtivamente, después de dejarlo a él. En una vitrina había quiches con tomate y sardinas, con salmón fresco, con alcachofas pequeñas; todas parecían deliciosas y tenían flor de sal espolvoreada por encima, pero tal vez sería poco apropiado en esa situación. Sin pensarlo mucho, Dupin se decantó por unos bombones de caramelo a la flor de sal. Con menos entusiasmo que la noche anterior, eso sí. Eran muy prácticos para picar algo fuera de casa, una inyección de glucosa en la sangre, y se podían comer discretamente.

La chica preparó dos cafés con mano experta y una rapidez impresionante.

—Dígame, ¿el señor Jaffrezic viene a menudo? Me refiero al director de la cooperativa.

—Lo conozco. —La joven tenía una voz descarada, resuelta, sonora, que contrastaba graciosamente con su aspecto frágil—. Viene con regularidad. Una o dos veces por semana.

Dupin se apartó un poco y se bebió el primer café a sorbos, como un verdadero profesional. Un café perfecto, absolutamente perfecto. Y no quemaba. Así pues, enseguida dio cuenta del segundo.

—Un café excelente... ¿Y a qué hora se marchó ayer la señora Bourgiot?

—Hacia las ocho y media. Quizá un poco antes.

Dupin sacó un billete de diez euros del bolsillo del pantalón, murmuró «gracias» y empezó a abrir el paquete de bombones (esta vez, un paquete alargado con diez unidades, aún más práctico) mientras volvía a la sala de reuniones. Al entrar se metió

un bombón en la boca y el paquete en el bolsillo del pantalón.

La señora Bourgiot acababa de concluir una frase y lo miró con cara de desconcierto. La señora Laurent lo miró divertida y la comisaria Rose ni siquiera lo miró.

—Bueno, como les he dicho, llamé al señor Jaffrezic. Yo...

—En la entrevista que le hizo Lilou Breval hablaron entre otras cosas de los conflictos de intereses y las disputas que hay en torno a la Tierra Blanca. Las luchas por las salinas, ¿verdad? Háblenos de eso.

Dupin intervino sin más y, sorprendentemente, la comisaria se lo permitió. Volvía a sentirse en forma, se encontraba mejor. El efecto de la cafeína era inmediato y no importaba si realmente era físico o ante todo psicológico (eso suponía Nolwenn).

—Fue una entrevista larga, estuvo muy bien. Hablamos de los cambios que se dan en todas partes y que también afectan a la Tierra Blanca. Una periodista inteligente y comprometida.

Fue una respuesta sin malicia, distendida. Al llegar al Centro de la Sal, Le Ber le había entregado las entrevistas y los artículos que Nolwenn había mandado por fax. Les habían echado un vistazo dentro del coche. Encontraron unos cuantos puntos interesantes, aunque nada a lo que agarrarse.

—Concrete un poco más. Usted manifestaba abiertamente su intención de quedarse con casi todas las salinas. Decía que le gustaría comprarlas todas. Ahora ya tiene el veinticinco por ciento. ¿Le preguntó Lilou Breval qué planes concretos tenía? ¿En qué consisten?

Ese era uno de los puntos de la entrevista, formulado con desparpajo por Lilou, en los que se refería a una «lucha por la Tierra Blanca», a una «ocupación silenciosa», aunque luego no insistía en el tema, no le sacaba punta.

—Como ya he dicho, fue una entrevista extensa y constructiva sobre...

—Ya basta. —Rose levantó la voz, mucho, enfadada pero no colérica—. Queremos saber qué pasa aquí. ¿Qué sucede en las salinas? Sea lo que sea, ha desembocado en un asesinato, casi dos.

Dupin no tenía ni idea de si el arrebato de Rose era sincero o solo lo había interpretado de manera convincente.

—Pues claro que se trata de una «lucha», pero no entre posibles bandos de las salinas, sino por el futuro de Guérande, por su supervivencia. —La señora Laurent también levantó un poco la voz, pero siguió hablando contenida—. Sí, nosotros creemos que Le Sel debería ser el futuro de las salinas, eso no es ningún secreto. ¡Para conservarlas! Y también, por supuesto, porque vemos grandes perspectivas económicas para la sal. Un buen negocio. —Poco a poco, fue bajando la voz—. Los productos gastronómicos *premium* están de moda en todas partes, gracias a Dios, y la sal marina pura es uno de ellos. La flor de sal tiene que ser como el champán, el burdeos, el foie. Una exquisitez de lujo. Aquí se desperdicia ese potencial. Y las cosas pueden hacerse de otra manera. En la producción, en el marketing, en la

comercialización... Miren este edificio. Le Sel ha sufragado una buena parte. La comuna no estaba en condiciones de hacerlo. Solo hay que compararlo con la barraca que había antes. Y todo es por el bien de las salinas. Las cosas pueden mejorar mucho sin tocar la esencia de las tradiciones. Todo el mundo saldría beneficiado. Sobre todo los salineros. Seguirán trabajando en sus salinas si nos las venden. Y con mejores sueldos.

Un discurso perfecto, una mezcla de discurso empresarial y compromiso personal a partes iguales. Pura retórica, que a Dupin solía ponerlo de mala uva. Curiosamente, en esa ocasión no le ocurrió (acababa de meterse discretamente otro bombón en la boca). La señora Laurent era muy buena en lo suyo. La señora Bourgiot había permanecido inmóvil durante el breve discurso, no se le había notado la menor reacción.

La directora de Le Sel prosiguió:

—Sí, nos gustaría que toda la Tierra Blanca fuera nuestra... Pero ¿en serio creen que disparamos a la policía y asesinamos periodistas para conseguirlo?

—La gente es capaz de cualquier cosa cuando ve que su ambiciosa carrera y todo lo que ha construido está de repente en peligro —dijo Rose tranquilamente, y la señora Laurent la miró con frialdad—. La pérdida de una cosecha pondría a un independiente en una situación precaria. Y quizá se vería obligado a vender. Y hay formas de conseguir que se pierdan las cosechas.

Esta vez, Ségolène Laurent mostró otro registro. Se reclinó en su asiento con aire desafiante y contestó ásperamente:

—Sí, hacemos ofertas altas, incluso excesivamente altas, y sí, hay enfrentamientos duros en las salinas, ya se lo he dicho, hay intereses económicos concretos que provocan conflictos, eso es cierto. Pero no, no sabotamos cosechas ni cometemos crímenes.

Su aparente franqueza era un arma retórica acreditada.

—Usted se ha pronunciado ante las autoridades de este departamento, y también en París, en el ministerio, en contra de las subvenciones públicas para las salinas —intervino de nuevo Dupin.

Las subvenciones a las salinas eran otro de los puntos que le interesaban de las dos entrevistas.

—En efecto. Son un instrumento artificial, inadecuado y también injusto.

—Usted presiona a las autoridades con fines muy específicos.

—Naturalmente —la señora Laurent arqueó una ceja casi imperceptiblemente—, para eso me pagan.

La señora Bourgiot carraspeó.

—¿De verdad creen que hay una relación directa entre el tiroteo, el asesinato y las salinas? ¿Creen que los crímenes están relacionados con la sal?

Después de lo que acababan de hablar, esas preguntas sonaron un tanto fuera de lugar, pero la señora Bourgiot no las pronunció en tono ingenuo. Y había dado en el

clavo. Ese era exactamente el problema. No tenían ni idea de si existía una relación directa. Y si existía, no sabían cuál era.

—Sabemos que están relacionados —afirmó Rose con determinación—. Díganos, ¿por qué hemos encontrado en una de sus propiedades los bidones azules que el comisario Dupin buscaba anoche en la salina de Maxime Daeron?

—No tengo la menor idea.

Evidentemente, lo más probable era que, después del «incidente», hubieran dejado los bidones en cualquier sitio. En una salina abandonada. Ni siquiera era seguro que el asesino supiera que Lilou le había contado sus sospechas a alguien. Incluso era posible que hubieran querido incriminar a propósito a Le Sel. En esos momentos había que barajar todas las posibilidades.

—¿Utilizan ese tipo de bidones en Le Sel?

—No.

—¿Y la sal seca para molinillo? ¿Cómo la transportan? ¿Cómo la almacenan? —Las lecciones de Jaffrezic estaban dando sus frutos en Dupin.

—En sacos, como las demás clases de sal. Están revestidos con silicona natural por dentro.

—¿Para qué podrían servir los bidones azules? —Dupin había llegado a su punto favorito.

—No lo sé, la verdad.

—¿Y usted, señora Bourgiot? ¿Se le ocurre qué podían contener los bidones?

—Espero que nada que no tuviera que estar aquí. Céline Cordier no para de presionarnos desde esta mañana, amenaza con cerrar todas las salinas... No me explico qué podría ser. Y no conozco a nadie capaz de cometer la imprudencia de manejar productos peligrosos. Y menos aún de cometer un asesinato.

Era sorprendente lo que había cambiado durante la conversación. Ahora hablaba con voz estridente, casi resuelta. Poco antes, se la veía insegura, atemorizada. Casi como si hubiera estado fingiendo.

—En la entrevista que le hizo el año pasado, ¿qué le interesaba sobre todo a Lilou Breal?

—Información muy general. Era la primera vez que se ocupaba a fondo del tema de la sal y de la comuna de Guérande. Le preparamos información detallada. Estuvo aquí dos veces. El artículo nos vino muy bien. No trataba ningún tema... delicado. Se centraba principalmente en la situación económica de los salineros, que no es nada fácil. —Rápidamente añadió—: Pero en general es estable. Y en ningún caso preocupante.

La comisaria Rose carraspeó.

—No sabemos lo que ha ocurrido ni lo que está ocurriendo, pero lo descubriremos. Si tienen algo que contarnos, será mejor que lo hagan ahora.

Rose no aflojaba. Tal vez tenía una pista que Dupin desconocía.

El comisario vio de pronto a Le Ber al otro lado de la puerta de vidrio y casi se

sobresaltó. El inspector no paraba de gesticular. Cómicamente. Se esforzaba por no llamar mucho la atención porque un grupo de turistas pasaba justamente entonces por su lado, pero no lo conseguía. Labat estaba detrás. Los gestos que Le Ber hacía con la mano eran cada vez más frenéticos. Dupin negó con la cabeza para indicarle que no quería interrumpir la conversación.

Le Ber se encogió de hombros como pidiendo perdón y gesticuló todavía más fuerte.

—Yo... Si me disculpan.

Dupin se levantó. Un instante después estaba en la puerta y salía de la sala. Se daría prisa. Las tres mujeres todavía no habían visto a Le Ber.

—Perdone, jefe.

—¿Qué pasa, Le Ber?

—Maxime Daeron quiere hablar con usted. Enseguida. Dice que es muy urgente... Con usted personalmente.

—¿Solo conmigo?

—Solo con usted.

—¿Dónde está?

—En su casa del golfo.

—¿En su casa del golfo?

—En su casa del golfo.

Dupin confió en que nadie hubiera oído ese absurdo diálogo.

—Dice que pueden verse donde usted quiera.

Dupin pensó. Antes quería rematar al menos la conversación.

—De acuerdo, dígame que venga.

—De acuerdo, jefe. Se lo diré.

Le Ber dio media vuelta y sacó el móvil.

—Espere. Yo... Mejor en su salina. Donde pasó lo de ayer.

Por la mañana, Dupin ya quería ir otra vez a la salina.

—Entendido.

Le Ber se volvió y se dirigió a la salida.

—¿Le Ber?

El inspector se volvió otra vez. Sin parecer disgustado. Hacía mucho que trabajaba con Dupin para que esas cosas le hicieran perder la calma.

—¿Jefe?

—Yo... Dígame que iré a verlo.

—Muy bien.

—Creía que Daeron vivía en La Roche-Bernard.

—Puede que la casa del golfo sea una segunda residencia. Mucha gente tiene...

—Lo sé, Le Ber. ¿También vive en el golfo durante la semana?

—No sabría decirle.

—Dígame a Daeron que me pongo en camino enseguida. ¿Dónde vive

exactamente?

—En la isla de Moines.

—¿La isla de Moines?

—La isla de Moines. En bretón se llama Izenah.

—¿No es esa la que está más cerca de la isla de Arz, donde vive la señora Laurent?

—Antiguamente estaban unidas por un terraplén estrecho, pero el mar se lo tragó durante una fuerte marejada. ¿No conoce la historia?

Daeron y Laurent no vivían muy lejos en línea recta. Casi eran vecinos.

Le Ber interpretó el ensimismamiento del comisario como una invitación para que le contara la historia.

—El hijo de un rico capitán se enamoró de la hija de un pescador pobre. Todas las noches se encontraban en secreto en el terraplén. Un día, el muchacho pidió su mano. Su padre, el capitán, se opuso. Pero la chica fue de todos modos y empezó a cantar canciones seductoras. Entonces, el capitán le pidió ayuda al océano. Y el demonio envió una marejada que hundió el terraplén en las olas encrespadas.

Le Ber no solo conocía todas las historias (cuanto más oscuras y dramáticas, más le gustaban, aunque a él, curiosamente, también le daban miedo cuando las contaba), sino que las narraba con un entusiasmo cargado de teatralidad. Y había leyendas prácticamente para todos los lugares: en el universo celta nada existía porque sí, todo tenía su propia historia. Dupin estaba convencido de que por eso el carácter bretón era el más poético y épico de todos. En la comisaría, al mote «el druida» que le habían puesto a Le Ber (un mote que chocaba radicalmente con su imagen deportista y sus habilidades prácticas y técnicas) le añadieron el de «bardo», que también parecía halagarlo mucho.

—El demonio... o Dios. No se sabe.

Dupin se estremeció. Eso era ridículo.

—¿No se sabe si fue el demonio o Dios?

—Los dos tenían sus motivos.

No era momento de historias, ni para contarlas ni para oírlas. Pero Dupin tuvo que reconocer que en cierto modo se sentía un poco más alegre: por extraño que pareciera, le sentaban bien, lo devolvían a una agradable normalidad, lo reconfortaban. Mientras Le Ber contara historias, el mundo seguía en orden. Además, había aprendido una cosa: de vez en cuando, las historias de Le Ber, incluso las más fantásticas, contenían guiños inesperados y también interesantes.

—Yo... iré a la isla.

—El golfo es una zona plagada de historias y criaturas sobrenaturales, jefe. Siempre lo ha sido. Hadas y enanos con una fuerza hercúlea —Le Ber hablaba en tono marcadamente objetivo—. No es de extrañar que esté lleno de menhires, dólmenes y crómlechs. También Izenah. Debajo del Pen Hap, el dolmen más bonito de la isla, está el sarcófago de Julio César. Pero —añadió en el último momento— a

la gente solo le interesa por el oro macizo.

—Yo...

Dupin no supo qué contestar. Por muchos motivos. Por ejemplo, le hacía mucha gracia que Le Ber se mofara de los mezquinos intereses materiales de la gente y en cambio aceptara la extravagante idea de que Julio César estuviera enterrado precisamente allí. Las leyendas eran curiosas por sí mismas, pero esa lo era especialmente: aunque la victoria sobre los galos más audaces, los vénetos (¡originarios del golfo!), hubiera sido decisiva en la carrera de Julio César, ¿por qué narices iban a trasladar hasta allí su cadáver? A la provincia más rebelde del Imperio Romano, a *finis terrae*. De todos modos, seguro que había alguna historia irrefutable que lo aclaraba todo; mejor no preguntar. Y empezaba a tener cubierto el cupo de normalidad.

—Solo se interesan por el oro y por los valiosos tesoros que están escondidos debajo de los menhires y los dólmenes. Custodiados por las criaturas más diversas. Es importante saber que las cosas siempre acaban mal cuando alguien intenta apropiarse de esos tesoros. A principios del siglo XIX, un orfebre de Auray fundó y registró oficialmente una sociedad para explotar los tesoros del golfo. Casi todos los implicados murieron de forma misteriosa.

Dupin no entendió muy bien qué pretendía decir Le Ber con eso. ¿Quizá que debían considerar que el motivo en ese caso era un tesoro legendario? ¿Que aquella sociedad secreta continuaba en activo?

—El golfo tiene esa especie de aura. Sobre todo Izenah... Vaya con cuidado.

El inspector formuló la última frase como si lo avisara de la presencia de una serpiente venenosa o de otro animal peligroso.

Dupin se rindió. Ya tenía suficiente. Había que concentrarse de nuevo en el caso.

Estaba muy cerca, quizá a unos trescientos metros. La barca blanca y azul tardaba solo cuatro minutos en cubrir la travesía entre Port-Blanc y el puerto de Lério, en la isla de Moines, incluso con marea alta. Dupin se alegró mucho al saberlo. El agua relucía quieta como en un pequeño lago (eso lo alegró todavía más), pero tenía aspecto de mar, olía a mar. Aunque suave, como todo en aquel Atlántico domesticado en miniatura. Afortunadamente, el trayecto también era una travesía en miniatura, aunque el zumbido y las vibraciones de que hacía gala el motor diésel dejaban muy claro que se enfrentaría con el gran Atlántico. La pequeña bandada de escandalosas gaviotas que los acompañaba tampoco permitía poner en duda que, a pesar de todo, se las veían con el océano. El caso que Dupin había investigado el año anterior en las islas de Glénan lo obligó a embarcarse muchas veces (lo odiaba) en contra de su voluntad y se juró a sí mismo que no volvería a subir a una embarcación en mucho tiempo.

Visto desde el agua, Port-Blanc resplandecía blanco y radiante, haciendo honor a su nombre. Salía un *ferry* cada quince minutos, de modo que Dupin no tuvo que esperar. Había dejado el coche en el muelle (esa era una de las ventajas de circular en

un coche oficial de la policía), justo al lado de la rampa que se adentraba en el mar para llevar las embarcaciones al agua incluso con marea baja. Al comisario le encantaba esa imagen, que solo se podía ver en la costa: una calle que desembocaba dentro del mar.

La isla de Moines estaba cerrada al tráfico. Y, teóricamente, la casa de Daeron no estaba muy lejos del puerto. La isla, con un relieve ligeramente accidentado, tenía forma de cruz y por eso unos monjes la eligieron en el siglo IX para construir un monasterio.

La comisaria Rose acababa de llamarlo por teléfono. Había concluido la conversación con las dos mujeres, que se había centrado en la relación entre Le Sel y el Centro de la Sal. Una relación muy estrecha, por lo visto. Fue un informe breve y, sobre todo, muy claro: yo informo y espero que usted haga lo mismo. Lo que le contó después sobre la autopsia preliminar era mucho más importante. Aún no tenían los resultados de todos los análisis de sangre. Lilou estaba viva cuando la arrojaron al golfo. Aunque, probablemente, inconsciente. La herida en la sien, provocada «por un golpe contundente asestado con un objeto romo», era profunda, «potencialmente letal» y claramente «ante mortem», pero desde el punto de vista médico había muerto ahogada. No había ninguna duda. Por lo demás, el cuerpo no presentaba otras fracturas, heridas ni hematomas. Nada, lo cual era casi un milagro teniendo en cuenta las fuertes corrientes, los peñascos y las rocas escabrosas. Al parecer, la corriente principal la había arrastrado directamente hacia la gran bahía de Larmor-Baden, justo enfrente de Kerpenhir. De momento, la reconstrucción de los hechos parecía ser la siguiente: el asesino (o los asesinos) fue a casa de los padres de Lilou, donde la golpeó (ni rastro del arma homicida), la metió en el coche, condujo hasta el cabo de Kerpenhir, un trayecto corto, y la arrojó al golfo. Luego regresó a pie para coger su propio coche, que probablemente no estaba muy lejos. Como siempre ocurría con los que habían muerto ahogados, era difícil determinar la hora de la muerte. La policía científica no había encontrado el portátil; tampoco rastros de sangre que señalaran el lugar exacto donde ocurrieron los hechos, como era habitual con ese tipo de heridas. Tampoco habían encontrado restos de sangre ni huellas digitales en el coche, solo dos minúsculas fibras textiles de color rojo oscuro en el asiento del conductor, que no estaban muy deterioradas, pero que de momento no revelaban nada. Rose y Dupin seguían suponiendo que el asesino se dirigió después a casa de Lilou, en Sarzeau, para eliminar archivos y documentos. Faltaban los de las últimas seis semanas; los de la científica lo habían corroborado después de que Rose les pidiera que lo revisaran. Aunque en algunos puntos apenas tenían indicios, Dupin lo consideraba una hipótesis plausible.

Y otra cosa importante: Rose había ordenado comprobar las coartadas que les habían dado. Dupin sonrió al saber quién se había presentado voluntario para ese trabajo. Labat, por supuesto. Nadie disfrutaba tanto apretándole las clavijas de mala manera a la gente. Dupin solía encargarle esos trabajos. La mujer de Maxime Daeron

había confirmado que habían cenado juntos (Labat no quedó muy satisfecho porque «solo» era la mujer y no una persona «independiente»), dos clientes de Daeron, que la degustación había durado hasta la una de la madrugada, y el marido de la señora Bourgiot, que habían cenado juntos y se habían ido a dormir a las once y media.

Rose quería volver a «pedirle explicaciones» (incluso esa expresión la formuló cordialmente) a Jaffrezic. Al principio, los comisarios no lograron ponerse de acuerdo sobre dónde y cuándo volverían a reunirse ni sobre cómo debían proceder. Finalmente quedaron en volver a llamarse. Dupin intentó luego hablar con Claire, una vez desde el puerto y dos veces durante la travesía, pero solo pudo dejarle mensajes.

La embarcación se acercaba al muelle del puerto de Lério, llegarían enseguida. Dupin tenía curiosidad por saber qué quería decirle Daeron (teóricamente solo a él) y se alegraba de estar solo. Tenía el tercer bombón de caramelo en la boca. Se veían unas imponentes casas de veraneo del siglo XIX en un bosque también imponente (el bosque del Amor), que empezaba en el muelle y hacia el que se adentraban unas discretas callejuelas. Pinos de distintas especies y también encinas. Dupin vio una inquieta flota amarrada en una amplia zona del muelle: veleros grandes y pequeños, lanchas a motor de todas las esloras posibles y botes de colores chillones, las rapidísimas zódiacs. Todas meciéndose con un mínimo vaivén. El golfo era un mar de embarcaciones; a Dupin le encantó la imagen. Azul cobalto con infinidad de toques de colores jugueteando parsimoniosos al calor del mediodía. La isla dormitaba al sol, relajada y tranquila, todo parecía ingrávido, ligero. El fabuloso azul inmaculado del cielo de los últimos días y semanas seguía sin rastro de nubes. Una atmósfera mediterránea por excelencia, y no eran exageraciones bretonas. Había palmeras, higueras, eucaliptos, olivos, camelias, mimosas, pitas, toda la vegetación que ofrecía el Mediterráneo, incluso naranjos y limoneros asombrosos, unos árboles que lo fascinaban. El clima era (¡objetivamente!) muy parecido al del Mediterráneo: el golfo registraba 2.300 horas de sol anuales. Niza, por ejemplo, no muchas más: 2.500 (¡París, unas miserables 1.300!). Y lo más espectacular: solo 600 mililitros de precipitaciones anuales; Niza, 767 milímetros (París, 900, ¡qué triste!). La temperatura media en Vannes se situaba en 9,2 grados y la de Niza en 6,2 grados. Henri se sabía los datos de memoria, se entretenía repitiéndolos una y otra vez, y Dupin siempre se quedaba asombrado. Con un verdadero microclima, el golfo era la región más cálida de la Bretaña, la que tenía más horas de sol y menos precipitaciones.

Por eso en el pequeño mar se había cultivado la vid durante mucho tiempo, más de mil años, hasta la década de los sesenta. En la Edad Media se producía vino en toda la Bretaña cristiana, desde la costa del canal de la Mancha hasta el extremo del Finisterre. Para celebrar la Eucaristía, naturalmente. Vinos como los blancos del Loira que, servidos muy fríos, se contaban entre los preferidos de Dupin y que los bretones consideraban «suyos»: Muscadet, Anjou, Saumur, Chinon, Sancerre e incluso el Quincy.

Unos instantes después, el comisario llegaba a un extremo del muelle. La barca no amarró, solo se arrimó un momento al atracadero, dejó los pasajeros en la isla y dio media vuelta inmediatamente. BIENVENIDOS A IZENAH, LA ISLA DE MOINES – la perla del golfo. Carteles grandes y pequeños, indicaciones de toda clase: restaurantes, hoteles, playas, atracciones naturales y, obviamente, el CRÓMLECH DE KERGONAN y el DOLMEN DE PEN HAP (Dupin sonrió al recordar las historias de Le Ber), el último lugar de reposo de Julio César, enterrado en oro, como ahora sabía. Nolwenn estaría contenta con él porque sabía lo que era un crómlech. Era un buen alumno. Y allí, en la isla de Moines, se había erigido (naturalmente) el círculo megalítico más grande de Francia. Cien metros de radio, setenta y dos piedras de hasta un metro y ochenta centímetros de altura, un misterioso centro de culto. Hasta que llegó a la Bretaña, Dupin se refería a todos los monumentos megalíticos de la Edad de Piedra con el término «menhir» (oyó hablar por primera vez de la «diferenciación científica» en una de las primeras lecciones bretonas de Nolwenn). El menhir (una palabra bretona que se usaba en todo el mundo como término técnico) solo era la piedra más conocida: un monolito hincado verticalmente en el suelo. *Maen* significaba «piedra» y *hir* significaba «larga», Dupin recordaría esa fórmula (sorprendentemente, nada misteriosa) hasta el final de sus días. Para las «mesas de piedra», que existían en todo el mundo, también se había impuesto una palabra bretona, «dolmen», un monumento erigido con grandes bloques de piedra sin labrar, que solía hacer las veces de sepulcro y era más frecuente que los menhires y los crómlechs (y el favorito de las hadas). Él prefería los menhires (aunque en su panadería favorita llamaran «dolmen» a su *baguette* preferida). En las historias que se contaban desde tiempos inmemoriales, los menhires eran gigantes de piedra vivos. Algunos se acercaban al mar en determinadas noches para saciar la sed o bañarse, o ejecutaban danzas bajo la luna llena en honor a los muertos. Crecían como las plantas, eran oráculos o vírgenes encantadas y protegían a la gente como hacen los santos: al dolmen de Roh-an-Aod, por ejemplo, lo golpeaban con un martillo para que los protegiera del mar. En opinión de Dupin, la historia más terrible era la del menhir al que una criatura siniestra le arrancaba un pedazo de un mordisco todas las noches de luna llena: cuando lo devorara por completo, se acabaría el mundo.

En la pequeña isla de Moines había monumentos de los tres tipos: menhires, dólmenes y crómlechs. Por lo visto, Izenah ya era toda una atracción en el neolítico. Según Dupin, con razón. Aunque antiguamente no la visitaba tanta gente como en la actualidad en época de vacaciones. Ahora, a principios de septiembre, quedaban pocos veraneantes. A Dupin le gustaba la atmósfera de relajación y cansancio de finales de temporada.

Se situó un momento para saber hacia dónde tenía que ir, recorrió el muelle y al cabo de cinco minutos llegaba a la casa de Daeron o, mejor dicho, a la entrada de una gran finca bordeada por árboles y arbustos, dentro de la que se alzaba una de las magníficas mansiones que había visto desde la barca. La casa daba a la paradisíaca

playa de arena, separada únicamente por la distinguida callejuela. Dupin se esperaba otra cosa, algo más parecido a la casa de los padres de Lilou Breval. El dinero que costaba esa villa no podía haber salido de las salinas.

Un gran portalón de madera, un número grabado en una gran piedra de granito que había al lado y un portero automático de aluminio. Dupin llamó y la verja se abrió al instante sin hacer ruido, como si la abriera una mano invisible. Lo estaban esperando.

Maxime Daeron salió a recibirlo en el camino de grava clara. Llevaba la misma ropa que en las salinas, pero no se parecía en nada al hombre que Dupin había conocido esa mañana. Se le veía angustiado. Muy angustiado. Y no intentaba ocultarlo.

—Venga, nos sentaremos en el jardín. —Miraba a Dupin insistentemente y con tristeza—. Sé que Lilou confiaba en usted. Y yo haré lo mismo.

—Está muerta, ¿verdad?

Su voz también sonaba distinta. Rota.

—Sí.

Dupin tenía curiosidad por saber cómo transcurriría la conversación. Rodearon la casa por la derecha y se dirigieron al jardín, que era tan magnífico como cabía esperar. Una piscina grande con granito oscuro alrededor. Y entre la piscina y la casa, una terraza inmensa.

—La han asesinado —pronunció la frase como una afirmación, pero también en un ligero tono de pregunta.

—Así es.

—Me ha llamado la vecina de Lilou. Una mujer mayor que la quería mucho. Y Lilou a ella. Una buena amiga de su difunta madre. Conocía a Lilou desde que era una niña. La policía ha estado en su casa esta mañana.

—¿Por qué lo ha llamado la vecina, señor Daeron?

—Teníamos... —Daeron miró a Dupin directamente a los ojos, hasta entonces solo le había dirigido miradas esquivas—. Teníamos una relación. Lilou Breval y yo. Desde hacía un año.

Dupin se quedó perplejo.

—Una relación secreta... Yo estoy casado... Aunque con mi mujer... —dijo, y enmudeció.

—¿Y bien? —preguntó el comisario, sin esconder cierta agresividad.

—Corté con ella. Hace diez días. Las cosas no funcionaban. Aunque en el fondo no quería cortar con ella. Pero no podía más. No me veía capaz de seguir adelante.

A Dupin le costaba digerir esa información.

—Siga.

—Lilou estaba deshecha. La afectó mucho.

Se notaba que no le resultaba fácil hablar, pero Dupin no podía andarse con contemplaciones.

—¿Y luego qué, señor Daeron?

Maxime Daeron lo miró sin entender.

—Después de cortar con ella, ¿siguieron en contacto?

—Hablamos dos veces por teléfono. Los dos días siguientes. Fueron... llamadas muy emotivas.

Maxime Daeron intentaba mantener la compostura. Su desesperación parecía sincera.

—Me dijo que nunca la había querido. Pero eso no era verdad. Y yo no quería que lo creyera. Pero no sabía qué hacer. Yo... no sabía si realmente quería dejar a mi mujer.

De momento parecía una historia de lo más trivial. Un tópico. Y no cuadraba con la Lilou que conocía el comisario. Aunque tampoco la conocía muy bien. Y esas historias ocurrían por muy listas y fuertes que fueran las personas implicadas. Dupin lo sabía. Más aún, la cuestión esencial era que, al final, nadie podía entender lo que había habido entre dos personas, nadie podía emitir juicios. Ni condenar. A veces ni siquiera los amantes eran capaces de decir qué les ocurría; esas cosas solo afloraban en el momento de la ruptura, en las versiones contrapuestas y despechadas de «la misma» historia, que entonces incluso proyectaban hacia el pasado como «verdades» irrefutables. Aunque en ese caso solo existía una versión. La de Daeron.

—Ayer volví a llamarla y nos vimos. Aunque...

—¿Qué ha dicho?

Dupin levantó la voz bruscamente.

—¿Vio a Lilou ayer por la noche? ¿Cuándo?

—Nos vimos. Pero solo media hora. Fue una mala idea. Solo empeoró las cosas. Fue terrible... Sé que esta mañana no le he dicho la verdad. Pero prometimos que no hablaríamos con nadie de nuestra relación... Es verdad que cené con mi mujer, pero luego salí. Le dije que tenía que trabajar. Y me fui al lado, al edificio donde tengo la oficina. Luego cogí el coche y me marché.

Era una noticia increíble.

—¿A qué hora exactamente? ¿Cuándo llegó a casa de Lilou?

—Hacia las once menos diez. Y me fui hacia las once y veinte, no sabría decírselo con exactitud. —Maxime Daeron se esforzaba por proporcionarle una información precisa; era consciente de que los hechos lo señalaban como principal sospechoso—. Lilou acababa de llegar también a casa de sus padres. La vecina puede confirmar que me fui hacia las once y veinte. —Se notaba que eso era muy importante para él, naturalmente—. Lilou me acompañó hasta el coche. La vecina había sacado a pasear el perro y nos saludó un momento... Siempre quedábamos allí, en casa de sus padres. Era nuestro lugar de encuentro. Y la vecina lo sabía. Me conoce. No se lo ha contado a nadie.

Tampoco a la policía. Ni por la mañana ni después de conocerse el asesinato. Solo había declarado que había visto a Lilou. Al parecer, su lealtad era desmesurada. Y no debía de sospechar de Daeron. Quizá porque lo había visto cuando se iba. Cosa que en último término no significaba nada. Daeron podría haber dejado el coche en el bosquecillo, a trescientos o cuatrocientos metros de distancia, y haber vuelto al golfo. En realidad, el hecho de que él mismo hubiera llamado y ahora hiciera esas confesiones tampoco significaba mucho. Todo era posible. La vecina lo había visto por la noche y, por muy discreta que fuera, esa información podría salir a la luz en cualquier momento... Por lo tanto, lo mejor era confesar cuanto antes. Y eso valía tanto si la historia era cierta y realmente había regresado de inmediato a su casa como si mentía. Si era el asesino. En tal caso, contar ahora la historia también habría sido sensato.

—¿Dónde estuvo con Lilou?

—En el jardín. Casi todo el tiempo. Yo no paraba de ir de un lado a otro. Lilou estaba sentada. Y fue un par de veces a la cocina... Seguramente encontrarán huellas mías.

Eso podría explicar las huellas dactilares que habían encontrado. Quizá.

—¿A qué hora estaba de vuelta en su casa?

Dupin empezó a anotar los datos. Sobre todo las horas.

—A las doce y diez. Conduje bastante despacio. Mi mujer dormía. Yo estaba deshecho. Y todavía no me había enterado de lo que había pasado en mi salina. Fui a la oficina y al cabo de diez minutos me llamó una inspectora y me explicó que había habido un tiroteo. Llamé enseguida a mi hermano. Y se lo conté. Solo eso. No el encuentro con Lilou.

—¿La inspectora lo llamó al hijo?

—Sí.

—Entonces ¿estaba en casa cuando la inspectora llamó? ¿En su oficina?

—Sí.

Eso era sumamente importante. Se podía comprobar.

—¿Vio dónde estaba el coche de Lilou Breval?

—Delante de la entrada, en un lateral de la casa. Donde está el camino que lleva al jardín.

Así pues, no habría sido muy complicado meter a Lilou inconsciente en su coche y llevársela de allí, y eso encajaba con la hipótesis que tenían sobre la reconstrucción de los hechos.

—¿Llamó a su hermano justo después de recibir la llamada de la inspectora Chadron? ¿Hacia las cero horas y veinticinco minutos, más o menos?

—Exacto. Luego salí a dar un paseo. Me acosté a las dos y media. Y me he levantado a las seis.

Dupin hizo una meticulosa tabla horaria en la Clairefontaine. Desde la casa de los padres de Lilou hasta la de Daeron seguro que había cuarenta y cinco minutos. A las

cero horas y veinte minutos estaba de vuelta en La Roche-Bernard, en su oficina. No le había dado tiempo a hacer nada si a las veintitrés horas y veinte minutos lo habían visto con Lilou viva. Ni siquiera si hubiera vuelto para matarla inmediatamente después de despedirse. Si se comprobaba que estaba en La Roche-Bernard a la hora que decía, era imposible que hubiera tenido tiempo de trasladar el cadáver al cabo de Kerpenhir y volver a su casa. Y menos todavía de ir a Sarzeau, a casa de Lilou, para llevarse los documentos. Claro que también podría haberlo hecho más tarde, durante la noche.

—¿Algún testigo? ¿Lo vio alguien al volver a casa? ¿Se despertó su mujer?

—No.

En realidad, eso tanto daba. La llamada, las llamadas, eran datos concretos. Era imposible que hubiera hecho nada en el espacio de tiempo que iba hasta las llamadas... pero podría haber actuado después: Maxime podría haberse ido a casa y luego marcharse otra vez. Para cometer el asesinato. Y luego hacer una parada en casa de Lilou... Y probablemente habría estado de vuelta hacia las tres de la madrugada.

—¿Y después? —Dupin sabía que era una pregunta absurda—. ¿Hizo algo a partir de las cero horas y treinta minutos que pueda servirle de coartada?

Maxime Daeron lo miró, desvalido. Y contestó titubeando:

—No... No... Mi mujer estaba durmiendo, ya se lo he dicho.

Por ese lado no llegarían a ninguna parte.

—¿Qué pasaba con los bidones, señor Daeron? ¿Qué había descubierto Lilou Breval?

—No lo sé.

Dio la impresión de que esperaba esa pregunta desde hacía rato.

—Usted mantenía una relación con Lilou Breval, es salinero... ¿y no le habló de sus sospechas?

—No. No me dijo que investigaba un tema delicado ni nada parecido en Gwenn Rann... Y estoy seguro de que me lo habría contado... cuando estábamos juntos. Por lo tanto, tiene que tratarse de algo que pasó hace poco.

—Intente recordar lo que le interesaba a Lilou Breval. Es muy importante.

—Le interesaban mucho los cambios, los enfrentamientos y los conflictos que hay en la Tierra Blanca. Conflictos entre los independientes, las cooperativas, la multinacional, también la comuna y la región. La competencia en el mercado global de la sal, como se dice ahora.

—Eso ya lo sabíamos.

Dupin vio que le asomaban lágrimas a los ojos. Daeron intentaba contenerlas. Si lo que decía era cierto, era comprensible. Y se había esforzado mucho todo el rato por controlarse. Daeron respiró hondo para concentrarse antes de responder.

—Creo que preparaba otro gran artículo. El del año pasado se centraba en temas bastante generales. Después, en las entrevistas se concentró en determinados

conflictos. Así nos conocimos. Mientras ella investigaba, en la entrevista... En estos últimos meses, también volvió a hablar con el señor Jaffrezic y la señora Laurent. Me lo contó, pero no me dijo cuándo pensaba escribir el artículo.

—¿Qué quería del señor Jaffrezic y de la señora Laurent?

—No lo sé.

—Hábleme detalladamente de los enfrentamientos en las salinas. ¿Qué sabe del tema?

Daeron tardó un poco en contestar.

—Las cooperativas quieren a los independientes y Le Sel también. Le Sel lo quiere todo. El grupo nos hace ofertas muy buenas, casi obscenas. Y no paran de intrigar en la comuna.

—Sea más concreto, por favor.

—Les gustaría que la ciudad y la región dejaran de conceder subvenciones. Creen que eso les facilitaría el juego, pero se engañan. La mayoría de los salineros no venderá jamás. Es una pasión, un oficio vocacional.

—¿Qué más?

—Le Sel ha solicitado la ampliación del territorio de las salinas. Quieren aumentar la producción a toda costa. También quieren implantar el cultivo intensivo, acortar los ciclos de la cosecha introduciendo cambios técnicos en las salinas, igual que hacen en el Mediterráneo. Y usar maquinaria, sobre todo bombas y complicados sistemas de bombeo con los que pretenden ahorrarse los canales y los esteros. Quieren reducir el número de salineros y aumentar los beneficios. Todo eso. Ya sabe. Así andan las cosas.

En esas últimas frases, Dupin creyó notar una indiferencia y una resignación inesperadas, que no encajaban con el orgulloso salinero de la mañana. Daeron pareció darse cuenta.

—Pero no se saldrán con la suya —dijo, y respiró hondo—. No hacen bien las cosas. La única posibilidad, también económica, es continuar manufacturando la sal. Esa es la única vía: la manufactura de productos con el precio que se merecen. Porque es la mejor sal, mar puro, natural. Ellos usan esas mismas palabras, pero piensan en otra cosa.

—Y esa ampliación, ¿la han solicitado oficialmente?

—Sí, hace dos años. Desde entonces ha habido muchas discusiones. Trabajamos en una reserva natural de primera categoría que está estrictamente regulada. En realidad, lo que piden es imposible. Pero ¿quién sabe? De pronto, la comuna acepta ese tipo de solicitudes. Se obran milagros.

Sus palabras desprendían un cinismo crudo.

—¿A quién se refiere cuando habla de la comuna? ¿Al alcalde?

Maxime Daeron lo miró sorprendido.

—¿El alcalde? No. Alguien con mucho más poder: la señora Bourgiot. Es la directora del Centro de la Sal, pero también la delegada de la comuna y de la región

en los asuntos de las salinas. El alcalde deja en sus manos todo lo que se refiere a Gwenn Rann. Es una mujer... ambiciosa.

Nadie le había dicho que la señora Bourgiot fuese tan poderosa. Tampoco lo parecía. Hasta ahora.

—¿Sabe si ha habido desavenencias importantes entre personas concretas?

Maxime Daeron lo miró con tristeza. Dupin no fue capaz de apreciar si a causa de la pregunta o de la situación.

—No.

Eran temas importantes, muy importantes, pero Dupin intuyó que no sacaría nada de aquella conversación a lo que pudiera aferrarse. O bien porque Daeron realmente no sabía nada o porque no quería contárselo.

—¿Cómo le van las cosas en las salinas? Económicamente. ¿Cómo va el negocio? Dupin cambió bruscamente de tema. Tenía predilección por ese método.

—Yo... —Daeron pareció desconcertado por un momento—. Bien. Me va bien. No es fácil, pero me va bien. Me las arreglo.

—Supongo que Le Sel le habrá hecho una oferta. ¿Qué...?

—No pienso vender.

La respuesta fue contundente.

—¿Rechazó la oferta?

—No pienso vender.

—¿Le han saboteado la cosecha, señor Daeron? ¿Lo presiona alguien?

La tristeza volvió a reflejarse en la cara del salinero.

—No.

—Esta mañana lo ha dicho, ha sido usted el que ha comentado esa posibilidad.

—Me he precipitado.

—¿Por qué llamó a su hermano?

A Dupin se le escapó la pregunta; tenía pensado preguntar otra cosa antes.

—Yo... —Daeron parecía confuso—. Es copropietario de las salinas. Yo... estamos muy unidos. Quería que lo supiera. Y él ha querido acompañarme esta mañana.

—A su hermano le van muy bien los negocios, ¿verdad?

—Saucisse Breizh.

—¿Saucisse Breizh es de su hermano?

Esa pregunta también se le escapó. Esta vez con un entusiasmo bochornoso.

—La fundó mi padre. Era una pequeña carnicería. Cuando murió, mi hermano se hizo cargo del negocio. Y ha logrado que la empresa tenga mucho éxito.

Las últimas palabras estaban cargadas de orgullo.

Saucisse Breizh era una de las grandes empresas bretonas. La conocían todos los niños. Embutidos, fiambres, jamón, paté, terrinas. Dupin conocía muy bien el surtido. Cosas deliciosas, fabricadas industrialmente, pero siguiendo métodos tradicionales. Una empresa floreciente. Le rugió el estómago.

—Yo soy la oveja negra. —En la cara de Daeron asomó una sonrisa forzada—. El resto de la familia se dedica al sector porcino. Carnicerías. Charcutería.

Dupin se rascó el cogote.

—Esta casa... ¿es de su hermano?

—Sí, claro. Y también la propiedad de La Roche-Bernard donde vivimos.

De repente se le veía increíblemente exhausto. Se le notaba en la cara y en la postura corporal. Habían tenido una larga conversación. La primera en todo el caso en la que Dupin se había sentido hasta cierto punto en forma.

—Es horrible. No me lo puedo creer. Yo... —Maxime Daeron se derrumbó.

—Le agradezco... la sinceridad, señor Daeron. Supongo que me ha dicho todo lo que sabe.

—Sí.

Daeron parecía ausente.

—Avíseme si recuerda algo más. Lo que sea. Ha sido una gran tragedia.

Dupin se levantó bruscamente. Daeron lo imitó.

—No hace falta que me acompañe.

Dupin se despidió con un gesto de la cabeza y dio media vuelta para irse.

Apenas se había alejado unos pasos de la casa cuando le sonó el móvil.

La comisaria Rose. Increíble. ¿Había ordenado que lo vigilaran? ¿Le había puesto un micro o un GPS? Sus llamadas estaban perfectamente sincronizadas.

Dupin volvió lentamente al puerto con el teléfono pegado a la oreja, había cosas de las que informar por ambas partes. Sobre todo, por la suya. Se esforzó por que su informe fuera lo más completo posible. La confesión de Daeron sorprendió a Rose mucho menos de lo que el comisario esperaba y de lo que a él le había sorprendido. La comisaria envió inmediatamente a un agente a interrogar a la vecina para comprobar si las declaraciones de Daeron eran ciertas y, lo más importante y fundamental, para comprobar la credibilidad de la anciana. Muchas cosas dependían de lo que ella dijera. También ordenó que cotejaran de inmediato las huellas digitales encontradas en la casa de los padres de Lilou con las de Maxime Daeron.

Evidentemente, su confesión lo convertía en sospechoso. Rose reconstruyó con una rapidez impresionante el horario seguido por Daeron esa noche. Y descolocó a Dupin, que repasaba sus notas mientras andaba, cuando este le planteó la conclusión de que, aunque el salinero no había tenido tiempo de hacer nada antes de hablar por teléfono con Chadron y su hermano, sí lo había tenido después. Rose finalizó sus cálculos con el resultado objetivo de que esa posibilidad quedaba excluida «con toda probabilidad». Maxime Daeron tendría que haber arrojado a Lilou al golfo antes de la una y cuarenta minutos de la madrugada, puesto que, de haberlo hecho más tarde, el agua la habría arrastrado hacia el Atlántico y no hacia el pequeño mar. En principio, seguro que era eso lo que pretendía el asesino, pero por lo visto no había podido planear el crimen considerando las mareas. Había tenido que deshacerse del cadáver lo antes posible y las probabilidades de que desapareciera en los remolinos y abismos

del pasaje tampoco eran malas. Sin embargo, la tabla de mareas era indiscutible. Concretamente, el momento en que el agua empezó a fluir en sentido contrario en el pasaje. El momento clave era la una y cuarenta minutos. Por lo tanto, tuvo que ocurrir antes. Y lo más probable era que Daeron no hubiera tenido tiempo. Dupin insistió en que tampoco podían «descartarlo totalmente». Se sentía como un mocoso, un ignorante de la Bretaña. Rose le comentó en tono benigno que se trataba de factores de criminología que «en París no había que tener en cuenta». Dupin pensó que, para ser justos, la comisaria también tendría que aplicar la clave de «la una y cuarenta minutos» a la señora Bourgiot (si su coartada, confirmada únicamente por su marido, acababa a las once y media, habría tenido tiempo de sobra de actuar antes de la una menos cuarto).

Por su parte, Rose le resumió brevemente la situación. No habían encontrado nada interesante entre los correos electrónicos de Breval. Tampoco en la lista de llamadas efectuadas desde el fijo. Al parecer, solo utilizaba el móvil. También tenían el detalle de las llamadas del móvil, en las que Dupin había puesto muchas esperanzas. Le Ber y dos mujeres policía del equipo de Rose trabajaban en ello, examinándolas en orden inverso, empezando por las más recientes. Y por los pocos SMS registrados. Trataban de identificar a los usuarios. Centrándose especialmente en los últimos días. Las declaraciones de Maxime Daeron sobre sus conversaciones telefónicas con Lilou Breval coincidían punto por punto con los datos que figuraban en la lista. Al oír esa información, Dupin recordó lo que quería preguntarle a Daeron y que luego se le olvidó: por qué había llamado a Lilou precisamente esa noche y no antes. O esa mañana. Podía ser una coincidencia, por supuesto. Pero a veces la clave estaba precisamente en las cosas que parecían coincidencias. La breve llamada de Maxime Daeron por la noche era la última... hasta la misteriosa llamada a Dupin por la mañana, que todavía inquietaba al comisario. El miércoles y el día anterior había pocos registros, dos llamadas al servicio al cliente de Orange (sorprendente: Dupin siempre tenía que llamar decenas de veces para conseguir que lo atendieran), una a la vecina y otra, el martes, a la compañera del *Ouest-France*. Y a dos teléfonos fijos y a un número de móvil que aún no habían identificado. Además, Lilou había hablado por teléfono (y eso era interesante) con Jaffrezic. Hacía tres días. Según el detalle de las llamadas, la conversación había durado cuatro minutos. Rose quería reunirse otra vez con Jaffrezic, pero no lo localizaba. Y ahora tenía un motivo extra de peso para hacerlo. El hecho de que hubiera hablado tres días antes por teléfono con Lilou Breval lo situaba, también según Dupin, entre los primeros de la lista de «conversaciones pendientes» para la tarde. Rose había ordenado que hicieran lo que fuera para localizarlo «urgentemente». La segunda conversación telefónica interesante, también el lunes y con una duración de tres minutos, había sido con la señora Bourgiot y, evidentemente, lo más curioso era que no les había dicho nada al respecto. Y eso situaba también a la directora del Centro de la Sal (en ese punto, Rose y Dupin también se pusieron de acuerdo, excepcionalmente) en los primeros puestos

de la lista. Esta vez, a Dupin le daba igual el orden de las entrevistas, de manera que acordaron seguir la propuesta de Rose. Jaffrezic primero.

Al llegar al puerto, Dupin se sintió un poco mareado, el mundo se balanceaba como si de repente se inclinara adelante y atrás y también al revés, igual que en el cabo de Kerpenhir al mediodía. Esta vez lo atribuyó a que eran casi las seis de la tarde y no había comido nada desde la mañana, salvo unos bombones de caramelo a la sal. Al llegar a la isla había visto un bar al otro lado del muelle, en una cuesta arbolada, y de lejos ya le pareció fenomenal. Intentaría tomarse un café y picar algo.

Le San Francisco era un lugar magnífico, Dupin no se había equivocado. Incluso el nombre era magnífico. Una terraza situada por encima del muelle, entre pinos, palmeras pequeñas, hortensias y una encina. ¡Y un kiwi! Un edificio de piedra alargado y de dos plantas, con una pátina centenaria, sin retoques y con el carácter que le daba la pintura de los postigos desconchada. Sillas cómodas de madera y de lona beige. Vistas impresionantes del golfo, de la otra parte de la isla de Moines, también ligeramente accidentada, y a lo lejos, hacia el oeste, vistas de la isla de Arz. Estrechas franjas de color verde intenso en el que solo sobresalían majestuosamente algunos pinos altos de los frondosos bosquecillos. En medio, el azul del agua, que apenas se movía. Un paisaje típico de una pintura del siglo XIX.

Dupin estaba en primera fila, sentado a una mesa minúscula. No había mucho ajetreo. El sitio perfecto. La isla de Moines le gustaba cada vez más. Era la Bretaña del verano. La vida tranquila.

El café (servido en un sencillo vasito) era como tenía que ser. El primero lo pidió antes de sentarse, justo al llegar, y se lo bebió enseguida, demasiado deprisa aun sin querer: Rose le había dicho que volvería a llamarlo muy pronto y seguro que creía que estaba de vuelta y no en un café. Le había echado un vistazo a la carta. Muy prometedora. Y tenía que comer algo. Todavía estaba un poco mareado. No tardarían mucho en prepararlo en la cocina. Algo para picar. Tártaro de abadejo, uno de sus pescados preferidos (en los años que llevaba en la Bretaña, su lista de «pescados preferidos» había aumentado hasta los quince), tartaleta de salmonete (también incluido en la lista) untado con foie gras y terrina de cordero casera con higos de la isla. Todo parecía fantástico. El timbre estridente del móvil lo arrancó de sus fantasías culinarias.

Nolwenn.

—¿Dónde está, señor comisario?

—Yo... —No tenía secretos para Nolwenn—. Estoy en Le San Francisco.

—Muy bien. Pida la terrina de cordero con higos de la isla, es la temporada. —Y sin más, añadió—: No he encontrado ningún delito relacionado con la sal. Ni un solo informe sobre ilegalidades en la producción o el almacenamiento. —Parecía muy decepcionada—. Ni siquiera un delito común relacionado con una salina. Absolutamente nada. Y he investigado a fondo... Acabo de decírselo al inspector Le Ber.

Mientras hablaba con Nolwenn, Dupin le hizo un gesto con la mano izquierda a la camarera. Al cabo de un momento, la tenía delante, con la mano derecha apoyada en la cadera. Pelo negro, recogido en una trenza corta, y sombrero de paja de ala estrecha y con una cinta negra, como llevaban algunos en la isla. Sonreía.

—Una terrina de cordero. Y otro café, por favor.

La terrina solo había que servirla.

—Por ese lado no se nos ocurre nada más, señor comisario. No hay nada... Ni en Guérande ni en las demás salinas de Francia. Ni en toda Europa. Es curioso.

—¿Tampoco sobre esos bidones herméticos?

—No.

—Contenían algo, de eso estoy seguro.

Dupin lo dijo con énfasis.

—Muy bien. Está buscando señales. ¡Hay momentos en los que parece de verdad uno de los nuestros!

Dupin no acababa de entender por qué los «bidones» eran una «señal». Y más importante todavía: Nolwenn nunca le había dicho nada igual, que era uno «de los suyos», aunque solo fuera en algunos «momentos». Dudó entre tomárselo con cierto orgullo o con inseguridad: ¿acaso pensaba que era necesario animarlo... porque creía que la investigación estaba en un punto muerto del que no saldría?

—Usted tiene sensibilidad para el mundo de las señales. Y esa es la naturaleza de los bretones, moverse por el mundo como en un bosque encantado. Todas las cosas y todas las personas encierran un significado oculto, un misterio. Charles Le Goffic decía que el mundo visible no es más que un entramado de símbolos para los bretones. No lo olvide nunca: ¡no hay nada más real que lo que no se ve!

Y volvió a la carga:

—No lo olvide nunca: ¡no hay nada más real que lo que no se ve!

Cuando Nolwenn citaba a Charles Le Goffic, un venerado poeta bretón, la cosa iba en serio. Dupin conocía postulados de las «lecciones bretonas para alumnos avanzados» de Nolwenn, que se diferenciaban de las destinadas a los «principiantes» en que no se centraban tanto en conocimientos concretos como en cuestiones fundamentales, filosóficas: en una postura determinada frente al mundo y la vida. Aunque, naturalmente, él seguía sin entender del todo esos postulados. Los bretones tenían una extraña relación con la realidad. Extraña, pero fascinante. Eso había aprendido. No se trataba de lo que era, de lo que solía mostrarse a primera vista (y claro, eso también tenía que aplicárselo un comisario, así al menos interpretó Dupin el símil de Nolwenn), sino de lo que encerraban. Sin embargo, en contra de lo que podría pensarse, esa creencia no le restaba importancia a la realidad, no la invalidaba, y los bretones no eran personas ensimismadas, sino todo lo contrario: eso hacía que la realidad tuviera muchísima importancia. La necesitaban a toda costa. No había otra cosa. Tenían que observarla con la máxima atención, todo lo habido y por haber, casi obsesivamente, y eso también valía para el trabajo de un detective. Porque todo podía

ser importante, especialmente lo que parecía insignificante.

—¿Hay más resultados de los análisis químicos de las balsas?

Eso también era típico. Nolwenn volvía enseguida a las cuestiones reales y prácticas.

—De momento, nada anómalo. Pero algunos análisis tardan en dar resultados. Cuando son de materias orgánicas.

Al menos, eso era lo que había entendido.

—Hablamos más tarde, Nolwenn.

Dupin no disponía de mucho tiempo. Colgó. Ya tenía en la mesa la succulenta terrina de cordero con higos olorosos de la isla. También el café. Realmente, le habían servido la comida muy deprisa. Y tenía tan buena pinta como esperaba. Comería y entretanto reflexionaría. Pensaría con calma. Después de la sorprendente y relevante conversación que había mantenido con Maxime Daeron.

Cortó un trozo de higo, que estaba maduro pero no demasiado blando, cogió un pedazo de pan y con él separó una pequeña porción de la terrina. Una delicia: el sabor fuerte y condimentado de la carne combinado con el sabor dulce de la fruta. Bebió un trago de café; quizá tendría que haber pedido también agua, apenas había bebido desde el día anterior y en la Bretaña, a diferencia de en París, no servían agua si no se pedía: «el agua para las ranas», decían los bretones.

Estaba muy lejos de poder formular una hipótesis clara en ese caso. Sopesaba algunas ideas, cierto, pero todas sinceramente muy vagas. Tenía que activar la materia gris, tenía que agudizar la mente. Y para eso necesitaba café; sin él, no le funcionaba el cerebro, aunque muchos pensaran que eso eran manías. A Dupin le gustaba leer las noticias breves sobre medicina que publicaban los periódicos, las «noticias sobre los estudios más recientes»... Mejor dicho: le gustaba leerlas cuando los «estudios más recientes» sacaban a la luz resultados positivos sobre sus costumbres y preferencias. En caso contrario, dejaba de leer enseguida: todo el mundo sabía que se escribían muchas tonterías. Los científicos habían estudiado y demostrado infinidad de veces que la cafeína estimulaba el metabolismo energético del cerebro, mejoraba considerablemente la concentración, la atención y la memoria, y suprimía la sensación de fatiga. La verdadera ciencia dictaminaba que la cafeína era, simple y llanamente, una sustancia maravillosa. Las moléculas de cafeína tenían una estructura química parecida a la de una sustancia del metabolismo cerebral que cumplía la tarea de proteger a las células cerebrales ante un esfuerzo crítico. Y lo hacían ralentizando la transmisión de información entre las células nerviosas. Así era como se sentía él cuando no tenía suficiente cafeína, y por eso se puso muy contento al leer esa explicación científica. Las moléculas de la cafeína actuaban astutamente como esa sustancia, ¡pero no activaban la ralentización! Las células nerviosas no recibían ninguna señal para trabajar más despacio, al contrario: ¡seguían trabajando a pleno rendimiento! Además, los estudios afirmaban que los consumidores habituales de café raramente sufrían demencia, cosa que a Dupin lo tranquilizó mucho, puesto

que su memoria no le daba muchas alegrías. También se habían demostrado los efectos curativos de la cafeína en casos de migraña, inflamaciones, diabetes tipo 2 y fibrosis hepática. Había pocos alimentos con un espectro de acción tan amplio, quizá el chocolate y el vino tinto (también coleccionaba con pasión las noticias sobre «estudios recientes» relacionados con el tema). Pura medicina.

Acababa de meterse otro bocado de terrina en la boca cuando le sonó el móvil.

La comisaria Rose, claro. Contestó a disgusto.

—La mujer de Jaffrezic no sabe dónde está su marido. Tampoco lo sabe nadie de la cooperativa. Ha estado allí todo el día y se ha marchado hacia las cinco y media... Su mujer dice que a veces va a pescar. Y que siempre lleva la caña en el coche. Vamos a comprobar si está en el sitio donde pesca habitualmente. En las playas grandes que hay detrás de Le Croisic. Pesca de fondo. Percas, doradas, abadejos. — Parecía una profesional; Dupin se quedó impresionado, aun sin quererlo—. No contesta al móvil. Lo seguimos llamando a intervalos regulares.

Rose hablaba en un tono muy serio que a Dupin le recordó el día anterior, cuando no conseguían localizar a Lilou. A él también le daba un poco de mala espina.

—Si no lo encontramos pronto, emitiremos una orden de búsqueda.

Dupin sabía que esa era una medida extrema. Pero había un asesino sin escrúpulos suelto.

—Ya veremos. De momento, primero hablaremos con la señora Bourgiot. Los de la científica han cotejado las huellas que encontramos en casa de los padres de Lilou con las de Maxime Daeron: coinciden. Ese punto está aclarado. No hay más novedades.

—Tenemos que investigar todas las solicitudes relacionadas con las salinas que se hayan presentado los últimos años en las oficinas de la comuna o de la región. Solicitudes de subvenciones, de ampliación de las salinas —hacía rato que Dupin quería comentárselo—, y tenemos que averiguar qué planes tiene Le Sel para la Tierra Blanca. Aumento de la superficie de las salinas, adquisiciones, modificaciones en el método de producción... Tenemos que investigar las prácticas comerciales... También de la cooperativa.

—La inspectora Chadron está investigando con una compañera en las oficinas, desde hace dos horas. Si hay algo, lo encontrarán. ¿Dónde está usted?

—De camino.

—La señora Bourgiot no puede recibirnos hasta las ocho. Nos vemos en el Centro... Tendría que ponerse en marcha.

Dupin miró la hora. De hecho, ya no llegaba a tiempo.

—A las ocho, de acuerdo. Ahí estaré.

Colgó.

Tenía que irse. Cogió un poco de terrina y el último trozo de higo, pagó la cuenta, dejó una buena propina y se marchó.

Al llegar al muelle, se enfadó consigo mismo por no haberse llevado el resto de la

terrina y un trozo de pan. No había comido mucho. ¿Y por qué la comisaria había dicho que «tendría que ponerse en marcha»? Él le había comentado que iba de camino.

Todo fue bien hasta poco antes de llegar a Vannes; se podía circular a setenta por hora y él condujo a un promedio de ciento diez. Y sin sirena, porque la detestaba. Entonces, justo después de una curva cerrada en un pequeño bosque, se encontró de pronto con una retención. Inesperadamente. Estaba a punto de marcar el número de Le Ber cuando vio el coche delante. Y pegó un frenazo que hizo rechinar las ruedas. Un frenazo que lo dejó a un palmo del parachoques del otro vehículo. Quizá un poco menos. Las cosas que había dejado en el asiento delantero, un mapa grande, los bombones de caramelo a la sal y periódicos de las últimas semanas, fueron a parar al suelo. En plena maniobra tiró el teléfono para sujetar el volante con las dos manos y el aparato se coló en el hueco que quedaba entre el asiento y el freno de mano. No perdió el control del vehículo en ningún momento. Sin embargo, cuando el coche paró, se dio cuenta de que se le había acelerado el pulso. Notó la peste a quemado de los frenos castigados.

No había muchos coches delante, tal vez diez. A mano derecha y a mano izquierda, un bucólico claro dentro del bosque.

Se le acercaron dos hombres y una mujer. Ellos dos parecían nerviosos. Lo sabía... y ese era uno de los motivos por los que normalmente ni se le ocurría circular en un vehículo oficial de la policía. Si pasaba algo, tanto daba lo que fuera, la cosa más insignificante, la tontería más disparatada, y había un coche de la policía cerca, con un policía dentro, era imposible no verse implicado. Dupin bajó la ventanilla.

—¿Va armado?

La pregunta se la hizo un hombre delgaducho, tal vez de unos sesenta años, con voz temerosa, afectada y desagradable.

—¿Qué ha...?

—¡Skippy! ¡Ha estado a punto de chocar con nosotros!

Detrás de Dupin frenaron en seco otros dos coches.

El segundo hombre estaba todavía más alterado.

—En la radio han dicho que podría estar psicológicamente enfermo. Que puede ser agresivo.

—En Australia, un canguro rojo agresivo atacó a una anciana de noventa y cuatro años que estaba tendiendo la colada. Se abalanzó contra ella a través de la ropa y la tiró al suelo. Luego le saltó encima. La mujer pasó tres semanas en el hospital. Diversas fracturas.

La mujer contó la historia como si presentara una conclusión científica importante.

—La anciana se defendió con una escoba. Su perro tenía mucho miedo. La policía ahuyentó al canguro con un spray de pimienta.

El hombre delgaducho miraba esperanzado a Dupin.

—¿Usted también lleva un espray de pimienta?

Dupin aún no había podido meter baza. Tampoco habría sabido qué decir. Por un momento se preguntó si no estaría siendo víctima de un programa de televisión.

—¿Han visto un canguro? —Fue lo único que se le ocurrió finalmente.

—Ha cruzado la carretera. Ahí, en perpendicular. Casi ha provocado un accidente. Es muy peligroso.

Los dos hombres hablaban a dúo.

—He llamado enseguida a la policía. No creíamos que llegara tan pronto.

—Han dicho que Skippy está volviendo a casa.

—¿Skippy? —Dupin todavía intentaba aclararse.

—Se llama así.

—Los canguros tienen lugares fijos a los que siempre vuelven. Está buscando su hogar. El policía que me atendía al teléfono ha dicho que esta es su ruta. Y que es normal.

—Tiene un año.

La mujer lo dijo casi con voz cariñosa. No muy apropiada para un canguro rojo agresivo.

—Yo... no estoy aquí por el canguro.

En la cara de los tres se reflejó un profundo desconcierto. Y otra vez miedo.

—Vuelvan a sus vehículos. Y cierren bien las puertas. Mis compañeros llegarán enseguida.

Los tres parecían aliviados. Por fin instrucciones policiales claras.

—Sí, la situación es muy peligrosa. Puede pasar cualquier cosa.

El hombre delgado se dirigió a su coche; los otros dos lo siguieron a paso ligero.

Dupin subió la ventanilla. Aún no entendía lo que acababa de pasar.

Arrancó el motor, maniobró para salir del atasco, dio un volantazo y aceleró.

Tardó en sacar el móvil del hueco con la mano derecha.

—¿Nolwenn?

—¿Señor comisario?

—¿Usted conoce a Skippy?

—Ya se lo he contado.

—Yo...

—El canguro que se escapó ayer al mediodía del zoo de Arradon. Están intentando capturarlo desde entonces, sin éxito. En internet informan continuamente, y también en la radio. Además de las noticias sobre el asesinato, claro... La emisora Bleu Breizh ha creado una alarma. Y regala una caja de cerveza Britt rubia a quien demuestre que ha visto al canguro.

Era increíble. Iban a por todas.

—Las condiciones de vida en el golfo son ideales para los canguros, totalmente comparables a su hábitat en Australia.

A Dupin le costó reprimirse para no preguntar. Era demasiado absurdo. Y habrían sido muchas preguntas. Por ejemplo, ¿cómo podía ser que el hábitat bretón y el australiano se parecieran tanto? Pero teniendo en cuenta que, por lo visto, era correcto hablar del Caribe bretón (las islas de Glénan) o de los mares del sur bretones (la isla de Houat), y que algunas playas se llamaban Taití, lo dejó correr. Había muchas Bretañas; según cómo, quizá hasta una australiana. También habría valido la pena preguntar qué unía a la extraordinaria empresa cervecera Britt con los marsupiales australianos.

—Señor comisario —dijo Nolwenn cambiando de tono; estaba claro que daba por zanjado el tema del canguro—, debería volver a casa con tiempo para poder llamar a Claire con tranquilidad.

Dupin intentó concentrarse.

—Sí, supongo que sí. Hablaré con ella más tarde... Cuando sea el momento oportuno.

Dupin estuvo a punto de contestar en su defensa que ya lo había intentado, sin éxito. Y que le había dejado varios mensajes en el contestador. Pero habría dado la impresión de que tenía mala conciencia.

—Entonces vuelva a Concarneau antes de medianoche; aún será su cumpleaños. Además, después de todo lo que ha ocurrido, creo que le iría muy bien pasarse por el Amiral.

—Yo...

Dupin no había pensado en la noche. Si volvería o se quedaría, pero la idea era tentadora: regresar a Concarneau. A casa. Al Amiral. Ya vería. Probablemente, lo más sensato sería quedarse allí y dormir en un hotel. Seguro que se le hacía tarde y acabaría agotado. Nolwenn le había parecido un tanto misteriosa. Aunque quizá eran imaginaciones suyas.

—Ya veremos. Hasta luego, Nolwenn.

Dupin colgó. Y marcó el número de Le Ber.

—¿Jefe?

—Quiero que haga una cosa... —Dupin dudó—. O mejor que lo haga Labat, y enseguida. —Labat siempre presumía de que había participado en rallies, incluso afirmaba que estuvo a punto de correr el París-Dakar—. Quiero que vaya desde La Roche-Bernard hasta la casa de los padres de Lilou, que aparque a trescientos o cuatrocientos metros en dirección al cabo de Kerpenhir, que simule el asesinato y que se deshace del cadáver, y que luego vaya a la casa de Lilou Breval... Y que se quede allí unos cinco minutos y vuelva a La Roche-Bernard. Mejor si empieza y termina en casa de los Daeron... Y que pare el rato que haga falta si va muy deprisa.

Ese punto le seguía preocupando.

—Hecho, jefe. Informaré a la inspectora Chadron.

Al parecer, Rose tenía totalmente controlados a Labat y a Le Ber. Era espantoso. No hacían nada sin pasarle el informe. Y eso no le gustaba nada. Iba a protestar, pero

entonces se le ocurrió otra cosa. Así sería mejor:

—Le Ber... Cambio de planes. Lo haremos de otra manera. Que Labat elimine de la simulación el viaje a Sarzeau... Daeron podría haber ido más tarde. Después de las llamadas telefónicas que demuestran que estaba en La Roche-Bernard.

—De acuerdo. Y otra cosa, jefe: la anciana de Kerpenhir, la que vive en la casa contigua a la de los padres de Lilou Breval, parece creíble. Han enviado a un compañero de la policía de Locmariaquer que conoce muy bien la zona y a la gente de allí, incluida la vecina. Desde hace mucho tiempo. Además, su declaración coincide punto por punto con la de Daeron.

Eso era importante. Aunque el comisario no dudaba de esa parte de las declaraciones de Daeron. Pero, aun así.

—De acuerdo, Le Ber.

—Por cierto, como antes hemos hablado del tema, me he acordado de una cosa. —Le Ber respiró hondo—. Según cuentan las leyendas y los informes, los tesoros escondidos debajo de los menhires y los dólmenes se guardan en misteriosos recipientes azules. ¡Azules!

Dupin colgó. Estaba harto de historias disparatadas. Tiró el móvil en el asiento del acompañante y aceleró.

Al cabo de unos minutos, después de dudar un poco, puso la radio.

La emisora Bleu Breizh.

No se veía a la señora Bourgiot por ningún sitio. La comisaria Rose estaba en la *boutique* del centro, en el rincón destinado a los libros, con un gran volumen en las manos. Dupin dio un rodeo, siguió la larga pared de vidrio y cruzó entre los paneles dedicados a la alta tecnología y las maquetas de escenas que mostraban la historia de la sal. Se acercó a Rose por un lado. No estaba seguro de que lo hubiera visto. Parecía absorta en la lectura. Entonces vio el título: *La sal de Guérande: las recetas preferidas de los mejores chefs*. Fotografías a todo color.

—La señora Bourgiot tendría que estar aquí. Habíamos quedado. No tengo ni idea de dónde puede estar... Y seguimos sin rastro de Jaffrezic.

La comisaria hablaba con una indiferencia sorprendente y sin levantar la vista. Dupin había llegado veinte minutos tarde.

—Yo... Ya sabe, el canguro, está...

Rose lo miró un momento.

—Ha cruzado la carretera y...

Dupin se interrumpió. Rose había vuelto a concentrarse (claramente) en la lectura de una receta: pollo de corral de Janzé a la sal, con sal gruesa de Guérande. No parecía avergonzarse de la lectura. Al contrario. Tenía en la cara la misma expresión que Dupin le había visto cuando, mientras hablaban con Jaffrezic, Rose mencionó de repente el delicioso cordero a la sal. El comisario había probado una vez con Henri el pollo de Janzé, el pollo más jugoso y sabroso que había comido en su vida, horneado dentro de una masa hecha con harina y sal gruesa.

—Una receta rápida. Muy sencilla.

Rose lo dijo con voz de experta. Dupin sabía que esa era una de las frases que solían decir los verdaderos cocineros y que solo se dirigían a los que eran como ellos. Para los profanos significaban: «Por más que lo intentes, no te saldrá nunca».

—Esperaremos.

El comentario de Rose, sin relación con lo anterior, pareció una orden para que cada uno hiciera y dejara hacer lo que quisiera hasta que llegara la señora Bourgiot. Aunque antes deberían hablar de unas cuantas cosas. Rose pasó la página tranquilamente y con toda naturalidad, y se sumergió en la lectura de una receta de «patatas Pont Neuf a la flor de sal y pimienta de espelette», unas patatas fritas grandes que recordaban los pilares del Pont Neuf de París. La comida preferida de Dupin cuando era niño. Él siempre las llamaba «patatas fritas gordas» y su burguesa madre se escandalizaba al oírlo. Pero realmente eran eso, patatas fritas gordas.

Dupin echó a andar sin rumbo. Y de repente se encontró en la Edad de Hierro. En una «sala temática», con los primeros celtas (tenía uno justo al lado, a escala natural y de cera, y otro arrodillado detrás). Las figuras enseñaban cómo se recolectaba la sal en Guérande con un método especial basado en el fuego. Unos metros más allá, cuatro romanos agachados (Dupin comprobó que en el siglo III, a diferencia de mil años antes, la sal se obtenía por un método parecido a las salinas). Continuó el eslabon (seiscientos años en unos pocos pasos), dejó atrás a los carolingios y se detuvo delante de cuatro monjes de la abadía de Landévennec que, basándose en meticulosos estudios científicos, le habían dado una forma definitiva a la producción de sal, es decir, su aspecto actual. Inalterable durante mil años. Las herramientas actuales se construían igual que en aquella época. En el panel informativo ponía: «Manufactura a cielo abierto».

Al lado de los monjes había un mapa de Europa. A Dupin le encantaban los mapas. Era impresionante: las grandes rutas comerciales de todo el continente estuvieron marcadas durante siglos por la sal de Guérande, todas partían de esa pequeña ciudad, que durante cinco siglos fue legendariamente rica. No solo por el condimento y porque la sal fuera necesaria para sobrevivir, sino porque durante miles de años no se conoció otro método para conservar los alimentos. Hasta la invención de las latas a principios del siglo XIX.

Dupin se acercó al panel informativo. Durante el día le había pasado varias veces por la cabeza la idea (totalmente vaga) que acababa de encontrar allí ilustrada. Los monjes solían aprovechar las grandes balsas para otros fines. No solo para almacenar agua. También para criar mariscos, por ejemplo, y peces (según la información, actualmente podía haber lenguados, percas y anguilas en los esteros). Una idea interesante: ¿quizá el caso estaba relacionado con las salinas y no con la sal? ¿Se utilizaban las salinas para otra cosa? Pero ¿para qué? Por desgracia, Dupin no tenía la más remota idea de qué podía ser esa otra cosa.

El móvil de Rose lo arrancó de sus pensamientos. La comisaria dejó el libro en su

sitio con exquisita rapidez y contestó la llamada.

—¿Sí?... Hum. Pregunte a su mujer, a sus amigos y compañeros de trabajo dónde más puede haber ido a pescar. Pida la colaboración de unos cuantos agentes más. Es importante... Sí, lo haremos así... Hasta luego.

Colgó.

—Jaffrezic no está pescando en el sitio de costumbre.

De nuevo hablaba muy seria. ¿Qué significaba aquello? ¿Jaffrezic había desaparecido? Evidentemente, podía ser que lo que se estaba cociendo allí (y que hasta entonces se había evidenciado en el tiroteo y el asesinato de Lilou) siguiera en marcha. Incluso que se agravara. ¿Jaffrezic había huido? ¿Corría peligro? ¿O simplemente estaba pescando en otro sitio?

—Y la señora Bourgiot sigue sin aparecer —prosiguió Rose—. A lo mejor han volado juntos.

No bromeaba (excepto por lo de «volar juntos»).

—Esperaremos un poco más.

Rose pronunció esa frase en tono tranquilo, pero enseguida añadió otra con aspereza:

—Unos minutos.

Dupin pensó que se concentraría de nuevo en el libro de cocina. Sin embargo, se dirigió hacia donde él estaba, le pasó rápidamente por delante y se acercó al último panel como si buscara algo concreto.

Dupin la siguió.

En el panel resaltaban amenazadoramente las letras negras de dos palabras: «Sal ensangrentada». En él se explicaban varias cosas. Los reyes franceses aumentaron la «gabela», los fuertes impuestos sobre la sal, y eso provocó la aparición de muchos contrabandistas. Todavía más fuerte: en la Edad Media, la Bretaña no pertenecía aún a Francia, de modo que los bretones compraban legalmente la sal sin impuestos y luego la vendían en Francia. Eso se consideraba contrabando y a los que lo practicaban desarmados los condenaban a galeras y a los que iban armados, a muerte. Un clima de terror que provocó protestas violentas que fueron duramente reprimidas, y en el caso de Guérande y Le Croisic mucha gente perdió la vida (en la época de la Revolución, el pueblo suprimió los impuestos sobre la sal bajo el lema de «sal libre». A Dupin, esas cosas siempre lo ponían sentimental: «Sal libre para ciudadanos libres»). En el panel se explicaban las aventuras de algunos contrabandistas famosos.

—Esto es interesante.

Rose leía el doble de deprisa que él. Casi daba la impresión de que escaneaba las frases.

—Grandes robos de sal... Y más interesante todavía: grandes complots. Intriga y amor.

Dupin se le acercó. Se trataba de una «guerra de salineros» que se desató en el siglo XVI, en la que varios «clanes» lucharon a brazo partido por el oro blanco. Se

hablaba expresamente de «sabotajes y devastación». Y como en *Romeo y Julieta*, allí también hubo una historia de amor imposible que tuvo como consecuencia el fin de una dinastía. La sal movía mucho dinero, muchísimo. Y eso siempre había sido un caldo de cultivo para el crimen.

—Por desgracia, no hay detalles sobre los sabotajes.

Rose parecía decepcionada.

La tierra de la sal tampoco había sido un lugar pacífico en aquella época, en la que fue escenario de una lucha de intereses contrapuestos y muy diversos, de intereses económicos concretos. Y de artimañas, argucias y crímenes. Dupin descubrió una cosa curiosa: dos empresarios salineros fueron castigados por criar «animales monstruosos» en las balsas; entre otros, lenguados gigantes (¿¡de más de dos metros!?) y cruces entre moluscos y crustáceos (eso superaba con mucho la imaginación de Dupin, y no es que tuviera poca).

—Disculpen. Estaba reunida con el alcalde. Teníamos que tratar muchos asuntos.

Las palabras de *madame* Bourgiot no sonaron a disculpa. Se les acercó muy segura de sí misma y desafiante; no tenía nada que ver con la mujer con la que habían hablado ese mismo día. La comisaria Rose y Dupin seguían junto al panel de la «sal ensangrentada».

—Queremos que, a pesar de los... sucesos, las cosas vuelvan a su cauce en la Tierra Blanca. Los negocios, el turismo. Y por supuesto —se apresuró a añadir— lo más importante: las cosechas de los salineros. No hay que relacionar la sal con los... sucesos.

No quedó muy claro lo que había querido decir. ¿Tal vez pretendía que la policía le hiciera el favor de suspender la investigación para evitar perjuicios? La directora del Centro de la Sal no dio muestras de invitarlos a pasar a la pequeña sala de reuniones en la que habían hablado a primera hora de la tarde. El centro estaba vacío, hasta la empleada que hasta hacía poco estaba trabajando se había ido.

—No tienen pruebas sólidas de que el asunto esté relacionado específicamente con la sal y con la Tierra Blanca.

—Ah, ¿eso cree?

Rose replicó en tono cortante y una décima de segundo antes de que pudiera hacerlo Dupin.

—¿Y con qué están relacionados los «sucesos», señora Bourgiot?

—Se supone que ese es precisamente su trabajo, señora comisaria, averiguarlo. El mío es sacar adelante la Tierra Blanca. Garantizar que no sufra perjuicios. Que...

—El lunes por la tarde habló usted con Lilou Breval. ¿Entiende que es culpable de obstaculizar la investigación de un asesinato por no habérselo contado? ¿Y que con eso se convierte en uno de los principales sospechosos?

La frialdad y la sobriedad con que Rose pronunció esas palabras hicieron que

parecieran aún más amenazadoras.

Por la cara que puso, la señora Bourgiot se había alterado, pero se recuperó enseguida.

—Si esa conversación telefónica hubiera sido importante, se lo habría dicho —contestó, intentando quitarle importancia.

—¿De qué hablaron exactamente? —preguntó Dupin de mal humor—. ¿Qué quería Lilou Breval?

No le apetecía oír más tópicos ni enzarzarse en disputas verbales engorrosas.

—Me preguntó por el uso de bidones en la producción de sal, aquí, en Guérande. Esta tarde, con la señora Laurent, ya hemos hablado ampliamente de los bidones azules. A Lilou Breval le dije lo mismo que a ustedes. Que no sabía nada de bidones azules, excepto de los que usan en la cooperativa...

—¿Qué más quería?

—Solo eso. Información sobre los bidones azules. Como ya saben, no hablamos mucho rato. No se me ha ocurrido pensar que contarles que la periodista se interesaba por unos bidones azules supondría un avance en la investigación... porque ustedes mismos nos lo han dicho.

Un buen contraataque. Y siguió.

—Me preguntó si se podía acelerar la producción de sal mediante aditivos químicos. Una pregunta curiosa. No supo decirme qué buscaba exactamente.

A Lilou Breval le preocupaba exactamente lo mismo que a ellos (pero eso ya lo sabían): ¿qué podían contener los bidones? Por lo visto, el lunes por la noche aún no tenía ni idea; el martes por la tarde, cuando llamó a Dupin, tampoco. ¿Quizá no lo supo hasta su muerte?

—¿Le ha contado a alguien el interés de la señora Breval por los bidones?

Eso era importante. Quizá incluso era lo que había desencadenado los acontecimientos.

—No. Lo olvidé enseguida. Era irrelevante.

—¿Con nadie?

—No.

—Si usted está detrás de todo esto, señora Bourgiot, Lilou la avisó sin querer... y con ello provocó su propia muerte.

La comisaria Rose lo formuló serenamente como hipótesis de trabajo. La señora Bourgiot la miró impasible a los ojos.

—Cierto. Pero ridículo. Y usted lo sabe.

—Ahora que nos ha contado cosas que hasta ahora nos había ocultado, ¿qué más puede añadir?

Rose dejó vagar la mirada por la sala.

—Nada. Como ya les he dicho, Lilou Breval habló conmigo hace un año, aquí, en el centro, y luego hablamos brevemente por teléfono unas cuantas veces. Por diversos asuntos, preguntas concretas. Yo también me ocupé de las relaciones públicas. Un

procedimiento de lo más normal.

Antes tampoco había mencionado esas llamadas breves. Aunque había que reconocer que habían hablado más con la señora Laurent que con la señora Bourgiot. Aun así, en un caso de asesinato, esa información al menos se menciona.

—¿Cuántas «llamadas breves» este año? —dijo Rose resoplando.

—Cuatro o cinco.

—¿De qué hablaron?

—De cuestiones que a ella le parecían muy graves. Y estaba en su derecho, claro.

—¿A qué se refiere con «graves»? —Dupin era todo oídos.

—Daba por sentado que la competencia en la Tierra Blanca era dramática, y eso dista mucho de la realidad.

—¿Podría ser más precisa?

—De los distintos intereses de las distintas partes. Los independientes, los...

—¿No hablaron de nada más concreto?

Ya conocían el interés de Lilou por ese tema, no era nada nuevo. Pero ese interés general no los ayudaba en nada. Y Dupin estaba cada vez menos seguro de que ese fuera el meollo del caso. Seguían dando palos de ciego.

—Eran preguntas vagas, qué planes tenían algunos para adquirir qué y a quién... Cosas por el estilo. Los celos de Lilou Breval no eran muy específicos.

—¿De verdad?

Rose habló en tono cortante.

La señora Bourgiot suspiró casi imperceptiblemente.

—Quería saber, por ejemplo, a quién le había hecho ofertas de compra Le Sel, y eso es algo que aquí, en el Centro, no sabemos. Y si Le Sel quería introducir un sistema de bombeo, si habían presentado alguna solicitud. Pero también preguntaba por la cooperativa. Quería saber cuánto había crecido en los últimos años, desde que la dirigía Jaffrezic. Y qué papel tenía el Centro de la Sal... Decía que era para escribir otro gran artículo sobre Gwenn Rann, esta vez centrándose en los aspectos económicos y comerciales. Pero el lunes no hablamos de nada de eso.

—¿Ha presentado Le Sel una solicitud para construir un sistema de bombeo?

—Sí. Hace medio año.

—¿Y?

—Está pendiente de resolución.

—¿Y la ampliación de las salinas dentro de la reserva natural? Sabemos que usted es una persona con poder en la Tierra Blanca. Usted podría conseguir que se ampliara la producción.

—Las decisiones se toman conforme a las leyes. No depende de mí, sino de los políticos. El procedimiento para resolver este tipo de solicitudes está regulado de manera muy transparente.

Esa información era inútil. Demasiado circunstancial. Dupin empezaba a impacientarse. Así no llegarían a ningún sitio.

—¿Tienen más resultados de los análisis que han hecho en la salina? Es crucial para nosotros. Como ya les he dicho, el Instituto nos amenaza. La señora Cordier está empeñada en pararlo todo. La producción y la venta. Es implacable. No voy a permitirlo.

Tenía cierta gracia que la señora Bourgiot se quejara de una persona implacable hablando en tono implacable.

Rose estaba a punto de contestar cuando le sonó el móvil.

—¿Sí?

Se apartó un poco. Se notaba que escuchaba atentamente. Sin decir nada. Al cabo de un rato dijo «muy bien» en voz baja.

Un instante después colgó. Y volvió a reunirse con ellos.

—Cuando haya algo importante con respecto a los análisis, lo sabrá, señora Bourgiot.

Luego, dirigiéndose a Dupin visiblemente aliviada, añadió:

—El señor Jaffrezic está pescando en el Loira. No en el mar, como de costumbre. Con un viejo amigo. Está bien.

La señora Bourgiot la miró desconcertada. Luego dijo con énfasis:

—Haré todo lo posible por minimizar los... sucesos. Con todos los medios a mi alcance. Dirijo este centro desde hace cuatro años. Hasta ahora, con mucho éxito. Y no permitiré que eso cambie.

Sin duda hablaba en serio. Y era una mujer inteligente, sabía que a oídos de unos policías que investigaban un asesinato esa violenta declaración (y sobre todo esa declaración de violencia) no la favorecía en absoluto. Pero, por lo visto, no le importaba. A Dupin le habría gustado saber por qué antes, en la conversación de la tarde, estaba tan nerviosa.

—Es todo por hoy, señora Bourgiot. De momento.

Rose consiguió transformar esas palabras tópicas en una franca amenaza.

La comisaria dio media vuelta, regresó tranquilamente al rincón de los libros, cogió un momento el volumen de cocina (al parecer, para memorizar el título) y se dirigió hacia la puerta.

Dupin la siguió. Absorto en sus pensamientos.

Rose apoyó la espalda en su coche. Con las manos en los bolsillos. Delante del pequeño Peugeot de la policía que usaba Dupin y era la mitad de largo que el Renault de la comisaria. Si llegaba. En el otro extremo del aparcamiento polvoriento había un Range Rover último modelo, de color verde oscuro. Tenía que ser el coche de la señora Bourgiot.

Por primerísima vez desde que la conocía, Rose parecía agotada, aunque su ropa parecía acabada de poner. En dirección al mar, el cielo mostraba un apacible color rosa pálido que se difuminaba en tonos intermedios y pasaba a un azul marino luminoso y brillante, que se oscurecía hacia lo alto. Pronto se verían las primeras estrellas. Esa noche, el cielo se perdía sin transiciones en el espacio sideral.

—La creo capaz de todo.

Mientras hablaba, Rose dirigió una mirada imprecisa hacia el Centro. Después de una breve pausa, añadió:

—A los otros también. Nadie dice nada. Nadie.

Dupin se apoyó en su coche.

—Ahora podemos dedicarnos al señor Jaffrezic.

Rose sonrió vagamente.

—La señora Laurent da una cena en Vannes esta noche. Con invitados de la isla de Noirmoutier. Salineros. Nos espera mañana a primera hora.

—¿En la isla de Noirmoutier también producen sal?

—Sí, pero en una zona mucho más reducida.

—¿Le Sel también anda metida ahí?

—Todavía no, por lo que sabemos. Pero pediré que lo comprueben.

—¿Dónde nos reunimos con Jaffrezic? ¿Cuánto tardará en volver del Loira?

—La inspectora Chadron le dirá que iremos a hablar con él mañana temprano.

—¿Mañana temprano? —Dupin creía que irían esa misma noche.

—Hemos reservado habitaciones en Le Grand Large para usted y sus inspectores. A todos nos hace falta dormir un poco.

Dupin casi se había hecho a la idea de que la comisaria Rose podía vivir sin comer ni dormir.

—Yo...

—Es todo por hoy. No queda nadie. Tenemos que poner en orden las ideas. Me voy a casa.

Ese no era el estilo de Dupin. Terminar la jornada de trabajo y punto. Tenían que avanzar. Además de hablar con Jaffrezic, todo el día había querido examinar tranquilamente la salina de Daeron, aunque no sabía para qué. Y quería registrar de nuevo la casa de Lilou Breval. Pero quizá Rose no andaba mal encaminada. Quizá era mejor dejarlo por esa noche. Había sido un día muy largo, interminable. Y el hombro empezaba a dolerle de nuevo (por primera vez desde el mediodía); tendría que tomarse una pastilla. Más aún, el estómago le decía claramente que le convenía comer algo. Algo consistente. Y por muchos efectos medicinales que tuviera el café, el dolor de estómago no se le pasaría tomando más cafeína.

Y lo más importante: de ese modo podría llamar con calma a Claire y felicitarla por su cumpleaños. También para explicarle con todo detalle por qué no había podido ir a París. Y lo triste que estaba por eso. Y en una etapa tan importante de su relación. En ese mismo instante deberían estar cenando en La Palette. Exactamente en ese instante.

—De acuerdo.

Así, al menos podría hablar un momento con Le Ber y Labat. En el restaurante de Le Grand Large. Se acordó del lenguado, hoy se comería el lenguado que quería cenar la noche anterior. Algo era algo.

—Buenas noches, comisario. Intente dormir un poco.

Rose lo dijo amablemente, pero también como si se tratara de una orden.

Al cabo de diez minutos, Dupin estaba delante de Le Grand Large. Había llamado por el móvil a Le Ber y le había pedido que reservara una mesa tranquila en el restaurante. Le Ber le preguntó dos veces si no prefería volver a Concarneau, así podría cambiarse de ropa, seguro que lo agradecería. Se lo preguntó con una insistencia y una solicitud extrañas. Después le informó del trayecto de prueba de Labat. De la simulación. Labat acababa de llamar desde La Roche-Bernard. La cifra era 2,35. Había tardado dos horas y treinta y cinco minutos. Dupin calculó. De noche, las carreteras iban casi vacías. Pero era imposible tardar menos de dos horas y cuarto, quizá y veinte. ¿Y qué significaba eso? Que, apurando, Maxime Daeron habría tenido tiempo. Ahora lo sabían con certeza. Le Ber también había informado a Rose, por supuesto.

Dupin cerró el coche con llave.

Había marea baja, igual que por la mañana. Se dirigió al borde sin pavimentar del muelle, que descendía tres o cuatro metros en picado. Las embarcaciones descansaban pacientes en el lecho marino, igual que por la mañana, ahora débilmente iluminadas por las luces amarillas de la pequeña localidad, que no alumbraban mucho y se perdían rápidamente en la noche despejada. Un poco más allá, en la laguna, donde aún habría agua, se veían dos luces claras, probablemente boyas luminosas. O barcas. Se mecían inquietas arriba y abajo. Más lejos, donde debían de estar las salinas, había un gran agujero negro. No se veía nada, absolutamente nada. Como si se las hubieran tragado. La noche acechaba por encima del mar. Una criatura oscura.

El comisario se notaba muy cansado. Pero a la vez se sentía agitado. Nervioso, vital, exaltado. Si era sincero consigo mismo, de repente había perdido las ganas de tener otra reunión. Todas. Por muy largo que fuera el trayecto hasta Concarneau. Más aún, Nolwenn le había dicho que tenía que volver.

Dio media vuelta, se dirigió al coche y subió. Echó la cabeza atrás y cerró un momento los ojos. Luego sonrió. Una sonrisa liberadora. Arrancó y se marchó.

Eran las once y cuarto de la noche. Dupin aparcó el coche lo más cerca que pudo del Amiral. El gran aparcamiento del puerto estaba casi vacío. Solo tendría que cruzar la calle y estaría a salvo. Más aún: en casa. De nuevo en su terreno. El viaje había sido monótono, sin problemas, todo el rato por autopista. No había habido más avistamientos de Skippy; aunque a bajo volumen, durante todo el trayecto había escuchado la emisora Bleu Breizh.

Había informado a Le Ber y a Nolwenn de que no iba a quedarse en Le Croisic. Los dos aprobaron enérgicamente su decisión. Le Ber y Labat estaban en el restaurante y, por lo que pudo oír, a punto de cenar. Para ellos también había sido un día fatigoso.

Salió con cuidado del coche en miniatura. Lo recibió una clara brisa, maravillosa. Olió el aire que venía del mar abierto, libre. Le sentó bien.

Todavía había luz en las grandes ventanas de arco de medio punto del Amiral, el local donde Dupin solía empezar y terminar el día (un ritual estricto y sublime). Se sintió aliviado. El imponente edificio blanco del siglo XIX, largo y con un toldo rojo y postigos de madera, se sumergía en la luz cálida y amarillenta de las farolas, una luz irreal de estudio de cine.

El semáforo estaba en rojo. Siempre lo estaba, nunca lo había visto de otro color. Pero tampoco había visto a nadie que esperara para cruzar. Al cabo de un momento abrió la puerta maciza.

Su mesa de siempre estaba ocupada. Estuvo a punto de soltar un suspiro de frustración, pero se contuvo en el último instante.

Creó que alucinaba. En su estado, no le extrañaría. Pero... Sus ojos no lo engañaban. En su mesa preferida estaba... Claire. Sin duda. Y encima de la mesa había un vistoso paquete envuelto en papel de regalo de colores. Además de una botella de champán y un plato enorme de langostinos.

Claire lo vio enseguida. Sus ojos castaños brillaron cálidamente. Luego se levantó y se apartó de la cara un mechón de su media melena de color rubio oscuro. Parecía un poco cortada. Dupin no soñaba. Era ella. Claire, con toda la belleza sobria típica de las mujeres de Normandía. Un día enseñó una foto suya en comisaría y Le Ber enseguida entonó un canto de alabanza por las mujeres normandas, a las que desde hacía siglos se consideraba las más guapas del país y que casi siempre ganaban el concurso de *miss* Francia. Dupin se sintió incomodísimo, pero en el fondo ardía de orgullo.

—He... venido.

Increíble. Era increíble.

Había ido a verlo el día de su cumpleaños. Y después de la desilusión que se había llevado porque los planes de pasar la velada en París se habían ido al traste. Y a pesar de las desafortunadas palabras que él había balbuceado por la mañana. Dupin entendió entonces por qué Nolwenn y Le Ber querían asegurarse de que esa noche volviera a Concarneau.

—Feliz cumpleaños, amor mío.

La abrazó. La besó. Y volvió a mirarla. Todavía un poco confuso. Como si quisiera asegurarse de que estaba allí de verdad.

Lily Basset salió de la cocina y lo saludó.

—He preparado un pequeño menú de cumpleaños —dijo guiñándoles un ojo—. Después de los langostinos de Guilvibec, lubina flambeada con Pastis Marin, todo regado con un vino Chenin Blanc. Y de postre, tarta de crepes.

Era un auténtico menú de fiesta de cumpleaños. Dupin no solía comer lubina en el Amiral (generalmente pedía un entrecot), pero la hacían deliciosa: un delicado sabor aromático, una carne tierna y suave, y el aroma del anís bretón flambeado (para eso, tampoco necesitaban al sur). Y sabía que Lily confiaba ciegamente en los langostinos de Guilvinec. Con razón, eran los mejores. Pero el no va más era la tarta de crepes:

una docena de crepes dulces formando capas, con una deliciosa crema pastelera en medio, hecha con leche, yema de huevo y vainilla, una especialidad que Lily Basset solo servía en los cumpleaños de los «mejores amigos».

Dupin estaba emocionado.

Claire levantó la copa de champán.

—Por nosotros.

—Por tu cumpleaños. Por ti.

Brindaron y bebieron un sorbo.

—¿Cómo va? Me refiero al caso.

—Esta noche no hay ningún caso. —Dupin se sorprendió a sí mismo con esa frase. Pero era la respuesta adecuada. Lo vio en la sonrisa de Claire. Y lo había dicho en serio.

—Mañana atraparás al culpable —dijo Claire sonriendo de nuevo—. Gracias por el regalo. Ahora mismo lo abro.

Dupin sabía que Claire no tardaba ni un segundo más de lo necesario en abrir un regalo. Lo habría llevado Nolwenn; seguro que lo había organizado todo, la operación entera, el viaje de Claire, la cena, todo. El paquete llevaba unos días en su despacho. Dupin había ido al estudio de Valérie Le Roux, al final del muelle grande. Una artista fantástica que hacía y pintaba los boles, tazas, vasos, platos y fuentes más bonitos del Atlántico. Con motivos y colores marinos. Claire le enseñó un día un artículo sobre Valérie Le Roux que se había publicado en la revista *Maison Côte Ouest*. Había comprado dos platos grandes, dos platos pequeños y dos boles, uno de cada con un cangrejo rojo brillante y el otro con un pez azul brillante.

—Para París. Para nosotros, para desayunar y cenar.

—Son preciosos.

Parecía sinceramente feliz.

Dupin todavía no tenía muy claro que no estuviera soñando. Pero... ¿qué más daba?

El tercer día

El tiempo había cambiado, no mucho, pero lo suficiente para que esa mañana refrescara. Por primera vez desde hacía muchos días. El cambio debió de producirse después de la una de la noche (Claire y él salieron a esa hora del Amiral) porque en el paseo que dieron por el puerto para ir a casa disfrutaron de una «noche tropical», una expresión con la que se deleitaban los grandes periódicos. Por la mañana salieron del apartamento a las seis menos diez, con las primeras luces crepusculares en el este, y Dupin acompañó a la estación a Claire, que llegaría a París a las once y estaría en la clínica a las once y media. No habían dormido mucho, pero Dupin se sentía más descansado que en las últimas semanas. No había vuelto a notarse la herida desde el momento en que entró en el Amiral y vio a Claire. Y no solo se olvidó del dolor... ¡también del caso! Se convirtió en una sombra oscura muy lejana. Claire no le hizo más preguntas y Dupin se alegró. Fueron unas horas increíbles, como un sueño.

Fue directamente al aparcamiento (el Amiral estaba cerrado, igual que los demás cafés) desde la estación, cogió el coche y se dirigió a la misma autopista que había recorrido la noche anterior. Hizo una parada técnica primordial en Névez, en la preciosa plaza mayor, un rincón que le encantaba, en el magnífico restaurante Maison Le Guern, que acababa de abrir su adorable dueño. Se tomó dos cafés y (el día anterior había aprendido la lección) pidió cuatro sándwiches para tener provisiones con que llenarse el estómago durante el día. Al llegar a Guérande solo le quedaban la mitad (guardó los dos con pechuga de pato ahumada y roquefort, y en el trayecto se comió los de brie con nueces y mostaza de uva). El magistral entrecot con patatas fritas crujientes que servían en la Maison Le Guern estaba en su lista de los mejores sitios para disfrutar de ese plato. Una lista muy importante.

El comisario sintonizó de nuevo la emisora Bleu Breizh. Esa mañana intervenía un especialista en canguros del zoo parisino de Vincennes, que transmitía a los oyentes «conocimientos básicos» sobre el «nuevo vecino» y contestaba preguntas. Muchas preguntas. Zoológicamente, existían diferencias radicales entre el auténtico canguro y la rata canguro, que en realidad, según dijo, no era un canguro, (los oyentes sintieron un gran alivio al saber que Skippy era auténtico). El día anterior, el consistorio y el alcalde de Arradon decidieron que no había que «cazarlo», puesto que, por mucho que midiera 177 centímetros de altura y pesara 87 kilos (no era una «liebre canguro», eso había sido una información errónea), hasta entonces no había mostrado signos de agresividad. Además, era estrictamente vegetariano y «de hábitos crepusculares y nocturnos». Pasaba la mayor parte del día en la sombra, aunque a veces habían observado a Skippy tomando el sol, una manía particular. Según el experto, era muy posible que encontrara un «hogar estable» dentro de la fauna bretona. Resumiendo, Skippy se convertiría en un bretón libre. Ese día, a diferencia del anterior, la mayoría de los oyentes hablaban de «nuestro canguro». La historia más divertida que contaron fue, con mucho, la que narraba el origen del nombre

«canguro». James Cook, el primer europeo que vio uno, preguntó a los aborígenes cómo se llamaba aquel animal y ellos contestaron: «No entiendo». En su lengua, *Gang oo rou*. Y Cook, el tonto de la película, presentó su descubrimiento al mundo, el «canguro». Al comisario, esa historia (en su opinión, representativa del ser humano) le recordó sus primeros tiempos en la Bretaña.

Eran las siete y media. No solo el aire era más frío que en los últimos días, también lo era la luz. Blanquecina. Difusa. Como si en el aire flotaran millones de partículas opacas esparcidas. Nolwenn llamaba a ese fenómeno «mañanas blancas». Solían desvanecerse antes de mediodía, casi nunca duraban más tiempo. En realidad era un fenómeno otoñal, no estival.

Dupin aparcó inconscientemente en el mismo sitio que hacía dos noches. Al principio del caso. Sin embargo, esta vez se acordó de coger un cargador de repuesto.

Evidentemente, la zona seguía cerrada. Dos agentes del equipo de Rose bloqueaban el camino que conducía a la salina de Daeron. Dupin los saludó un momento; uno lo miró con franco escepticismo y el otro lo saludó con un gesto imparcial.

Durante el trayecto (con cada kilómetro que recorría hacia el este, una parte del caso le volvía a la mente), no había dejado de darle vueltas a lo que lo inquietaba desde el principio: ¿qué pasaba con los bidones? Si contenían algo, daba igual lo que fuera, el contenido probablemente seguía en las salinas, aunque los análisis aún no hubieran detectado nada. Análisis del agua, del suelo, de los sedimentos, de los cristales de sal acumulados. Dupin llegó al cobertizo que había supuesto su salvación. Y su lugar de encierro. Por un momento volvió a sentirse un poco perdido. Luego se encaminó a uno de los estrechos terraplenes de barro que atravesaban los cristalizadores, lo siguió, torció por otro terraplén que conducía a los estanques exteriores y se detuvo. Todo parecía distinto bajo esa luz blanquecina que despojaba al mundo de sus colores, incluso donde solían darse en abundancia y con intensidad, en el cielo. Todo se sumergía en una frialdad misteriosa. Una frialdad teatral. Y curiosamente, también despojaba de olor al mundo, era como si los millones de gotitas se lo tragaran todo.

Echó un vistazo alrededor, dejando vagar la mirada. Aquello era un laberinto inextricable. Hasta donde alcanzaba la vista. Todo el paraje. Imposible decir dónde empezaba o terminaba la salina de Daeron. Las balsas rectangulares, trazadas con extrema precisión y meticulosidad, se mezclaban de forma aparentemente caótica con embalses sinuosos y canales. Dupin recorrió otro terraplén que conducía a las grandes balsas. La arcilla de los terraplenes presentaba unas grietas preocupantes, consecuencia de la larga sequía y el calor. El agua discurría por decenas de curvas y ramificaciones, a veces suaves y a veces muy marcadas. Pequeñas compuertas por todas partes. De niño, uno de sus pasatiempos favoritos era cortar el cauce del agua y desviarla (en arroyos, ríos, lagos, en el mar). Dupin perdía entonces la noción del tiempo. Uno de los recuerdos más precisos que conservaba de su padre era una

imagen en el pequeño pueblo de las montañas del Jura al que solían ir de vacaciones, a orillas del Doubs, en una región llena de afluentes, con riachuelos de todos los tamaños. Por el jardín de su casa de veraneo pasaba un arroyuelo. No era gran cosa, pero en primavera bajaba con ímpetu. Un día cálido del mes de mayo, su padre y él cortaron el cauce y el agua formó una charca honda. De un metro de profundidad, eso seguro. Un pequeño estanque. Luego desviaron el agua de la manera más complicada posible, por cauces absurdos y caminos sin sentido. Su madre les pegó la bronca porque acabaron totalmente empapados y sucios. No se habían dado cuenta. Dupin todavía era incapaz de resistir la tentación de cambiar el curso del agua cuando veía un reguero de agua en la playa. Preferiblemente en trayectorias disparatadas que se entrecruzaban.

Volvió a los cristalizadores, que era donde el agua acababa su recorrido. Se le había ocurrido una idea. El curso del agua por las balsas se veía perfectamente. Sonrió satisfecho. Lo seguiría. En dirección contraria. Lo observaría y de ese modo obtendría una visión completa de la salina de Daeron; era la única manera de hacerse una idea de hasta dónde llegaba. Avanzó precavidamente por los terraplenes, había que ir con cuidado para no resbalar. Las balsas cambiaban de tamaño, de forma y de profundidad. Las cuatro balsas que había más allá de los cristalizadores eran más grandes. Luego venían otras más pequeñas y simétricas. Nueve. Las contó al pasar. Con la luz que brillaba ese día, incluso el barro oscuro parecía luminoso y el agua se veía blanquecina. El terraplén, cada vez más estrecho, lo llevó repentinamente al otro lado de los cristalizadores, donde había otras nueve charcas simétricas. Hacía falta fijarse mucho para observar el curso lento del agua. Dupin lo siguió tenazmente, desvió a desvió, compuerta a compuerta.

Llevaba diez minutos andando. A mano derecha vio un estanque alargado y más hondo. Estaba pegado a las balsas medianas, tenía forma irregular y mediría más de cien metros de longitud. Con agua de color verde oscuro. Y hierbas altas y amarillentas alrededor. Dupin pensó que pronto llegaría al canal que daba al mar. Eso le habían enseñado. Continuó avanzando. Siguió la acequia por donde llegaba el agua. El sol lo cegaba a pesar de que todavía estaba muy bajo; tuvo que ponerse la mano en la frente para hacerse pantalla en los ojos. El cauce discurría paralelo al gran embalse. Adelante. Siempre en paralelo. Por la parte más alargada de la balsa. Al llegar al final, Dupin torció a la derecha para seguirla por el lado más estrecho. Al cabo de unos sesenta metros, el cauce describía otra curva, pero no hacia la derecha, en dirección al embalse, como esperaba, sino hacia la izquierda. Y luego otra vez a la izquierda, hacia otro estanque con agua mucho más oscura. Algo inesperado. Una gran balsa en forma de gota enorme. En la orilla, un pájaro plateado y con patas largas parecía observarlo.

Dupin notó que lo invadía la inquietud. Esa balsa de color verde oscuro (quizá a trescientos metros en línea recta de los cristalizadores) no era la que alimentaba la salina de Daeron. Aunque al principio lo pareciera. Aquello era muy raro.

Se dirigió al otro lado alargado de la balsa. Allí había un canal grande, que podía seguirse en dirección a la laguna. Cerrado con una compuerta de madera. Dupin aligeró el paso y pronto se encontró de nuevo en el lado en el que había empezado a dar la vuelta. Aquello era un disparate: salvo por el canal de entrada, aquel gran embalse estaba completamente aislado. No estaba unido a ninguna salina. ¿Para qué servía? Dupin repitió el recorrido, esta vez observando meticulosamente el agua. Se detuvo y se agachó. Intentó inspeccionar el fondo. No se veía nada especial. Al menos a simple vista. Pero eso no significaba nada. El agua quizá estaba un poco más turbia que en las demás charcas. Hasta entonces habían tomado muestras de distintas balsas pertenecientes a la salina de Daeron. Pero quizá era precisamente aquella (escondida en aquel laberinto) la que había que examinar. Tenían que tomar muestras sin falta.

Se levantó. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Y la Clairefontaine. Sorprendentemente, se veían cuatro barras de cobertura. Dos días antes, le habría bastado con una. Pero, como diría Le Ber, ahora estaba a varios centenares de metros de distancia del cobertizo y era de día, la posición del mar era distinta, y la del sol y la luna... Cualquiera cosa.

Necesitaba un experto. Pensó un momento y marcó el número de teléfono de la señora Cordier, la química alimentaria. No se había mostrado muy colaborativa, pero tanto daba. Le saltó el contestador automático. ¡Qué rabia! Después de unos instantes de duda marcó el número de Rose.

—¿Dónde está? Le he llamado varias veces. —Rose estaba furiosa—. No ha dormido en el hotel...

—Necesito un equipo de químicos forenses en las salinas. Inmediatamente. Estoy aquí.

—No le oigo bien. ¿Está... ahí?

A Dupin le llegaba perfectamente la voz de la comisaria. El enfado inicial dio paso a la curiosidad criminalista.

—Yo la oigo muy bien —Dupin habló lentamente y vocalizando—. Estoy en la salina de Daeron. Hay una balsa grande que no está conectada con el resto. A unos trescientos metros de los cristalizadores.

Se hizo un breve silencio, quizá porque la comisaria se debatía por decidir cómo tenía que reaccionar.

—¿Está investigando por su cuenta en la salina de Daeron? Le enviaré un equipo... Y yo voy ahora mismo.

Colgó.

Dupin pensó. Hojeó la libreta, encontró lo que buscaba y marcó el número de la señora Bourgiot. Entretanto, avanzó sin rumbo fijo por el terraplén.

—¿Diga?

Ahora Dupin también oía interferencias, a veces más fuertes y a veces más flojas.

—Señora Bourgiot, estoy en la salina de Daeron..., en el borde de la salina.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor comisario?

La pregunta sonó cínica. A Dupin le dio igual.

—Aquí hay un embalse totalmente aislado. Muy grande. Da la impresión de que pertenece a la salina de Daeron, pero no es así, no está conectado con las otras balsas. Con ninguna.

Bourgiot guardó silencio. Tal vez pensaba cómo debía reaccionar.

—Usted no entiende de salinas —dijo fríamente—. Es una balsa ciega. Hay unas cuantas.

—¿De quién es?

—Puede que de Daeron o de Jaffrezic. Pero no tiene por qué.

La voz llegó acompañada de diversas interferencias.

—O de Le Sel. No sabría decirle... Yo...

—¿Le Sel? Creía que la salina contigua era del señor Jaffrezic y de la cooperativa.

—En dirección a la laguna también hay unas cuantas salinas de Le Sel. Creo que dos de sus estanques grandes llegan hasta muy cerca de los terrenos de Daeron. Y de la balsa ciega... Pero quizá no es de nadie. Eso también ocurre, y no pocas veces —dijo en tono de franco disgusto—. Son balsas que pertenecían a una salina concreta y que por algún motivo han quedado aisladas a lo largo de los siglos.

—¿Por dónde hay que venir en coche para llegar lo más cerca posible de la balsa?

Se hizo un largo silencio.

—No lo sé.

—¿Hay algo particular en esa balsa? Me refiero a la balsa ciega. ¿Sabe usted algo al respecto?

—No. ¿Qué pasa con esa balsa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Hay novedades? ¿Saben...?

Dupin colgó. Y marcó el número de Le Ber.

—Buenos días, jefe.

—Le Ber... Consiga un mapa de las salinas. A escala 1:25.000. O más precisa todavía. Y una foto aérea. Y que Labat vaya al catastro y consiga un mapa exacto de las salinas. Quiero saber a quién pertenece cada terreno, cada salina, cada balsa.

—¿Está en la salina de Daeron?... ¿Comisario?

Dupin colgó tan deprisa que ni siquiera oyó la pregunta.

Mientras hablaba por teléfono se había alejado del sitio. Había cruzado unos cuantos canales grandes, bordeados por arbustos altos de espino, y se encontraba de nuevo cerca de los cristalizadores. Los reconoció por los pequeños tableros que formaban. El cobertizo de Daeron no se veía. Al parecer, los terraplenes anchos y cubiertos de hierba que se alzaban en las salinas eran más altos en esa zona.

Se sintió perdido un momento. El mundo de las salinas le pareció de pronto un mundo desconocido. Unos pasos más allá, dos terraplenes se abrían de pronto hacia la

laguna, que estaba más cerca de lo que Dupin creía. Se veían extensos bancos de arena blanca cegadora. Y agua de color turquesa que corría por los profundos regueros que se formaban entre las dunas. Al otro lado estaba Le Croisic. Una franja de paisaje afable y luminoso. Allí estaban Le Ber y Labat; con unos prismáticos se podría ver Le Grand Large. El sol estaba un poco más alto, un olor intenso colmaba ahora el aire, que dejaba un claro regusto a mar: a sal, a yodo y a algas. Era asombroso.

El comisario se detuvo en seco. Había oído un ruido. No se movió. Un ruido fuerte y sordo. A madera. Venía de detrás. De no muy lejos. Un muro alto de tierra le tapaba la vista. Se volvió instintivamente, agachándose un poco y acercando la mano derecha al arma. La empuñó. Notó que la agarraba crispado y trató de relajar los dedos.

Cogió uno de los estrechos pasillos que iban en dirección hacia donde había oído el ruido. Tenía que ser justo al otro lado del muro de tierra. Buscó un sitio por donde cruzar el terraplén y lo encontró a unos diez metros de distancia. Se quedó quieto un momento y luego cruzó al otro lado, empuñando el arma con fuerza.

El otro lo vio primero.

—Ah, es usted, señor comisario. ¿Siguiendo la pista del asesino en las profundidades de la sal?

Era Jaffrezic. Con un martillo en la mano derecha. Estaba delante de una carretilla rectangular de color amarillo chillón, puesta boca abajo.

—Se hacen igual desde hace mil doscientos años. Todas las piezas de madera. Con esta carretilla transportamos la sal por las salinas... Y por lo que parece, este maldito ejemplar tiene realmente mil doscientos años.

Jaffrezic daba martillazos en una clavija de madera del borde.

—Ya le advertí que no hay que pasear por las salinas de noche ni al amanecer. Le hablé de los enanos, pero no del temible zorro gigante ni de la mujer blanca y los dragones. —Se echó a reír—. Aquí se ocultan monstruos que escupen fuego y una vez al año hay que ofrecerles una joven o una mujer de alma pura en sacrificio. Entonces se calman, dejan las marismas en manos de los salineros y podemos seguir trabajando en paz.

Volvió a reírse. Dupin se había quedado sin habla. No esperaba encontrar a Jaffrezic, y menos aún más leyendas fantásticas.

—¿Es usted uno de esos matadragones cristianos? Un comisario parisino en la Bretaña.

Dupin era consciente de que no pretendía halagarlo con sus palabras, puesto que conocía las múltiples leyendas bretonas sobre los cazadores de dragones. Los caballeros cristianos eran en realidad personajes bufos. Según las leyendas, los pobres paganos locales (incluso los grandes héroes) lucharon durante siglos contra los dragones más temibles, hasta que un día, una señal de Dios, se cruzaron con un caballero cristiano que se limitó a ordenarle al dragón sin muchos aspavientos:

«Tírate por un acantilado y ahógate». Y todos los monstruos obedecieron de inmediato: la palabra cristiana era así de poderosa, su moral era así de simple.

—Pero esta vez ha llegado tarde, señor comisario. No puede salvar a la chica.

A Jaffrezic se le ensombreció el rostro al pronunciar esas palabras. Parecía afectado por lo ocurrido en los últimos días.

Dupin quería regresar al terreno de la realidad. Se concentró.

—¿Para qué lo llamó Lilou Breval el lunes por la tarde?

Jaffrezic lo miró perplejo. Dupin no entendió por qué.

—La comisaria me ha preguntado lo mismo. ¿Investigan los dos por su cuenta? Investigaciones paralelas, un método interesante.

—¿La comisaria Rose?

—Se ha ido hace diez minutos. Ha recibido una llamada. Parecía importante.

Aquello era indignante. Dupin recordó el tono inquisitorial con que le había contestado Rose. ¡Y él casi se había sentido culpable por actuar solo!

—Bueno, da igual... La periodista vino a verme hará cosa de un año. Para escribir un artículo largo.

Jaffrezic hablaba con afectación.

—Pero ¿por qué lo llamó el lunes?

—La mayor parte de la información que publicó en aquel artículo se la di yo. Se lo enseñaré...

—Señor Jaffrezic, por favor...

—De acuerdo. Me preguntó si sabía algo de unos bidones. ¡Azules! Y que para qué podían ser. Le conté lo de la sal para molinillo. Y que no había más bidones azules. Lo mismo que les dije a ustedes.

—¿Le contó si sospechaba algo? ¿Se lo dio a entender?

—No.

Si Jaffrezic estaba detrás de aquel asunto, Lilou lo había puesto sobre aviso sin querer. Igual que a la señora Bourgiot.

—¿Le comentó si ella los había visto?

—No. Ni una palabra.

—¿Y usted no habló con nadie de lo que le preguntó Lilou Breval?

—¿Por qué iba a hacerlo? Era una tontería. Por muy maja que fuera la periodista. Había endurecido el tono de voz. Igual que cuando hablaron del tema la mañana anterior.

—Hemos descubierto la balsa ciega que hay junto a la salina de Maxime Daeron.

Dupin tenía que intentarlo. El equipo de químicos se presentaría de un momento a otro en la balsa y pronto correría la voz de que la policía se interesaba especialmente por esa charca.

—¿A qué balsa se refiere?

Las pupilas de Jaffrezic se movían a un lado y a otro a una velocidad impresionante.

—Hemos descubierto la balsa en la que tiraron el contenido de los bidones. Los expertos en química de la policía han empezado con los análisis.

Dupin lo escrutó con la mirada. Jaffrezic calló un momento y luego se echó a reír.

—¡Lo que faltaba! No tengo la más remota idea de lo que me está hablando.

—¿Es suya la balsa?

—No sé a cuál se refiere.

—La que está al otro lado —Dupin señaló vagamente—, tocando a la salina de Maxime Daeron.

—Ah, creo que hay unas cuantas por ahí. Pero ninguna es mía. Si lo fueran, lo sabría.

—Está a unos doscientos o trescientos metros de la cabaña de Maxime Daeron. En dirección norte.

—Entonces seguro que no la conozco. Desde mi salina no puedo ver los terrenos de Daeron. Y como ya sabe, mi salina queda al sudoeste de la suya. Bastante lejos.

A esas alturas, Dupin ya sabía que, en el embrollado caos de las salinas, que una estuviera «al lado» de otra no significaba nada. Había que reconocer que era muy probable que Jaffrezic no hubiera visto nunca la balsa ciega.

—¿Y de quién es?

—Pregunte en el catastro. Probablemente de nadie. Y, por lo tanto, de la comuna.

—¿No es de Maxime Daeron... o de Le Sel?

—Ya se lo he dicho: no lo sé.

Dupin se pasó la mano por el pelo. Le sonó el móvil.

Rose. Se alejó unos pasos y contestó.

—¿Dónde se ha metido? Estoy en la balsa ciega. Los dos químicos llegarán en cualquier momento.

—Y yo estoy justo donde estaba usted. Hablando con el señor Jaffrezic.

—Esta mañana le he llamado a las seis y media al hotel. Me han dicho que anoche volvió a Concarneau. Me ha parecido que sería una falta de responsabilidad adaptar la investigación a unos planes de viaje, los suyos, que yo desconocía.

Mientras Dupin aún pensaba lo que podía replicar, Rose cambió de tema.

—Es posible que tengamos algo. Aquí, en la balsa. Una cosa interesante.

—Enseguida estoy con usted.

Dupin colgó.

—Tengo que irme.

—¿Han avistado al dragón? Bueno, pues mucha suerte... Si el viento y el sol quieren... Los acantilados más cercanos están en la costa Salvaje, después de Le Croisic.

Dupin se dirigió al paso por donde había cruzado la pared de tierra y desapareció en un instante. Solo para reaparecer al cabo de un momento. Jaffrezic le sonrió burlón, seguramente lo esperaba.

—Al otro lado del muro y a la izquierda. Después siga trescientos o cuatrocientos

metros bordeando el canal grande, hasta que vea una cabaña muy grande a mano derecha. Entonces gire a la izquierda y enseguida llegará a la pequeña carretera que ya conoce. Y luego a la salina de Daeron.

Dupin hizo un gesto de agradecimiento (con cara de concentración) y desapareció definitivamente.

Era muy raro. Solo se distinguía débilmente en el agua turbia. Dupin no lo había visto antes. Pero ahora el sol estaba más alto y caía en el agua desde otro ángulo. A unos cuatro metros de la orilla de la balsa, se veía una estructura de madera de poca altura. Calculó que de unos cuarenta centímetros, la mitad que la profundidad del agua. Parecía una batea para ostras y moluscos. Y daba la impresión de que encima había una red tensada, pero costaba distinguirla. Dupin dio una vuelta entera a la balsa alargada; la estructura que había debajo del agua era grande, probablemente ocupaba la mitad de la charca.

Volvió junto a Rose, que por fin había dejado de hablar por teléfono. Solo había un químico, agachado junto a un enorme maletín de aluminio.

—Ya hemos enviado una muestra al laboratorio. Aquí harán un par de pruebas iniciales.

Rose estaba tensa. Igual que Dupin la había visto el día anterior cuando recibieron la noticia de que habían encontrado un cadáver.

—¿Qué es esa estructura?

Dupin estaba enfadado por no haberla visto antes.

—La examinaremos en cuanto comprobemos que el agua no está contaminada.

—¿Son típicas en las salinas? ¿Se usan en la producción de sal... en las grandes balsas? Ese tipo de estructura o alguna cosa parecida.

—No, en ningún sitio.

Dupin se apartó unos metros.

—Antes, a las balsas también les daban otros usos. Los monjes las utilizaban para criar moluscos, por ejemplo. O peces.

Rose lo miró con cara de no entender, pero no sin cierto interés. Dupin acababa de acordarse de lo que había leído en el panel informativo (omitió prudentemente el tema de las «criaturas monstruosas»). Cabía suponer que la cosa no iba de criar moluscos o percas clandestinamente, pero por si acaso.

—Las usaban para cosas que no tenían nada que ver con la sal.

El instinto le decía que era un posible punto de partida. Quizá el único. Aunque eso los obligara a volver a empezar de cero, porque no aclaraba lo que estaba ocurriendo en las salinas.

—Eso explicaría por qué no hemos avanzado nada a partir de las historias relacionadas con la sal.

Rose no decía nada, pero se le veía en la cara que estaba de acuerdo.

—Si hay una red tensada, debajo tiene que haber algo... Algo que la red impide que salga. Concentrémonos en la balsa y sus misterios.

Rose tenía razón.

Dupin se dirigió al químico.

—¿Ha descubierto hasta ahora algún motivo para no entrar en la balsa?

—No, pero como usted bien ha dicho, «hasta ahora». Yo esperaría.

Más que la recomendación expresa, lo que impactó a Dupin fue el tono que usó para decirlo.

Se pasó la mano por el pelo; si fuera por él, ya habría entrado en la balsa. Quería ver la estructura de cerca. Averiguar si había algo debajo de la red y, si lo había, saber qué era.

—Sus inspectores trabajan de prisa —dijo Rose enarcando las cejas en señal de reconocimiento—. Ya tenemos los mapas y la información. Si se quiere llegar en coche lo más cerca posible de la balsa, lo mejor es aparcar en la salina de Daeron. Es el camino más corto para traer cosas pesadas hasta aquí.

—¿Y de quién es la balsa?

Dio la impresión de que Rose quería mantener un poco el suspense.

—De un tal Mathieu Pélicard. Es el último propietario registrado.

Dupin la miró confuso.

—El registro es del año 1889. Por lo visto, murió sin herederos, no se la legó a nadie. Eso significa que en algún momento pasó a ser propiedad de la comuna. En aquella época, las salinas se organizaban de otra manera y esta balsa formaba parte de una salina que ya no existe. Sus inspectores también han encontrado mapas antiguos.

—La comuna... O sea, en cierto modo, la señora Bourgiot.

—Sí.

Interesante.

—Eso podría significar algo o podría no significar nada. La balsa está abandonada. Evidentemente, los salineros vecinos lo tendrían más fácil para acercarse sin ser vistos. Sobre todo Daeron.

—¿Si alguien se propusiera cometer un acto delictivo...?

El móvil de Rose, que parecía sonar más alto que el día anterior, lo interrumpió. La comisaria contestó.

—¿Sí?

Y escuchó con mucha atención.

Dupin se dio cuenta enseguida: algo no iba bien. Algo iba muy mal.

Rose seguía escuchando. Una eternidad. Luego habló.

—Vamos enseguida... Sí... Que salga todo el mundo. Todos. Y que no entre nadie. Solo la policía científica.

Colgó. Cerró un momento los ojos y luego miró fijamente a Dupin:

—Maxime Daeron. Maldita sea. Lo han encontrado hace diez minutos. Una empleada del hogar. En la casa de la isla de Moines. Dos policías de la isla están allí.

Lo han encontrado en una especie de garaje en el que estaba construyendo una barca. Todo apunta a un suicidio... Un disparo. En la sien derecha.

Dupin se quedó petrificado.

—Mierda.

No podía ser verdad. ¿Qué demonios ocurría allí?

Rose se puso en marcha, con el teléfono otra vez pegado al oído.

Dupin se volvió hacia el químico, que lo miró interrogativo:

—Avísame tan pronto como considere que no hay peligro de entrar en la balsa. Enviaré a un inspector.

Un instante después, Dupin se dirigía a marchas forzadas hacia la salina de Daeron, también con el teléfono pegado al oído.

—Le Ber... ¿Dónde está?

—Casi en el coche, en Guérande. Hemos...

—Necesito a Labat. Que venga enseguida a las salinas. A la balsa grande que hay al final de la salina de Daeron. Verá a un hombre, un químico forense. Que entre en la balsa en cuanto el químico le diga que no hay peligro. Y que examine la estructura de madera que hay dentro. Meticulosamente. Que mire si hay algo debajo de la red. Quiero saberlo todo... A lo mejor puede ayudarlo alguien.

—De acuerdo, jefe.

—Daeron está muerto.

—¿Maxime?

El tono oficial con que pronunció la pregunta, totalmente justificada, sonó macabro.

—Sí. De entrada, parece un suicidio.

—Yo en eso sería prudente.

Dupin estuvo a punto de echarse a reír. La frase resultaba graciosa. Pero sabía perfectamente a lo que se refería Le Ber.

—Yo... Sí, lo examinaremos todo a conciencia. Ahora voy al golfo. Hasta luego.

La escena era espantosa. Una policía joven recibió a los dos comisarios en la puerta del jardín y los condujo inmediatamente a un edificio anexo, que originalmente se construiría para usarlo como garaje, pero que ahora era un taller. Grande. Una especie de carpintería con herramientas profesionales. En el centro había una barca de madera oscura, un velero. Dupin calculó que mediría unos cuatro metros de eslora. A medio construir, tosco, pero bastante avanzado. Habría supuesto años de arduo trabajo. El suelo estaba revestido con corcho y las paredes, pintadas de blanco. Dos bancos de trabajo y armarios a ambos lados, altos hasta el techo. Una sola ventana, pero grande, que daba al jardín.

La sangre había salpicado incluso el techo. Una imagen lúgubre.

Daeron estaba en la proa. En la sien derecha se le veía una herida con sangre seca.

Tenía la cabeza ladeada hacia la izquierda y eso impedía que se viera el orificio de salida de la bala. Tenía las piernas cruzadas de un modo extraño. El brazo izquierdo plegado y el derecho estirado y con la mano abierta. El arma estaba a unos cinco centímetros de los dedos, un poco desplazada, pero no demasiado. Había sangrado mucho, en el suelo había un gran charco de sangre que se había filtrado en la madera sin tratar de la embarcación.

Después de echar un primer vistazo al lugar de los hechos, Rose salió unos minutos fuera. Dupin supuso que a hacer algunas llamadas. Al volver, se dirigió hacia el médico forense, un hombre mayor, enjuto y de facciones delicadas, que parecía muy concentrado en su trabajo. Estaba cerca de la barca, un poco inclinado. Dupin estaba a su lado.

—¿Qué puede decirnos respecto a la hora de la muerte? —preguntó Rose.

—Lleva la misma ropa que ayer —murmuró Dupin—, cuando hablé con él. Debió de ocurrir a última hora de la tarde o por la noche.

Su memoria a veces era patética, pero funcionaba estupendamente cuando se trataba de cosas secundarias, de tonterías (hasta el final de sus días sería capaz de recitar de memoria fórmulas químicas aprendidas en el colegio: desasimilación CO₂, fotosíntesis...).

—Eso coincide con mi primer examen. —El forense no parecía ofendido, y eso sorprendió a Dupin, que solo conocía especímenes de esa ralea con mal humor crónico—. Creo que murió entre las veintidós horas y las dos de la noche.

—¿Ha encontrado algo que indique que no se trata de un suicidio? Tenemos que asegurarnos.

Rose preguntó en tono rutinario. Naturalmente, a Dupin también se le habían pasado muchas ideas por la cabeza durante el trayecto. Había asesinos que intentaban que sus crímenes parecieran suicidios. Pero por lo que sabían hasta entonces, que no era mucho, realmente podía tratarse de una historia trágica. De la insoportable pérdida del ser amado. Aunque también era posible que Daeron estuviera implicado en el caso y el asunto hubiera pasado a mayores. Y por mucho que hubiera ido muy justo de tiempo, no podía excluirse por completo que la otra noche no hubiera vuelto a la casa de los padres de Lilou... y hubiera matado a su amante. Porque la periodista sabía algo que no tenía que saber. Cabían todas las posibilidades.

—De momento, todo apunta a un suicidio. —El forense frunció el ceño—. De no ser así, el asesino habría hecho un trabajo admirable, como mínimo no habría cometido ningún error detectable. El muerto no tiene el arma en la mano, y eso es algo en lo que se equivocan muchos asesinos. La postura —movió las manos como para subrayar lo que explicaba—, el modo en que yace, es plausible. La herida también es característica, un solo disparo con el arma tocando la sien. Lo llamamos «tiro de gracia» y provoca una herida típica. En la piel de la mano se ven claramente restos de pólvora. Incluso se detecta la marca de una parte del cañón de la pistola por encima del orificio de entrada de la bala. Además, hay huellas de sangre y tejidos en

el arma y en la mano del muerto... El cuadro es totalmente coherente.

Retrocedió un paso, con los ojos clavados en el cadáver. Dupin estaba encantado con aquel hombrecillo de voz clara y firme que, algo poco usual entre los de su profesión, se expresaba de manera muy comprensible.

—Mi recomendación es que nos lo llevemos enseguida. En el laboratorio estudiaré las reacciones vitales y entonces sabremos si estaba vivo cuando le alcanzó la bala. Hasta ahora, aparte de la provocada por el disparo, no he visto más heridas ni lesiones.

—De acuerdo, llévenselo —dijo Rose distraída, absorta en sus pensamientos.

—Naturalmente, debo decir que, a pesar de todo, no conseguiremos llegar a una certeza absoluta. También es posible que lo hayan escenificado a la perfección. Afortunadamente, eso forma parte de su trabajo y no del mío. —Las facciones del forense se relajaron por primera vez.

El jefe de la unidad de la policía científica, formada por tres agentes, un hombre alto, calvo y que parecía inteligente (a Dupin le sorprendió que él también fuera simpático), se les acercó.

—No hemos encontrado ninguna huella en la barca que no sea de Maxime Daeron. Tampoco en el taller. Solo en la puerta, en el pomo. Ya las hemos comprobado. Son de la empleada que encontró el cadáver.

—Ya la han interrogado. Tiene una coartada firme y no sabía nada —añadió Rose.

—¿Y el arma? —A Dupin le interesaba especialmente ese tema.

—Una P 239 Scorpion, uno de los últimos modelos Sig Sauer de nueve milímetros, ocho balas por cargador, munición Ruag. Con un silenciador corto y compacto. Hay que comprobar si es la misma de hace dos noches, ese calibre y esa munición son muy habituales, no significa nada. Y el arma es muy nueva... Está de moda.

La coletilla estaba cargada de sarcasmo profesional.

Dupin lo había examinado todo mientras la comisaria estaba fuera. Había recorrido lentamente el espacio para inspeccionarlo. «Observar con detalle» era uno de sus pocos credos (si se lo preguntaban y lo pensaba bien, tenía unos cuantos más... Lo constató sorprendido, él, que siempre negaba que tuviera un método). No vio nada que le llamara la atención.

Allí no había nada más que ver ni que hacer. Y los resultados definitivos de los análisis se harían esperar.

—Me largo.

Lo dijo tímidamente. Rose no lo oyó o solo le entró por una oreja, porque volvía a tener el teléfono en la otra. Durante los últimos días, Dupin se había dado cuenta de que esa situación inusual, la de ser un ayudante en la investigación, también tenía sus ventajas: Rose estaba «en su terreno» y hasta el cuello de trabajo resolviendo las inevitables formalidades.

Se dirigió hacia la puerta y salió al jardín, donde vio el banco, las sillas y la mesa a la que se había sentado con Daeron el día anterior. Se detuvo. Aún no sabía de qué iba la historia, pero era terriblemente trágica.

De repente, como si hubieran salido de la nada, se topó con la inspectora Chadron y Rose.

—Necesitamos la lista de llamadas del fijo y del móvil. Actividad en internet, correos electrónicos —Rose hablaba de corrido, en tono profesional—. Registren bien la casa, Chadron, pónganla patas arriba si hace falta. Necesitaremos ayuda de Auray y de Vannes. También hay que registrar la casa de La Roche-Bernard. Y su pequeña empresa. Si no me equivoco, la oficina está en La Roche-Bernard. Busquen si ha dejado una nota. Una carta de despedida, algo. Quiero que interroguen a los vecinos de la isla. Pregunten si anoche les llamó la atención alguna cosa, si vieron algo anormal. Interroguen a todas las personas que entran y salen de esta casa. Al jardinero, al personal de la limpieza de la piscina. Averigüen quiénes eran sus amigos y hablen con ellos. Tenemos que reconstruir el último día de Maxime Daeron. Los últimos días. Con quién habló y cuándo. —Se volvió hacia Dupin—. Le he dado la noticia a la mujer de Maxime Daeron. Tenemos que hablar con ella cuanto antes. La empleada que ha descubierto el cadáver ha llamado enseguida a Paul Daeron. Viene de camino.

Dupin iba a decir algo, pero Rose fue más rápida.

—El inspector Le Ber interrogará a los sospechosos de la Tierra Blanca para saber dónde estuvieron anoche.

—El inspector Labat me ha pedido que le diga —Chadron informaba en el tono neutral de costumbre— que el químico ha dado luz verde para inspeccionar la balsa, pero solo con traje de protección. No puede descartar que esté contaminada, sobre todo por sustancias orgánicas.

—¿Su inspector va a inspeccionar la balsa?

Dupin se había olvidado de comentarlo. En la travesía desde Port-Blanc y en el camino a pie hasta la casa habían hablado de unas cuantas cosas (sobre todo de las conversaciones que habían tenido «por separado» con Jaffrezic, del que Rose no acababa de fiarse), pero no de eso.

—Yo...

—Aquí están ocurriendo cosas muy graves. Todos tenemos que hacer y ordenar que se haga todo lo que nos parezca importante. Todo. Y todos.

Dupin no sabía si hablaba en serio o con fina ironía.

—Su inspector puede examinar la balsa. Tenemos trajes de protección. Chadron, comuníquesele.

Sin esperar la respuesta de Dupin, Chadron se apartó un poco y sacó el móvil.

—Déjenme pasar, soy su hermano. Esta es mi casa. Quiero verlo.

Paul Daeron venía por el jardín, rodeando la casa por la derecha. Un policía intentaba impedirselo.

—Está bien. —Rose se hizo cargo y luego se dirigió a Paul Daeron—: Venga conmigo. El forense y la científica todavía están trabajando.

—Gracias —dijo Daeron en voz baja y sin energía, con un horror mudo escrito en la cara.

Rose se dirigió a la puerta del taller. El hombre la siguió.

Paul Daeron se quedó unos momentos inmóvil y en silencio junto al cuerpo de su hermano. Con el cadáver casi a la altura de los ojos. Apretando los labios. De vez en cuando se tapaba los ojos con la mano derecha, apoyando el dedo índice en la frente, y había momentos en que los cerraba con fuerza. Luego dio media vuelta y salió del taller con paso inseguro. Rose y Dupin lo observaban discretamente. Parecía muy afectado. Pero ellos no tenían ni idea de quién podía estar fingiendo en aquel drama.

—Seguro que querrán hacerme algunas preguntas —dijo Paul Daeron después de que los comisarios salieran detrás de él. Sin esperar su respuesta, se dirigió a los asientos de la terraza—. Es horrible.

Sus últimas palabras sonaron lúgubres. Llenas de rabia y de una desesperación profunda, de perplejidad. Las dijo para sí mismo.

—La muerte de Lilou Breval alteró mucho a mi hermano. Ayer hablamos unas cuantas veces por teléfono. Yo estaba al tanto de la relación —hablaba lentamente, en voz baja, monótona—, no puedo decirles hasta qué punto le importaba ni si sus sentimientos eran profundos. Pero el asesinato... la muerte de la periodista le afectó muchísimo. A mi hermano no se le daban bien las relaciones. Nunca. Ni siquiera en su matrimonio.

A Dupin le chocó que Paul Daeron les contara de repente tantas cosas. El día anterior le había parecido un hombre de pocas palabras. Sin embargo, las personas suelen comportarse de forma distinta en situaciones extremas. Daeron se sentó a la gran mesa de madera. Dupin y Rose se sentaron enfrente. Estaban rodeados de mimosas, y a mano derecha había un gran cactus torcido, que el comisario ya había observado con malos ojos el día anterior; siempre les había tenido manía a los cactus, fueran del tipo que fuesen.

—¿Cree que la pérdida de Lilou es el motivo del suicidio de su hermano? —preguntó Dupin con delicadeza.

La respuesta llegó sin vacilaciones.

—No lo sé. Quizá. Lo he estado pensando mientras venía en coche. Nunca habría imaginado que mi hermano fuera capaz de suicidarse. ¿Qué opinan ustedes? ¿Qué creen? Mi hermano... ¿estaba metido en algo?

—¿En qué cree que podría estar metido?

Dupin seguía hablando con cordialidad.

Daeron lo miró confuso.

—No lo sé.

—Todavía no podemos afirmar nada, señor Daeron —Rose lo recalcó claramente —, pero lo averiguaremos. Cueste lo que cueste, tardemos lo que tardemos, vamos a averiguarlo.

—¿Sabe si su hermano había tenido más... relaciones extramatrimoniales?

Dupin reconoció que la pregunta sonaba un tanto extraña en aquella situación.

—Le prometí que le guardaría el secreto —los miró con ojos tristes—, pero... — se interrumpió, inclinó la cabeza y luego siguió hablando en voz más baja— hubo una o dos mujeres más en los últimos años. Antes, ninguna. No era un mujeriego, no saltaba de aventura en aventura. —Levantó la cabeza y los miró—. Ségolène Laurent. Estuvo con ella antes que con Lilou Breval, creo que poco tiempo. No lo sabe nadie. También...

Los dos comisarios se quedaron un momento perplejos. Luego, los dos le cortaron la palabra al mismo tiempo.

—¿La señora Laurent?

—Sí, pero ya se lo he dicho: no duró mucho.

—¿Hasta cuándo?

Dupin fue más rápido esta vez.

—No sabría decirles. Supongo que hasta poco antes de que empezara a salir con Lilou Breval. Hará poco más de un año.

—¿Por qué rompieron?

—No lo sé, señor comisario. Mi hermano... se volcaba en las cosas, se entusiasmaba, se obsesionaba, no eran caprichos. Siempre iba en serio. Pero luego, de un modo u otro, todo acababa en nada. Incluso en el amor. En todo. Nunca entendí por qué. —Su voz perdió toda su energía—. Siempre lo intentó con toda su alma, lo persiguió con toda su alma. Quería encontrar su sitio en el mundo.

—¿Sabe de algún conflicto con la señora Laurent? —intervino Rose.

—No. Pero es posible que tuviera alguno.

—¿Qué más sabe de la historia con Lilou Breval?

—Solo que mantenían una relación.

—¿No le explicó nada? ¿Ningún detalle?

—No.

—¿Con quién más tuvo aventuras?

—Con una artista, pero de eso hace tres años. En La Roche-Bernard. Una pintora. No sé de ninguna más.

Dupin sacó la libreta de notas.

—¿Seguía en contacto con esa pintora?

—Creo que no. Pero no lo sé.

La noticia era espectacular. La señora Laurent, la poderosa y expeditiva directora del gran grupo empresarial, y Maxime Daeron, el salinero independiente.

—¿Y su cuñada? Su hermano le dijo ayer al comisario Dupin que ella no estaba al tanto de su historia con Lilou Breval... ¿Y de las otras?

—No sé cuánto sabía realmente. No estoy seguro. Es una mujer inteligente. Y desde que tiene ese trabajo fantástico sale mucho de viaje. Maxime quería a Annie, creo que siempre la ha querido. Yo... no lo sé.

—Su hermano parecía tener una vida muy complicada —volvió a intervenir Dupin—. También en el matrimonio.

—Annie pasa quince días al mes fuera de casa. Querían tener hijos..., pero no pudo ser. Y ella se concentró en su trabajo. En el sector turístico. Es una mujer fantástica.

Paul Daeron hablaba mecánicamente.

—¿Hubo peleas entre Lilou y su hermano? Me refiero a antes de que terminara la relación.

—No sabría decirle.

—¿Está al tanto de posibles disputas, desavenencias o conflictos en los que estuviera metido su hermano? ¿En la vida privada o profesional, en las salinas?

—Eso tampoco lo sé.

—¿Alguien que quisiera hacerle daño? ¿Ha pensado en lo que ocurrió en la salina de su hermano? ¿En si fue un sabotaje y en quién podría estar detrás? Como ve, es un asunto muy serio.

Paul Daeron lo miró sin disimular su desconcierto.

—¿Insinúa que quizá no ha sido un suicidio? —En su cara se reflejaba una profunda inquietud.

—No insinuamos nada. Pero la investigación no ha hecho más que empezar.

—Mi hermano huía de los conflictos... No creo que... estuviera implicado en nada ilegal.

Paul Daeron lo dijo en un tono que costaba interpretar.

—No estoy al corriente de cómo le iba el negocio. No hablaba mucho del tema, no le gustaba. —En su mirada se apreció una sombra insondable—. Y yo lo entendía. Yo quería que pudiera hacer las cosas como le gustaba, le di el dinero que necesitaba. Y nada más. Empezó solo, casi sin capital, con un crédito, pero eso no daba para nada y estuvo a punto de abandonar. Entonces le ayudé. El negocio de la sal es muy duro. Pero a él le encantaba. Tenía grandes ideas, buenas ideas, esas cosas sé juzgarlas, siempre tenía buenas ideas —Daeron titubeó un momento, como si quisiera añadir algo, pero no lo hizo.

—¿Estaba perdiendo el interés por la sal?

Rose pronunció la frase como si fuera la conclusión a la que había llegado Daeron. Este arqueó las cejas, sorprendido.

—Yo... creo que no. No.

—Señor Daeron, ¿conoce la gran balsa ciega que linda con la salina de su hermano? ¿Recuerda si su hermano se la mencionó alguna vez?

Dupin habló en tono apremiante. Esta vez, el desconcierto de Paul Daeron parecía sincero.

—No, no sé nada de esa balsa ciega. Yo no tengo nada que ver con la sal, solo cuando se trata de cuestiones formales. Como copropietario.

—¿Cuándo habló por última vez con su hermano? —intervino de nuevo Rose.

—Ayer por la tarde, hacia las siete y media. De camino entre Vannes y el sitio donde tengo la barca. En la desembocadura del Vilaine, a un cuarto de hora de La Roche-Bernard. Un sitio tranquilo. Le dije que viniera. Pero no quiso. Estaba aquí, en la isla. Quería... —su voz perdió de nuevo fuerza— quería estar solo. Eso dijo.

—¿Le comentó algo que lo dejara preocupado?

—Parecía muy afectado, ya se lo he dicho. Pero... no pensé que pudiera... —No acabó la frase.

—¿Y qué hizo usted en la barca?

—Había quedado con un proveedor. Teníamos que tratar unos asuntos. Pero le surgió un imprevisto. En el último momento. Me llamó a las ocho. A esa hora, yo ya estaba en la barca.

—¿Y después?

—Me bebí una copa de vino en la barca. Me quedé una media hora, y luego me fui a casa.

—¿Quién es ese proveedor? —Rose se echó atrás en la silla y cruzó las piernas.

—Thierry Du, un agricultor. Le compramos hierbas.

—¿A qué hora llegó a casa?

A Daeron no parecía importarle el meticuloso interrogatorio de Rose. Quizá simplemente estaba demasiado agotado.

—A las nueve y veinte. Cené un poco con mi mujer y mi hija.

—¿Puede confirmarlo su familia?

—Por supuesto.

—Perdonen que les interrumpa.

La inspectora Chadron apareció detrás del cactus, que la tapaba a medias.

—Acaba de llegar Annie Daeron, la mujer de Maxime Daeron. Quiere hablar con usted, comisaria.

—Ahora voy... Gracias, señor Daeron. Ha sido un golpe muy duro para usted, lo sabemos.

Se levantó mientras hablaba. Dupin también.

—Sí, es muy duro.

Paul Daeron se quedó sentado. Sus palabras flotaron débilmente en el aire, apenas se oyeron.

Entraron en la casa. En una sala de estar espaciosa, pero sin ostentaciones. Al principio, la conversación fue muy difícil. Dupin temió unas cuantas veces que Annie Daeron se derrumbara. Estaba deshecha. Temblaba muchísimo, respiraba entrecortadamente y no paraba de llorar. Dupin se preguntó cómo había conseguido

llegar sola en coche desde La Roche-Bernard.

Era una mujer atractiva, vestida con pantalones de tela oscuros y camisa de color beige claro. Pelo negro y largo hasta la barbilla. Hizo unas cuantas preguntas, sollozando desesperada, pero los comisarios no tenían mucho que explicar.

—Intentamos hacernos una idea de la situación, señora Daeron... Nos gustaría hacerle unas preguntas, es muy importante... Pero no es el momento adecuado. Será mejor que hablemos más tarde.

Las palabras de Rose estaban cargadas de compasión, pero también sonaron a instrucción policial.

—Yo... Puedo contestar ahora.

Hizo acopio de todas sus fuerzas para controlarse, pero la voz le seguía temblando.

—¿Tan infeliz era? —dijo, sollozando de nuevo.

—Señora Daeron, no piense eso. Si ha sido un suicidio, usted no tiene la culpa. ¡En absoluto! —replicó Rose enérgicamente.

—Nos habíamos distanciado. Lo sé.

—No se atormente. Tenemos que concentrarnos en averiguar lo que ha ocurrido. ¿Cuándo vio a su marido por última vez?

—Anteayer por la tarde.

—¿Ayer no lo vio?

—No. Ayer me fui muy temprano de casa, a las seis. Seguramente, él aún dormía. Tiene su propio dormitorio... Y volví a la una de la noche. No sé si él estaba en casa.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Tiene una habitación para él solo desde hace años. Al principio solo la usaba cuando trabajaba hasta muy tarde y volvía a casa cuando yo ya dormía. Para no molestarme. Yo creía... —Le temblaba la voz.

—Usted sabía que tenía una aventura con Lilou Breval.

Dupin lo dijo con mucho respeto. Annie Daeron no pareció inmutarse, miraba sin ver por la ventana, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Sí.

—¿Se lo dijo él?

—No directamente. Pero me habló de ella. Yo lo sabía. Y él sabía que yo lo sabía.

—¿También sabía usted que fue a verla el miércoles por la noche?

—Me lo figuré.

—¿Qué impresión le dio esa noche antes de irse? ¿Durante la cena?

Annie Daeron miró a Dupin por primera vez a los ojos.

—Nunca fue fácil descubrir lo que sentía. Era muy reservado... Yo... —Le falló la voz—. Él me... Ayer no le dije la verdad a la inspectora. Yo... —Intentó reponerse—. Maxime me pidió que dijera que habíamos cenado juntos. Pero no es verdad. Antes de ir a verla, no estaba en casa. Él...

—¿Cómo? —la interrumpió Rose ásperamente.

—Lo siento. Yo... Él me lo pidió. No quería... —No terminó la frase.

—Usted...

Se notaba que Rose pensaba febrilmente. Dupin también tenía que ordenar sus ideas después de lo que acababa de oír. Esta vez, él fue más rápido.

—¿Cuándo le pidió que dijera que habían cenado juntos?

—De noche, después de que llamara la policía. Vino a verme y me dijo que había habido un tiroteo en una de sus salinas... y que él no tenía nada que ver, por supuesto, pero tampoco tenía coartada. No le pregunté nada, me pidió que lo hiciera por él. —Miró primero a Rose y después a Dupin—. Sé que era mentira. Creí que si lo apoyaba...

—¿Dónde pensó que había estado?

—Yo sabía dónde había estado. Estoy segura de que con la periodista. Toda la tarde.

—No fue así.

Annie Daeron puso cara de alarmada.

—¿Cuánto rato se quedó su marido?

Dio la impresión de que la señora Daeron no entendía la pregunta que acababa de hacerle Dupin.

—Cuando fue a verla, a su habitación, ¿cuánto rato se quedó con usted?

—Muy poco. Tres minutos. Tal vez cinco. Dijo que necesitaba tomar el aire. Y se fue.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué le dio una coartada?

Rose lo preguntó enfadada.

No daba la impresión de que Annie Daeron pudiera contestar a esa pregunta. Dupin insistió en el tema.

—Por lo tanto, esa noche no tuvo noticias de su marido antes de las doce y media.

El inesperado vuelco que había dado la historia podía significar muchas cosas. Tenían que replantearse el caso.

—No.

—Su marido fue a ver a Lilou Breval poco antes de las veintitrés horas. Es lo que declaró su marido y sabemos que es cierto por el testimonio de una vecina. Lilou Breval había llegado poco antes.

—Quizá se quedó trabajando en las salinas hasta tarde.

—Según su declaración, se fue de las salinas a las diecinueve horas.

—Entonces ¿dónde estuvo?

No dio la impresión de que actuara, Annie Daeron parecía plantearse realmente por primera vez esa pregunta.

—Estamos comprobando si el arma que hemos encontrado junto a su marido es la misma con la que el miércoles dispararon al comisario Dupin en las salinas... Su marido dijo que no tenía armas, ¿es cierto?

—Sí, sí, eso es cierto. No tenía armas, claro que no... Eso es terrible.

A Annie Daeron se la veía indefensa. Labat había comprobado que Maxime Daeron no tenía ningún arma registrada oficialmente a su nombre, pero a veces la gente conseguía armas por otras vías.

—Entonces ¿nadie sabe qué hizo su marido el miércoles, entre las veinte y las veintiuna horas, antes de ir al golfo?

La mirada casi suplicante de Annie Daeron dejaba claro que no podía contestar a esa pregunta.

Según la nueva información, cabía la posibilidad de que Maxime Daeron hubiera estado en las salinas. Y por lo tanto, quizá fue el agresor. O uno de los agresores. Y eso encajaría en cierto modo con el suicidio... El asunto había pasado a mayores. Se le había ido de las manos. Fuera lo que fuese. Aunque Dupin se resistía a creerlo. Aún sabían muy poco. El análisis de balística pronto aclararía si la munición procedía de la misma arma.

—Tenemos que preguntarle qué hizo usted el miércoles por la tarde a esa hora. Espero que lo comprenda. Y también dónde estuvo anoche.

Rose lo dijo con dulzura. La pregunta no pareció preocupar a Annie Daeron, estaba demasiado conmocionada para entender que acababa de entrar en la lista de principales sospechosos del asesinato de Lilou Breval.

—El miércoles estaba en casa. Hice varias llamadas. A mi mejor amiga, Françoise Badouri. Hablamos una hora. Seguro. De ocho a nueve, quizá. Y un momento con mi madre. Y con una compañera del trabajo. Y otra vez con mi amiga. Mucho rato. Puedo darles sus nombres.

—¿Desde el fijo?

—Sí. Y yo hice las llamadas.

Sería fácil comprobarlo.

—¿Cuándo acabó la última conversación?

—A las once y cuarto, quizá un poco más tarde.

Si eso era cierto, no podía haber sido ella.

—¿Y ayer?

—Fui a un acto que se celebraba en Audierne. Duró hasta las once de la noche. Luego volví a casa. Llegué hacia la una.

Por algún motivo indeterminado, Dupin no la había incluido en ningún momento en su lista de sospechosos, ni siquiera el día anterior. Aunque, evidentemente, una mujer herida y celosa podía ser la asesina.

—¿Su marido no le dijo esa noche qué creía él que podía haber pasado en la salina?

—No.

Annie Daeron no podía más y se le notaba.

—Lo llamé ayer por la mañana. Para preguntarle si sabía algo, pero no contestó. Tampoco lo localicé por la tarde... Y de noche... —No terminó la frase.

—¿Ha oído hablar de unos bidones azules?

—No. La policía ya me lo preguntó ayer.

—La situación ha... cambiado radicalmente. —Dupin intentó ser prudente con sus palabras—. ¿Su marido estaba metido en algo? ¿Pasaba algo en las salinas? ¿Sabe algo al respecto?

—No. Nada.

Dupin estaba tan seguro de que ella no era la asesina como de que lo que acababa de decirles no era verdad. Insistió, tenían que llegar al meollo de la historia.

—¿No le contó nada que a usted le sonara extraño? ¿No le notó nada raro, por insignificante que le parezca?

—No.

—Gracias, señora Daeron. Nos ha sido de gran ayuda. —Por lo visto, Rose no creía que pudiera decirles nada más que les resultara útil—. Ahora tiene que calmarse. Debería pedirle al médico que le recete tranquilizantes.

—Me gustaría... ver a mi marido. Estoy preparada...

—Por supuesto. La acompaño. Y luego la llevará a casa un policía. Si quiere. Y otro le llevará el coche.

—Yo... —Annie Daeron se derrumbó—. Sí, gracias.

Se levantó. Dupin tuvo miedo de que volviera a derrumbarse.

—Su marido —la comisaria Rose hablaba en un tono casi íntimo— había roto con Lilou Breval. Hace dos semanas.

Annie Daeron la miró. Al principio fue imposible saber qué pensaba, pero luego el agradecimiento se reflejó en su cara. No dijo nada.

Rose se puso en marcha y ella la siguió. Con pasos vacilantes. Dupin dejó pasar unos segundos antes de levantarse.

Tenía que reflexionar. Necesitaba estar solo. Moverse, andar un poco. Las últimas revelaciones eran decisivas en el desarrollo de aquel caso confuso, grave y oscuro. Y tenía que llamar por teléfono. Mientras hablaban con la señora Daeron, había recibido cinco llamadas. Una de Nolwenn, otra de un número desconocido y tres de Le Ber, que tendría algo importante que decirle.

Dupin se quedó atrás discretamente. Rose y Annie Daeron estaban a unos metros de distancia, se dirigían al garaje. Después de dudar un instante, se marchó hacia la izquierda, hacia el jardín. La inspectora Chadron apareció otra vez como salida de la nada delante de él.

—¿Dónde le digo que va a la comisaria Rose?

Lo preguntó amablemente, pero en tono inquisitorial.

—Yo... —balbuceó Dupin, pero enseguida se repuso—. La comisaria Rose ha dicho que era importante que todos hiciéramos lo necesario, sin demoras, lo que sea con tal de solucionar el caso lo antes posible.

Chadron lo miró con desconfianza. Dupin no se dejó impresionar y pasó de largo.

—Tengo que...

—Puede llamarme al móvil.

No esperó la respuesta y se dirigió a la salida de la finca.

Al llegar a la calle, notó que se le despejaba la mente. Sabía dónde podría pensar con calma. Y, total, tenía que ir al muelle de todos modos.

—Aquí tiene.

La chica con cola de caballo le sirvió el café con la misma cordialidad y rapidez que el día anterior. Al llegar, lo saludó como si fuera un cliente habitual. Dupin apreciaba esos detalles.

Se sentó a la misma mesa que el día anterior, y no por casualidad. Dupin era un hombre de rituales, por mucho que algunos se lo tomaran a recochineo. También Claire. Ese día, en Le San Francisco también se estaba de maravilla, un rincón de felicidad en el mundo, sin duda. Lo añadiría a su lista secreta de «lugares preferidos», una lista muy personal y muy importante. A Claire le gustaría, seguro. A pesar de los acontecimientos vertiginosos de la mañana, no dejaba de pensar en ella. Había ido a verlo, el día de su cumpleaños, cuando tendría que haber sido al revés. Seguía pareciéndole magnífico.

Sacó el móvil del bolsillo con la mano izquierda, mientras con la derecha se tomaba el café a sorbos. Todavía estaba muy caliente. Marcó el número de Le Ber.

—¿Qué hay, Le Ber?

—Maxime Daeron intentó vender sus salinas a Le Sel. —Parecía excitado—. Hace tres meses.

—¿Qué ha dicho?

—Aún hay más, jefe. Fueron al notario y firmaron un precontrato, él y la señora Laurent. Unos días después, Maxime Daeron anuló el contrato —Le Ber hizo una pausa elocuente—. Le Sel puso el caso en manos de un abogado para demandarlo por incumplimiento. Pero al final no presentaron la demanda. De eso hace tres meses.

El misterio iba en aumento.

—¿Y eso qué significa, maldita sea?

—Lo averiguaremos, jefe.

El optimismo de Le Ber era inquebrantable.

—Le Ber, me gustaría saber cómo le iban los negocios a Maxime Daeron. Con pelos y señales. Hay que investigarlo detalladamente.

—Eso está hecho... Y usted ¿qué cree? ¿Ha sido un suicidio?

El inspector lo preguntó con aire pensativo.

—Todo parece indicar que sí, Le Ber.

—Entonces hay que ser escéptico.

—¿Ah, sí?

—En las novelas policíacas, cuando todo indica que ha sido un suicidio, se supone que los lectores tienen que creer que no lo ha sido... porque lo contrario sería muy evidente... Pero luego resulta que sí ha sido un suicidio, precisamente por eso, porque sería muy fácil que no lo fuera. Y si la novela es buena, cuando el lector llega a esa conclusión...

—Entiendo, Le Ber. Pero esto no es una novela.

Colgó. La afición de Le Ber por el género policíaco no era nueva, pero últimamente era exagerada, al menos en opinión del comisario.

¿Giraba el caso en torno a negocios, adquisiciones, grandes planes, malas situaciones económicas? O quizá eso solo era una parte. Quizá todo estaba relacionado y ellos no lo veían.

El teléfono sonó cuando Dupin todavía lo tenía cerca de la oreja. Miró el número. La comisaria Rose.

—¿Sí?

—¿Dónde está?

—Yo... Investigando.

Al parecer, no sabía realmente dónde estaba. Y eso que, al sentarse, por un momento pensó que Chadron tal vez lo seguía, cumpliendo órdenes, por supuesto.

—El inspector Labat ha examinado la balsa. Habían instalado dentro una especie de jaula submarina de madera, plana, enorme, tapada con una red, como si quisieran tener peces dentro. Pero estaba vacía. No había nada dentro, solo restos de algas. Algas verdes. Ni una sola pista de quién puede haberla instalado.

Un misterio. Una jaula submarina. Dupin ya había visto algas verdes en otra gran balsa, el mar las habría arrastrado hasta allí.

—Y todavía más importante: el químico ha determinado una fuerte concentración de bacterias en el agua. Todavía no sabe de qué bacterias se trata. Dice que parecen «descomponedores»... La concentración es significativa y es imposible que se deba a procesos naturales. En esa balsa hay algo.

La última frase parecía de una película de terror, sobre todo porque contrastaba con el carácter racional de Rose y la tranquilidad con que la pronunció.

—Han vertido algo en la balsa.

Dupin hablaba consigo mismo. Era una noticia impactante.

Y él tenía razón. Había hecho bien insistiendo en investigar la balsa. Y los bidones.

—También vamos a analizar la balsa en la que encontramos los cuatro bidones, por si contiene bacterias. Hemos cerrado las salinas contiguas... Voy a informar a la señora Cordier.

Sí, claro, aunque Dupin no lo había pensado. Había que informar a la especialista en química alimentaria. Por mucho que él no estuviera de acuerdo, igual que no estaba de acuerdo en compartir ningún tipo de información mientras investigaba. Una manía personal que presentaba como método de trabajo cuando que se la discutían, que solía ser a menudo.

—De acuerdo. ¿Algo más?

Rose no contestó. Quizá la respuesta de Dupin había sido un poco brusca. El comisario se esforzó por crear una buena atmósfera de trabajo con la frase siguiente.

—Yo también tengo algo que contarle: Maxime Daeron intentó vender las salinas

a Le Sel...

—Estoy al corriente. Su inspector no conseguía hablar con usted y ha acabado llamando a la inspectora Chadron.

—Yo...

—Aún me quedan cosas que resolver aquí. Supongo que estamos de acuerdo en que tenemos que hacerle una visita a la señora Laurent. Ha ido a Lorient por negocios. Ya la hemos avisado —lo dijo secamente— de que lo deje todo de inmediato. Le haremos una visita en su casa. En la isla de Arz. Está...

—Sé dónde está.

—¿Dónde nos encontramos?

Dupin pensó.

—En el transbordador.

—De acuerdo. En el transbordador.

Rose iba a colgar. Dupin se dio prisa en preguntar.

—Espere un momento. —Hacía rato que quería hacer la pregunta—. ¿Qué son las bacterias «descomponedoras»?

—Microorganismos que destruyen cosas... Descomponen la materia orgánica por completo o casi por completo. Son bacterias específicas que destruyen sustancias específicas.

—Entendido.

—Al menos es lo que me ha explicado el químico. Nos vemos en el transbordador, hasta luego.

Dupin se estiró y contempló el cielo. Por fin tenían una verdadera pista y podían seguirla. Una concentración de bacterias llamativamente alta, patente y de origen no natural. «Descomponedoras», si se confirmaba. Microorganismos que destrozaban cosas determinadas. Pero ¿qué? Era un misterio. También la extraña estructura de madera. ¿Para qué servía?

Dupin le hizo una señal a la camarera, que se acercó enseguida. Las palabras de Rose («Aún me quedan cosas que resolver aquí») significaban que tenía tiempo para tomarse otro café. Y quizá una terrina de cordero. La del día anterior era excelente y solo había podido probar un par de tristes bocados.

—Otro café. Y una terrina de cordero con higos de la isla.

—¿Quiere probarla otra vez?

Lo preguntó con cariño, como si le hiciera ilusión. Dupin apenas la oyó. Volvía a estar absorto en sus pensamientos. Las preguntas se habían multiplicado a raíz del nuevo rumbo que había tomado el caso a consecuencia de las novedades de la mañana. ¿Qué significaba que Maxime Daeron hubiera querido vender las salinas... y que no lo hubiera mencionado? ¿Por qué no les había dicho la verdad sobre dónde estaba el miércoles por la noche y por qué le había pedido a su mujer que confirmara su coartada? ¿Y qué significaba la posibilidad de que hubiera participado en la acción que tuvo lugar en la salina? ¿Y su aventura con Ségolène Laurent? Y sobre todo: ¿qué

significaba su muerte?

Dupin dejó vagar la mirada. La terraza estaba bastante más llena que el día anterior; eran las doce y media. Mientras investigaba un caso, siempre perdía por completo la noción del tiempo y luego se sorprendía al ver la hora que era. La gente empezaba a ir a comer.

El teléfono lo arrancó de sus pensamientos. Lo cogió de mal humor y miró el número.

Nolwenn. Contestó más contento; de todos modos, pensaba llamarla.

—¿En plena acción, señor comisario?

—Yo..., sí.

—Estoy al corriente de las novedades. También me he enterado de lo de la balsa y los misteriosos microorganismos. Le Ber me informa con regularidad. Y yo mantengo informado al prefecto. —Ese era el tema—. Este caso es especial para él. Por eso creo que debería usted llamarlo. Una vez al menos, del resto me ocupo yo.

El buen humor de Dupin se ensombreció al instante.

La camarera llegó con una bandeja y le puso encima de la mesa lo que había pedido. Dupin se había olvidado del prefecto, como si no existiera. Como si nunca hubiera existido. Increíble. En muchas cosas, ese caso no era como los demás.

—Lo haré, Nolwenn, lo haré.

—El prefecto Edouard Trottet recibe la información puntualmente. Por lo visto, la comisaria Rose lo controla todo. Y creo que el prefecto Guennegues no quiere ser menos. Me ha pedido que le diga que no se deje intimidar por su comisaria, que es muy ambiciosa.

Dupin no se dejaba intimidar.

—Es muy buena... El caso es complicado, Nolwenn. Y duro. La comisaria investiga de manera excelente.

A él mismo le sorprendió el impulso que había tenido de defender a Rose. De repente se sentía particularmente solidario.

—Voy a ir otra vez a casa de Lilou.

Dupin no supo por qué se decidía precisamente ahora. La idea ya se le había pasado unas cuantas veces por la cabeza.

—Usted siempre sabe lo que hay que hacer... Encontrará el «punto mágico», comisario. Ya verá.

Dupin no entendió a qué se refería, pero eran palabras de ánimo.

—Este fin de semana estuvimos en Huelgoat, con mi marido. ¿Sabe dónde está?

Dupin no había ido nunca a Huelgoat, pero sabía que estaba en el interior.

—Fuimos a ver a mi tía Ewen, una mujer muy mayor. Noventa y ocho años. Pero parece que tenga sesenta. Sigue recolectando manzanas y las destila ella misma.

Dupin no había oído hablar nunca de la tía Ewen. Pero sabía muchas cosas de otros parientes: la madre de Nolwenn tenía ocho hermanos, el padre, tres, y Nolwenn, cinco. Formaban un verdadero clan.

—Mi marido tenía que hacer una cosa en el pueblo de al lado. Es un poco, digamos, complicado. Mi marido...

—¿Y había un «punto mágico»?

—Desde tiempos inmemoriales, en el monte mágico de rocas de Huelgoat, en el «caos de Huelgoat», hay un monolito de 130 toneladas, la famosa «piedra trémula». Se puede mover con solo tocarla con un dedo... si se encuentra el punto adecuado. El «punto mágico».

Dupin entendió la metáfora. Una bonita imagen. Pero él tenía otras cosas en la cabeza.

—Quería darle las gracias... por lo de anoche, Nolwenn. Fue fantástico.

—Sí, era importante —replicó, y enseguida recuperó el tono de trabajo habitual—: El inspector Labat me ha enviado una foto de la estructura de madera que hay en la balsa y he investigado un poco. La madera y el tipo de construcción son como los que se utilizan habitualmente en las bateas para criar ostras y moluscos, pero la forma no. Y no he encontrado nada que se le parezca.

Dupin se distrajo un momento. La comisaria Rose acababa de pasar andando por delante de Le San Francisco, iba directa hacia el muelle, donde atracaban y de donde zarpaban los transbordadores. Seguramente había salido justo después de llamarlo. Y, aunque no podía jurarlo, diría que lo había saludado con la mano. Era imposible que lo hubiera visto por casualidad. A cien metros, por encima del puerto, entre árboles y arbustos y los demás clientes. O lo estaba buscando o sabía dónde paraba.

—De acuerdo, Nolwenn, la llamaré más tarde.

Sin pensárselo dos veces, se levantó de inmediato, sacó algo de dinero y lo dejó encima del platillo. Antes de irse, miró con tristeza la terrina. Esta vez, ni siquiera la había tocado.

Era muy raro. Dupin no encontró a Rose en el transbordador, que acababa de atracar cuando él llegó sudando al muelle. No estaba. A bordo solo había un puñado de pasajeros cansados del mediodía, imposible no verla. ¿Acaso no era Rose la mujer que había pasado? ¿Se había confundido? Tampoco había manera de hablar con ella, comunicaba todo el rato y le desviaban las llamadas a Chadron. De ese modo se enteró de que la señora Laurent les «había comunicado» a través de su secretaria que estaría en casa a las quince horas, pero «no antes». Si conducía deprisa, en media hora llegaría a casa de Lilou.

Después de la breve travesía, fue a buscar el coche, se dio otra vez un golpe fuerte en la cabeza (y eso que en los últimos días había desarrollado la técnica para entrar) y arrancó echando pestes. Las últimas noticias que daban sobre Skippy en la emisora Bleu Breizh le levantaron un poco el ánimo. Nadie había visto al canguro ese día, una verdadera decepción. Dicho de otro modo, si se observaban detenidamente las fotografías que habían enviado por correo electrónico a la emisora, hechas con el

móvil mientras circulaban, resultaba que todas eran de otros animales. O de partes de otros animales. Ningún canguro. El presentador describía pacientemente las imágenes a los oyentes: animales y partes de animales, orejas, patas, morro, piel, en el bosque, en la espesura, detrás de árboles, a gran distancia, borrosas, desenfocadas. Si no se equivocaba, tres correspondían a perros grandes, una a un caballo, otra a un zorro. O a un tejón. Era como con los ovnis, qué mala suerte que en ninguna fotografía se vieran nítidamente. Dupin sintió admiración por el presentador, que desechaba tranquilamente las fotos, una a una: «No, lo siento, no ha ganado una caja de cerveza Britt. La próxima vez, quizá».

Él también miraba de vez en cuando a mano derecha y a mano izquierda cuando llegaba a un claro, que le parecía el lugar más adecuado para que un canguro tomara el sol.

Cruzó Sarzeau; pronto llegaría a casa de Lilou, faltaba poco. Por el desvío de la izquierda se iba a Saint-Gildas, la famosa abadía. Había visto el cartel hacía dos noches. Y se había reprimido. Cuando su madre se enteró de su «destierro», le envió sin más comentarios una copia de una carta escrita por un sabio filósofo de la Edad Media, un tal Abelardo, de Notre-Dame, al que también desterraron a la Bretaña, aunque por otros motivos (el monje había seducido a una alumna y se había casado con ella). La historia lo impactó mucho. «Vivo en una tierra de bárbaros, cuya espantosa lengua no conozco; solo trato con salvajes; me veo obligado a pasear por las mal llamadas orillas de un mar agitado... Todos los días me expongo a nuevos peligros». Después de escribir esas palabras, un peligro se hizo real: los demás monjes intentaron envenenarlo (Dupin entendía ahora que quisieran hacerlo, aunque en sus primeros años en la Bretaña pensara lo contrario, entonces comprendía a Abelardo, al menos un poco). El monje huyó en el último momento por un camino secreto. A veces, Dupin no lograba entender que para él todo fuera distinto, su «bretonización» había avanzado mucho; se acercaba su quinto aniversario en la comisaría de Concarneau y Nolwenn no perdía de vista la fecha. Muy a pesar suyo, ella consideraba que había que celebrarlo.

Aparcó el Peugeot 306 en un solitario caminito de arena, justo delante de la casa de Lilou. Del hogar huérfano y triste de una muerta.

A unos cuantos metros había dos policías, inmersos en una animada conversación. Saludaron educadamente, pero también sorprendidos, al comisario, a quien no conocían y que se presentaba sin avisar. Dupin no tenía ninguna duda de que Rose los había instruido y enseguida la informarían de su presencia. Especialmente porque les pidió unos guantes de goma.

No tenía ni idea de por qué todo el tiempo había querido volver. Solo era una sensación. Pero no se desvanecía. Eso formaba parte de su manera de investigar.

Cogió el camino que llevaba al jardín. Entró en la casa por la puerta de la terraza. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. Las casas de los muertos siempre tenían un aire lúgubre. En ese caso, peor que de costumbre. Era la casa de Lilou.

Recordó imágenes de la noche que fue a verla. Cerró un momento los ojos. La apreciaba mucho. No le resultaba fácil estar allí. Pero tenía que encontrar a su asesino.

Se puso los guantes con cuidado y se dirigió a la gran mesa de madera, llena de libros y periódicos extranjeros. Rose y él le habían echado un vistazo rápido hacía dos noches. La policía científica había registrado a fondo la casa el día anterior. Habían encontrado algunos documentos de trabajo de Lilou en los cajones y probablemente también en aquella mesa, pero nada relevante, nada que tuviera que ver con la sal ni con las salinas..., con el único aspecto que importaba entonces.

Dio la vuelta a la mesa lentamente y apartó con cuidado unas pilas de delante. Casi en el centro, había una carpeta tapada por un montón de revistas. Dupin la sacó con destreza. Una carpeta gruesa llena de papeles. Igual que en el piso de arriba, encima del escritorio. «El consumo nacional de alimentos». Una estadística de alimentos. Trescientas tres páginas impresas. Con muchas palabras subrayadas. En medio, una página de periódico doblada. Dupin la desplegó. «¡Las crepes no están en crisis!», firmado por Lilou Breval. Dupin recordaba ese artículo patriótico sobre las crepes, era de hacía un año. Sonrió. Típico de Lilou. Una apasionada defensa de esa especialidad bretona. La inapelable y orgullosa frase estaba escrita con grandes letras en la portada del *Ouest-France*. Las crepes no estaban en crisis, sino todo lo contrario. Naturalmente. Con toda la razón del mundo. El consumo había aumentado un impresionante veintisiete por ciento en Francia. Y en toda Europa, un doce por ciento. Las crepes hacían que el mundo fuera poco a poco más bretón. Y Lilou Breval las convertía en el plato del momento: «Deliciosas, refinadas, con infinitas variedades, de producción local y consumo local, ecológicas, saludables, irresistiblemente económicas, al alcance de todos los bolsillos, sin distinción de clases, igualitarias a carta cabal: una exquisitez para todos». Dupin recordó que Nolwenn se alegró mucho de que en el artículo utilizaran la terminología correcta y no hablaran de *galettes*, porque en el sur del Finisterre, a las «galettes» del norte las llamaban «crepes». Dupin revisó las palabras subrayadas: al fin y al cabo, la sal también era un alimento nacional. Pero solo estaban marcadas las estadísticas relativas a las crepes y a sus ingredientes: huevos, harina y miel. Y una cosa que no sabía: según la leyenda, las «crepes» provenían de Guérande. Un rey tenía una hija pequeña que estaba muy triste y perdió las ganas de comer. La criatura se moría de hambre. A un ingenioso cocinero se le ocurrió la idea de crear una comida que pudiera prepararse dándole la vuelta en el aire con una sartén. La princesa disfrutó con el espectáculo, ¡comió y se salvó!

Dupin se estremeció cuando le sonó el móvil.

La comisaria Rose.

Contestó de mala gana.

—¿Sí?

—¿Dónde está?

Rose no se esforzó por entonar la pregunta como si realmente fuese una pregunta. Seguro que la habían informado de dónde estaba el comisario. Ella misma prosiguió:

—El arma que estaba junto al cadáver de Maxime Daeron es la misma con la que le dispararon a usted.

Una frase muy precisa. Con un contenido extraordinario.

—Sin registrar, claro. Una pequeña Sig Sauer Scorpion.

Maxime Daeron, que habló con él tranquilamente sobre el tiroteo a la mañana siguiente, tan solo unas horas después, ¿era probablemente el agresor! Al menos, eso parecía.

—Y otra novedad —prosiguió Rose—. El chico que se encarga del alquiler de piraguas en Port-Blanc ha declarado que un «gracioso» se llevó anoche una de sus piraguas.

—¿Y eso qué significa?

Dupin no entendía a qué venía la explicación.

—Si Maxime Daeron no se suicidó, alguien tuvo que ir a la isla. Y luego volver. A no ser que la historia haya dado un vuelco repentino y el asesino sea alguien que vive en la isla. Ninguno de los sospechosos de la Tierra Blanca cogió ayer el transbordador: he ordenado que les enseñaran fotografías a las dos mujeres que venden los billetes.

—Siga.

—El chico guarda las barcas a última hora de la tarde de cara a la noche. Y eso significa que vacía el agua que se ha acumulado dentro durante el día. Luego las pone boca abajo para que no entre agua si llueve —Rose hizo una pequeña pausa teatral—. Esta mañana, uno de los botes estaba al revés y en un sitio distinto de donde lo dejó anoche. Además, había agua dentro, y eso no debería pasar. Él dice que es imposible que se hubiera olvidado de vaciarlo. Las piraguas están enfrente de la playa que está delante de la casa de Daeron. A unos doscientos metros en línea recta.

—¿Por qué... han hablado con él?

Una pregunta tonta. Pero Dupin no era consciente de que Rose investigaría con tanto ahínco la posibilidad de que Daeron no se hubiera suicidado, cuando todo indicaba que se trataba de un suicidio. Claro que, desde el punto de vista policial, Rose tenía razón. Sobre todo en aquel caso.

La comisaria pasó olímpicamente de la pregunta y zanjó el tema con determinación:

—Seguimos investigando, a ver si encontramos algo. Es posible que fuera un simple gamberro... De momento, no significa nada.

Dupin no estaba muy seguro de hasta qué punto era relevante esa información. Podía ser muy relevante. O solo circunstancial.

—Usted ya se había ido, comisario. Por lo visto, le encanta desaparecer.

Increíble. La que había desaparecido era ella. Después de pasar por delante de él y de saludarlo, no había aparecido por ningún lado en el muelle. Ni siquiera había

podido hablar con ella por teléfono. La intuición le dijo que sería mejor callarse la respuesta.

—Nos vemos en casa de la señora Laurent, Chadron ya se lo ha dicho. Sea puntual. Y también quiero hablar otra vez con la señora Bourgiot... Nos espera más tarde.

Eso eran instrucciones claras.

—¿Por qué con la señora Bourgiot? —Dupin tenía otras prioridades.

Rose hizo caso omiso de la pregunta.

—Tal vez deberíamos pedirle a la especialista en química alimentaria que esté presente en la conversación con la señora Bourgiot. Debemos plantearnos seriamente cómo proceder ahora que hemos descubierto las bacterias. Las medidas que hay que tomar. Si hace falta. Puede que entonces tengamos más resultados.

—De acuerdo —contestó Dupin, convencido a medias.

—Si sale a tiempo, no tendrá que saltarse los límites de velocidad durante todo el trayecto —dijo Rose, hablando de nuevo con mucha cordialidad—. En las últimas cuarenta horas, lo han detectado siete radares.

Aquello era el colmo. Entre otras cosas porque Rose conducía bastante más deprisa que él. Y había sido en plena operación policial. Desde que el año anterior habían doblado el número de radares móviles en la Bretaña, en el marco de una gran «operación de seguridad vial» en toda la región, lo pillaban regularmente (sí, de acuerdo, también cuando no estaba de servicio).

—Yo... —Esta vez pensaba protestar, con vehemencia y determinación—. ¿Oiga? ¿Oiga?

Rose había colgado.

Dupin se quedó un momento inmóvil. Luego movió la cabeza, murmuró dos veces «tranquilo», volvió a mover la cabeza, se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y siguió examinando los papeles de la carpeta. El siguiente era un artículo sobre la gran ampliación del aeropuerto Vinci, en Nantes, sobre las protestas en contra. El movimiento que se oponía se llamaba Operación Astérix y usaba el lema «*Veni, vidi y no vinci*». Lilou lo apoyaba con palabras tajantes: «¡Resistencia!», un mantra bretón. Recordó que en las salinas había visto muchos cartelitos de protesta con la imagen tachada de un avión en pleno aterrizaje.

En un portafolios transparente encontró artículos del *Télégramme* y del *Ouest-France* sobre una manifestación de treinta criadores de cerdos en un supermercado de Quimper. Artículos de otros periodistas. Y dos páginas de notas escritas a mano por Lilou. Apuntes. «Una acción muy importante». Las leyó por encima. Una foto grande de la acción llevada a cabo en el supermercado. Dupin la observó detenidamente. Al principio no estaba seguro, pero luego lo vio muy claro. En la foto salía Paul Daeron. Con un micrófono en la mano. Y aparecían citadas dos declaraciones suyas. Por lo que pudo leer, era el vicepresidente de la ADSEA, la Asociación Departamental de Sindicatos de Explotaciones Agrícolas, vicepresidente de la sección de productos

porcinos de la ADSEA, y primer presidente de la FdPP, la Federación de Productores Porcinos. Dupin sonrió; la afición de los bretones por las asociaciones, organizaciones y federaciones era inmensa. Paul Daeron se pronunciaba a favor de aplicar el riguroso principio de «denominación de origen controlada» a la carne, igual que se hacía con el vino, el champán, etc. Esa información quizá era interesante, pero Dupin no sabía en qué medida. Buscó algún artículo de Lilou sobre el tema. Un escrito en el que se reflejaran sus investigaciones. No encontró nada.

Sacó la libreta de notas y apuntó los titulares y unas cuantas anotaciones al respecto. Repasó mentalmente lo que habían revisado hacía dos noches. Tenían que encontrar la historia de fondo. El tema. Y tenía que estar relacionado de algún modo con las bacterias «descomponedoras». Para eso había que escarbar. Él era un gran defensor de ese método. Aunque muchos lo consideraran anticuado, él no conocía ninguna técnica de investigación más precisa y efectiva. Solo había que observar con detenimiento. Registrarlo todo. En todas partes. Una y otra vez. Aunque de momento no había descubierto nada. Esa era la parte más difícil de escarbar, que no se podía forzar, no admitía órdenes. No se le ocurría nada nuevo con lo que había apuntado en la libreta, con ningún tema, ninguna palabra. Quizá lo tenían delante de las narices y no lo veían. Le había ocurrido muchas veces. En el caso del cuadro de Gauguin, la clave de todo estaba literalmente colgada delante de sus narices, en una sala en la que había entrado decenas de veces.

Volvió a guardar los papeles en la carpeta. Y devolvió la carpeta a su sitio, debajo de la pila. Respetando meticulosamente el sistema de clasificación de Lilou. Un sistema que nunca más tendría sentido para nadie. Se apartó de la mesa. Paseó por la sala. Muy despacio.

El asesino había estado allí la noche del asesinato, esa seguía siendo la hipótesis más probable, por mucho que la policía científica no hubiera encontrado nada. Ni en esa casa ni en casa de los padres de Lilou, excepto las huellas dactilares de Maxime Daeron. Tampoco en el coche. Los documentos de las últimas semanas no aparecían por ningún lado. El asesino había intentado que no se supiera en qué trabajaba la periodista.

Dupin llegó a la escalera. Tardó un momento en decidirse, pero finalmente subió al piso de arriba. Al cuarto de Lilou Breval. Las paredes pintadas de blanco (la otra noche no se había fijado) estaban repletas de fotografías colgadas, de todos los tamaños. A Dupin le parecieron impresionantes, la mayoría en blanco y negro, todas de paisajes, probablemente del mismo fotógrafo. Parecían paisajes de sueños extraños, pero no dejaban mal sabor de boca; al contrario, despertaban las ganas de ir a verlos. Paisajes bretones, sin duda, aunque él no los conocía ni le sonaban. Parecían cuadros. Una afición de Lilou, por lo visto. Al lado de la cama, dos impresionantes pilas de libros. Dupin fue a la habitación contigua, en la que apenas había más muebles que la enorme mesa de trabajo. Se quedó en un extremo. No hacía falta examinar las pilas, ya lo habían hecho a conciencia. Sonrió al ver que debajo de unos

libros asomaba una página sobre los «treinta y seis jabalíes muertos». Un artículo largo sobre las algas verdes.

Volver a recordar de esa manera el trabajo de Lilou fue agradable, impactante, y a la vez muy triste. Una periodista que siempre daba la cara, una apasionada luchadora. Con convicciones inalterables. Y fuertes aversiones.

Dupin dio media vuelta, salió de la habitación y bajó la escalera. No había encontrado nada. Pero se alegraba de haber vuelto.

Al cabo de un minuto salía de la casa por donde había entrado, por la puerta de la terraza, y se dirigió al jardín. La visita también había sido una especie de despedida.

Se detuvo un momento en el jardín, en aquel magnífico jardín silvestre. Enfrente de la terraza había una pequeña verja que no había visto hasta entonces. Se acercó y la abrió. Daba a un estrecho mirador de roca de granito; el mar seguramente pasaba por debajo cuando había marea alta. Ahora, en plena bajamar y con el agua retrocediendo lentamente, se podía bajar al fondo por unas piedras que parecían escaleras. Un lugar fabuloso. Con amplias vistas sobre el fantástico golfo. La verja se abría fácilmente, con suavidad. Eso significaba que la usaban. Lilou saldría a menudo. Quizá era su lugar preferido, allí, en las rocas.

Miró la hora. Tenía que irse.

Dupin caminaba por el lecho del pequeño mar. Los pies se le hundían en la arena gruesa, áspera, mojada y llena de conchas. La marea subía lentamente. El discreto mar en miniatura olía a mar de verdad. Se dirigió hacia el agua, a unos doscientos o trescientos metros. Y se detuvo. Miró alrededor. El sol quemaba. Cegaba. Estaba preocupado, algo le rondaba por la cabeza. No era una idea concreta, sino más bien una asociación indeterminada de ideas, conexiones vagas. Una especie de intuición. Sabía lo que era eso. La décima de segundo decisiva en la que un pensamiento arraigaba en el inconsciente. Sucedió cuando estaba en el piso de arriba, delante del escritorio, mientras repasaba mentalmente los temas sobre los que había escrito Lilou. No había logrado apresarlos. Tampoco ahora. Pero la sensación de que había tenido por un momento algo importante al alcance de la mano era evidente.

Dos hombres se acercaban por la línea del agua, aunque al principio no los vio; los dos, uno muy espigado y el otro rollizo, iban vestidos con ropa de excursionista, de color beige oscuro.

—¿Usted también participa en la actividad «Escuchando el canto de las aves»? — le preguntó el espigado. ¿Ha visto las garcetas comunes y los tarros blancos picoteando ahí enfrente? Unos ejemplares magníficos, ¡a centenares!

El que le acompañaba asintió aplicadamente; como su amigo, llevaba unos prismáticos colgados del cuello (casi le llegaban a las rodillas) y una mochila a la espalda.

—¡Y las gaviotas argénteas! —puntualizó.

El primero retomó la palabra.

—Hay muchísimas salicornias y lavanda de mar. ¿Cuál es su especialidad?

—Yo no... No participo en la actividad. —Dupin estuvo a punto de cometer la imprudencia de preguntar en qué consistía, pero se reprimió en el último momento.

—¡No va equipado! Seguro que es científico. Participa en el célebre encuentro ornitológico *The Westlands International*. ¡Qué fuerte! Entonces es usted un verdadero experto.

—Yo... —Dupin titubeó—. Investigo un asesinato.

En el mismo instante en que lo dijo, supo que había cometido una tontería contestando la verdad.

Los dos hombres se miraron un momento, sin saber qué decir y claramente preocupados por la salud mental de aquel hombre raro que habían encontrado en la marisma, y decidieron que lo mejor sería ignorar su extraño comentario.

—La marea baja deja al descubierto casi dos terceras partes del golfo, una superficie gigantesca de marismas y arena, como aquí. Estamos en una de las regiones ornitológicas más ricas de la costa atlántica.

Se le había despertado el alma de predicador. No había quien parara al alto:

—La mezcla de sal, cieno y légamo favorece el crecimiento de hierbas y algas en las que anidan miles de seres vivos, más de cuatro mil por metro cúbico, imagínese, cangrejos, almejas, larvas, caracoles, infinidad de gusanos. —Dupin lanzó inconscientemente una mirada de desconfianza al suelo—. Una fabulosa despensa para muchas aves residentes. También para las migratorias. Gansos siberianos, patos buceadores, patos de flojel, golondrinas de mar, espátulas. Les encanta este microclima.

Dupin era un ignorante en temas ornitológicos. Un ignorante y un inútil. Nolwenn, Le Ber y también Henri habían intentado enseñarle al menos las cuestiones básicas. En vano.

Aquella situación era un disparate. Se despediría con un «hasta luego» más o menos amable. Y era verdad, tenía que irse.

—Aquí, en el golfo, incluso se han avistado pequeños pingüinos. Aunque muy pocas veces.

—¿Pingüinos? —A Dupin se le escapó la pregunta.

Los pingüinos eran sus animales preferidos, quizá porque siempre había sentido cierta afinidad con ellos, en parte por su constitución maciza. Los pingüinos parecían torpes y patosos, ciertamente poco dinámicos, cuando se movían en tierra. Pero cuando estaban en su elemento, en el agua, eran increíblemente ágiles, rápidos y muy elegantes.

—Viven en colonias en el archipiélago de Sept-Îles, en el norte de la Bretaña, pero de vez en cuando se pueden ver algunos ejemplares aquí.

Dupin estaba perplejo. Aunque, por otro lado, si los marsupiales australianos podían encontrar su hábitat natural en la Bretaña, ¿por qué no iba a pasar lo mismo

con los pingüinos?

Los dos ornitólogos pusieron cierta cara de asombro y alegría ante el repentino interés de aquel extraño hombre que se habían encontrado en la marisma.

—Pertenece a la familia de los carádridos, que solo se distribuye en el hemisferio norte. Alcas. Del tamaño de un ganso. Aves buceadoras con las patas situadas muy atrás en el cuerpo, de manera que se pueden mantener más o menos erguidos en tierra. Morfológicamente se asemejan a los pingüinos del hemisferio sur. Aunque, a diferencia de estos, la mayoría de las alcas conservan la capacidad de volar.

El otro hombre completó la información:

—El alca gigante, la única especie incapaz de volar de esa familia, se extinguió en el siglo XIX —lo dijo teatralmente, poniendo mucho énfasis en el verbo «extinguió».

—Yo... Gracias. Ahora tengo que irme. Hasta luego.

Dupin hizo un vago gesto de saludo con la mano mientras daba media vuelta.

—Por cierto, se ha cometido realmente un asesinato. Es noticia desde ayer. Debería tener más cuidado con las bromas que hace. Pruebe suerte con la ornitología... Relaja y libera el espíritu.

Dupin oyó claramente cómo pronunciaban la frase detrás de él y decidió ignorarla.

No eran pingüinos de verdad. Pero en cierto modo sí lo eran. Si lo había entendido bien. En cualquier caso, esa información bastaba para añadir el archipiélago de Sept-Îles a su lista de excursiones pendientes. Ahora... Ahora debía concentrarse en el caso.

Al cabo de tres minutos estaba en el coche. Miró la hora. Tenía que darse prisa. Al entrar con mucho cuidado (había desarrollado una técnica que funcionaba bastante bien, incluso para el hombro) observó malhumorado que se había ensuciado los zapatos de barro y algas. Al menos ese día no se había manchado los pantalones.

—¿Por qué no nos dijo que Maxime Daeron quiso venderle sus salinas? ¿Que incluso firmaron un precontrato y que estuvieron a punto de demandarlo cuando lo anuló? Y eso poco después de que acabara la aventura que tenían ustedes dos. Y supongo que fue Maxime Daeron el que la terminó y no usted.

Por lo visto, Rose tenía ganas de despacharse a gusto con la señora Laurent.

Dupin había sido casi puntual. Había cogido enseguida el transbordador en Port-Blanc y, al llegar a casa de la señora Laurent, había encontrado a Rose en la puerta, andando para arriba y para abajo mientras hablaba por teléfono.

—Ese tipo de negocios son confidenciales, sobre todo si el vendedor pide absoluta discreción... ¿Por qué tendría que habérselo contado? Y, por supuesto, nuestro departamento jurídico se encarga de los asuntos contrarios a nuestros intereses que tienen una base legal evidente. Eso no tiene nada que ver conmigo personalmente.

Era la misma señora Laurent que habían conocido el día anterior. Pero llamaba la atención que ni siquiera se dejara impresionar por lo que ellos sabían y preguntaban (ni por la dureza de Rose). Llevaba una túnica de seda estampada y un ostentoso collar de Hermès, y estaba sentada en un sillón negro de cuero. Muy relajada. Dupin y Rose se habían sentado en los dos sillones de delante. Daba la impresión de que en ese gran bungalow de planta longitudinal, todo tenía que parecer elegante, de un gusto exquisito, pero no aséptico. Parqué de roble natural y unas cuantas alfombras discretas y caras. Decorado a la perfección hasta el último detalle y, por eso mismo, horroroso a los ojos de Dupin.

—No pienso hablar de mis relaciones privadas, evidentemente. Tampoco ahora. No son asunto de la policía.

—Su antiguo amante está muerto. Y su muerte seguramente está relacionada con el asesinato de Lilou Breval y el ataque al comisario Dupin. Eso es asunto de la policía.

—Solo un juez puede obligarme a hablar. Y ustedes lo saben. Pero antes tendrían que detenerme y procesarme.

—Lo haremos, señora Laurent: la declararemos sospechosa de asesinato y la llevaremos a comisaría para interrogarla. —Rose esbozó una de sus bonitas sonrisas, que no pudo ser más diabólica—. Luego, ya se verá.

—¿Cómo se iniciaron las conversaciones para la venta de las salinas?

Dupin habló adrede con mucha calma.

La señora Laurent lo miró. Y le sonrió. Dulcemente.

—En París, la gente sigue teniendo maneras. —Pareció pensar un momento y, por alguna razón, decidió contestar, quizá simplemente para demostrar que era imprevisible—. Maxime vino a verme y me pidió la más absoluta discreción. El año pasado, en octubre o noviembre.

—¿Y? —insistió Dupin.

—¿Y qué?

—¿Por qué quería vender?

—Eso no era asunto mío.

—¿No lo sabe?

—No.

—¿Por cuánto las vendía?

—No pienso decírselo.

—¿Por qué Maxime Daeron anuló luego el contrato? ¿Por qué se echó atrás de repente?

—Aquello tampoco era asunto mío. ¿Saben cuántos negocios no llegan a cerrarse en el último momento? Es moneda corriente.

—Pero habían firmado un precontrato.

—En efecto. Por eso Le Sel no se quedó de brazos cruzados. Es el procedimiento habitual.

—¿Y por qué luego renunciaron a interponer la demanda?

—Decidimos que, más que beneficiarnos, nos perjudicaría. Una cobertura informativa acalorada. Carnaza para algunos.

Todo un ejercicio de cinismo. No obstante, Dupin consiguió mantener la calma.

—¿El hermano estaba al tanto de la venta?

—No sabría decirles. Y, naturalmente, eso tampoco era asunto mío.

—No la creo, señora Laurent. No me creo una sola palabra de lo que ha dicho.

Dupin tenía que reconocer que él tampoco había logrado nada.

—Y lo demostraremos.

—¡Les deseo suerte!

Rose acometió un nuevo intento:

—¿Dónde estaba ayer por la noche?

—¿Se refiere a la hora en que sucedió el trágico suicidio de Maxime Daeron?

—Que a usted no parece preocuparla lo más mínimo.

—No sabía que estuviéramos aquí para dar rienda suelta a las emociones.

—Diga, ¿dónde estaba?

—Aquí, en mi paraíso. Como casi todas las noches que tengo libres. —Miró fuera, al jardín; se tomó su tiempo—. Y sola. De hecho, no soporto la presencia de nadie más aquí.

Se pasó la mano por el pelo, muy relajadamente. Dupin no prestó mucha atención al último rifirrafe verbal. La vaga asociación de ideas que había captado por un instante en casa de Lilou volvía a rondarle por la cabeza.

—¿Qué sabe de la balsa ciega que linda con una de sus salinas? —La comisaria Rose había vuelto a su estilo agresivo—. ¿De los microorganismos? Pronto sabremos para qué sirven. Háblenos del asunto.

Por primera vez, la señora Laurent parecía desconcertada, aunque solo le duró un momento.

—¿Ya empezamos otra vez con los bidones azules? No tengo ni idea de a qué balsa se refiere ni a qué microorganismos. Creo que este caso es extremadamente misterioso.

Dupin volvía a estar distraído. No podía evitarlo. Sabía lo que le ocurría. Los pensamientos inconexos, imprecisos, se habían convertido en una especie de idea. Parecía un disparate, pero (y esa era una de las lecciones más importantes en el trabajo de un policía) tanto daba.

—Los bidones están en sus...

—Creo que ya hemos terminado.

Dupin se levantó a media frase.

Se dio la vuelta y, sin esperar respuesta ni despedirse, se dirigió a la puerta. Oyó que Rose decía algo, pero no lo entendió.

Salió al jardín y recorrió el largo camino de grava blanca y cegadora, con modernas luces de cerámica blanca empotradas en el suelo a intervalos regulares. Y

llegó a la salida, donde había un Audi de color gris antracita aparcado.

Abrió la pequeña puerta de madera y salió a la estrecha carretera de la isla.

Desde allí hasta el largo muelle de donde zarpaba el transbordador, en la cala de Bélure; apenas se tardaban diez minutos. El bungalow estaba en una situación fantástica, separado del mar por unos cincuenta metros de vegetación rala, cerca de una de las largas playas de arena típicas de la tranquila y apacible isla. La idílica carretera que se dirigía al puerto bordeaba la costa (el impresionante golfo se veía siempre y por todas partes en aquella isla llana y rugosa, repleta de hortensias, camelias y bosquecillos). A Dupin le gustaba esa hermana menuda de la isla de Moines, que no podía remediar la arrogancia de sus habitantes.

Al cerrar la puerta vio a Rose en el camino de grava. Seguramente se había despedido de la señora Laurent justo después de que él se fuera.

—¿A qué venía eso?

Rose se le acercó desafiante. Con la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta y el pulgar fuera, una pose que Dupin conocía muy bien a esas alturas. Lo miró directamente a los ojos. Un segundo. Sin pestañear. Un escrutinio riguroso.

—Tengo que hablar con el químico forense. Enseguida.

No había tiempo para andarse con rodeos. Para su sorpresa, Rose colaboró.

—Didier Goal. 02 4076724.

Dupin marcó el número. Por lo visto, Rose se lo sabía de memoria.

Le habría gustado llamar a solas. También porque la vaga idea que tenía era simplemente eso: una idea vaga. Pero tanto daba. Así, Rose se apuntaría enseguida.

Sonó una sola vez.

—¿Diga?

Una voz amable de mujer.

—Soy el comisario Dupin. ¿Está el señor Goal?

—¿Supongo que la comisaria Rose autoriza la llamada?

—Sí, está aquí conmigo.

Se hizo un silencio y Dupin notó claramente que la mujer de la voz amable consideraba la posibilidad de comprobar lo que decía.

—Acaba de salir. Volverá pronto. Yo soy su ayudante.

—De acuerdo, llamaré luego.

—Muy bien.

Dupin colgó.

—Vámonos. Así llegaremos a tiempo de coger el transbordador de menos cuarto.

Rose se puso en marcha mientras aún hablaba. Hacia el puerto. Con el teléfono pegado a la oreja.

El trayecto de quince minutos entre la isla de Arz y Port-Blanc (aunque Dupin sentía el malestar de una auténtica travesía) discurría cerca de la isla de Moines y de otras

islas tranquilas, en las que destacaban algunos pinos muy altos y alguna que otra mansión lujosa. La gente decía que el pequeño mar era más bonito desde el agua (en opinión de Dupin, eso era una chorrada que no se sostenía: desde Le San Francisco, por ejemplo, las vistas también eran preciosas).

Rose no paraba de hablar por teléfono (hizo al menos seis llamadas), pero no se apartó de él ni un momento, ni siquiera en el puerto. El químico forense comunicaba todo el rato.

Dupin se situó en la proa del *Albatros*. La barca zarpó en medio del zumbido y las vibraciones de los motores diésel. El comisario esperó a que disminuyera el ruido y volvió a marcar el número.

Esta vez no comunicaba. Contestó una voz de hombre.

—¿Diga?

—¿El señor Goal? Soy el comisario Dupin.

—Mi ayudante me ha dicho que quería hablar conmigo. Todavía estamos investigando. Es complicado. Intentamos saber de qué microorganismos se trata.

Rose se acercó ágilmente a Dupin. Mucho. Sus mejillas casi se tocaban.

—¿Ha confirmado si eran descomponedores?

—Sí, eso podemos afirmar. Bacterias heterótrofas, seguro.

Dupin titubeó, pero solo un momento.

—¿Se pueden utilizar esos microorganismos con fines específicos? ¿A propósito?

Dupin sostuvo el teléfono de manera que Rose no tuviera que acercarse tanto para seguir la conversación.

—Por supuesto. Para muchísimos fines.

—En la balsa había restos de algas verdes, ¿verdad?

Rose puso otra cara. Y entrecerró los ojos.

—Creo que sí. Pero debería preguntárselo a los agentes de la científica. Ellos lo han documentado todo.

—¿Se podrían usar determinados microorganismos —Dupin preguntó despacio, con prudencia— para destruir algas verdes? ¿Es viable?

—Supongo que se refiere a la *ulva armoricana* y a la *ulva rotundata*. A las algas que causan las mareas verdes, ¿verdad?

—Exacto.

Dupin no había oído hablar nunca de «ulvas», pero sí, se refería a las algas que provocaban «mareas verdes» cuando se acumulaban en las playas.

—Por supuesto. Aunque no conozco ningún microorganismo específico para esas algas. Sin embargo, hace tiempo que se utilizan microorganismos para combatir las algas, también algunas especies microscópicas. Venden diversos productos que las matan. En cualquier gran superficie. Microorganismos que eliminan algas procariotas y filamentosas. En las piscinas, en los acuarios... Evidentemente, cabe imaginar algo parecido para las ulvas. Habría que aplicar los microorganismos en las grandes bahías afectadas y, según cómo, quizá incluso se impediría sistemáticamente su formación.

Se hizo una larga pausa. Dos lanchas motoras pasaron cerca del transbordador haciendo mucho ruido.

—¿Oiga? ¿Sigue ahí?

—Sí, sigo aquí.

Dupin pensaba febrilmente, la cabeza le iba a mil. ¿Era esa la clave? Casi se le puso la piel de gallina. Se había aferrado unas cuantas veces a las algas verdes. Aparecían una y otra vez, especialmente ese día. En su mente se había producido una concatenación de ideas: los bidones azules, que tenían que contener algo; la hipótesis de que el caso no giraba en torno a la sal y que las balsas se podían usar para otros fines; el hallazgo de la extraña balsa y los descomponedores, incluida la pregunta de qué cosas podían destruir; y finalmente, los restos de algas verdes medio descompuestas que habían visto en la balsa y, ante todo, el artículo de Lilou sobre los treinta y seis jabalíes muertos.

—¿Sería complicado... desarrollar esos microorganismos?

—Muy complicado. La *ulva armoricana* y la *ulva rotundata* son organismos mucho mayores y más complejos que las algas que se forman en las piscinas. Y realizar las pruebas al aire libre sería muy costoso y delicado... En el laboratorio posiblemente no sería tan complicado desarrollar la composición. Pero tendría que ser totalmente inocua para la salud. Y habría que demostrarlo meticulosamente mediante años de observación.

—¿Cómo se haría?

—Seleccionando los microorganismos que pudieran entrar en consideración. Tal vez distintos tipos. O cultivarlos, incluso mediante modificaciones genéticas... Aunque quizá no sería necesario. Bastaría con «adulterarlos». Se necesitarían conocimientos bioquímicos sólidos, un laboratorio y estudios minuciosos *in vivo*... Pero podría hacerse. Teóricamente.

El químico forense seguía hablando en tono profesional, concentrándose en las posibilidades científicas y prácticas.

—¿Podría... ser una de las balsas de las salinas un lugar apropiado para realizar los ensayos?

—Por supuesto. Las condiciones serían ideales. Agua de mar en grandes cantidades, renovación constante si es necesario, pero totalmente aislada, sol, viento... Es decir, condiciones reales. Sería mucho más pertinente que cualquier ensayo en un laboratorio. Habría que construir balsas así si no hubiera ninguna disponible. Pero... —la voz de Goal cambió de tono, de repente parecía alarmado—, evidentemente, jamás en un lugar dedicado a la producción alimentaria. Eso sería peligrosísimo.

—¿Por qué?

—La aplicación de microorganismos puede tener consecuencias inesperadas. En el peor de los casos, podría provocar efectos tóxicos, primarios o secundarios, debidos a reacciones químicas en el ecosistema. Y no hablo de las variedades

manipuladas genéticamente, ¡eso todavía sería más peligroso! Pero los microorganismos adulterados también podrían contaminarlo todo de manera imprevista. Según de lo que se trate. ¡Imagínese! ¡En la sal! Hacer algo semejante en las salinas sería un crimen. Los laboratorios solo conseguirían autorización en caso de cumplir los requisitos más estrictos y los ensayos al aire libre solo podrían llevarse a cabo bajo el riguroso control de las instituciones estatales... Por eso sería tan complicado, las empresas privadas no se lanzarían así como así a un proyecto semejante. —Dio la impresión de que con sus palabras pretendía excluir enérgicamente la posibilidad de que a alguien se le hubiera ocurrido poner en práctica semejante idea en las salinas.

—¿Podría investigar los microorganismos de la balsa en ese sentido, señor Goal?

—¿Cree que es posible que nos enfrentemos a algo semejante? ¿Habla en serio? ¿Sabe lo que significaría?

—Lo considero probable.

—Ahora... Ahora mismo nos ponemos. Tardaremos unas horas.

—Muchas gracias, señor Goal. Nos ha sido de mucha ayuda.

Dupin colgó sin esperar la respuesta.

Los dos comisarios se quedaron un momento en silencio. Uno al lado del otro, con los codos apoyados en la barandilla.

—La estructura de madera instalada en la balsa —Dupin intentaba seguir relacionando las cosas— servía para retener las algas en el agua. Para que si alguien pasaba casualmente por allí no las viera. Tenía que haber muchas. Para realizar experimentos reales... Y lo hacían de noche, cuando no queda nadie en las salinas. A su bola. Perfecto.

De nuevo se hizo un silencio. Esta vez, lo rompió Rose.

—¿Sabe que la acumulación masiva de algas verdes en las playas supone un coste astronómico para la región? De momento, se calcula que unos mil quinientos millones de euros. Una gran parte se invierte en la limpieza de las playas, en el transporte y la eliminación. Cada año se recogen miles de metros cúbicos de algas. Y las repercusiones y los daños no se limitan a eso. Hay otros, como los que afectan al turismo, difíciles de calcular —hablaba pensativa, mirando las olas que levantaba la proa del transbordador—. El interés por un medio que destruyera las algas o impidiera su proliferación sería enorme. Valdría millones. Y las algas verdes no afectan únicamente a la Bretaña... Es un motivo de peso.

Dupin conocía las cifras. A finales de agosto se publicaron artículos detallados al respecto. El consejo provincial de Rennes había presentado el balance anual y había informado de los gastos derivados de la plaga de algas verdes ese año. Costaba hacerse una idea de la magnitud del tema. Cuando las algas se depositaban en una playa, había que limpiarla de inmediato. A veces, simplemente la cerraban. Si las algas se secaban y seguían al sol, existía un peligro inminente de que liberaran gases tóxicos en el proceso de descomposición. Habían empezado a construir plantas

incineradoras inmensas para eliminarlas.

—El responsable —dijo Rose con voz sombría— tenía que saber lo que se jugaba. El enorme riesgo que corría. No solo su carrera quedaría destruida para siempre, sino que también pasaría muchos años en la cárcel... Pero las ganancias serían extraordinarias.

Dupin se pasó la mano frenéticamente por el pelo.

Tenía que ser eso. Esa era la historia en torno a la que giraba todo. Si la situación no fuera tan grave, habría sonreído satisfecho: si estaban en lo cierto, si realmente se trataba de las algas verdes, sería una historia muy bretona. Una gran historia que aclararía la falta de escrúpulos. Mucho dinero, grandes negocios y, si se descubrían los experimentos en las salinas, repercusiones drásticas y penas severas.

—«Animales monstruosos», lo mismo que ponía en el panel informativo. Alguien ha criado organismos monstruosos en una balsa de las salinas —Rose hablaba en serio, no lo había dicho en broma—. Ahora tenemos una hipótesis consistente. Muy agudo, señor comisario. —Sus palabras parecían sinceras—. Es un motivo perfecto, ahora solo nos falta descubrir al criminal. Hay que replantear el caso. Con premisas nuevas.

Cierto. La investigación había cambiado radicalmente. Tenían que comentar y hacer algunas cosas. Y sí, había que replantear el caso. Pero Dupin acostumbraba a actuar de otra manera: paseaba por la zona (por el bosque, por la playa, por la orilla de un río), se sentaba en un banco, se quedaba frente al mar, lo que fuera, pero siempre solo.

Rose miró la hora, sacó el móvil y se fue a la popa del barco. Pasaban por delante de la isla de Moines, pronto llegarían a Port-Blanc.

Dupin se quedó en la proa. La historia que habían descubierto era una locura.

Rose volvió al cabo de poco, con el teléfono pegado a la oreja. Dupin supuso que hablaba con la inspectora Chadron.

De repente, el transbordador viró a babor. A saber por qué, el capitán daba un rodeo. Un instante después, Dupin vio que se dirigían a la isla de Moines.

Rose colgó y se le acercó.

—Vamos a hablar ahora... La señora Bourgiot tendrá que esperar. La inspectora Chadron ya se lo ha comunicado. Le he pedido al capitán que nos deje en el puerto de Lério... Quiero comer algo.

Dupin no daba crédito a sus oídos.

Al cabo de cinco minutos estaban en Le San Francisco. Justo donde Dupin se había sentado a mediodía (lo curioso fue que Rose iba delante y se encaminó directamente hacia esa misma mesa).

—He ordenado que registren otra vez minuciosamente las casas de Daeron, su oficina y sus salinas. Teniendo presente lo que hemos descubierto. El ordenador, el

móvil, documentos personales, cuentas bancarias. Y tenemos que hablar otra vez con su mujer. Si se trataba de producir un medio para combatir las algas verdes y él estaba implicado, habrá alguna pista. Algo. Hace falta dinero, se necesitan materiales biológicos, hay que comprarlos, almacenarlos, transportarlos, aplicarlos. Esas cosas dejan rastro.

Dupin la escuchaba a medias, todavía intentaba reordenar las ideas. Pero la comisaria estaba en lo cierto, por supuesto: tenían que concentrarse en Daeron. Todo encajaba.

—Quizá no estaba solo. Se trata de una empresa colosal. Y para eso se requiere a alguien con conocimientos de biología y de bioquímica, al menos los básicos, por mucho que las sustancias puedan comprarse libremente. Tenemos que darnos prisa en averiguar quién es.

—Hola, Sylvaine, buenos días.

La amable camarera saludó a Rose con mucha confianza.

—Dos cafés, por favor, Nadine.

Dupin no podía creerlo; Rose debía de ser una clienta habitual.

—Y dos tártaros de abadejo con limón —pidió con toda naturalidad la comisaria, sin siquiera mirarlo—. La terrina de cordero ya la ha probado.

¿Cómo lo sabía? Dupin estaba demasiado perplejo para reaccionar.

—Y dos copas de Chinon blanco.

No había sido una pregunta.

Dupin se serenó.

—Si adulteraban y cultivaban microorganismos sistemáticamente —sacó la Clairefontaine—, necesitarían un laboratorio.

Tenían mucho que hacer. El asunto del laboratorio podía ser otro punto de partida.

—Como mínimo, un laboratorio provisional —Rose lo dijo como si pensara en voz alta; Dupin sabía lo que era eso—, un laboratorio secreto. Quizá en uno de los cobertizos o en los almacenes.

—Quizá agregaban las sustancias directamente en la balsa. Y no era tan complicado.

No sabían a qué grado de profesionalidad se enfrentaban.

—También es posible que lo hicieran en un laboratorio de verdad. Hay mucho en juego. Directa e indirectamente.

Dupin no lo entendió. Rose se dio cuenta.

—En la Tierra Blanca hay media docena de institutos de seguridad alimentaria privados, puede que incluso más, con decenas de trabajadores.

Dupin no lo sabía.

—Todos los salineros, los independientes, las cooperativas y también Le Sel tienen que trabajar con uno. La normativa es muy estricta. En todas las regiones hay muchos centros privados, pequeños, medianos y grandes, que a su vez son controlados por institutos oficiales. El control de alimentos es en sí mismo un sector

económico.

—Entiendo —murmuró Dupin.

—Evidentemente, Maxime Daeron trabajaba con un laboratorio. Igual que las cooperativas. Las grandes empresas suelen tener sus propios institutos o departamentos. Quizá Paul Daeron también, para sus cerdos. En cualquier caso, trabaja con un instituto de seguridad alimentaria. Con un laboratorio grande, seguro... Y también Le Sel, por supuesto.

La camarera, rápida como de costumbre, llegó con una bandeja grande y les sirvió lo que habían pedido. Dupin cogió enseguida el café, era lo más importante.

—Buen provecho —dijo Rose sonriendo—. El abadejo lo han pescado esta misma mañana en el golfo y han cortado el lomo a dados. Y el limón rallado es de los limoneros que crecen cerca del dolmen donde reposan los restos de Julio César. —Le hizo una señal de ánimo y volvió repentinamente a sus reflexiones—. Maxime Daeron también podía tener acceso por distintas vías a los laboratorios. Hay suficientes motivos de sospecha para ordenar como mínimo el registro del laboratorio con el que trabajaba directamente.

—Habría que averiguar si en los últimos años ha habido iniciativas privadas o se han presentado solicitudes para investigar y probar legalmente un medio contra las algas verdes.

—Se habría puesto de inmediato bajo el control de una agencia estatal..., una potente arma biológica. —Rose se llevó a la boca el tenedor lleno de tártaro con muy buenos modales. Y bebió un trago de vino, tan campante. Dupin se sentía un poco... cortado. Pero luego cogió su copa empañada y olió el ligero aroma a flores de azahar, suave y sedoso.

—Lilou Breval lo descubrió de algún modo. —Dupin probó el vino—. Los misteriosos bidones azules. Y yo me entrometí en el asunto hace dos días. —Vacío la copa de un trago.

—Lo más probable es que se enterara por Daeron... El proyecto de las algas requeriría mucho tiempo...

Rose formuló la última frase de manera imprecisa. Se hizo un silencio que Dupin aprovechó para comer un bocado del exquisito tártaro con limón refrescante.

Rose se reclinó en el asiento:

—No puede ser cosa de una sola persona. Jamás.

Dupin pensaba lo mismo.

—Las ganancias serían inmensas —Rose casi parecía impresionada—, inmensas. Si realmente funcionara, si se pudiera aplicar localmente y no tuviera efectos secundarios importantes para el ecosistema, habría mucha gente interesada, en todo el mundo. Y entonces quizá lo autorizarían legalmente. Deberíamos...

El timbre inconfundible de su móvil la interrumpió. Contestó sin titubear.

—Buenas tardes. ¿Señora Cordier?

Rose se apartó el teléfono de la oreja, pulsó la tecla de manos libres, lo puso

encima de la mesa y volvió a coger el tenedor.

—Tenemos que hablar.

—De acuerdo, hablaremos. A las cinco y cuarto, en el Centro de la Sal. Esperamos verla allí.

—El instituto forense acaba de informarme oficialmente de que en una de las balsas grandes hay una población significativa de bacterias que no son habituales en las salinas. Supongo que hace tiempo que lo sospechaban. Deberían habérmelo comunicado en el acto.

La señora Cordier hablaba con la misma dureza que había mostrado en su primera conversación.

Rose se acabó tranquilamente el abadejo. No dio muestras de disponerse a contestar.

—Pienso hablar inmediatamente con París. Creo que no entienden la gravedad del asunto. Vamos a ordenar el cierre completo de las salinas. De toda la producción. Hasta que sepamos con absoluta certeza de qué se trata.

—De acuerdo.

Se hizo un silencio que revelaba que la señora Cordier esperaba otra respuesta.

—Usted sabe que está obligada a comunicarme sus sospechas.

—Llame al químico forense, le doy mi permiso.

Dupin se divertía escuchando.

—Ya lo he llamado, pero no ha querido decirme nada y me ha remitido a usted.

—Cuando consideremos oportuno dar a conocer nuestras sospechas, lo haremos.

—Vamos a inspeccionar la balsa —Cordier seguía en sus trece— y, naturalmente, haremos nuestros propios análisis.

—Usted inspeccionará la balsa cuando nosotros creamos que debe inspeccionarla. Solo entonces, no antes. Nos vemos a las cinco y cuarto para mantener una conversación oficial. En el Centro de la Sal. Hasta luego, señora Cordier.

Rose colgó. Se volvió hacia Dupin.

—Tenemos que irnos. Será mejor que no volvamos a circular a toda velocidad.

Lo dijo sin pestañear. Dupin comió rápidamente otro bocado. Esta vez quería dejar el plato limpio.

—Pondremos a nuestros inspectores al corriente de las novedades durante el trayecto. —Rose ya se había levantado—. Tienen que examinar enseguida cualquier cosa que sea relevante desde el nuevo enfoque del caso. Y que investiguen las relaciones con los laboratorios, quién trabajaba con quién y qué hacen exactamente. Y cuando concluyamos las conversaciones en el Centro de la Sal, deberíamos tener una reunión. Los cinco.

Las últimas palabras casi sonaron enternecedoras, con una carga de compañerismo inusual. Dupin las acogió instintivamente con escepticismo, aunque reconocía que, en principio, era una buena idea. Ahora tocaba investigar ampliamente de manera sistemática, había que recabar mucha información. Y aunque hablaban

regularmente por teléfono, en ese caso había visto poco a Le Ber y a Labat.

—También deberíamos...

El teléfono volvió a interrumpirla.

—¿Sí?

Dupin no oyó lo que le decían, solo que era una voz de hombre. Rose estuvo escuchando un buen rato.

—¿Y ningún otro indicio que indique algo irregular?... De acuerdo, doctor. Gracias por la información. Ahora todo depende de nosotros.

Un instante después, colgaba. Ya habían salido de Le San Francisco y bajaban las escaleras hacia el puerto.

—Quería saber si había novedades en la autopsia de Maxime Daeron. Han detectado un vacío mínimo en los rastros de pólvora que había en el dedo índice de la mano derecha, con la que Daeron apretó el gatillo. En la parte del dedo hay un pequeño punto, que solo se ve a través del microscopio. Eso podría indicar —Rose titubeó un instante—, por ejemplo, que alguien puso el dedo encima del de Daeron. Pero en opinión del médico forense, eso no prueba nada con certeza porque a veces ocurre de manera natural... Han concluido los análisis de sangre y no han encontrado rastros de narcóticos. Aunque, evidentemente, hoy en día hay narcóticos imposibles de detectar al cabo de poco tiempo... No creo que podamos esperar resultados decisivos de la autopsia.

Habían llegado al muelle. La barca atracaría enseguida; estaba a pocos metros. Las dos mujeres rubias del transbordador preparaban los cabos para la maniobra.

Dupin empezó a llamar por teléfono al embarcar. Estuvo hablando durante la breve travesía hasta Port-Blanc, de camino hacia el coche y durante buena parte del trayecto en coche. Con Le Ber, con Labat y con Nolwenn (que insistió en que se acordara del prefecto). Y también llamó dos veces al químico. En vano.

El comisario puso al día a sus dos inspectores y les dio nuevas instrucciones. También les ordenó que acudieran al Centro de la Sal.

Los inspectores ya habían investigado la situación económica del negocio de Maxime Daeron, así como sus cuentas personales. Ganaba muy poco dinero. En todo el año. Y no tenía casi nada; las dos casas eran de su hermano y el coche, de su mujer.

Dupin había puesto la radio, la emisora Blue Breizh. Skippy estaba bien. Dos afortunados fotógrafos aficionados habían ganado una caja de cerveza Britt. Esta vez no había dudas: era el canguro. Lo habían visto en la misma zona; al parecer, allí había encontrado su nuevo hogar. También dieron información sobre el pasado de Skippy, anterior a su llegada al zoo bretón. Por insólito que pareciera, había nacido en la isla Canguro, en el sur de Australia. Para Dupin, lo crucial fue un dato que los expertos comentaron de pasada: en la isla Canguro, ¡compartían el territorio canguros y pingüinos! Increíble, Skippy había convivido con pingüinos de verdad en la isla.

Al entrar en el gran aparcamiento del Centro de la Sal, vio a Rose. Habían salido casi al mismo tiempo y Dupin no conducía precisamente despacio... Le habría encantado saber cuántas fotos le habían hecho los radares a la comisaria en esos días.

Rose lo esperaba al lado del coche, había aparcado en una de las primeras plazas libres, a la derecha. Dupin aparcó el Peugeot delante.

—La inspectora Chadron me ha dicho que el señor Goal, el químico, quiere hablar con usted.

—Lo he llamado dos veces, pero no contestaba.

Rose se encogió de hombros.

—Vamos a llamarlo. La señora Cordier nos espera en la sala de reuniones. Y la señora Bourgiot en su despacho. Hablaremos con ellas por separado.

Dupin dudó un momento; con lo de «Vamos a llamarlo», Rose probablemente se refería a aquel mismo instante. Sacó el móvil.

La comisaria se le acercó mucho, igual que había hecho en el transbordador. Esta vez, Dupin activó el manos libres.

—Buenas tardes, señor Goal. Soy el comisario Dupin.

—Estaba en el laboratorio cuando me ha llamado. —Parecía preocupado—. Hemos puesto en marcha una serie de pruebas específicas. A partir de sus sospechas. Creo que esos microorganismos podrían presentar propiedades indicadas para disolver algas verdes *in vivo*. Lo hemos probado con pequeñas partes de ejemplares de *ulva armoricana*. Positivo. —Dio la impresión de que estaba sorprendido.

—¿Quiere decir que esos microorganismos pueden eliminar las algas verdes?

—Lo que he dicho es que «podrían presentar propiedades indicadas». No hemos realizado pruebas exhaustivas. Pero, por lo que parece, tienen esas cualidades.

Habían dado en el blanco. Era eso. Increíble.

—Me gustaría insistir en que la presencia de esos microorganismos es preocupante. De momento no hemos determinado ninguna propiedad tóxica y, por lo que sabemos hasta ahora, no existe ningún riesgo de que se propaguen a través del viento o la evaporación del agua. Por lo que hemos visto, no se reproducen en soluciones salinas bajas, hay que reponerlos. Pero no sabemos qué otros efectos químicos y biológicos podrían causar. —Goal parecía alarmado—. Es una locura. Un crimen. La agencia de seguridad alimentaria quiere cerrar todas las salinas; el prefecto Trottet ha recibido órdenes de París para que permita al instituto de control alimentario realizar sus propios análisis en la balsa. Ya han tomado muestras. La directora es una mujer muy enérgica, me llama cada quince minutos.

—Ahora mismo vamos a verla y hablaremos con ella. Lo más importante, señor Goal, es que de momento nos guardemos la información sobre las propiedades especiales de esos microorganismos.

—Eso no puede ser, señor comisario —Dupin oyó un suspiro—, pero bueno. Usted asume la responsabilidad.

—Por descontado. Usted se limita estrictamente a cumplir mis órdenes.

Dupin no veía por qué había que comunicarlo todo de inmediato. El asesino (o los asesinos) no tenía ni idea de que conocían el secreto de la balsa. Eso quizá supondría una ventaja en la investigación.

—¿Cree que es necesario cerrar toda la Tierra Blanca, señor Goal?

Rose se había arrimado aún más a Dupin y había preguntado en voz muy alta, inclinándose sobre el comisario para acercarse al teléfono.

—No conozco bien la normativa —aunque no hiciera falta, Goal contestó también en voz muy alta—. A mi juicio, de momento bastaría con cerrar las salinas contiguas y examinarlas rápidamente. También las cosechas de esas salinas. Hay que averiguar si están contaminadas. Pero ya se lo he dicho: la normativa en seguridad alimentaria es más estricta que la nuestra.

—Avíseme si hay novedades, lo que sea.

Dupin colgó.

Rose se apartó un poco y resumió la situación:

—Bien. De momento, no hay más evidencias... Pero es eso. Esta es la historia. La tenemos. Y ahora descubriremos quién está detrás. Quién ha actuado para encubrirla.

Poco después entraban en la sala de reuniones acristalada que ya conocían. La señora Cordier estaba de pie en un rincón, enfrente de la puerta, con un montón de papeles en la mano. Llevaba una camiseta blanca, con un gran símbolo de *copyright* estampado en negro, y unos vaqueros que se parecían a los del día anterior. Los recibió con una mirada fría y arrogante, y apretando los labios, hoy también pintados de rojo.

—Tienen la obligación de informarme detalladamente y sin reservas de todo lo que pueda ser relevante para la seguridad alimentaria. Hemos tomado muestras, pero tardaremos en tener los resultados. ¿Saben de qué microorganismos se trata? La agencia de seguridad alimentaria del Ministerio de Sanidad espera mi informe. Todo depende de eso. Están dispuestos a actuar de inmediato.

No parecía tener la intención de sentarse. Rose y Dupin tampoco.

—Señora Cordier, ¿ha habido alguna reclamación este año en la Tierra Blanca? ¿Alguna cosa le ha llamado la atención en los controles?

Rose lo preguntó en tono risueño. Casi de buen humor.

—No. Ni una sola vez.

—Usted controla a los productores y también a los demás institutos de seguridad alimentaria que trabajan en Gwenn Rann, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Cada cuánto hace usted sus propios controles?

—Semanalmente.

Céline Cordier cruzó los brazos por delante del símbolo de *copyright*.

—¿También de las tres salinas que rodean la balsa?

—Recogemos muestras de todas las salinas.

—¿Realiza usted misma los análisis?

—Cinco colaboradores. Bajo mi dirección. Se lo volveré a preguntar, oficialmente: ¿qué microorganismos han encontrado en las muestras que han tomado en la balsa?

—Eso está sujeto al deber de secreto policial. Nuestro químico le comunicará las medidas que considere oportuno tomar.

Cordier descruzó los brazos.

—O sea que no saben a qué cepas pertenecen. ¡Es increíble!

Desde un punto de vista objetivo, la insistencia de la señora Cordier era comprensible.

—Es lo único que nos permitiría valorar la situación. Y adoptar las medidas necesarias. Sin eso, no me queda más remedio que ordenar el cierre de todas las salinas.

—¿Dónde estaba el miércoles por la noche, señora Cordier? ¿Qué hizo entre las veinte horas y treinta minutos y las dos de la noche?

La directora del instituto mantuvo la calma.

—Esto es ridículo —contestó negando con la cabeza.

—¿Y bien?

—Estuve en el instituto hasta las ocho y media, más o menos. El miércoles salí antes de lo habitual. Pasé un momento por casa y luego fui a una fiesta. Me quedé hasta la una y media. —Sonrió un momento con dulzura—. Y no me moví de la fiesta. Estuvo muy bien.

—¿Dónde está el instituto? ¿Y su casa? ¿Dónde se celebraba la fiesta?

—El instituto está en Vannes. Yo vivo en Pen Lan. La fiesta también se celebraba allí. En el Domaine de Rochevilaine, un restaurante excelente. El cincuentenario de la fundación del club deportivo local.

—¿Había alguien en el instituto, en su casa y en la fiesta que pueda confirmar a la policía sus declaraciones?

—En el instituto trabaja mucha gente. Pero la mayoría se van antes que yo. No puedo garantizarles que hubiera alguien... Y vivo sola. Pero en la fiesta me vio mucha gente. Ya se lo he dicho, fue muy divertida.

—De acuerdo, uno de nuestros inspectores se pondrá en contacto con usted. ¿Algo más que decir?

Madame Cordier volvió a sonreír, esta vez con frialdad.

—Comunicaré mis recomendaciones urgentes al ministerio. Y ahora mismo voy a poner al corriente a la señora Bourgiot.

—Eso tendrá que esperar. La señora Bourgiot ha quedado con nosotros.

Céline Cordier se irguió, pasó por delante de ellos con una cara inexpresiva y salió de la sala sin pronunciar una sola palabra.

—¿Dónde está Pen Lan?

Dupin no había oído nunca ese nombre.

—En la desembocadura del Vilaine. En la orilla norte. Entre el golfo y Guérande. Un lugar precioso... Vamos, no hagamos esperar más a la señora Bourgiot.

Dupin no había estado nunca en la desembocadura del Vilaine, aunque todo el mundo se deshacía en elogios. Era uno de los ríos con más historia de la Bretaña, formaba parte de una extensa red fluvial de la que Nolwenn le había contado muchas cosas. Valles suaves, parajes solitarios encantados, vigilantes de esclusas que vendían verduras que ellos mismos cultivaban, un paraíso para las casas flotantes.

Rose salió graciosamente por la puerta y fue hacia la derecha. Dupin la siguió.

El Centro de la Sal no contaba propiamente con un primer piso, solo con la oficina de la señora Bourgiot en un espacio más alto, al que se accedía por una escalera traslúcida. El despacho también era de vidrio, con lo que parecía más grande. Tenía ángulos y cantos muy marcados, como si fuera un cristal, y sobre todo unas vistas fantásticas. Gwenn Rann era tan llano que bastaban unos pocos metros de altura para disfrutar de vistas realmente panorámicas: el hermoso paisaje abigarrado de las salinas, el verde claro luminoso de los prados en tierra de aluvi3n, la laguna turquesa hasta Kervalet, Batz-sur-Mer y Le Croisic, con su imponente iglesia de planta cuadrada. Dupin estaba impresionado.

—La señora Cordier va a recomendar al ministerio el cierre de todas las salinas. Enseguida vendrá a verla, señora Bourgiot.

Después de un breve saludo formal, Rose empezó astutamente la partida pronunciando esas frases en tono neutral. Dupin no sabía qué esperaba la comisaria de esa conversación y seguía muy intrigado. Esa tarde, la señora Bourgiot llevaba un vestido de color negro petróleo, la última moda. Se la veía temblorosa. Insegura. Igual que en su primer encuentro. El día anterior ya se habían dado cuenta hasta qué punto era variable y tenía un comportamiento errático.

—¡Eso sería un desastre! Por eso he llamado personalmente al ministerio. Tenemos que impedirlo a cualquier precio. ¿O acaso hay novedades? ¿Han descubierto algo que exija esas medidas?

La directora del Centro de la Sal estaba sentada en una butaca de diseño cara, pero que parecía incómoda. Era de plexiglás blanquecino, como casi todos los muebles del despacho, también las dos sillas que había al otro lado de la estrecha mesa de oficina, en las que Dupin y Rose se sentaban como podían. La comisaria hizo una pequeña pausa (a propósito, sin duda), que Dupin aprovechó.

—No podemos hacer declaraciones, señora Bourgiot, pero usted podría decirnos en qué se licenció.

Ese era realmente el punto que le interesaba. Los constantes rifirrafes verbales lo ponían de los nervios.

—¿En qué me licencié?

Su desconcierto parecía sincero.

—Exacto.

—Estudié Agronomía. En la Escuela Superior de París.

—Entonces supongo que estudió biología y química.

La señora Bourgiot tardó un poco en contestar. Dupin miró un momento a Rose. Daba la impresión de que se estaba divirtiendo.

—Claro, también había asignaturas de biología y química. Y se me daban bien. ¿A qué viene el interés?

Los motivos y las claves por los que la gente tenía conocimientos de biología y química en la Tierra Blanca eran de lo más variado. Y cada vez más obvios.

—Queremos atar cabos.

Dupin habló un poco desesperado. Si querían sacar algo en limpio de aquella conversación (Rose había querido mantenerla a toda costa), tenían que actuar de forma radical. Enseñando todas las cartas, buscando la confrontación directa con los hechos... Agravándolos. Y ver lo que ocurría.

—Nosotros...

El móvil de Rose lo interrumpió. La comisaria echó un vistazo a la pantalla y contestó rápidamente.

—¿Chadron?... Entiendo. Espere un momento.

Se levantó y se alejó unos pasos hacia la puerta. Parecía importante.

—¿La señora Clothilde?

Mientras hacía la pregunta, Rose salió por la puerta. Volvió poco después y le indicó a Dupin con un gesto que la siguiera. Al parecer, era realmente importante.

Rose cruzó la sala temática, todavía hablando por teléfono, y se detuvo delante del panel sobre la «sal ensangrentada».

—¿Y seguro que no reconoció si era un hombre o una mujer?... Hacia las veintitrés horas y cuarenta y cinco minutos, ¿no?... Bien... Gracias, Chadron. Que los compañeros sigan preguntando. Quizá a esa hora había alguien más en la carretera.

Colgó y se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Se estiró lentamente, se puso las manos en los costados y echó un poco atrás la cabeza.

—Hemos enviado a unos cuantos agentes para que preguntaran en la isla... La señora Clothilde es una anciana legendaria de la isla de Moines. Tiene noventa y un años. Todo el mundo la conoce. Vive cerca del puerto. Y conduce uno de esos coches eléctricos diminutos. Que no debería conducir. Solo hace dos trayectos, siempre los mismos, desde hace décadas. Uno el que recorre para ir a casa de su mejor amiga, en el otro extremo de la isla. Siempre tarde. —Dupin no tenía ni idea de adónde quería ir a parar—. Tiene un perro grande y viejo, y un gato, y siempre se los lleva. La entrada a su finca no tiene visibilidad, ni para salir ni para entrar. Por eso lo que hace siempre es ir hasta la esquina, contar hasta cinco y arrancar...

—¿Qué ha dicho? —exclamó Dupin. La situación era de lo más curioso. Y tenía la sensación de que Rose se centraba en los detalles solo para poder pensar mientras

hablaba—. ¿Adónde quiere ir a parar? Dígame.

—La anciana cuenta hasta cinco y sale a la carretera sin ver nada. Como ya le he dicho, el coche es minúsculo, y el perro, el gato y ella pronto se quedan sin aire y se les empañan los cristales de las ventanillas. Cuando la cosa empeora, para el coche, abre las puertas y espera unos minutos.

Rose hizo una pausa; saltaba a la vista que se tomaba muy en serio lo que estaba contando.

—En una de esas paradas, hacia las veintitrés horas y cuarenta y cinco minutos, vio que alguien arrastraba una piragua hacia la playa, justo delante de la casa de Maxime Daeron.

Dupin abrió mucho los ojos. Lo entendió enseguida.

—No pudo reconocer a la persona. Ni siquiera puede decir si era un hombre o una mujer. Pero alguien llegó a la playa en una piragua, de eso está segura.

Dupin se pasó la mano por el pelo. Era una noticia terrible. Evidentemente, en teoría era posible que alguien hubiera cogido una piragua la noche anterior solo para disfrutar de una pequeña aventura y que hubiera remado desde Port-Blanc hasta la isla de Moines, hasta la playa de Kerscot... Pero la probabilidad de que eso ocurriera por casualidad precisamente la noche en que se registró una muerte y que también sucediera por casualidad precisamente a la hora probable de la muerte y justamente en la playa del lugar de los hechos no era muy grande.

—Han examinado la canoa que esta mañana tenía agua. Poco después de que el chico lo denunciara... No han encontrado huellas digitales. Nada.

—¿La señora Clothilde está bien de la cabeza? Quiero decir que...

—Impecable. Todas las mañanas desayuna leyendo el *Télégramme* de cabo a rabo, y luego es capaz de repetir el contenido pormenorizado de los artículos, uno a uno, incluso algunas partes textualmente. Al mediodía va a Le San Francisco a pasar el rato con una buena tertulia.

Dupin se rascó la nuca.

—No es una casualidad. A Maxime Daeron lo asesinaron. Alguien escenificó el suicidio con una destreza impresionante y con mucha frialdad.

Las palabras de la comisaria flotaron unos instantes entre ambos. No, seguro que no era una casualidad. Pero entonces... Entonces el caso había dado un giro radical.

—Quizá dejaron el arma para cargarle el tiroteo —Dupin intentaba reconsiderar lo ocurrido o, mejor dicho, replantearse una de las muchas tramas de aquella historia—, y también para implicarlo en el proyecto de las algas. El asesino confiaba en que al final quizá incluso creeríamos que había asesinado a Lilou Breval.

—También es posible que Maxime Daeron estuviera implicado. Pero no actuaba solo. Es muy probable que, al menos en el proyecto de las algas, nos enfrentemos a más de un culpable.

Era para marearse. No paraban de abrirse nuevas posibilidades a un ritmo vertiginoso y con cambios súbitos.

—¡Mierda!

Seguramente se enfrentaban a un segundo asesinato. Mejor dicho: a un segundo asesinato execrable. Casi los habían engañado. Casi.

Rose no oyó la exclamación de Dupin. Había vuelto hacia la escalera. Dupin la siguió. Le sorprendió que la comisaria lo esperara en la puerta del despacho de la señora Bourgiot. Lo miró de un modo difícil de interpretar, pero que parecía una mirada cómplice.

Los dos comisarios entraron juntos. La señora Bourgiot los recibió tranquila, no se la veía molesta.

—Un par de preguntas más, señora Bourgiot. ¿Dónde estuvo ayer por la tarde y por la noche? Y denos el nombre de todas las personas que puedan corroborarlo.

Rose volvía a hablar en tono cordial y neutral. Con una concentración impresionante.

La señora Bourgiot contestó muy dueña de sí misma:

—Deduzco que ya no creen que haya sido un suicidio.

—Si es tan amable de contestar la pregunta.

La señora Bourgiot se reclinó en la butaca.

—Cuando no tengo trabajo, ceno con mi marido, ya lo saben. Ayer también. En el jardín. Él llegó a casa a las ocho. Yo, hacia las ocho y media. Estuvimos despiertos hasta medianoche. Quizá un poco más.

—¿Puede corroborarlo alguien, aparte de su marido? ¿Hizo alguna llamada?

—No. Solo mi marido. Dos llamadas.

—¿Desde el fijo?

—Desde el móvil.

—Piense también en el miércoles, le pregunto lo mismo: ¿recuerda si, además de su marido, hay alguien o alguna cosa que pueda confirmar que realmente estaba usted en casa? ¿Antes de las dos de la madrugada?

—No. Ya se lo dije. —La señora Bourgiot no perdía la calma.

—Entonces tendremos que volver a hablar largo y tendido con su marido. —Las palabras de Rose eran una amenaza clara.

Evidentemente, la señora Bourgiot podía haber hecho lo que decía, pasar una agradable velada con su marido... Pero las coartadas de ese tipo tenían pegas, ya lo habían experimentado una vez en ese caso.

—Sería nefasto. Otro asesinato sería nefasto para las salinas... Se derrumbarán todos los muros de contención.

Las palabras lúgubres de Bourgiot sonaron a capitulación. De pronto era consciente de su propia impotencia.

—¿Por qué lo dice?

La señora Bourgiot observó a Rose con una mirada vacía.

—Por nada.

Dupin pensaba en los progresos que habían hecho. Si a Daeron también lo habían

asesinado, se enfrentaban a un asesino que no era como pensaban al principio. Lo ocurrido la noche del miércoles no se debía únicamente a que una situación dramática, fuera cual fuese, se hubiera agravado y se hiciera aún más dramática... Alguien actuaba de manera sistemática. A Daeron (¿compinche o víctima?) lo habían «eliminado». Los motivos para cometer un asesinato eran de lo más diverso: dramas humanos, ofensas, pasiones trágicas, avaricia, venganza... «Crímenes en caliente», por mucho que a veces costara reconocerlos. Y luego había asesinos fríos, calculadores, sin escrúpulos, que no se detenían ante nadie ni ante nada con tal de alcanzar su objetivo. Perseguían sus propios intereses de un modo racional retorcido; las víctimas solo eran consecuencias que ellos asumían para llegar a su objetivo. Había personas sin conciencia. Dupin había conocido a más de una.

—¿Dónde trabaja su marido?

Dupin no tenía ni idea de adónde quería ir a parar Rose.

—También en el sector público.

—¿Qué hace?

—Es el director del servicio de aguas.

Dupin aguzó los oídos.

—¿Del servicio de aguas?

—Sí, es el responsable del suministro de agua potable... De las depuradoras, del sistema de distribución... Esas cosas.

—¿Aquí, en Guérande?

—Sí, en toda la península.

—Gracias por hablar con nosotros, señora Bourgiot.

En las últimas palabras de Rose no quedaba ni rastro de cordialidad. Y pusieron un punto final brusco a la conversación.

Poco después, los comisarios se iban del despacho acristalado.

La señora Bourgiot permaneció sentada. Imposible saber en qué pensaba.

Los tres inspectores esperaban delante del Centro de la Sal, en el polvoriento aparcamiento, bajo el sol dorado del atardecer. Le Ber y Chadron charlaban animadamente. Labat, un poco aparte, miraba el paisaje con cara de ofendido y malhumorado.

—Por aquí.

Sin más explicaciones, Rose se dirigió hacia uno de los grandes almacenes de sal. En uno de los laterales había un camino, que recorrieron hasta el final. Allí empezaban unos senderos de interpretación estrechos, de tierra y bien marcados. Dos carteles indicaban el recorrido correspondiente: «CIRCUITO CORTO (20 MINUTOS)» y «CIRCUITO LARGO (60 MINUTOS)». Rose se decantó por el largo, que doblaba bruscamente a la derecha. Estaban en los límites de las salinas, que quedaban a mano derecha: un territorio extenso, un mundo en sí mismo. Sin embargo, delante de ellos

se abrió de repente un paisaje distinto, totalmente inesperado. Un bosquecillo que parecía una jungla, tupido, exuberante, con sauces cuyas hojas casi tocaban el suelo. Junto a ellos empezaba un canal que discurría en línea recta y se perdía en la lejanía. Probablemente llegaba hasta la «tierra negra», el parque de Brière, un humedal de turberas y praderías, repleto de canales y estanques, que Dupin cruzó en coche con Henri el año anterior cuando volvían de Le Croisic. Justo donde empezaba el canal había una pasarela de madera, vieja y cubierta de musgo de color verde claro, que parecía sacada de un cuento. Amarrados a ella, tres botes largos y negros como el carbón, con asientos verdes.

A la sombra de los grandes sauces se veía una gran mesa de madera, con bancos a ambos lados. Rose, que parecía conocer muy bien la zona, ya casi la había alcanzado. La hierba crecía a orillas del canal en los tonos más distintos de verde y amarillo. Un escenario bucólico. Sumergido en una suave y espléndida luz dorada.

—Alguien tuvo que sedar a Maxime Daeron. Quizá en el garaje. Luego puso el cuerpo en la posición en la que produjo el disparo. Y le apretó el dedo en el gatillo.

Mientras presentaba el breve informe, la comisaria Rose, que no parecía reparar en el fabuloso paisaje, se sentó sin andarse con cumplidos. Los tres inspectores la imitaron. También Dupin. Una tarde de *picnic*. Esa conversación en un paisaje bucólico. Una situación un tanto extraña. Pero allí no les molestaría nadie.

—Eso explicaría también el pequeño vacío en los rastros de pólvora.

Labat fue el primero en hablar, naturalmente. Pero tenía razón.

Así debió de ocurrir, más o menos. Si no había sido un suicidio. Y a esas alturas, Dupin estaba convencido. Rose prosiguió:

—Una escenificación perfecta. El plan podría haber salido bien.

—Hay que adoptar la perspectiva del asesino, adentrarse en su mente. Como si escribiéramos una novela policíaca. Es lo que hace la ciencia.

Todos se quedaron mirando a Le Ber, que notó las miradas clavadas en él. Volvía loco a Dupin. La prefectura había presentado a bombo y platillo un programa de cursos oficiales destinados a los inspectores. Hacía dos meses que Le Ber había empezado el suyo: «Psicología del asesino: un instrumento criminológico indispensable». El de Labat empezaba en octubre y Dupin ya temblaba: «Cómo descifrar las señales del cuerpo: el sistema límbico delata al asesino».

—Todo es posible —Rose continuó sistematizando sin pestañear— en lo que respecta a Daeron y el arma. Es posible que fuera suya o que no lo fuera. Y si lo era, también se abrirían distintas posibilidades. Ni siquiera sabemos con certeza si Maxime Daeron estuvo el miércoles por la noche en las salinas. Solo sabemos que mintió y no cenó con su mujer.

—Si el asesino sedó a Daeron, tuvo que hacerlo con uno de los nuevos narcóticos que hay en el mercado. Y no es fácil conseguirlos.

Labat hablaba como un alumno aplicado.

—Damos por sentado que el asesino tiene conocimientos de bioquímica. El

asesino o uno de sus socios. Conocimientos y un laboratorio. No le habría resultado tan difícil —razonó Le Ber fríamente.

—¿Quién entiende de qué exactamente? ¿Y quién tiene relación con qué laboratorios? ¿Qué sabemos al respecto? —Dupin seguía pensando que ese era un punto de partida esencial.

—He investigado a fondo a las tres mujeres en ese sentido —informó Labat—. Empiezo con la señora Laurent: es bióloga.

—¿La señora Laurent es bióloga?

No fue exactamente una pregunta, sino más bien una exclamación de sorpresa por parte de Dupin. No se le había ocurrido, aunque era obvio por el trabajo que desempeñaba. Sacó la libreta de notas y empezó a escribir. Labat no perdió el hilo:

—Estudió en Burdeos. Nacida en Rennes. Pero nunca ha trabajado de bióloga, tampoco en Le Sel. Ocupa un puesto de dirección desde el principio. Le Sel tiene varios laboratorios de control alimentario, también uno en Vannes. De momento no hemos descubierto ninguna relación personal de la señora Laurent con ese laboratorio. Por lo demás, tiene un tío salinero. Tercera generación. Aquí, en Guérande. —Labat leía un papel y entonaba las frases como si fueran avances decisivos en el marco de un estudio laborioso y largo—. La señora Cordier es doctora en química alimentaria, una carrera específica de la Universidad París Sur, que se especializa en derecho alimentario, que es en lo que se doctoró, con solo veintitrés años. Nació en la ciudad de Guérande y es directora de departamento en el Instituto Oficial de Vannes. Dicen que pronto podría ocupar la dirección general. —Labat hizo una pausa teatral, como si se preparara para llegar al punto álgido de su discurso—. La señora Bourgiot es agrónoma, estudió también en París. Esos estudios suelen incluir seminarios de biología y química. No hemos descubierto ninguna relación directa de la señora Bourgiot con un laboratorio concreto, tampoco del Centro de la Sal. Después de un parón, entró a trabajar en el Centro al terminar la carrera. También nació aquí, en un pequeño pueblo entre Le Croisic y Saint-Nazaire.

—Genial. Todos los sospechosos son más sospechosos todavía.

Dupin se puso las manos en la nuca. Bien mirado, no había motivos para extrañarse: la gente que trabajaba allí, las personas que tenían algo que ver con la sal, seguramente habían seguido caminos similares.

Dos pájaros enormes pasaron volando de repente sobre sus cabezas; Dupin estuvo a punto de agacharse. Se posaron junto al canal. En un lugar donde la orilla era llana. Tenían unas patas largas impresionantes. Excepto él, nadie pareció prestarles atención.

—El señor Jaffrezic —intervino Chadron— no tiene ninguna relación con la química ni con la biología. No fue a la universidad y no siguió ninguna formación específica. Llegó de París a finales de los años setenta —miró abiertamente a Dupin—, un alternativo, un *hippy*...

—¿Un *hippy*? —Dupin estaba perplejo, aunque ¿por qué no?

—En los años setenta vinieron muchos inconformistas a la Tierra Blanca; querían vivir en armonía con la naturaleza, buscaban una forma de vida original, contemplativa. —Rose hablaba en tono de reconocimiento—. Con su idealismo, contribuyeron enormemente a preservar y a reconstruir las salinas. Por supuesto, al principio tuvieron muchos problemas con los salineros de siempre.

—¿Cuántos años tiene Jaffrezic?

—Sesenta y tres —dijo Chadron.

—¿Sesenta y tres?

Por lo visto, la armonía y la contemplación funcionaban. Dupin le echaba cincuenta y pocos, diez años menos.

Chadron pasó por alto la reacción de Dupin y prosiguió:

—La cooperativa trabaja con un laboratorio concreto. El Nourriture Sécure. Desde hace quince años. La que trata con ellos es una empleada de la cooperativa, pero el jefe del laboratorio y Jaffrezic se conocen, obviamente. Muy bien, por lo visto. Son verdaderos amigos. Nosotros...

—¿Amigos que a veces van a pescar juntos?

Dupin casi dio un respingo.

—Estamos investigando si era el amigo con el que Jaffrezic fue a pescar ayer por la tarde. Pronto lo sabremos.

Chadron era buena en su trabajo. Le Ber la miraba con admiración. Labat, con cara de vinagre.

—La empresa de Paul Daeron montó su propio laboratorio hace cinco años. Es lo normal en una empresa de ese tamaño.

—¿Dónde está el laboratorio?

—En la sede principal de la empresa.

Cuando descubrieron el asunto de las algas, Dupin se dejó llevar por la euforia y creyó que realmente tenían indicios sólidos en su poder que les permitirían reducir en gran medida el círculo de sospechosos. Pero Rose estaba en lo cierto, no les servirían para acotarlo. En el fondo, de nada. Eran inútiles. El comisario gruñó y echó una mirada al interminable canal.

—Tenemos que...

A Rose le sonó el móvil. Miró la pantalla y se levantó enseguida.

—Será un momento.

Se alejó unos pasos y se metió debajo de los sauces. Las ramas, que casi llegaban al suelo, la tapaban casi por completo. Hablaba en voz muy baja, no se oía lo que decía.

En la mesa de *picnic* se hizo el silencio. Dupin volvió a dirigir la vista inconscientemente a los dos pájaros grandes, que seguían en el mismo sitio. Al parecer, de caza. Uno de ellos acababa de detectar una presa, quizá una pobre rana. Hundió el pico veloz como una flecha. A Dupin le gustaban las ranas. De niño se entretenía jugando con ellas.

—Tenemos que continuar. Vamos con las coartadas. —Rose arrancó al comisario de sus pensamientos. La llamada no había durado mucho y no daba la impresión de que fuera a comentarla con ellos. Al contrario: ahora parecía tener prisa, como si la conversación la hubiera interrumpido otro—. ¿Qué hay de la señora Cordier? Al principio no sospechábamos de ella. ¿Qué hay del miércoles por la noche, de la fiesta?

—He hablado con tres testigos. Había más de cien invitados, una gran fiesta. La señora Cordier estuvo allí. Desde las diez hasta la una y media aproximadamente.

Después de dar esa información, Labat titubeó un momento, como si quisiera añadir algo. Pero al final no dijo nada.

—De acuerdo. Entonces pudo participar en el tiroteo, en teoría tuvo tiempo. —Rose arqueó levemente las cejas—. Pregúntele a la señora Cordier qué hizo anoche. El comisario Dupin y yo no se lo hemos preguntado.

—Hablaré con ella.

A Labat le gustaban esos encargos.

—¿Y los demás? ¡Rápido! —Rose estaba impaciente. Dupin lo entendía.

—La señora Laurent no tiene coartada. Para ninguna de las dos noches —Labat pasó a informar en su típico estilo sincopado—. La señora Cordier, ya lo hemos comentado. La directora del Centro de la Sal, la señora Bourgiot, estuvo el miércoles en el jardín con su marido, desde las veinte horas y treinta minutos hasta medianoche...

—Y anoche también. Eso dice.

—Lo comprobaremos —masculló Labat.

—Respecto al señor Jaffrezic, ya sabemos que ayer salió a pescar —volvió a intervenir Chadron; daba la impresión de que los tres inspectores trabajaban muy coordinados—. El miércoles salió de las salinas con sus trabajadores a las veinte horas y quince minutos, y se fue a Le Croisic con dos amigos salineros, a cenar algo. A las veintiuna horas y treinta minutos estaba en las fiestas de Pornichet. Con los dos salineros amigos. Estuvo allí hasta medianoche. Los dos lo han confirmado. Ayer por la tarde, Paul Daeron tuvo una reunión, igual que el día anterior. Lo hemos comprobado. Después, como ya saben, dice que estuvo en su barca, pero no puede confirmarlo nadie. Y luego volvió a casa. Su mujer y su hija han confirmado que cenaron juntos hacia las veintiuna horas y treinta minutos. Y se fueron a dormir hacia las diez y media.

—No tiene coartada para la hora decisiva. Podría haberse levantado sin que se dieran cuenta.

—Cierto —Rose lo dijo secamente—. He hablado otra vez con el químico forense. Según él, necesitaban un laboratorio, aunque fuera provisional; tenían que comprar soluciones bacterianas y seleccionar las bacterias mediante un proceso complicado; tenían que realizar ensayos y comprar nutrientes para que los microorganismos se multiplicaran; también tenían que conseguir algas en grandes

cantidades y luego comprobar los resultados y las muestras de agua en el laboratorio. Para eso hace falta tiempo y dinero. Y si no era cosa de una sola persona, se supone que se comunicaban entre ellos. Tiene que haber llamadas, SMS, correos electrónicos, reuniones...

—Si no se presentan cargos, no podemos reclamar que nos den esos datos —comentó celosamente Labat—. En el caso de Maxime Daeron, todavía no hemos encontrado nada sospechoso. En ningún sitio. Y su mujer no ha podido aportar nada.

—He encargado a algunos agentes que contactaran —Rose siguió hablando como si Labat no hubiera dicho nada— con los laboratorios que comercializan microorganismos específicos. Hasta ahora, nada... Acabo de recibir el primer informe parcial. —Así pues, de eso iba la llamada—. Pero... Quizá tengamos suerte. Ahora bien, si se trataba de microorganismos poco especiales, de los que se pueden comprar en cualquier centro de jardinería, no sacaremos nada en claro.

Dupin notaba una inquietud cada vez mayor. Quizá se debía a aquella situación inusual. En toda su carrera de policía, nunca había especulado tanto sobre un caso en compañía de tantos compañeros. Normalmente, durante una investigación solo se reunía con sus inspectores porque se veía obligado.

—En la Tierra Blanca hay doce asociaciones y agrupaciones culturales. En torno a la sal y a Guérande. La más conocida es una que se llama Los Amigos de Guérande. Se ocupan de conservar el legado cultural de la sal. —A veces era imposible saber a qué venía la información que presentaba Le Ber; Dupin suspiró—. Y también hay organizaciones de carácter laboral. En defensa de determinados intereses, asociaciones de empresarios, de profesionales... Si no me equivoco, diez como mínimo.

Evidentemente, nadie dijo nada.

Dupin no podía más. Se levantó.

—Todos los sospechosos son miembros de varias asociaciones. Aunque con distintas combinaciones. De algunas, incluso son socios fundadores. Jaffrezic y Bourgiot, por ejemplo, son presidentes de una asociación en defensa de la protección ecológica de las salinas. Ahora tiene más de doscientos miembros. El año pasado nombraron tesorero a Maxime Daeron. Organizan muchas actividades.

Le Ber presentó esa información igual que las anteriores, con prudencia, casi como si no tuviera ningún objetivo concreto. Esta vez, todas las cabezas se volvieron hacia él, que no pareció darse cuenta. Se lo quedaron mirando.

—Lo he indagado cuando he ido al ayuntamiento. Y aquí, en el Centro de la Sal —añadió, casi a modo de disculpa.

—¿Maxime Daeron, Bourgiot y Jaffrezic?

Dupin se quedó quieto junto a la mesa. Era una locura... Pero cabía la posibilidad. Justamente. Por casualidad. Le Ber había tenido una idea brillante al ponerse a investigar asociaciones y agrupaciones, al querer averiguar quién coincidía con quién en alguna de ellas.

—Una asociación podría ser la tapadera perfecta para el proyecto de las algas. — Rose había atado cabos—. Resulta difícil imaginar una opción mejor.

Le Ber hojeó una libreta repleta de anotaciones que tenía encima de la mesa:

—Entre los seis se dan muchas combinaciones. Todos forman parte de las dos grandes asociaciones de profesionales. Excepto Jaffrezic, curiosamente. Laurent y Jaffrezic son socios de la que se dedica a promocionar la comercialización de la sal bretona. Probablemente, esa es la más poderosa. Por citar otro ejemplo: en una división de la Federación Salinera de Guérande, centrada en la flora y la fauna, están inscritos Maxime Daeron, la señora Laurent y la señora Cordier.

Todos miraron de nuevo a Le Ber, que esta vez había hablado con más determinación (incluso con cierto orgullo) y ahora parecía desconcertado ante las caras de decepción que veía.

—Entonces no son pruebas contundentes —comentó Labat exultante—. Si nos basamos en esa información, cualquiera de ellos podría ser culpable.

Tenía razón, pero era una posible pista. Una idea de cómo pudo haber empezado todo. Quién se relacionaba con quién, cómo y dónde.

—Quiero una lista de todas las asociaciones a las que pertenece cada uno de ellos. —Dupin seguía de pie junto a la mesa. Con la mano derecha en la nuca.

—Ya la tengo.

Le Ber había hecho un buen trabajo. Le alcanzó la libreta al comisario. Rose se levantó, se acercó a Dupin y también estudió los datos.

Era una lista meticulosa, escrita en letra diminuta, seis páginas; a la izquierda, todas las asociaciones y agrupaciones; a la derecha, los sospechosos que eran socios. Realmente se daban casi todas las combinaciones posibles. Era para volverse loco.

—¿Sabe a qué se dedican, cuál es su objetivo?

Pocas asociaciones tenían un nombre que permitiera deducirlo, al menos a Dupin.

—De casi todas...

El móvil de Rose interrumpió a Le Ber. A diferencia de antes, solo se apartó un poco para contestar.

—Buenas...

Rose enmudeció. Y no se movió de donde estaba. Los tres inspectores y Dupin también se quedaron inmóviles. La comisaria sujetaba con fuerza el teléfono. No decía nada. Estuvo en silencio una eternidad. Luego:

—Por supuesto.

Se esforzó por hablar en tono tranquilo, pero se notaba que estaba alterada.

Volvió a escuchar.

—No, señor Daeron... Espérenos... Llegaremos enseguida... ¿Dónde está...? ¿Oiga? ¿Señor Daeron? ¿Me oye?

Esperó, aguzando los oídos. Otra vez mucho rato. Era enervante. Luego apartó el teléfono bruscamente.

—Paul Daeron. Dice que tiene que hablar con nosotros enseguida. Que vayamos

a verlo... Que quiere... —Rose titubeó un instante— contarnos toda la historia. —La comisaria parecía muy inquieta, y no intentaba disimularlo—. Iba a decirme dónde estaba, pero entonces ha ocurrido algo... He oído mucho ruido, como una pelea... Daeron ha gritado algo, pero no lo he entendido, y la conversación se ha cortado. Llamaba desde un número oculto.

Chadron, Labat y Le Ber se levantaron en el acto.

—Hay que averiguar urgentemente dónde está Paul Daeron.

Dupin se apartó del resto y se dirigió a la pasarela. Se detuvo y contempló el agua oscura y verdosa del canal. La superficie estaba lisa. Una bandada de pájaros negros pasó volando parsimoniosamente sin hacer el menor ruido. Una placidez infinita.

—Mierda.

Lo dijo en voz alta; pudieron oírlo desde la mesa.

—Sí, exacto, busquemos al señor Daeron. Y es muy urgente.

Como era de temer, Paul Daeron no había vuelto a llamar. Rose, Dupin y los tres inspectores habían regresado rápidamente al aparcamiento del Centro de la Sal y ahora estaban al lado de sus coches, un poco repartidos, con el teléfono pegado a la oreja. Dupin hablaba con la secretaria de Paul Daeron.

—Hace una hora y media ha mantenido una conversación muy larga por teléfono, señor comisario, y luego me ha dicho que tenía que irse. Quería estar solo... Parecía muy alterado.

La secretaria también parecía alterada por el hecho de que la hubiera llamado la policía.

—¿Puedo hacer algo? No pensaré que le ha ocurrido algo malo, ¿verdad? Después de lo de su hermano...

Dupin pensó un momento.

—¿Lo han llamado o ha llamado él?

—No lo sé.

—¿Desde qué teléfono?

—Cosa rara, con el móvil. —La secretaria estaba cada vez más nerviosa—. No es que lo haya oído, las paredes están bien aisladas. Pero si hubiera llamado desde el fijo lo habría visto en la pantalla de mi teléfono. El señor Daeron no es muy amigo de los móviles, siempre echa pestes, dice que nunca...

—Deme el número.

—Un momento. Nunca lo utilizo. 0 67 83 76 56.

—¿Es un móvil privado?

—Sí. El director no tiene móvil de empresa. El que le digo es de prepago. No creo que lo use mucho.

—¿Tiene algún documento? Necesitamos el número de la tarjeta SIM.

—No —contestó apabullada.

—¿Sabe cuándo lo compró?

—No.

Genial. Sin el número de identificación de la tarjeta SIM no podían hacer absolutamente nada. No obtendrían la lista de llamadas, nada.

—¿Y no habrá oído alguna palabra suelta de la conversación?

—No, de ningún modo.

Dupin no la creyó.

—Es sumamente importante. Ayudaría mucho al señor Daeron.

—No, yo no sé nada —contestó casi sollozando.

—Un agente se pondrá en contacto con usted para comprobar el registro de llamadas del fijo. ¿Y tampoco sabe adónde ha ido el señor Daeron?

—No, lo lamento. No ha dicho nada. Pero nunca me cuenta nada de su vida privada. Es muy discreto. Tienen la dirección de su casa en La Roche-Bernard y en la isla de Moines, ¿verdad?

—Sí. Supongo que se ha ido en su coche, ¿no?

—Sí.

—Gracias.

Dupin iba a colgar. Pero volvió a insistir.

—¿De verdad que no se le ocurre a qué podía referirse cuando le ha dicho que «quería estar solo»?

—Lo dice a veces. Pero nada más, solo eso. Ya se lo he dicho, nunca habla de su vida privada.

—Gracias.

Dupin colgó.

—¿Y bien?

Rose estaba a su lado. Dupin la informó escuetamente.

—Tengo un mal presentimiento —dijo la comisaria con la serenidad que Dupin conocía, sin dramatismos.

Rose les hizo una señal a los tres inspectores, que se reunieron inmediatamente con ella. Labat seguía al teléfono, pero colgó enseguida.

—Chadron, encárguese de que localicen el móvil de Daeron. Eso es lo primero. Luego tenemos que averiguar dónde están todos los sospechosos. Llámenlos y háganles una visita. Envíen a un par de agentes de la zona si hace falta para agilizar las cosas. —Rose hablaba a toda prisa—. A la señora Laurent, a la señora Bourgiot y a Jaffrezic. Y también a la señora Cordier. Nos encargaremos por separado de cada uno de los sospechosos. Tenemos que ser rápidos.

Era mucho, pero estaba en lo cierto. También en lo de asumir el riesgo de concentrarse en esas cuatro personas. Tenían que actuar. Era muy probable que Paul Daeron se encontrara en peligro. Aunque quizá también estaba implicado en la historia.

—Un coche de la policía va camino de la casa de Daeron en La Roche-Bernard. Llegará enseguida.

Chadron estaba muy concentrada.

—Nosotros nos encargamos de Laurent —dijo Rose, mirando un momento a Dupin. Él también habría escogido a esa sospechosa, pero le habría gustado apretarle las clavijas solo.

—Yo me ocupo de Bourgiot —dijo Labat, que ya tenía el teléfono pegado a la oreja.

—Y yo de Jaffrezic. —Le Ber tenía el móvil en la mano—. Acaban de comunicarme que el amigo con el que fue a pescar ayer no es el jefe del laboratorio. Por lo visto, no suelen pescar juntos.

Con eso, al menos no aumentaban las sospechas contra él.

—Yo me hago cargo de Cordier —dijo Chadron con voz sombría.

—Quiero que alguien se ocupe también de la mujer de Maxime Daeron. —Rose seguía en sus trece—. Por si acaso.

Todos la miraron un poco sorprendidos.

—Ya lo hago yo —dijo resuelta Chadron.

—Pues en marcha. Tengo que dejar libre el móvil por si Daeron llama otra vez. Contactaremos por radio.

Miró un momento a Dupin.

—Iremos en mi coche. —Rose ya tenía las llaves en la mano—. Conduzco yo.

Dupin puso los ojos en blanco.

La secretaria de la señora Laurent parecía una mujer amable y avispada.

—Ha estado en la oficina hasta las tres y media. Luego se ha ido.

Ségolène Laurent no contestaba al móvil ni al fijo.

—¿Y seguro que no sabe adónde ha ido?

Dupin hablaba apretando los dientes. Había activado la función de manos libres para que Rose pudiera oír lo que decían y se sujetaba fuertemente con la mano derecha a la puerta cada vez que venía una curva, y allí había muchas. Jamás lo habría creído posible, pero Rose era capaz de circular por la estrecha carretera que llevaba al golfo a una velocidad aún más temeraria que en los dos días anteriores. Al menos, esta vez había puesto la sirena y las luces, aunque eso no facilitaba precisamente la conversación.

—No, hoy no tenía nada más en la agenda. Mañana sale de viaje a Aviñón. Cuando no está fuera, los viernes siempre se va de la oficina más o menos a esa hora.

—¿Y el motivo del viaje?

—Visitar las salinas del delta del Ródano.

—¿Cuándo lo programó?

—Esta mañana a primera hora. De vez en cuando improvisa un viaje de negocios.

—¿Ha hablado por teléfono con alguien antes de marcharse?

—Supongo. Cuando está en la oficina, no para de hablar por teléfono.

—¿La ha notado distinta? ¿Le ha llamado la atención alguna cosa?

—Estaba como siempre. Me ha deseado un buen fin de semana.

La secretaria no perdía la calma y no parecía especialmente preocupada por el hecho de que un comisario de la policía le hiciera esas preguntas.

—¿Quién podría decirnos dónde está?

—Eso no lo sé, lo siento. Quizá su mejor amiga, la señora Sinon, la directora de Le Gall, el mayor fabricante de productos lácteos. La señora Laurent sale mucho de viaje. Y cuando está aquí, suele quedarse en su casa, en la isla de Arz... Quizá ha ido a nadar. Le encanta.

—Necesitamos los números de teléfono a los que ha llamado la señora Laurent en las últimas horas desde el fijo. ¿Podría averiguarlos y llamarme enseguida para dárme los?

La secretaria tardó un poco en contestar.

—Ha dicho que se trata de una investigación policial, ¿verdad?

—Muy importante.

—Llámeme dentro de un rato.

Dio la impresión de que iba a colgar.

—Espere... ¿No sabrá por casualidad si la señora Laurent ha tenido tratos con el señor Paul Daeron estos últimos días?

—Oh, sí, por supuesto. Es cliente de la señora Laurent. Le Sel le suministra sal para su empresa.

—¡Qué! —exclamó Dupin.

—Saucisse Breizh nos compra sal para elaborar embutidos. Los dos hablan por teléfono de vez en cuando. Y también se reúnen. La señora Laurent le da mucha importancia a hablar en persona con los grandes clientes, se lo toma muy en serio. Los últimos días, no lo sé... No hay nada apuntado en la agenda. Será mejor que se lo pregunten a ella.

—Lo haremos... ¿La señora Laurent usa el móvil de la empresa?

—Sí, y con mucha frecuencia.

—¿Sabe si también tiene un móvil privado? ¿De prepago?

Por primera vez, la secretaria pareció indecisa.

—No. Y me parece bastante improbable.

—¿Buscará los números que le he pedido?

—Me pongo a ello ahora mismo.

Dupin colgó.

Era asombroso. Cada vez se enteraban de más vínculos entre los sospechosos. De los que nadie les había dicho nada. Rose aceleró temerariamente al salir de una curva muy cerrada y el coche derrapó. Conduciendo de esa manera, llegarían en media hora. La comisaria había enviado por delante a dos agentes de Auray.

La radio de Rose recibió una llamada.

—Aquí Le Ber.

—Adelante.

La comisaria sujetaba ahora el volante con una sola mano.

—El señor Jaffrezic está en una de sus salinas. Probablemente solo, según ha declarado uno de sus empleados. En la salina en la que ha estado trabajando los últimos días, por debajo de la balsa ciega. Llegaré enseguida. No he podido hablar con él por teléfono.

—De acuerdo.

—Le Ber fuera.

¿Tal vez habría sido mejor quedarse en las salinas? De repente, Dupin no estaba seguro. ¿Paul Daeron había quedado con alguien por iniciativa propia o por iniciativa del otro? Si había sido él quien lo había propuesto, seguramente también había sido él quien había fijado el lugar de encuentro. Rose había ordenado la búsqueda de su coche, un Citroën Crosser como el del hermano, pero azul oscuro.

La comisaria todavía tenía la radio en la mano cuando recibió una nueva llamada.

—Aquí Labat.

—Adelante.

—La señora Bourgiot está en una salina, uno de sus empleados ha dicho que seguramente por algo relacionado con un nuevo circuito de la sal. Cerca de la laguna, en dirección a Le Croisic. Combinado con zonas dedicadas a la ornitología. No ha sido fácil encontrar a alguien que lo supiera. Solo he podido hablar un momento con ella, la conexión era muy mala. Y se ha cortado de repente. Es probable que no me haya entendido. Voy para allá.

—Entonces los dos estarán en las salinas —Dupin lo dijo en voz alta.

Se hizo un breve silencio, como si Labat no supiera qué contestar. Dupin siguió tirando del hilo:

—¿Cuánta distancia hay entre la salina en la que está Bourgiot y la salina que Jaffrezic tiene cerca de la balsa ciega?

—En línea recta, supongo que unos setecientos metros.

Rose retomó la palabra:

—Dígale a Chadron que envíe un helicóptero a las salinas, que las sobrevuele en busca del coche de Daeron. Y de los sospechosos. Solo tardará unos minutos en llegar desde Saint-Nazaire.

—Entendido. Labat fuera.

Entonces sonó el móvil de Dupin. Aquello era un no parar. La secretaria de la señora Bourgiot.

—¿Sí?

—Los números.

—La escucho.

Dupin dejó de agarrarse a la puerta y sacó la libreta de notas. La secretaria le dictó con paciencia siete números, la hora y la duración, y si las llamadas eran «entrantes» o «salientes».

—Ya está. Esas son las llamadas de las últimas horas.

—Se lo agradezco mucho.

Dupin colgó. No le sonaba ninguno de los números. Llamaría por orden. Otra vez contactaron por radio. La inspectora Chadron.

—No localizan el móvil de Paul Daeron. Debe de estar apagado. O estropeado. Ya han llegado unos agentes a su casa de La Roche-Bernard. Nada indica que haya pasado por allí en las últimas horas. Hemos vuelto a hablar con su mujer. Está muy preocupada. No sabe dónde puede estar su marido. No hemos podido contactar con la señora Cordier. Después de hablar con ustedes, ha estado un momento con la señora Bourgiot y se ha marchado del Centro. El instituto donde trabaja cierra los viernes por la tarde. No hemos podido hablar con nadie. Voy de camino a su casa, en Pen Lan. Ya han ido dos agentes. Su coche no está en la puerta. Y parece que ella tampoco está.

—¿Y la mujer de Maxime Daeron?

—Tenía una reunión en Vannes. Hasta las cuatro. Le ha dicho a un compañero de trabajo que después iría a hacer unas compras. No hemos podido hablar con ella.

—De acuerdo, Chadron.

Rose colgó la radio en su sitio y pisó el acelerador a fondo al llegar a una recta larga (Skippy no habría tenido ninguna posibilidad). Dupin vio con alivio que volvía a conducir con las dos manos en el volante.

Iba por el cuarto número. A ese había llamado la señora Laurent. Los tres anteriores (en la libreta de notas ponía «llamadas entradas») eran contactos de trabajo sin interés.

—Muebles y terrazas, ¿dígame?

Dupin colgó. El siguiente número (la llamada también la había hecho la señora Laurent) era de un restaurante. Marée des Oiseaux. Una reserva para la próxima semana. Tres personas.

—El mejor restaurante de la zona. Tienen un cocinero muy joven que será uno de los grandes. Su dorada a la sal con hinojo es pura poesía.

Inmediatamente, como si no hubiera hecho ese comentario, la comisaria volvió a centrarse en el caso:

—Tenemos que localizar el móvil de prepago. Podría ser un sistema discreto para comunicarse entre ellos. Quizá todos los implicados tenían uno. Más anónimo, imposible.

Dupin no contestó. En el sexto número le saltó un contestador automático sin personalizar. El séptimo era de otro restaurante. Esta vez de Marsella. Una reserva para cenar el día siguiente. Tres personas. El viaje de trabajo. La reserva iba solo a su nombre.

Rose continuó hablando como si pensara en voz alta.

—Quería hablar. Paul Daeron nos lo iba a contar todo. Quizá estaba involucrado... y quería entregarse. Confesar. Y se lo ha dicho a alguien más, a otra persona implicada. Quizá quería reunirse con esa otra persona.

Era posible. Psicológica y realmente creíble. Podría haber ocurrido así.

—O es inocente —concluyó Rose— y se ha enterado de algo, ha descubierto la historia.

Eso también era posible.

—Pronto encontraremos el «punto mágico».

Dupin se sorprendió a sí mismo con esa frase (al menos tanto como Rose) y se le escapó una sonrisa.

Tardarían quince minutos en llegar al puerto de Arradon, que estaba un poco más cerca de la isla de Arz que Port-Blanc. Rose había dado órdenes para que los esperara una patrullera.

Los tres inspectores se habían comunicado otra vez con ellos y Rose no había vuelto a coger el volante con las dos manos.

Labat seguía sin encontrar a la señora Bourgiot y sin poder hablar por teléfono con ella. Se notaba que estaba desesperado, las indicaciones en las salinas eran siempre muy vagas. Ahora las recorría sistemáticamente, empezando por las que tocaban a la laguna. El inspector había podido comprobar que la cobertura en esa zona era muy inestable.

La señora Bourgiot tampoco estaba con Jaffrezic (al menos en esos momentos). Le Ber acababa de llegar a su salina y lo había encontrado enseguida: trabajando solo, como el día anterior. Recolectando flor de sal. Afirmaba que había pasado allí toda la tarde. Solo. Y que no había hablado ni había visto a Paul Daeron, ni ese día ni los anteriores. Le Ber no encontró indicios de que la señora Bourgiot hubiera estado allí y Jaffrezic rechazaba de plano la posibilidad. A pesar de todo, el inspector decidió registrar a fondo la salina y los alrededores, sobre todo los cobertizos. Mientras hablaban por radio con Le Ber oyeron dos veces el helicóptero, que ya había entrado en acción. Hasta entonces, sin éxito.

Por último, según el informe de Chadron, seguían sin localizar a la señora Cordier y siempre les saltaba el contestador, tanto en el móvil como en el fijo.

—¿Usted qué cree?

Se hizo un breve silencio. Rose le daba importancia a la pregunta. Iba muy en serio.

—Yo...

Otra vez la radio.

—Aquí el equipo destinado a la casa de la señora Laurent.

Dupin no los conocía. El policía que hablaba parecía joven y se le notaba la adrenalina de los que aman el riesgo. Como si hubiera dicho: «Aquí el equipo SWAT, preparados para el asalto».

—Le escucho.

—Acabamos de llegar. —Se oyeron crujidos de múltiples interferencias—. En la

entrada hay un Audi A8 de color antracita, es el coche de la señora Laurent. Hemos llamado, pero no abre nadie.

—Ha ido a casa directamente al salir de la oficina.

Dupin lo dijo en voz alta de manera inconsciente. Rose hizo caso omiso del comentario.

—Accedan a la casa. Inspeccionen la finca. Y los alrededores. Le gusta ir a nadar. No está muy lejos de la playa. Seguro que hay un acceso directo desde el jardín.

—No tenemos autorización judicial. No tenemos orden de registro.

El miembro del equipo SWAT se había transformado y ahora hablaba con un hilo de voz.

—Entren ahora mismo. Situación de peligro inminente. Es una orden directa y ustedes la cumplirán de inmediato.

Las palabras contundentes de Rose y su voz firme excluían la posibilidad de nuevas réplicas.

—Entramos ahora mismo.

Rose dejó la radio.

Habían llegado al término municipal de Arradon. En el núcleo urbano, Rose redujo la velocidad a setenta kilómetros por hora. Dupin contó por encima tres semáforos en rojo, que Rose se saltó sin siquiera reducir un poco la marcha. Tenían que cruzar el pueblecito para llegar al muelle, donde los esperaba la patrullera.

—Usted cree que es la señora Laurent —Dupin hablaba cavilando—, cree que está implicada en el proyecto de las algas y también que es la asesina...

—Yo...

Sonó el móvil de Dupin.

Miró el número y lo reconoció.

—Soy la secretaria del señor Daeron —dijo titubeando.

—Usted dirá.

—He mirado los números a los que ha llamado el señor Daeron esta tarde desde el fijo. Había tres. La conversación larga, la que lo ha alterado mucho, la ha tenido desde el móvil, pero si quiere el número...

La radio de Rose interrumpió a la secretaria.

—¿Están ahí? Tengo novedades. —Chadron estaba tan nerviosa que casi se trabucaba.

—¿Qué ha pasado? —La secretaria parecía muy asustada. Dupin se había olvidado de terminar la conversación. Colgó.

—He cumplido la orden que me ha dado esta tarde —Chadron intentaba contener la excitación— y he pedido la lista de infracciones de tráfico por exceso de velocidad que han registrado los radares fijos y móviles desde el miércoles por la tarde hasta este mediodía. Dos compañeros las han revisado —hablaba muy deprisa, casi sin respirar— y han comparado las matrículas con las de los vehículos de los sospechosos.

Se hizo un silencio que parecía injustificado. Dupin aún no entendía lo que Chadron les contaba ahora sin venir a cuento, pero empezaba a intuirlo.

—Un radar móvil situado dentro de un coche aparcado en la D 28, cerca de Crac'h, detectó el miércoles por la noche, a las veintitrés horas y cuarenta minutos, un Renault Laguna negro, matrícula GH 568 PP – 44. La fotografía es de baja calidad, pero los técnicos creen que se puede mejorar la imagen para identificar al conductor. El coche iba a una velocidad de ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora. —Chadron cogió aire y concluyó el informe—: Crac'h está a siete kilómetros de Kerpenhir. Donde está la casa de los padres de Lilou Breval.

Dupin solo tardó una décima de segundo en comprender la magnitud de la noticia.

Era eso.

La tenían.

Antes de que él tuviera tiempo de reaccionar, Rose pisó el freno sin avisar (y sin decirle una palabra a Chadron). Las ruedas rechinaron y chirriaron. Una sacudida brutal. El frenazo en seco lanzó a Dupin hacia delante, se le clavó el cinturón y notó un dolor agudo en el hombro, que apenas le había molestado en todo el día. Ocurrió en cuatro o cinco segundos. Luego, el coche se detuvo. Una acción de película. A pocos metros del muelle. Con el golfo delante. Unas vistas impresionantes. Dos niños pequeños y su padre, que llevaba un bote inflable de color amarillo chillón, se dieron la vuelta y se quedaron mirando el coche muy preocupados.

—Solo disponemos de un intento. Eso, si no es demasiado tarde... ¿Hacia dónde?

No era la señora Laurent. Al menos no era la asesina de Lilou Breval. Y seguramente tampoco de Maxime Daeron. Dupin recordaba el gran Renault... El día anterior, en las salinas en las que aparecieron los bidones. Era el mismo modelo que conducía Rose, pero negro. Sabía de quién era.

Había sido un golpe maestro. De la comisaria Rose, que no le contaba todas sus actividades y había vuelto a mantenerlo al margen. Pero eso era secundario ahora. La tenían en sus redes... Rose ya se había acercado mucho con lo de la piragua y la anciana. Y luego se le había ocurrido una idea simple, pero genial. Había que reconocerlo. Revisar todas las infracciones por exceso de velocidad de los últimos días. La Bretaña estaba infestada de radares móviles. Una idea genial, porque los investigadores no eran los únicos que tenían que moverse en coche. Y lo más importante: no eran los únicos que tenían que conducir a toda pastilla.

—¿Adónde vamos?

Rose lo arrancó de sus pensamientos. Tenía razón: esa era la única cuestión que importaba en aquel momento. Las demás ya vendrían más adelante.

—¿Dónde pueden haber ido? ¿Daeron y Cordier?

Rose dio media vuelta. Y cruzaron el pueblo en sentido contrario (esta vez sin la

sirena ni las luces puestas, y despacio), en dirección a la autopista. Una vez allí, tendrían que optar por ir hacia la izquierda o hacia la derecha. A las salinas o al golfo.

Los dos guardaban silencio. Las ideas les bullían en la cabeza. Se notaba la tensión. Tenían una sola oportunidad. Quizá.

—Paul Daeron quería estar solo... La barca... —Las palabras de Dupin rompieron el espeso silencio—. Donde tiene la barca. Dijo que era un sitio tranquilo. Es «su» sitio. Ahí es donde tenemos que ir.

Esa conclusión no era el resultado de un análisis racional, sino más bien un impulso, una asociación de ideas. Una intuición. Rose lo miró desconcertada un momento.

El comisario sacó la libreta de notas y la hojeó a toda prisa. Lo había apuntado, seguro.

—La desembocadura del Vilaine. —Lo había encontrado en una de las páginas repletas de notas garabateadas—. Tiene la barca en la desembocadura del Vilaine. Dijo algo de Vannes y La Roche-Bernard, y que tardaba quince minutos.

A Rose le brillaron los ojos.

—Eso está precisamente entre Pen Lan y La Roche-Bernard. Donde viven Paul Daeron y la señora Cordier. Entre las salinas y el golfo. No muy lejos de aquí.

—¿Hay algún puerto?

—No —contestó Rose en voz baja—, es la parte norte de la desembocadura. Zonas rocosas, prados, grandes campos de maíz, setos, brezales y unos cuantos dólmenes. Bastante tranquilo. Solitario. Hay que saber adónde se quiere ir. —De repente le cambió la expresión de la cara—. En la punta de Moustoir, casi en la desembocadura, donde el terreno se vuelve accidentado, hay una pequeña concentración de boyas a las que se amarran las barcas. Río arriba. También hay boyas en las dos o tres playas de delante.

Dupin no conocía la zona. Rose guardó silencio. Luego se estiró, ladeó la cabeza a la derecha y a la izquierda... y pisó el gas a fondo. El coche pegó un acelerón.

—Llegaremos en quince minutos.

Cogió la radio.

—¿Me oye, Chadron?

—La oigo.

—Envíe varias patrullas inmediatamente a la desembocadura del Vilaine. A las playas en las que amarran barcas en verano. Que busquen un Citroën Crosser azul marino y el Renault Laguna negro. Y el velero de Paul Daeron. Nosotros llegaremos enseguida. Vamos hacia la punta de Moustoir.

—¿Voy yo también? ¿Con Le Ber y Labat?

—No. Pero infórmeles. Ustedes sigan con lo que están haciendo. Todavía no sabemos quién está implicado. No quiero más sorpresas. Y a lo mejor no los encontramos. Solo es un intento.

Eso era importante: no sabían quién estaba implicado. Quién, cuántos. Pero

habían identificado a una persona. La más que probable asesina de Lilou Breval. Imposible imaginar otra cosa. Céline Cordier había declarado que el miércoles por la noche estuvo en una fiesta en Pen Lan. Desde las diez hasta la una y media de la noche. Ininterrumpidamente, sin salir ni una sola vez. La habían visto a las veintidós horas y a la una y cuarto, había testigos. Pero entretanto... los radares la habían detectado a cincuenta y siete kilómetros de la fiesta, conduciendo a una velocidad excesiva. A las veintitrés horas y cuarenta minutos. A tan solo siete kilómetros del escenario de un crimen, del lugar en el que hacia esa misma hora habían asesinado a Lilou. Solo cabía llegar a una conclusión. Dupin no tenía ninguna duda. Era ella.

Dupin tenía el mapa a escala abierto en el regazo. Entre Pen Lan y el extremo de la extensa desembocadura del Vilaine había siete pequeñas carreteras que iban a parar al mar. Todas se ramificaban en varios caminos. Habían dejado atrás la carretera nacional y acababan de cruzar Billiers por una carretera estrecha que bajaba hacia el río. Directamente hacia la punta de Moustoir. A solo cinco kilómetros. Esa carretera también se ramificaba al final. Probablemente, en unas cuantas pistas de tierra. Hacia algún caserío.

Los comisarios no habían intercambiado una sola palabra. Curiosamente, los móviles y la radio también guardaban silencio.

Era una empresa arriesgada. Se lo jugaban todo a una carta.

La carretera, como mucho un metro más ancha que el coche, discurría recta entre maizales. Dupin miró casualmente hacia el indicador de velocidad: ciento cincuenta kilómetros por hora. Acababan de pasar por un tupido bosquecillo. Dejó el mapa en los asientos de atrás sin tomarse la molestia de plegarlo.

La comisaria Rose frenó. Dupin se tensó y puso la mano instintivamente en la empuñadura del arma. Estaban en un cruce. Rose torció a la derecha. Una carretera aún más estrecha. Ligeramente empinada. Una curva suave. De pronto vieron el río, que lanzaba destellos verdes y plateados. En esos momentos, entre la marea alta y la baja, era un verdadero río y no un fiordo, una corriente con riberas de arena y de cieno a ambas orillas. La carretera conducía hacia allí. A la izquierda, más campos de maíz. Al otro lado se veían las primeras embarcaciones amarradas a las típicas boyas de colores.

—Esas barcas están en la orilla sur. No es por aquí.

Rose cogió la radio.

—Chadron, ¿me oye?

—Sí, la oigo.

—En la punta de Moustoir, ¿también hay embarcaciones en la orilla norte? Viniendo de Billiers.

—Hacia la desembocadura, más abajo de Kerdavid, hay tres pistas de tierra que bajan al río.

Rose dejó la radio.

—Chadron es regatista.

La carretera se apartaba del río. Unos bosquecillos, la maleza y el terreno accidentado les tapaban la vista. Rose frenó. Dupin vio por qué. A la derecha se abría un camino sin asfaltar. Tenía que ser uno de los tres que había comentado Chadron.

Volvía a ser una lotería.

—El del medio.

Rose aceleró y volvió a frenar en seco al cabo de cien metros. Y dobló a la derecha, por un camino idéntico al primero, bordeado por encinas retorcidas y retamas altas y tupidas a ambos lados. El camino bajaba serpenteando hacia el río. Menos mal que Rose conducía más despacio.

Un instante después, la comisaria paró. No se podía avanzar más. El camino terminaba delante de un gran seto de espino blanco, a través del que se veía el resplandor del río. Y varias embarcaciones. En esa orilla.

Ni rastro de un Citroën Crosser ni de un Renault Laguna.

Bajaron del coche sin decir nada. Rose se quitó la chaqueta rápidamente y la tiró a los asientos traseros. Entonces se vio la Sig Sauer que llevaba. Dupin se dirigió a un pequeño sendero que bajaba hacia el río entre árboles y matorrales. Rose lo siguió.

Después de recorrer unos metros llegaron a la orilla. El río describía allí un ligero meandro.

Dupin calculó que había unas quince embarcaciones amarradas. Río abajo y río arriba, a mucha distancia unas de otras, repartidas a lo largo de más de un kilómetro. Lanchas, unos cuantos yates y veleros.

Río arriba, a unos treinta o cuarenta metros, un arroyo descendía sinuoso por la ladera y se ensanchaba antes de desembocar en el Vilaine. Al otro lado tenía que estar el otro arroyo que bajaba al río desde la carretera. La tercera pista de tierra.

En la orilla había cinco barcas de polietileno, de las que se utilizaban para el transbordo a los barcos. No se veía a nadie por ninguna parte. Reinaba un silencio absoluto. Ni siquiera se oía la suave corriente del agua.

—Será mejor que nos separemos. Yo iré río abajo y usted, río arriba. Quizá era por el primer camino... o el tercero. —Rose frunció el ceño—. O quizá no están aquí.

Sacó un aparato de radio del bolsillo del pantalón.

—Aquí tiene, para usted.

Dupin lo cogió y se dio la vuelta. Avanzó sin correr, pero a paso ligero, apoyando la mano derecha en la pistola. Aguzando la vista, observó las embarcaciones amarradas en el río y, a la izquierda, la espesa maleza.

Se acercó a la desembocadura del arroyo que confluía en el Vilaine. De pronto vio un destello azul metálico entre la maleza, en la otra orilla. Impreciso. Se acercó al agua. Desde allí se veía mejor.

Sí. Era azul oscuro. El techo de un vehículo. Podía ser lo que buscaban. Sin pensarlo dos veces, desenfundó el arma y la empuñó. Entretanto siguió avanzando y

se metió en el arroyo, que era más hondo de lo que creía. Empezó a cruzarlo.

—Comisaria Rose, ¿me oye?

—Le oigo.

—Creo que he visto el Crosser. El tercer camino acaba al otro lado del arroyo que desemboca en el Vilaine. Está ahí.

—Enseguida me reúno con usted.

Dupin llegó a la otra orilla. Tiró hacia la derecha, amparándose en la maleza. Con el arma en posición de tiro.

Era realmente el Citroën Crosser azul marino. El coche de Paul Daeron. Dupin se agachó instintivamente y siguió avanzando. A la izquierda, un sendero angosto bajaba hacia el río, igual que donde habían aparcado ellos.

Allí tampoco se veía a nadie. Nada sospechoso. Dupin se dirigió hacia el sendero. Detrás del Crosser había otro coche, tan cerca que casi se tocaban los parachoques. Un coche negro. Un Renault Laguna. Matrícula GH 568 PP - 44.

Habían acertado.

Paul Daeron y Céline Cordier estaban allí.

El comisario se aproximó. Apuntando con el arma. De repente oyó pasos, sordos pero claros. Detrás de él. Saltó ágilmente hacia los matorrales y se dio la vuelta en pleno salto, con el dedo en el gatillo.

Rose. Era Rose. Subía por el pequeño sendero con la pistola en la mano y una cara pétrea. Dupin no había contado con que llegaría tan pronto. Vio que tenía las perneras de los pantalones mojadas; ella también había optado por cruzar el arroyo, el camino más recto. Al parecer, no se había dado cuenta de que la apuntaban con un arma. Dupin bajó la pistola cuando la comisaria llegó a su altura.

—¿Dónde pueden estar?

No era exactamente una pregunta para él.

Rose examinó un momento los dos coches. No se veía nada especial. Intentó abrir las puertas. Estaban cerradas.

—Ahí hay algo.

En medio de la hierba alta, un poco más arriba, brillaba algo. Dupin lo vio casualmente con el rabillo del ojo. A unos pocos metros. Reflejaba la luz. Se acercó.

Era un móvil. Un aparato pequeño y sencillo.

Dupin lo cogió. Estaba apagado.

Lo encendió y pulsó la tecla de rellamada. Reconoció enseguida el primer número. Era el de Rose. Miró las llamadas anteriores, diez, siempre al mismo número, un móvil. Solo había otro número registrado, el día antes, a las diecinueve horas y veinticuatro minutos. Todo encajaba. Rose lo había alcanzado.

—El móvil de prepago de Paul Daeron.

¿Qué habría ocurrido?

—Paul Daeron me llamó desde aquí. Es esa llamada. La señora Cordier debió de interrumpirlo. Y se enzarzaron en una pelea.

Inspeccionaron el suelo pedregoso. No se veía nada que llamara la atención. Ni rastro de una refriega. En realidad, no había rastros de nada, la tierra estaba muy dura.

—Vamos a echar un vistazo a las embarcaciones. Lo mejor que se pueda desde tierra. He pedido una patrullera. El puerto más cercano es el de Pen Lan, tardará un poco en llegar... Hay que averiguar dónde está la barca de Paul Daeron y qué tipo de embarcación es. De momento, no consigo hablar con su mujer.

—Tenemos que separarnos otra vez. —Dupin se notaba muy tenso.

—Ahí arriba, en dirección a la carretera, hay otro sendero. A la izquierda, paralelo al río. Desde allí tendré una visión más panorámica.

—Yo iré por la orilla. —Dupin ya se había puesto en movimiento—. Río arriba.

Igual que antes, avanzó amparándose en la vegetación, que casi llegaba hasta el lecho del río: un seto silvestre, matas cada vez más tupidas y encinas tortuosas. La distancia hasta las primeras embarcaciones era de unos trescientos metros. El río describía allí una curva, primero suave y después muy marcada.

De pronto vio una barquita verde río arriba, no muy lejos de la orilla. Y una persona dentro, aunque desde allí no pudo reconocer si era un hombre o una mujer. No se explicaba por qué no lo había visto hasta entonces.

—¿Comisaria Rose?

Contestó enseguida. Dupin habló en voz muy baja, justo para que ella pudiera oírle.

—Le escucho.

—He visto una barca verde, en dirección a las primeras embarcaciones. A este lado de la orilla. Los árboles la tapan a medias.

—¿Cuántas personas?

—Una, por lo que he podido ver.

La barca se desplazaba ahora más cerca de la orilla.

—Esa persona, ¿le ha visto?

—No lo sé.

—Voy a ver si puedo seguirla desde aquí.

Dupin avanzó un trecho por la arena y el fango de la ribera, aun a riesgo de ponerse al descubierto. Tenía que perseguir la barca. No podía perderla de vista. Se acercó todavía más al agua.

Nada. No la veía. Había desaparecido en algún punto de la orilla, más allá de los árboles y los matorrales. Oyó que lo llamaban por radio. Rose.

—¿Me oye?

—Alto y claro.

—Aquí arriba tengo buena visión. No distingo ninguna barca. Pero acaban de comunicarme qué tipo de embarcación tiene Daeron. Un velero. Doce metros ochenta. Un Bénéteau. Desde aquí puedo ver que el segundo barco es un velero grande, podría ser ese.

Dupin se detuvo y miró hacia el río. Solo divisaba un palo más alto que los

demás. Doce metros ochenta. Un tamaño considerable. Contó siete embarcaciones entre medio. Tres veleros que parecían más pequeños. Y otro velero, un Bénéteau, delante. Pero no medía doce metros ochenta de eslora.

Dupin volvió a avanzar pegado a la maleza de la orilla.

De pronto, como salido de la nada, se oyó un silbido. Un silbido agudo, metálico. Un sonido inconfundible. Lo había oído por última vez hacía cuarenta y ocho horas. Hacía dos noches. En las salinas. Un disparo.

Y enseguida otro. Con silenciador, igual que dos días antes. El instinto le dijo que disparaban desde delante, un poco a la izquierda. Pero a cierta distancia. Sin pensarlo dos veces, Dupin avanzó hacia donde suponía que estaba el tirador. Un tercer disparo. Entonces se lanzó hacia los arbustos. Se agazapó rápidamente. Y quedó a cubierto, aunque el atacante podía adivinar más o menos dónde se encontraba.

Tenía la radio en la mano izquierda y susurraba. Ahogando la voz.

—Me han disparado. Por delante, el tirador está a una distancia de entre cincuenta y cien metros, río arriba, creo que un poco alejado de la orilla.

La respuesta le llegó también a bajo volumen.

—Voy a acercarme, en paralelo al río.

¿Qué estaba pasando? Cordier y Daeron tenían que estar cerca y uno de los dos acababa de dispararle. Seguramente Cordier. Pero ¿dónde estaba Daeron? ¿Lo retenía a la fuerza?

Dupin siguió avanzando con cautela a través de la espesa maleza, siempre cerca de la orilla. Podría plantarse de un salto en el lecho del río.

Guardó la radio en el bolsillo del pantalón y buscó piedras grandes. Encontró dos. Lanzó la primera moviendo solo el antebrazo, lo más lejos que le permitió ese gesto tan reducido, hacia la izquierda, en dirección a la carretera, a unos metros de distancia. Con la segunda tuvo más éxito, aunque tampoco hizo mucho ruido. Probablemente había chocado contra un árbol. No pasó nada.

Volvió a sacar la radio. Y habló susurrando.

—Tiré un par de piedras, desde el río.

—De acuerdo.

Dupin siguió avanzando. Luego se quedó inmóvil.

La radio de nuevo.

—¿Jefe?

Le Ber, evidentemente.

—Baje la voz, Le Ber, ahora no puedo hablar. Me están disparando —susurró Dupin.

—Han identificado al conductor de la fotografía del radar, la señora Cordier, seguro. Además, practicaba el tiro deportivo. En París, cuando estudiaba la carrera. No hemos encontrado armas registradas a su nombre. Aun así... Tenga cuidado, esa

mujer sabe muy bien lo que se hace.

Dupin estuvo a punto de echarse a reír.

—Gracias, Le Ber.

De nuevo se oyó un silbido agudo y metálico. Pero en otra dirección. El disparo no iba con él.

Otra vez un silbido. Luego, silencio.

Dupin permaneció inmóvil. Entonces se oyó un fuerte disparo. De una Sig Sauer sin silenciador. Rose.

Pasaron unos segundos. Largos. No ocurría nada. Supuso que nadie había resultado herido.

Si la comisaria bajaba en diagonal hacia el río, quizá no estaba muy lejos de él. Dupin no estaba seguro de si debía moverse. Cordier también podría haberse desplazado hacia un lado.

—¿Oigan? ¿Me oyen? Estoy aquí.

Los gritos venían del agua. De una de las embarcaciones. No muy lejos. Tenía que ser Paul Daeron, aunque Dupin no pudo reconocer la voz.

Se esforzó al máximo por ver algo entre los arbustos. Una nueva comunicación por radio.

—Cordier tiene que estar entre usted y yo. Daeron parece a salvo.

—Cordier supondrá que pronto llegarán los refuerzos. En realidad —Dupin ya lo había pensado antes—, su única posibilidad es huir.

Él la consideraba capaz de atacar de nuevo, pero solo si estimaba que eso le ofrecería una oportunidad real. No querría morir en un último duelo teatral. Por cómo había actuado hasta entonces, pensaba con mucha lógica, aunque fuera una lógica despiadada y brutal. No tenía previsto morir allí. Aunque no supiera hasta dónde llegaría, seguramente contaba con que podía escapar de esa situación. Aquel territorio era inabarcable.

—Le habla la policía. Entréguese, señora Cordier —Rose lo dijo con voz clara y enérgica—. Tire la pistola y salga con las manos en alto.

Dupin dudó un momento, pero al final decidió permanecer escondido. Rose seguramente también seguía a cubierto.

—No dudaremos en disparar... Es inútil... No tiene ninguna posibilidad.

Sin respuesta. Nada. En los últimos minutos, Dupin había recordado escenas de la noche del miércoles. Imágenes de cuando estaba en la balsa y luego en el cobertizo. La sensación de impotencia, de vulnerabilidad y, sí, también de estar en la picota. Le habían disparado y le había ido de poco. Otra vez lo inundó una profunda rabia candente. No volvería a pasarle. Esta vez no se dejaría acorralar.

De nuevo la radio.

—Veo una barca verde. A pocos metros de la orilla. Tiene que estar muy cerca de usted. Supongo. Pero está vacía.

—Quizá es una maniobra de distracción. O una trampa. Y quiere que salgamos de

nuestro escondite. —Dupin estaba a medio metro del lecho del río.

De pronto vio el pequeño bote verde. A cuatro o cinco metros de distancia. La corriente lo arrastraba. Más deprisa de lo que creía. Él tampoco vio a nadie.

Esas barquitas de polietileno no eran muy largas, pero sí muy hondas. Una mujer delgada podría ir dentro, estirada en el suelo.

Sí, podía ser una trampa.

Pero se arriesgaría.

Con un movimiento rápido se incorporó a media altura, lo suficiente para poder echarle un vistazo a la barca.

Vacía. Estaba vacía. Dentro solo había una botella de plástico cortada por la mitad para achicar el agua.

Volvió a ponerse a cubierto enseguida. Tenía que pensar. Tenía que aguzar el ingenio.

Si Cordier los había visto, y algún objetivo debía de tener esa maniobra, ahora sabía dónde se encontraba. Cogió la radio.

—La barca está vacía.

—Solo quería saber dónde estamos. Nuestra posición exacta. Va a huir... Si seguimos a cubierto no podemos ver nada.

Eso era cierto. Pero si salían de su escondite y Cordier estaba en una posición favorable, ofrecerían un blanco fácil.

De pronto se estremeció. Se le acababa de ocurrir una idea. Quizá era una locura, pero podía ser. Cordier era lista. Y esa habría sido una maniobra astuta. La creía capaz. Y si estaba en lo cierto, tenía que actuar de inmediato. Aunque la acción entrañara un gran riesgo. No pensaba quedarse de brazos cruzados. Esta vez, no.

—Cúbrame. En la orilla. Y procure seguir a cubierto... ¡Ahora!

—¿Qué se propone?

Dupin dejó caer la radio.

Salió de la maleza dando un gran salto y fue a parar a la arena gruesa del lecho del río. Corrió haciendo un sprint, empuñando el arma con la mano derecha. Todo sucedió muy deprisa.

La carrera terminó a la altura de la barca. Dupin entró en el agua, que le llegaba hasta las rodillas; luego el río se volvía de repente más profundo, se notaba por el color blanquecino del agua. La parte navegable.

La barca verde estaba a tres metros de distancia. Dupin apuntaba con firmeza hacia la pequeña embarcación vacía.

—Señora Cordier —dijo Dupin en voz alta, grave, decidida—, tire el arma.

No perdía de vista la embarcación vacía.

—Dispararé. Y las balas atravesarán el plástico. Uno, dos...

Antes de llegar a tres, del otro lado del bote salió volando un objeto negro que chapoteó ruidosamente en el agua. Una pistola.

No tenía escapatoria. Cordier lo sabía. No contaba con ninguna protección y no

podía ver a Dupin. Y él habría disparado. Sin vacilar. Eso también lo sabía.

Todo había terminado.

Un instante después vio dos manos que se sujetaban al borde de atrás de la pequeña barca.

—Así está bien. Maniobre hasta la orilla.

Una idea brillante. Cordier no iba dentro, sino detrás. Dentro del agua. Seguramente había saltado al río escondiéndose en la espesura y había arrastrado la embarcación hábilmente hacia la corriente. Nadando para que no la vieran. Si el plan le hubiera salido bien, habría recorrido un buen trecho por el río. Y habría escapado.

Dupin seguía en la misma posición, apuntando con el arma hacia donde suponía que, detrás de la barca, estaba la cabeza de Cordier. El bote empezó a desplazarse hacia la orilla. Dos, tres segundos, y Dupin lo tendría. Lo sujetó.

—Venga conmigo.

Lo dijo con aspereza.

Céline Cordier salió por el lado izquierdo de la embarcación.

Se puso en pie lentamente. Con una seguridad aplastante. El agua le llegaba a la cintura. Avanzó hacia la orilla dando pasos lentos, desafiantes. Con la camiseta blanca y los vaqueros manchados de barro verdoso. Sin decir una sola palabra. Con una mirada imperturbable y nítida en los ojos ambarinos. Dupin soltó la barca. Empuñaba férreamente el arma con que la apuntaba.

—Se acabó, señora Cordier. Aquí termina todo.

Ella lo miró. Abiertamente. Sin miedo. Sin exasperación. Sus miradas se cruzaron un instante.

—¿Cómo lo han descubierto? ¿Cómo han llegado hasta aquí?

Hablaba con voz clara, firme, resuelta. Sin dramatismos. Realmente le interesaba.

—Eso no importa. Lo único que importa es que estamos aquí.

Dupin oyó pasos a su espalda. Se volvió. Al momento apareció Rose, con el arma de nuevo en la funda del cinturón y con las esposas abiertas.

—Queda detenida por el asesinato de Lilou Breval y también como presunta asesina de Maxime Daeron... Y por el intento de asesinato del comisario Georges Dupin.

Rose se plantó delante de ella.

Cordier estiró las manos sin necesidad de que se lo ordenaran. Rose le puso las esposas con mucha destreza. Apenas le dirigió una mirada. Dupin vio brillar una chispa en los ojos de la comisaria.

Luego, la comisaria se volvió hacia el río.

—Señor Daeron, le habla la comisaria Rose, de la policía de Guérande. Salga de su escondite. Enseguida llegará una patrullera que lo traerá a la orilla.

Al cabo de unos instantes, apareció una cabeza por la borda de una lancha que estaba a unos veinte metros río arriba (mucho más cerca de lo que Dupin imaginaba). Luego, Paul Daeron de cuerpo entero. Hizo una señal con la mano para indicar que

había entendido las instrucciones.

Llamaron por radio.

—Estamos aquí, comisaria. Una patrulla en cada pista de tierra.

Magnífico. Justo a tiempo.

—Sospechosa arrestada. Todo bajo control.

—De acuerdo. Vamos para allá. Corto.

Rose se guardó la radio en el bolsillo del pantalón.

Por el pequeño camino que discurría junto al arroyo se acercaban cuatro policías.

La señora Cordier no parecía tener la intención de decirles nada. Miraba tranquilamente, serena y desafiante. Con aires de superioridad.

Dupin tenía muchas preguntas. Cuestiones a las que solo ella podía dar respuesta. Pero se resistía a hacerlo, y mucho. No quería darle ninguna satisfacción y sabía que se la daría al preguntarle. Y ella sabía que no estaba obligada a contestar.

Los policías se acercaron corriendo.

—Llévensela. A comisaría. La interrogaré allí... Querrá hablar con su abogado.

En la cara de Cordier se dibujó una sonrisa. Más bien un amago de sonrisa, pero Rose tuvo que verla. Se detuvo un momento. La miró a los ojos. Fijamente. Luego sonrió. Una sonrisa abierta. Una sonrisa de victoria que no se dirigía especialmente a la detenida. Y Cordier tuvo que darse cuenta. No podía haber sido más brutal.

—¿Sabe por qué los asesinos hacen lo que hacen? Porque creen que se saldrán con la suya. Pero no lo logran. Usted no lo ha logrado.

Rose no podría haberlo dicho con más frialdad. Sin emoción, sin agresividad. Aquella frase reestablecía el orden. Y convertía a la señora Cordier en un simple ejemplo de alteración. En una alteración reparada. Dupin entendía esas palabras. Profundamente. Íntimamente.

La patrullera acababa de llegar a su altura. El capitán los había visto. Estaba en la cubierta con un megáfono. Se arrimaban a la lancha en la que se había escondido Paul Daeron.

—Vamos a llevarlo a tierra.

Dupin dio unos pasos por la orilla. Respiró hondo. Y cerró los ojos. Aguantó la respiración unos segundos, expulsó el aire y abrió los ojos. Volvió la cabeza y vio a la señora Cordier en medio de los cuatro policías, que la custodiaban y la conducían por el pequeño sendero que llevaba hasta donde habían dejado los coches.

Un bote trasladó a Paul Daeron a la orilla y regresó inmediatamente a la patrullera. El capitán preguntó si lo necesitaban para algo más... Todo estaba resuelto. La imponente embarcación se marchó enseguida, resplandeciendo a la luz del sol crepuscular.

Se quedaron solos con Paul Daeron.

Ellos también volverían pronto al coche. El señor Daeron estaba cabizbajo, con la

mirada perdida, los ojos clavados en el suelo cenagoso. El sol teñía el agua de un tono naranja metálico. Reinaba un silencio absoluto.

—Todo es culpa mía... Cometí un terrible error... Muchos errores terribles.

Parecía exhausto. Destrozado. Mucho peor que por la mañana. No fingía. Dupin callaba y Rose tampoco decía nada. El comisario conocía esos momentos, el instante en que las personas empezaban a hablar. Por fin tenían que hablar.

—A Maxime se le ocurrió... esa nefasta idea. Con Céline Cordier. Sí, quizá fue idea de los dos. No lo sé. Yo no participaba... Un medio para combatir las algas verdes. Que se pudiera aplicar en las regiones afectadas... Los dos formaban parte de una de esas comisiones en las que trataban el tema de las algas...

Por lo visto, Le Ber no iba mal encaminado cuando se puso a investigar las asociaciones.

—Creo que, al principio, para mi hermano no era más que un pensamiento vago. Un disparate. Pero Céline Cordier dijo que era factible. Y los dos se obsesionaron cada vez más... Maxime vio la oportunidad de su vida. Ganarían millones. Una oportunidad para cambiar las cosas. Era un ingenuo... Acudió a mí. Como siempre. Me pidió dinero y me dijo para qué lo quería. Me lo contó todo. Le dije que no. Yo... intenté quitárselo de la cabeza. Le dije que era un delito. Pero... —se interrumpió, respiraba débilmente— no hice nada... Y Céline Cordier era una fanática. Desde el principio. Nunca consideró la posibilidad de dirigirse a un laboratorio de investigación, decía que les robarían la idea. Y que pasarían años antes de conseguir una autorización... Eso si la conseguían. Ella creía que no. Conocía el procedimiento, sabía cómo funcionaban esos asuntos. Tendría que haberme dado cuenta enseguida de que era una mujer sin escrúpulos. Más adelante comprendí que no se detendría ante nada, pero ya era demasiado tarde. Podía ser muy convincente. Mucho... Me presentó el proyecto científicamente, con todo detalle. Pero le dije que no. Entonces mi hermano intentó vender las salinas a Le Sel. Para conseguir dinero. Necesitaban dinero. Bastante. Céline Cordier no tenía mucho, pero lo invirtió todo —Daeron hablaba en voz tan baja y monótona que costaba entenderlo—. Entonces le di noventa mil euros a Maxime. No quería que vendiera las salinas. Eso también fue un disparate, porque yo nunca creí en el éxito del proyecto. Y un grave error. Tendría que haberle puesto fin... Céline Cordier quiso que yo participara. Así yo también me la jugaba. Me lo jugaba todo. Todo. Tendría que haberme dado cuenta de lo que era capaz esa mujer. Pero... ¿Cómo iba a saber que llegaría tan lejos? Ella impulsó el proyecto. Lo planificó como un general del Estado Mayor. Maxime pronto dejó de tener un papel importante. Ella... solo piensa en su propio provecho. En nada ni en nadie más. Y cree que está en su derecho. En su legítimo derecho. Maxime no era más que un peón... Con todo, yo... fui mucho más ingenuo que mi hermano, mucho peor, lo que hice es imperdonable, debería...

Daeron calló, volvió la cabeza hacia el río y contempló el curso lento del caudal verde oscuro. Dupin percibió el sonido característico del agua salobre.

—Maxime... Yo siempre quise hacer lo correcto y me equivoqué. —Paul Daeron hablaba ahora más alto, pero solo un poco—. A mi hermano nunca le fueron bien las cosas. No porque no se esforzara. Siempre lo intentaba. Una y otra vez. Se lo tomaba en serio. Pero al final se rendía. Siempre perdía. Así toda la vida. Parecía un hombre de carácter fuerte, pero esa apariencia engañaba. Todos sus proyectos acababan siendo un fracaso, siempre. Y entonces acudía a mí. Siempre. A mí. Y yo nunca le decía nada. Siempre le sacaba las castañas del fuego. Yo solo quería que viviera bien.

Era terrible. Atroz. Maxime Daeron parecía un hombre muy seguro de sí mismo. Dupin pensó en lo espantosa que era aquella historia. Las palabras del «triunfador», del que había tenido éxito, parecían sinceras y eran terribles. Maxime Daeron tuvo que pasarlo muy mal. Un drama. Por otro lado, Paul Daeron no podía eximirse de responsabilidad, y lo sabía. No hizo nada cuando se enteró de lo que planeaban la señora Cordier y su hermano... Incluso participó. En un proyecto ilegal. Que hizo posible que su hermano sufriera un final terrible.

—En lo profesional y en lo privado. En su matrimonio... Siempre fracasaba.

—¿Hasta dónde habían llegado con el proyecto de las algas? —Dupin empezaba a estar harto de historias fraternales trágicas.

—Faltaba muy poco. Céline Cordier iba a realizar las últimas pruebas antes de que acabara el verano. Decía que había contactado con varias empresas en el extranjero. Para venderles la fórmula ya terminada, así nadie notaría su origen ilegal. Las empresas podrían conseguir la autorización, registrar la patente y fabricar el producto legalmente.

—¿Por qué les estorbaba Lilou Breval? ¿Qué pasó hace dos noches?

Daeron seguía mirando fijamente el agua, que cada vez se teñía de un naranja más intenso.

—Se enteró de algo por una conversación entre mi hermano y Céline Cordier. Poca cosa, pero suficiente para comprender que se trataba de un asunto... ilegal. Oyó hablar de los bidones en los que transportaban los microorganismos a las salinas. Los microorganismos y las algas. Se lo comentó a mi hermano. Y él lo negó todo. Pero ella no le creyó. Discutieron. —Daeron miró a Dupin por primera vez, con cara de profunda resignación—. Lo que mi hermano le contó era cierto, y también lo que yo les he contado esta mañana. —Volvió a mirar el agua—. Lilou Breval empezó a investigar por su cuenta. No consiguió nada, pero no abandonó. El martes volvió a hablar con mi hermano y lo amenazó con ir a la policía. Creo que tenía miedo por él. Temía que estuviera metido en líos. Entonces le dije que pusieran fin al proyecto. A Maxime le entró pánico. Llamó a Céline Cordier y le contó la amenaza de Lilou Breval.

Paul Daeron se interrumpió. Dupin creyó que simplemente hacía una pausa. Pero siguió callado, inmóvil.

—¿Y después? Prosiga.

Dupin lo increpó con aspereza. Entonces se dio cuenta de que esas declaraciones

lo ponían cada vez más tenso. Tanto daba. Rose no le quitaba los ojos de encima a Daeron, aunque resultaba imposible saber qué pensaba la comisaria. Aún no había abierto la boca. Por lo visto, lo dejaba en manos de Dupin.

—Mi hermano nunca le habría hecho daño a Lilou Breval, jamás... Céline Cordier se puso furiosa. Decidieron interrumpir el experimento. El miércoles por la tarde, mi hermano y ella fueron a las salinas. Querían borrar todas las pistas, llevarse los bidones que había junto a la balsa. Vaciarla. Todo eso. Entonces —titubeó un momento y volvió a mirar a Dupin— apareció usted. Maxime no lo sabía, pero Céline Cordier tenía una pistola... y empezó a disparar. Me lo contó esa misma noche.

—¿Los ensayos se hicieron exclusivamente en la balsa ciega? —Fue Rose la que hizo esa pregunta técnica.

—Sí, solo ahí.

Dupin quería volver al núcleo de la historia.

—¿Sabía...? —Titubeó un momento—. ¿Sabía su hermano que Céline Cordier iría a ver a Lilou Breval?

—No. Ni se le ocurrió pensarlo. Ella le dijo que iba a una fiesta. Para tener coartada para esa noche. Y que él también necesitaba una. Mi hermano se enteró de la muerte de Lilou al día siguiente. Por las noticias de la radio. Y se derrumbó... Cuando hablamos con ustedes por la mañana, no sabíamos nada. Creíamos que solo había ocurrido eso..., el tiroteo en las salinas.

Tenía su lógica. Pero habría que reconstruir la historia meticulosamente. Faltaba oír la declaración de la señora Cordier. Si declaraba.

—Maxime me llamó por la noche. Después de ver a Lilou Breval. Ya no podía más. Se lo había confesado todo. Y le había dicho que habían abandonado el experimento. Que él lo había dejado. Y que había cometido un terrible error.

—Pero la señora Cordier no lo sabía, ¿verdad? ¿No se enteró de que su hermano fue a ver a Lilou?

—Debió de imaginárselo. Al menos que Maxime hablaría con Lilou.

—¿Y usted? ¿Qué dijo usted esa noche? ¿Respecto a lo que había que hacer después del tiroteo? Al fin y al cabo, usted también estaba implicado.

Paul Daeron parecía a punto de derrumbarse.

—Todo se complicó, se complicó terriblemente.

—Díganos, ¿por qué su hermano no reaccionó al enterarse de la muerte de Lilou Breval? ¿Por qué no reaccionó usted? ¿Por qué no le pusieron fin a la historia? ¿Por qué no se entregaron? Los dos sospecharían que había sido Céline Cordier. —Dupin estaba cada vez más furioso. Aunque quizá era injusto.

—La situación era muy grave. —La voz de Daeron sonaba fatigada; sus facciones parecían petrificadas—. De repente estaba en juego toda nuestra existencia. Mi vida. Todo lo que he conseguido trabajando. Mi empresa. También le habría destrozado la vida a mi mujer y a mi hija. La vida de personas que no tenían nada que ver. Creí

que... —se le apagó la voz—, yo... fui un cobarde. Esta mañana he encontrado por fin el valor para hacer lo que debería haber hecho el miércoles por la noche..., y no después de la muerte de mi hermano.

—¿Qué pensaba hacer? ¿Por qué quería reunirse con la señora Cordier?

—Quería pedirle cuentas, defenderme. Esta tarde la he llamado. Y me ha amenazado con acusarme a mí de todo porque yo había puesto el dinero. Me ha dicho que ella había destruido todas las pruebas que podían involucrarla. Y que se le había ocurrido una idea, que no me precipitara, que antes teníamos que hablar con calma, que teníamos que reunirnos. Que aún podíamos solucionarlo.

—¿Y no ha pensado que podía ser peligroso para usted? En un lugar solitario. Usted sabía que es una asesina.

—Me daba igual. Tenía que hablar con ella. Acabar con esta historia, cara a cara. Aquí, en mi sitio.

Dupin lo entendía. Además, visto fríamente, habría sido una imprudencia por parte de Cordier cometer otro asesinato, puesto que con ello aumentarían las posibilidades de dejar pistas que la señalaran.

—¿Y aquí? ¿Qué ha pasado aquí?

—Ha llegado media hora tarde. Yo estaba a punto de irme. Ha intentado calmarme. Me hablaba como si se tratara de una complicación técnica. Me ha dicho que si ninguno de los dos decía nada, nadie descubriría que estábamos implicados. Llegaría un momento en que la investigación no avanzaría y la policía culparía a Maxime del proyecto de las algas y del asesinato... Y el suicidio de mi hermano haría que acabaran cerrando el caso como si se tratara de una historia de amor trágica. Y que si manteníamos la calma, seguro que nos librábamos. Lo decía con mucha frialdad. Y que teníamos que seguir viviendo como si no hubiera pasado nada.

Habría podido funcionar. El plan de Cordier podría haber salido bien.

—Al oírla diciendo esas cosas he sabido que tenía que actuar de una vez. —De nuevo le falló la voz, aunque la última frase sonó más decidida y enérgica que todas las anteriores—. Le he dicho que yo no podía, que jamás podría vivir como si no hubiera pasado nada. Y que se acabó. Punto. De manera irrevocable. Y que había aceptado reunirme con ella solo para decírselo a la cara. —Paul Daeron apretaba los puños—. La he dejado plantada, he vuelto al coche y he llamado a la comisaria. De repente me ha atacado por la espalda y me ha arrancado el teléfono de la mano. Estaba fuera de sí. Hemos llegado a las manos, pero he conseguido soltarme y me he escondido en la maleza. Conozco este sitio como la palma de mi mano. He bajado hacia el río. Desde mi escondite he visto que tenía una pistola. Luego he conseguido nadar hasta una barca... —La voz le falló definitivamente. Paul Daeron se quedó inmóvil, unas lágrimas mudas le rodaban por las mejillas.

Rose se le acercó. Y le habló en voz baja.

—Su hermano no se suicidó.

Paul Daeron no reaccionó. Era como si no la hubiera oído. Una escena extraña.

Cerró los ojos. Permaneció inmóvil.

Así pues, esa era la historia. Desde la perspectiva de Paul Daeron. Aunque fuera un punto de vista distorsionado. Faltaban todavía muchos detalles, cosas que quizá nadie explicaría.

Sin embargo, aunque aquella no fuera la historia completa y quizá no todo fuera verdad, esa era la trama a grandes rasgos. Maxime Daeron quizá habría explicado otra versión. También sinceramente. Quizá no habría soportado la actual. Incluso Céline Cordier, si hablara, contaría su propia «verdad». Siempre ocurría así: nunca se llegaba a conocer la historia «completa» y «objetiva» de un caso. Al reconstruir los hechos, el caso se convertía en un fantasma. Se disipaba como realidad, se descomponía en distintas historias subjetivas que cuanto más se contaban, cuanto más se hablaba de ellas y más «perduraban», menos tenían en común. Pero eso daba igual. Dupin había conseguido entrever el núcleo de la historia. Y lo más importante era que habían atrapado a los culpables. Lo que viniera después no era cosa suya. Él se encargaba de investigar y de restablecer el orden. Y de impedir que al menos unos cuantos tuvieran éxito al creer que se librarían.

—Vamos, señor Daeron... Queda detenido por prácticas comerciales ilegales, delitos medioambientales graves y por cómplice en el asesinato de Lilou Breval. En la comisaría tendrá que repetir su declaración, punto por punto, con todos los detalles.

Rose esperó a que Paul Daeron saliera de su parálisis y se alejara lentamente del agua. El sol estaba muy bajo en el horizonte, un haz de color amarillo se extendía hacia ellos por encima de los reflejos anaranjados del agua. Era como si el sol estuviera cercado por un fuego amenazador, que solo se apaciguaba progresivamente en lo más alto del cielo, donde se transformaba en un azul cada vez más suave. Y donde se veían las primeras estrellas, pálidas y lejanas.

Acababan de cruzar la ciudad de Guérande. Rose conducía un poco más despacio que a la ida. Paul Daeron iba sentado a su lado, sin esposas. Dupin iba detrás. No habían intercambiado una sola palabra desde que habían salido. Rose había hablado un par de veces por teléfono. Para dar instrucciones. Escuetas. Y ordenar que la balsa ciega y las salinas contiguas siguieran cerradas, y que hicieran pruebas biológicas y bioquímicas exhaustivas para estudiar minuciosamente los efectos que habían causado los experimentos. El móvil de Dupin sonó muchas veces. Ni siquiera miró quién lo llamaba. Estaba como ausente, solo en el asiento de atrás; ni él mismo podría haber dicho en qué pensaba. Ni lo que pensaba.

Llegaron a la rotonda de la carretera principal, donde se cogía el desvío hacia las salinas. Rose giró en dirección a la comisaría. Dupin no había puesto los pies allí ni una sola vez en esos días. Céline Cordier estaría en la sala de interrogatorios. Quedaban muchas cosas importantes por resolver. Pero no le correspondía a él hacerlo.

—¿Podría dejarme aquí mismo, comisaria Rose? Yo...

Dupin no terminó la frase. Rose le buscó la mirada a través del retrovisor. Y le sonrió (Dupin no estaba seguro de que no fueran imaginaciones suyas). Como si ya se lo esperara y estuviera totalmente de acuerdo.

En vez de contestar, Rose redujo la marcha y se apartó a la derecha.

—Tiene el coche en el Centro de la Sal. ¿Quiere que pida que alguien lo acompañe a buscarlo?

A Dupin le habría costado recordar dónde lo tenía, en ese caso habían estado en muchísimos sitios.

—Llamaré a mis inspectores.

Paul Daeron no parecía oír la conversación.

Dupin abrió la puerta y se bajó.

—Hasta luego.

Ahora, sí, en la cara de Rose se dibujó una sonrisa amplia.

—Hasta luego.

Dupin cerró la puerta. La comisaria arrancó al momento. No tenía ni idea de por qué Rose había dicho «hasta luego». Tampoco él, que había contestado lo mismo.

Volvió al desvío que llevaba a la Route des Marais.

Más o menos a esa misma hora había llegado allí hacía dos días. Sacó el móvil del bolsillo. Antes de llamar a nadie, vio un cartel. El mismo que había visto en la zona de *picnic*. CIRCUITO LARGO. Y debajo: CENTRO DE LA SAL (20 MIN).

Solo dudó un instante. Volvió a guardar el móvil.

Siguió el sendero que conducía al «c circuito largo». Pasó por delante de unas casas y cruzó un campo. Luego, con una rapidez inaudita, sin más transiciones, se encontró en las salinas. En aquel mundo enigmático y disparatado, en aquel peculiar reino de claroscuros, con sus hadas, enanos, vírgenes blancas y dragones. Donde había empezado toda la historia. El sol casi había desaparecido en el horizonte. Por primera vez en toda la semana aparecieron unas nubes. De la nada. Unas nubes espesas de algodón, bien perfiladas, a intervalos regulares, formando como batallones en plena marcha. Los rayos del sol poniente aún las alcanzaban. El cielo volvía a ser azul oscuro, también en el oeste, y las franjas anaranjadas del horizonte casi habían desaparecido, pero daba la impresión de que el contorno de las nubes había absorbido todos los colores del reciente espectáculo: lila, rosa, rojizo, violenta y naranja. Sin embargo, las nubes brillaban blancas y radiantes. Y se reflejaban fantasmagóricamente en las salinas, en las caóticas balsas de color azul metálico, que parecían tener brillo propio. Como si fueran el reflejo místico del cielo. A la derecha, cerca del camino, se veía una hilera de pirámides de sal, altas y blancas. Doce, tal vez quince. En línea. Como monumentos singulares, símbolos iluminados. Dupin también volvió a notar el aroma embriagador, volvía a paladear el olor a barro endurecido, a sal, a yodo y a violetas.

No andaba muy rápido. No tenía prisa. Ya no.

Le sonó el móvil. Miró la pantalla con desgana. Sabía que no podía desaparecer sin más, aún quedaban asuntos pendientes, también para él. Se puso contento al ver el número. Muy contento. Nolwenn.

—Bravo, señor comisario.

Era fantástico oír aquella voz. En toda su carrera bretona, en ningún otro caso había hablado tan poco con ella.

—El inspector Labat me ha puesto al corriente de todo.

Naturalmente.

—Al menos, de lo esencial. Los detalles ya me los explicará usted... Ahora vuelva tranquilamente de su excursión. Vuelva a casa.

Nolwenn hablaba muy emocionada para lo que era habitual en ella.

—Tenía usted razón desde el principio. ¡Se mantuvo en sus trece con los bidones azules! ¡Y era eso! ¡El punto mágico! Una idea fija de la que nada del mundo podía apartarlo, contra viento y marea, ¡un auténtico bretón!

Dupin no supo qué contestar. Pero no le cabía la menor duda de que era un cumplido.

—¡Y los ha acorralado y los ha atrapado!

La satisfacción que resonó en sus palabras era casi macabra.

—La comisaria Rose y yo. Los dos juntos.

—Ya me lo han contado. ¿Quién lo habría dicho? Pero: *a bep liv, marc'h mat, a bep bro, tut vat*. «Hay buenos caballos de todos los colores y buena gente en todas las regiones». Seguro que sí.

Lo había dicho alegremente. A él, Rose nunca le habría hecho pensar en un caballo. Pero sabía que eso también era un gran cumplido.

Se hizo un silencio enigmático, algo poco habitual en Nolwenn. Nunca pasaban esas cosas cuando hablaban.

Dupin comprendió enseguida adónde quería ir a parar.

—Tengo que llamarlo... Lo sé.

—¿A quién?

Disimuló a la perfección.

—Al prefecto.

—¡Ah, no! No va a poder hablar con él... Pero está al tanto de que han cerrado el caso, no se preocupe. Y ha llegado a un acuerdo con el prefecto Trotter: no informarán oficialmente en rueda de prensa hasta mañana. Los dos juntos. Ya sabe: esta noche se celebra en Quimper el 150 aniversario del ferrocarril. Y el prefecto es el presidente de «Los amigos de los caminos de hierro». El gran discurso de esta noche. Yo también voy, salgo para allá ahora mismo.

Por supuesto. Hacía semanas que se hablaba del tema. Dupin incluso había recibido una invitación VIP. Como todos los comisarios del Finisterre. Y muchos correos electrónicos, a diario las últimas semanas, que siempre acababan con un ruego insistente: «Esperamos contar con su presencia». Hacía ciento cincuenta años,

en el mes de septiembre se inauguró con mucho bombo la línea que unía la «metrópoli» con la «provincia». El primer tren de París llegó a Quimper a las veinte horas y veinte minutos. Después de un trayecto interminable de diecisiete horas y veinte minutos. Hacía semanas que los periódicos publicaban artículos sobre el tema y fotos históricas. En algunas se veía una pequeña locomotora negra, preciosa, y una verdadera estación modernista: perfecta para una maqueta ferroviaria. Sin embargo, Dupin había leído que, a diferencia de lo que ocurría ahora, en aquel entonces el sentimiento común no fue precisamente de euforia. Al contrario, los comentarios habituales eran: «el coche de la muerte», «un necio monstruo negro que echa humo», «un intruso que se hace pasar por amigo». No entendió por qué hasta que leyó en la prensa lo que el secretario de Estado del Ministerio de Defensa de la época escribió sobre el proyecto en un informe secreto: «El ferrocarril entre Francia y la Bretaña enseñará más francés a los bretones en el plazo de diez años que los maestros más capaces que pudiéramos enviar. ¡Eso justifica por sí solo una inversión de tantos millones!». Ese era el objetivo declarado del Estado: la desaparición de lo bretón. Y no solo de la lengua, también de la identidad cultural. El ferrocarril tenía que transmitir las «ideas de la civilización», en otras palabras: tenía que «civilizar a los bárbaros». Ahora casi resultaba gracioso, pero en aquella época fue muy serio. Solo los que conocían historias como esa tenían una posibilidad de entender el espíritu bretón, las querellas con el «gobierno central», los sentimientos profundamente contradictorios hacia París, hacia lo que representaba. Evidentemente, la historia no acabó como había planeado el secretario de Estado. Los bretones se apropiaron del monstruo negro que echaba humo y le dieron la vuelta a la tortilla... Dupin sospechaba que ese era el motivo secreto por el que le daban tanta importancia a la celebración. Le habían dado una lección al mundo. Una vez más.

—Me alegro de que hayan podido cerrar el caso a tiempo. El ambiente estará mejor. En la celebración.

Nolwenn volvía a hablar en serio. Dupin sonrió.

—Tiene que irse, Nolwenn. Ya hablaremos.

—Sí, es verdad... El prefecto espera su llamada mañana a las siete. Ah, y me ha pedido que le diga: «Bien hecho, comisario».

Sentaba bien volver a la rutina y a sus rituales, incluso las frases del prefecto, que normalmente lo exasperaban, le resultaban casi agradables. Aunque eso quizá solo se debía a que no tenía que hablar con él ese día.

—Le llamaré.

Dupin colgó.

Respiró hondo.

Marcó el número de Le Ber.

—¿Jefe?

—¿Dónde está?

—En el hotel. Con el inspector Labat. La comisaria Rose nos ha dicho que...

—Vuelvan a casa, Le Ber. Usted y Labat. Está todo bajo control.

—¿Seguro, jefe?

—Sí, seguro. Es una orden. Nos vemos el lunes.

—¿No nos necesita mañana?

—Mañana es sábado. Y usted quería ir con su mujer a las Glénan. A pescar. Doradas de septiembre. En su barca.

Le Ber se había casado el año anterior, y los padres y los suegros les habían regalado un Bénétreau de segunda mano (¡siete metros ochenta de eslora!), que era la niña de sus ojos. A principios de semana señaló que aquel sería el último fin de semana veraniego; dejó caer el pronóstico con el mismo aplomo con que diría que el sol iba a salir por el este al día siguiente. Como si fuera un hecho.

—De acuerdo, jefe. Ha sido un caso muy duro.

Le Ber pronunció la última frase con voz profunda y mística, típico en él. Dupin sabía que no esperaba ninguna respuesta.

Los llamativos indicadores del sendero de interpretación impidieron que Dupin se perdiera en pleno crepúsculo por el laberinto zigzagueante de las salinas. Al cabo de diez minutos estaba en los terrenos del Centro de la Sal. Llegó desde el punto en el que se bifurcaban el «circuito corto» y el «circuito largo», al lado del pintoresco rincón donde se habían reunido esa tarde alrededor de una mesa de *picnic*. Le dio la sensación de que no habían pasado unas pocas horas, sino días.

Tenía el coche en el aparcamiento. Justo en la entrada. El lunes le devolverían su queridísimo XM (y eso también lo ponía contento). Este sería su último viaje en el diminuto Peugeot.

Se dirigió hacia el vehículo. Al principio no estuvo seguro. Había alguien apoyado en la puerta del coche. Luego la reconoció. Las manos en los bolsillos de la chaqueta y los pulgares fuera. Tranquila. Y muy seria.

La comisaria le sonrió.

—Un paseo para tomar el aire. Tenga cuidado; en los días de cosecha, los aromas nublan los sentidos. Provocan terribles alucinaciones. La gente ve y sueña cosas fantásticas.

—Sí, claro.

A Dupin le habría gustado tener a punto una respuesta más ocurrente.

—He intentado hablar con la señora Cordier. No ha dicho nada. Su abogado está de camino... Hemos empezado a registrar su laboratorio. Su casa. El ordenador. El móvil. Algo encontraremos.

Dupin no lo ponía en duda. Recordó una pregunta que había querido hacerle a Cordier cuando estaban en el río.

—¿Por qué me llamó con el móvil de Lilou Breval? Por la mañana, después de matarla.

—Seguramente quería saber con quién había hablado Lilou, sus últimas conversaciones telefónicas... Para comprobar si había avisado a la policía.

—Ya.

Era una posibilidad. Él ya lo había pensado. Pero, curiosamente, eso no lo tranquilizaba. Había sido una llamada inquietante. Terrible.

—He venido a traerle una cosa. He vuelto a la casa de Lilou. Está cerca de donde viven mis padres. Esta noche he dormido allí.

Dupin se lo imaginaba. Rose era del golfo. Por eso conocía tan bien la zona y a su gente: a la señora Clothilde, a las mujeres del transbordador, a la camarera de Le San Francisco...

—Creo que debería tenerlo usted.

Sacó una pequeña libreta del bolsillo derecho de la chaqueta y se la dio. Sin más explicaciones.

Dupin la cogió. Y la hojeó.

Era una agenda. Del último año. Con un punto de libro.

Dupin la abrió por un par de páginas. Notas escritas a mano. Citas y comentarios sobre las citas, escritos posteriormente.

—El punto de libro lo he puesto yo. Lea esa página.

Era del 12 de mayo: «20 h – Georges Dupin / en mi casa». Al lado, unas cuantas palabras garabateadas.

«¡Una noche muy agradable! Un loco. Maravilloso. Quedar más a menudo».

Lilou. Era la agenda de Lilou. La entrada sobre su encuentro del año anterior.

A Dupin se le puso la piel de gallina. Antes de que pudiera decir nada, Rose dio media vuelta y se fue hacia su coche. Abrió la puerta y entonces se volvió a mirarlo.

—Tengo que irme. Me esperan.

—Gracias.

Dupin lo dijo con voz firme y clara.

El agradecimiento era por la libreta. Y por muchas otras cosas.

—Gracias a usted.

Dupin supo que Rose lo había entendido.

—Volveremos a vernos, señor comisario... Si el viento y el sol quieren.

Entró en el coche y arrancó. El Renault pegó un acelerón hacia delante. Y salió volando del aparcamiento.

Dupin puso en marcha el motor. Y empezó a girar.

Con el rabillo del ojo vio en el edificio a la chica que lo había atendido el día anterior en la cafetería. Estaba sola. Hacía rato que habían cerrado. Daba la impresión de que estaba arreglando las vitrinas de la tienda. Se la veía concentrada en el trabajo.

Dupin frenó a media maniobra. Ya lo había pensado el día anterior, pero no era el momento. Sin embargo, ahora...

Paró el coche delante de la entrada. Salió y llamó a la puerta de vidrio.

La chica lo vio (y dio la impresión de que no se extrañaba lo más mínimo) y se

acercó. Apretó un botón que había al lado de la puerta corredera y esta se abrió de inmediato sin hacer el menor ruido.

—¿Sí?

Seguía siendo parca en palabras.

—Me gustaría comprar una cosa... En la tienda.

Fue consciente de que no se había lucido con esas palabras.

—De acuerdo.

La chica dio media vuelta y se marchó hacia la vitrina.

Dupin fue directamente a la tienda.

Había muchos productos en un espacio muy reducido. Echó un vistazo. La sal estaba justo delante, un poco a la izquierda. Decenas de tipos distintos. Y allí estaba también lo que le había llamado la atención el día anterior: un surtido de tres tipos de flor de sal. «Flor de sal con eneldo y limón» (para marisco y pescado); «flor de sal con pimienta de espelette» (para carnes y aves) y «flor de sal natural» (para foie gras, parrilladas, ensaladas y verduras). Magnífico. Y tres pequeños cuencos de cerámica de colores. Se los regalaría a Claire. Lo cogió todo y fue hacia la caja. La chica lo observaba. Se encontraron allí. Dupin pagó.

Poco después, el viejo y diminuto Peugeot arrancó por fin. Salió del Centro de la Sal, abandonó la mágica Tierra Blanca, atravesó de nuevo la imponente ciudad de Guérande, cruzó el Vilaine a la altura de La Roche-Bernard y se acercó al golfo por última vez.

En la autopista, con la última luz azul oscura del oeste vio a la izquierda un brazo del pequeño mar. Destellos misteriosos. El hogar de Lilou. Su golfo.

Dupin miró un momento el asiento del acompañante. Ahí estaba: la pequeña agenda de la periodista. Algún día volvería a su casa. Se sentaría en las rocas de la orilla, delante del jardín silvestre. La recordaría, pensaría en ella. Luego iría en busca de los pequeños pingüinos, en algún sitio tenían que estar.

Puso la radio. La emisora Blue Breizh. El alcalde de Arradon había nombrado ciudadano de honor a Skippy. Más aún: la parte del bosque que se había convertido en su nuevo hogar pasaría a llamarse oficialmente «Australia». Los vecinos habían declarado que no les importaría que el canguro se comiera de vez en cuando una lechuga de sus parterres. Una mujer incluso preguntó qué era lo que más le gustaba comer... para tenerlo en cuenta de cara a las próximas plantaciones. El último avistamiento había tenido lugar esa misma tarde. En un claro del bosque. Lo habían visto tomando el sol. Eso decían. Skippy estaba bien.

Dupin se pasó la mano por el pelo. Enseguida llegaría a Vannes. Y estaría a mitad de camino. Se notaba muy cansado. Desde que se había sentado en el coche. El esfuerzo excesivo de los últimos días.

Dupin aparcó en el gran aparcamiento del puerto, delante de la antigua ciudad

amurallada. Delante del Amiral. Donde aparcaba siempre.

No fue directamente al restaurante. Tenía hambre, pero quería estirar un poco las piernas.

Paseó despacio por el muelle de piedra. A la izquierda, el mar, la bahía con el puerto de Plaisance; a la derecha, las extensas plazas y, detrás, las viejas casas de los pescadores, todo sumergido en la cálida luz amarillenta de las farolas, que de noche transformaba la zona del puerto en una escenografía típica de las maravillosas películas antiguas. El cielo había adquirido tintes negros violáceos y teñía de ese mismo tono el mar, en el que destacaban algunas boyas amarillas. De vez en cuando, una ráfaga de aire. No hacía frío, pero había refrescado, ya no era una noche suave de verano.

A Dupin le encantaba ese paseo, formaba parte de sus rituales más importantes, preferentemente a primera hora de la mañana o de noche, como ahora, y en cualquier época del año, hiciera el tiempo que hiciese. A través de unos tablones y pontones inestables se llegaba a los imponentes muros de defensa del casco antiguo fortificado, a la inexpugnable Ville Close, donde la pasarela terminaba súbitamente. Los focos que habían instalado en las ladroneras iluminaban teatralmente la muralla. Como en un enorme y sublime teatro al aire libre. La fortificación, concluida por Sébastien Le Prestre de Vauban, el maestro de obras estrella del Rey Sol, era imponente. La luz caía sobre los poderosos muros de piedra como antiguamente el aceite hirviendo. Arriba, decenas de lámparas instaladas a poca distancia unas de otras dibujaban una línea luminosa que se veía desde muchos kilómetros mar adentro, un símbolo intrépido.

Dupin bajó al puerto por la pasarela, entre un enjambre de embarcaciones de todo tipo y tamaño. Los palos de los veleros se mecían suavemente, alzándose con brío en la oscuridad, y las campanillas colgadas en lo alto daban un concierto de música envolvente que las noches de verano colmaba la zona portuaria. Desde su apartamento, a la vuelta de la esquina, podía oírlas si abría la puerta de la pequeña terraza. Su padre y él siempre jugaban a un juego cuando iban de vacaciones al mar. Elegían los barcos más lujosos del puerto y se contaban mutuamente hacia dónde zarparían en ellos. En qué grandes travesías se embarcarían. Qué aventuras vivirían.

Dupin se detuvo al llegar al final de la pasarela. Cruzó las manos detrás de la nuca y echó un momento atrás la cabeza. Ahora iría a cenar algo. Y llamaría a Claire. Y quizá a Rose, para saber si Céline Cordier había confesado. Se volvió y contempló las luces de la ciudad.

De repente se le dibujó una sonrisa en la cara, cada vez más amplia. Se le acababa de ocurrir una idea. Sacó el móvil. Marcó un número.

Tardó un poco en contestar.

—¿Claire?

—¿Georges? Yo... —parecía soñolienta, agotada— me había acostado, hoy ha habido mucho jaleo en la clínica... Tenía muchas ganas de que me llamaras. ¿Cómo

va el caso?

—Solo quería decirte que compraré *brioques* y cruasanes para desayunar.

—¿Qué?

—Cogeré el tren de las seis. Tú aún estarás durmiendo y yo te despertaré con el desayuno.

—¿En serio?

—En serio. Y ahora, duerme.

—De acuerdo.

Estaba demasiado cansada para hacer preguntas.

—Hasta luego, Georges.

—Hasta luego.

Dupin colgó.

Había tenido una idea estupenda. Y bastaba con que el lunes estuviera de vuelta a las once. Reservaría mesa en La Palette para la noche siguiente. La mesa que tendrían que haber ocupado para el cumpleaños de Claire. Y pasearían por los jardines de Luxemburgo. El primer día de otoño.

Y ahora... Ahora iría al Amiral. Y se comería el lenguado que había querido cenar en Le Croisic. Frito en mantequilla. Con sal de la Tierra Blanca, la más selecta del mundo.

Todo iría bien.

Agradecimientos

Mi querido Don Rinaldo «Che», mi querido Reinhold Joppich, te doy las gracias. Muchas. Y por todo.



JEAN-LUC BANNALEC (Bonn, Alemania, 1966). Es el seudónimo de Jörg Bong. Estudió literatura alemana, filosofía, historia y psicología en la Universidad Renana Friedrich Wilhelm de Bonn y la Universidad Johann Wolfgang Goethe de Frankfurt. Fue asistente de investigación para el profesor Dr. Volker Bohn y Silvia Bovenschen. Recibió su doctorado en Frankfurt en el concepto de la imaginación y las cuestiones estéticas de finales de la Ilustración y el Romanticismo temprano en la obra de Ludwig Tieck. Desde 1997, Jörg Bong trabaja para S. Fischer Verlag y vive en Frankfurt. Jörg Bong es también coeditor de la revista literaria *Neue Rundschau*.